

HISTORIAS OCULTAS

*en la
Recoleta*

CUENTOS DE

MARÍA ROSA LOJO

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

ROBERTO L. ELISSALDE

Lectulandia

Cada existencia es un drama, y no habría novela tan tierna ni tragedia tan pavorosa, como la que encierran bajo sus tapas de mármol esos sepulcros, escribió Sarmiento en 1885, luego de caminar entre las bóvedas de la Recoleta. Con el mismo espíritu han sido escritas estas historias.

A partir de una minuciosa investigación histórica de Roberto L. Elissalde, María Rosa Lojo ha abrevado en fuentes y documentos, y en la tradición oral de las casas y las familias, y ha creado, con su deslumbrante talento literario, una galería de personajes ambiguos, complejos, inolvidables en sus actos y emociones.

Doña María Magdalena, viuda de Álzaga, que se enclaustró para siempre en su casa de la calle Bolívar junto a sus seis hijas adolescentes. El curioso secuestro del cadáver de doña Inés Indart de Dorrego. La cabeza de Marco Avellaneda y el valor de Fortunata García. La joven Rufina Cambaceres, enterrada viva el día de su cumpleaños. El suicidio de Agustina Andrade y la increíble historia de su marido, el explorador y científico Ramón Lista, que se unió a una india tehuelche. Abel Ayerza asesinado por la mafia a causa de un malentendido. El viaje en globo de Ángel Zuloaga sobre la cordillera de los Andes. El periplo de Juan Manuel de Rosas desde el cementerio de Southampton hasta la Recoleta...

En este apasionante itinerario que se inicia con la historia del cementerio, espacio mítico del imaginario porteño y nacional, las sombras evocadas cuentan su historia, una historia llena de paradojas y misterios, como la de todas las vidas humanas.

Lectulandia

María Rosa Lojo - Roberto L. Elissalde

Historias ocultas en La Recoleta

ePUB v1.1

pippen 04.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Historias ocultas en La Recoleta*
María Rosa Lojo y Roberto L. Elissalde, 2000
Diseño/retoque portada: Claudio A. Carrizo

Editor original: pigpen (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

Cada existencia es un drama, y no habría novela tan tierna ni tragedia tan pavorosa, como la que encierra bajo sus tapas de mármol cada uno de esos sepulcros. Cada uno de los que lo visitan sigue en ellos el hilo de su propia vida...

DOMINGO F. SARMIENTO, «El Día de los Muertos»,
El Debate, 4 de noviembre de 1885

EN EL UMBRAL DE LA RECOLETA

De convento a cementerio. El primitivo Norte

Quien camina con oído atento entre las bóvedas de la Recoleta, escucha el rumor de vidas singulares contra el inmenso coro de la memoria colectiva. En este museo de los cuerpos, los itinerarios personales de sus habitantes —conocidos o desconocidos, célebres o ignotos— se funden inextricablemente con la Historia argentina.

Este espacio ya mítico de nuestro imaginario porteño y nacional, no siempre fue un cementerio. Hubo en él, originariamente, sólo un convento: el de los frailes «recoletos», que derivaron su nombre de la Recoleta o Recolección franciscana, reforma que llevó a cabo San Pedro de Alcántara en la Orden fundada por San Francisco. El convento comenzó a construirse en el 1715, gracias a los dineros donados por el capitán don Pedro de Bustinza en 1705; a la colaboración de don Juan de Narbona, que allanó las dificultades para obtener la instalación de la Orden; y a la donación de terrenos por parte de don Fernando Miguel de Valdéz e Inclán y su esposa, doña Gregoria de Hurtado.

La iglesia del Pilar —puesta bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza— se inauguró el mismo día de la festividad de esta Virgen: el 12 de octubre, en el año 1732. Allí, de acuerdo con la costumbre de la época, fueron sepultados, entre otros, doña Juana de Vera y Pintado, mujer del virrey Del Pino —conocida después de la muerte de su marido como la «Virreina Viuda»—; la joven doña Dolores Pueyrredon ^[1] de Pueyrredon, malograda primera esposa de don Juan Martín de Pueyrredon; y don Ignacio de Irigoyen, el primero de este apellido en el Río de la Plata.

A un costado de la iglesia había una huerta fresca y penumbrosa donde el descanso terrenal prefiguraba, más gratamente, el descanso eterno. Algunos ejemplares de ese vergel que hubiera envidiado fray Luis de León, apologista de la «vida retirada», sobreviven aún, como el gran gomero de la plaza frontera, plantado en su momento por un agrónomo vocacional: Martín Altolaguirre.

Se accedía al barrio de la Recoleta, rodeado de quintas, a través de la llamada «Calle Larga», que por ese entonces distaba de ostentar el esplendor *chic* de la avenida Quintana, trazada sobre su huella. Durante mucho tiempo el Norte, lejos de contar con restaurantes de categoría, tiendas de moda y exposiciones de arte, fue, antes bien, una zona alejada, de población escasa. No faltaban episodios violentos en

pulperías y reñideros, ni tampoco salteadores en los caminos, sobre todo en la Calle Larga.

El camposanto contiguo al convento, donde hasta ese momento sólo eran enterrados los frailes de la Orden, se transformó en cementerio público y seglar mediante un decreto del 1º de julio de 1822, emitido por el gobierno de Martín Rodríguez. Su ministro de Gobierno, Bernardino Rivadavia (que pronto sería ungido, para disgusto de las provincias, como primer presidente de la Nación), había promovido una reforma eclesiástica que permitía al Estado incautarse de los bienes de los religiosos. A partir de entonces el cementerio recibió el nombre oficial de Cementerio de Miserere, o Cementerio General del Norte, aunque el pueblo prefirió designarlo con el nombre del barrio: «La Recoleta», que finalmente se impuso y sigue vigente hasta el día de hoy.

El nuevo cementerio recibió la bendición del deán de la Catedral, doctor Mariano Zavaleta, el 17 de noviembre de 1822. Al día siguiente fueron enterrados sus primeros moradores laicos: el niño Juan Benito, liberto, y María de los Dolores Maciel, de veintiséis años, oriunda de la Banda Oriental. También hubo un «traslado masivo» («quince carradas de restos») de difuntos inhumados anteriormente en iglesias y conventos. Semejantes mudanzas tardías no dejaron de provocar situaciones dignas de alguna moderna película de terror. «... ahora se llevan los cadáveres al Cementerio Nuevo, en la Recoleta, y se trasladan allí desde los cementerios de las iglesias, con que se producen escenas de confusión, en que madres, esposos y esposas prorrumpen en gritos al reconocer los cuerpos de quienes ya no esperaban ver más en este mundo», dice, no sin cierta sorna, «Un inglés», autor deliberadamente anónimo de *Cinco años en Buenos Aires. 1820-1825*.

Británico parece haber sido también, por cierto, el primer enterrador oficial, al que los criollos apodaron «inglés-ataúd» por la destreza demostrada para apilar, uno sobre otro, los cuatro muertos que correspondían a cada fosa reglamentaria de siete pies, de acuerdo con la ordenanza de 1825. El primer encargado del cementerio fue nombrado por el gobernador Juan Ramón Balcarce. Debía llevar un vistoso uniforme, quizá más propio para tareas castrenses que para honras fúnebres: chaleco rojo, levita, cuello también rojo, sable y pistola. En algún momento, sin duda, se comenzó a juzgar como inadecuados tanto color y tanta parafernalia bélica, hasta que en 1868 se resolvió que el encargado vistiera, más gravemente, de negro.

Poco a poco la Recoleta comenzó a poblarse de monumentos y bóvedas, costeadas por los vecinos de más recursos, aunque la mayoría de las tumbas eran muy sencillas. La primera bóveda importante (1823) fue la de la familia Bustillo. De 1827 data otra de las más antiguas, perteneciente a don Ignacio Pequeño. Otro inglés, Woodbine Hinchliff, que visitó el cementerio en 1861, recuerda haber visto en la calle principal de la necrópolis bellos mausoleos de mármol blanco con la apariencia

de «templos pequeños, cubiertos por lo común con una cúpula», a tal punto que — contemplado a cierta distancia— el camposanto producía en el viajero un curioso efecto involuntario: «el vasto conjunto de cúpulas blancas y torrecillas que sobresalen por encima de los muros haría creer a un visitante que se trata de una ciudad oriental». La idea de una ciudadela exótica habitada por seres vivos debía acentuarse, tal vez, por la custodia que, desde las troneras de esta suerte de fortaleza, prestaba un grupo de soldados dispuestos a conservar la paz eterna contra las malas intenciones de cualquier atacante.

Todavía pueden verse en la Recoleta algunas obras artísticas de notable valor, como la Dolorosa de Tantardini, obsequiada al barón Demarchi. Éste la destinó, a manera de homenaje, a la tumba de su suegro: nada menos que el general Juan Facundo Quiroga, quien, por cierto, no fue en modo alguno tan insensible a los refinamientos del arte y a las comodidades de la «civilización», como lo pinta su ya legendario «estereotipo bárbaro». La bella cara de la estatua reproduce la de María de los Dolores Fernández, viuda de Quiroga. Lamentablemente, ni siquiera esta escultura pudo escapar de los odios políticos de nuestra historia: su velo se rasgó cuando un grupo de sedicentes «civilizados» intentó destruirla, tirando de ella con sogas y caballos. Otras piezas son asimismo dignas de atención; entre ellas, el Cristo colocado en la capilla de Monteverde, la muchacha de mármol que parece entreabrir la tumba de la joven Rufina Cambacérès ^[2], las esculturas que ilustran la parábola de las Vírgenes Prudentes en la bóveda de los Dorrego Ortiz Basualdo, las obras de Lola Mora en la de la familia López Lecube.

Los límites del cementerio se ampliaron bajo el gobierno de Manuel Dorrego. Próspero Catelin (autor de la fachada de la Catedral metropolitana) fue quien trazó, por encargo del gobernador Juan Manuel de Rosas, sus calles y divisiones internas, aunque posteriores ensanches variaron su plano original. A la reforma del intendente Torcuato de Alvear, en 1881, se deben el frente definitivo y el peristilo neoclásico que constituyen, hoy día, la entrada de la Recoleta.

Otros cementerios

Durante mucho tiempo —hasta la habilitación de La Chacarita, en 1871, debido a la epidemia de fiebre amarilla— el Cementerio del Norte fue el único enterratorio público de la ciudad. No obstante, debió convivir con otros, destinados a los que no querían o no podían ser inhumados en el cementerio católico: quienes no profesaban la fe vaticana.

Para aquellos que pertenecían a una confesión religiosa no oficial, había camposantos como el Cementerio Protestante, fundado en 1821 en un terreno inmediato al Socorro, según afirma José Antonio Wilde. Algún muerto notorio, como el médico y escritor Eduardo Wilde —ni protestante ni reo de la justicia, pero sí

librepensador y anticlerical confeso—, planteó ciertos problemas póstumos. Hubo quien objetó que se lo enterrase junto a las familias creyentes, dadas las posiciones que defendiera durante su vida. También los suicidas representaban un capítulo aparte: el decoro social y los escrúpulos religiosos aconsejaban ocultar las causas de la muerte, y aun cuando se les hicieran funerales suntuosos, la prensa prefería eludir su comentario, como ocurrió en el caso de Agustina Andrade, hija del poeta y político Olegario V. Andrade, y esposa del explorador Ramón Lista.

Usos y costumbres funerarios.

Velatorios, entierros, coches

La muerte y la fiesta, polos complementarios de la cultura popular, estaban, ambos, muy presentes —y muy cercanos— en las primeras etapas de nuestra vida independiente, que corresponden también a los primeros tiempos del cementerio. Existían, por cierto, unas «Fiestas de la Recoleta», bulliciosas celebraciones públicas que comenzaban el día de Nuestra Señora del Pilar y se extendían durante una semana. Según José Antonio Wilde, a ellas concurría todo el mundo, sin distinción de sexo, edad o clase social: casi todos a pie; unos pocos, a caballo. Los defensores de la moral y las buenas costumbres (sobre todo, los británicos) no dejaron de protestar contra estos festejos, que se prolongaban hasta la madrugada con bailecitos o «changangos», y que a veces, también, proporcionaban algún nuevo habitante al vecino cementerio. No faltan testimonios literarios de estas dionisiacas romerías en las obras de Bucich Escobar, Carlos María Ocantos o Rafael Barreda.

La omnipresencia que la «muerte igualadora» tenía en la sociedad criolla —que a pesar de eso, o por eso mismo, apreciaba sobremanera la diversión sensual— se advierte en la abundancia y asiduidad de los testamentos. Entre los escritos de esta clase se destaca la última —e inexorable— voluntad de doña Agustina López de Osornio, madre de Juan Manuel de Rosas, mujer de extraordinaria personalidad, tan caritativa como prepotente, según la describe su nieto Lucio Victorio Mansilla. Consecuente con sus principios austeros, doña Agustina mandó que se la enterrara en el cementerio público, en un cajón ordinario, sin otra ceremonia que una misa de cuerpo presente para la que no habría convite. Y también consecuente con su carácter imperativo, dispuso de sus bienes contra lo que mandaba la ley, de manera que tres nietos huérfanos a los que privilegiaba su afecto heredaron la mayor parte de su fortuna. Esta «monstruosidad legal», como la califica Mansilla, fue acatada sin protesta alguna por hijos «obedientes y subordinados», aunque el primero de ellos fuera el propio don Juan Manuel, entonces todopoderoso gobernador de Buenos Aires.

Doña Agustina, que vistió de hábito en algunos períodos de su vida —como cuando estaba de luto— también fue enterrada con hábito, lo mismo que su nuera,

doña Encarnación Ezcurra, que llevó en su ataúd el sayal blanco de los Dominicos y, al cuello, el escapulario de la Hermandad de los Dolores. No eran éstas excepciones; por el contrario, representaban una costumbre muy extendida desde los tiempos coloniales.

Solía colocarse como mortaja un hábito usado, que se compraba a la orden religiosa por la que el difunto había tenido en vida mayor devoción. Se creía que los efectos benéficos aumentaban con la edad de la prenda, puesto que su antiguo dueño había pasado tantos más años en el ejercicio de su ministerio, en bien de las almas y al servicio de Dios.

Muerte y fiesta se mezclaban en los mismos funerales, al punto que los concurrentes al velatorio solían pasar la noche jugando, fumando y bebiendo, lo que valió llamados de atención por parte del clero. También se contrataban «lloronas» (generalmente se trataba de mulatas) que contribuían a las honras fúnebres con gritos y llantos.

Otra costumbre, de raíces profundamente coloniales, era el «entierro del angelito», donde se festejaba el ascenso directo a los cielos de un niño inocente que, por lo tanto, se convertía en ángel. Se disfrazaba a estas criaturas de la manera más bizarra y lujosa posible, y, si la familia era adinerada, hasta se los adornaba con joyas, que luego se retiraban antes de sepultarlos. Este entierro de niños, tan penoso de por sí, desembocó alguna vez en episodios crueles, que desmentían la suprema dignidad de la «muerte igualadora» y prolongaban privilegios de la vida terrena. Cuenta Mariquita Sánchez: «¡Cómo diré hasta dónde iban estas extravagancias! [Los vestían] Ya de pastores, ya de cautivos, ya de ángeles; en fin, hubo la más divina ocurrencia en una casa en que murieron un niño y un negrito. Vistieron al niño de San Miguel y al negrito como el diablo. La madre lloró, suplicó, pero como era esclava, tuvo que callar. Pero alguna buena alma fue a dar parte del hecho y vino una orden de la autoridad para sacar al pobre negrito y enterrarlo como cristiano».

Este ritual perduró largo tiempo en los suburbios de Buenos Aires, y por supuesto en las provincias, donde el sincretismo religioso es aún acentuado.

Para niños existían también coches fúnebres especiales: pequeños, celestes y blancos, adornados con cintas, tirados por mulas blancas. Los arneses estaban enjaezados con plumas y penachos, blancos asimismo. La fabricación de los coches, tanto para niños como para adultos, comenzó —por obra de don Jorge Morris— en 1822. Antes se habían utilizado simples carros.

El lujo de los entierros fue incrementándose a medida que la sociedad porteña se europeizaba (o afrancesaba) y se enriquecía. Estos extremos de ostentación repugnaban a ciudadanos educados en otra concepción de la vida y de la muerte. Tal fue el caso del hijo de Cornelio Saavedra: Mariano Saavedra (1810-1883), que llegó a ser gobernador de la provincia de Buenos Aires, y presidente del Banco de la

Provincia, pero que, a pesar de su fortuna y posición pública se mantuvo alejado de toda voluntad ostentosa. En su testamento pidió que se limitara su funeral «a una misa rezada de cuerpo presente en la Recoleta, prohibiéndoles [a sus hijos] molestar a persona alguna con invitaciones por los diarios ni privadamente para acompañar mi cadáver». Esta disposición iba contra los usos dispendiosos ya establecidos en la década del 80, y por ello recibió el comentario ponderativo de los periódicos. Así, *La Prensa*, en un artículo del 11 de febrero de 1883, critica la «costumbre impía de pasear los cadáveres por las calles públicas, seguidos de una larga columna de coches lujosos, haciendo una ostentación sensual disonante con el dolor...», que llevaba a familias pobres incluso a endeudarse «para costear un acompañamiento digno de circular, como los demás, por la calle de la Florida». También el diario *The Standard* destaca el ejemplo de Saavedra y se encarniza contra la extravagancia, que considera grotesca, de los funerales «a la moda», como el que describe en un párrafo memorable: «La figura del Ángel (*sic*) de la Muerte sobre la cumbre del carro fúnebre, estaba en perfecta armonía con el negro adorno del cochero, el cual tenía un pañuelo de duelo delante de los ojos. Tanto los cuatro caballos como el féretro, caminaban a pasos contados, costeando los rails del tramway, de manera que el observador hubiese podido creer que se servían de la corneta en vez del tambor, batiendo marchas fúnebres hasta la sepultura. Sobre los arcos colgaban paños de riguroso duelo con el nombre del finado en grandes letras de oro» (10 de febrero de 1883).

Estos desfiles casi circenses fueron desapareciendo, pero se extendió demoradamente el protocolo del luto. Hasta no hace tanto tiempo (décadas de 1950 y 1960) aún regía la etiqueta que dictaminaba luto entero, medio luto y alivio de duelo (con lila o violeta), y prescribía un collar de perlas blanco como única alhaja permitida para las damas en esta situación. Damas que, por cierto, tampoco habían asistido a los entierros. Junto con los niños, clausuraban públicamente su dolor en el espacio doméstico.

La bóveda de David Alleno

Como el cuadro de «Las Meninas» que incluye a Velázquez, su pintor, la Recoleta exhibe en su cuadro de difuntos conspicuos a uno de sus cuidadores, David Alleno, un italiano que llegó a Buenos Aires hacia 1880 y que trabajó en el cementerio hasta 1910.

Sin duda, Alleno habrá visto y tomado parte activa en algunos entierros de personajes clave para la vida sociopolítica porteña y argentina: el de Lucio V. López, autor de la novela *La gran aldea*, fallecido en un duelo con el coronel Carlos Sarmiento; el de su padre, el historiador don Vicente López; los del escritor Eugenio

Cambacérès y su hija Rufina; los de Bartolomé Mitre, Carlos Pellegrini, Leandro Alem, Bernardo de Irigoyen.

También Alleno quiso perdurar, a su modo, en la memoria pública. Al retirarse, compró con sus ahorros una bóveda en el cementerio que había custodiado y limpiado por treinta años. Justamente orgulloso de su imprescindible actividad, se hizo representar allí en efigie de mármol, con ropas e instrumentos de labor: escoba y balde, sombrero, y pañuelo al cuello.

Anécdotas y leyendas

Como todos los cementerios, el de la Recoleta tiene anécdotas —desde las curiosas a las picarescas— y alguna leyenda de ultratumba. Entre las curiosidades, cabe mencionar un dispositivo eléctrico que, según se dice, mandó instalar Alfredo Gath —de la gran tienda Gath & Chaves— en su ataúd triple, para poder abrirlo desde adentro por medio de un pulsador que se colocó en su mano. Un mecanismo similar permitía abrir la puerta de la bóveda. El fantasma del «entierro prematuro» se hallaba instalado en el imaginario y no sólo a través de lecturas de Edgar Allan Poe. Ya el caso de Rufina Cambacérès, víctima de un ataque de catalepsia, y que luego murió realmente asfixiada en su propio ataúd, había sacudido a la sociedad porteña.

Entre las anécdotas picarescas circula aún la de un frustrado encuentro erótico. Un *play boy*, habitué de cierto local nocturno del barrio de La Recoleta, habría conocido allí a una mujer hermosa y provocativa con la que salió luego, entusiasmado, en busca de algún lugar propicio a las expansiones amorosas. Sin embargo, una vez en la calle, su compañera lo invitó a entrar por una puerta lateral al mismo cementerio. Él interpretó la sugerencia como una extravagancia temperamental, lindante acaso con la perversión necrofílica, pero, por no desmentir su fama de «hombre de mundo» que de nada se sorprende, decidió seguirla. Una vez dentro, tuvo que quitarse la ropa y desprenderse de su billetera, aunque no para compartir un rato de placer, sino bajo la amenaza de dos revólveres que, de común acuerdo con la seductora, estaban esperando al incauto dentro del cementerio.

Por fin, la leyenda romántica, común a tantas necrópolis y culturas: una joven de belleza delicada pasea, tarde tras tarde, por la vereda del camposanto, tocada con una capelina, y vestida de ropas livianas. Un muchacho la admira, le habla, la sigue hasta que obtiene su dirección. Cuando va a buscarla al domicilio que ella le ha indicado, una mujer mayor le abre la puerta. Le explica que su hija ha muerto hace meses y que está enterrada en el Cementerio de la Recoleta.

Propios y no del todo ajenos

Algunos extranjeros notables, que vivieron y murieron en Buenos Aires, fueron

sepultados también en este cementerio. Uno de ellos pertenece a la leyenda y la literatura. En el cuento «La escalinata de mármol» de *Misteriosa Buenos Aires*, Manuel Mujica Lainez evoca a una persona histórica real: el dibujante y arquitecto francés Pierre Benoit, quien incluso colaboró con Próspero Catelin en el trazado interno del Cementerio durante el gobierno de Rosas. En esta ficción Benoit se da nada menos que Luis XVII, el Delfín de Francia, que habría logrado fugarse de la prisión del Temple, gracias a algunos adictos, y que recupera por fin, en su lecho de muerte porteño, la clara visión del pasado perdido.

Una figura extranjera de célebre linaje —pero esta vez comprobado, no imaginario— que se halla en el cementerio, es nada menos que una nieta de Napoleón Bonaparte. El padre de esta niña era el conde Alejandro Colonna Walewski, hijo bastardo de Napoleón I y de la condesa polaca María Walewska. El conde se encontraba en el Río de la Plata como diplomático francés destacado ante Rosas durante la difícil coyuntura del bloqueo. Su hijita falleció en este suelo, a los pocos días de nacida.

Otros extranjeros aquí sepultados tuvieron en cambio una actuación prolongada y decisiva para la vida nacional. Ya son nuestros, con los más justos títulos de pertenencia, como el almirante irlandés Guillermo Brown (1777-1857), incorporado a la historia no sólo argentina sino hispanoamericana. O como el erudito napolitano Pedro de Ángelis (1784-1859), que se desempeñó al servicio de Juan Manuel de Rosas, fundó el *Archivo Americano* y editó valiosos documentos referidos a la historia del Río de la Plata. Veinte años más tarde se le uniría en el descanso final su esposa Melanie Dayet (1790-1879), dama francesa que parece haber sido tan bella como feo su marido, y que ocupó el cargo de primera presidenta de las Damas de la Caridad de San Vicente de Paul. La caridad ejercida por Melanie no consistió en dar su dinero (no lo tenía porque De Ángelis había caído en desgracia y en la pobreza junto con Rosas) sino su tiempo, que dedicaba a presos y convictos. Otros extranjeros más cercanos que comparten el camposanto son Mariette Lydis, condesa de Govone, quien se especializó en pintar retratos de niñas con rostros angelicales, y Guy Williams, el actor protagonista de la serie «El Zorro».

Por fin, es inevitable recordar a un porteño que pudo o debió haber sido enterrado en la Recoleta: Jorge Luis Borges. Si bien descansa en Suiza bajo una inscripción rúnica, en su juventud se había imaginado a sí mismo bajo la bóveda familiar.

Que sus versos de *Fervor de Buenos Aires* (1923) nos acompañen en la peregrinación que vamos a iniciar: «Sombra benigna de los árboles, / viento con pájaros que sobre las ramas ondea, / alma que se dispersa en otras almas, / fuera un milagro que alguna vez dejaran de ser, / milagro incomprensible, / aunque su imaginaria repetición infame con horror nuestros días. / Estas cosas pensé en la Recoleta, / en el lugar de mi ceniza».

EN EL UMBRAL DE ESTE LIBRO

En la primavera de 1885, en el Día de los Muertos, un Domingo Faustino Sarmiento anciano y reflexivo camina entre las tumbas de la Recoleta. Se detiene especialmente ante la de Facundo Quiroga, su antiguo enemigo, pero también el grandioso personaje de su obra más conocida. No se propone ya juzgarlo, sino más bien comprenderlo. Se reconoce a sí mismo en el otro, con quien incluso ha emparentado por enlaces familiares: «mi sangre corre ahora confundida en sus hijos con la de Facundo. Y no se han repelido sus corpúsculos rojos, porque eran afines».

Frente a esa tumba, en una tarde inhóspita de otoño, se inició también el camino de este libro, concebido y ejecutado con el mismo espíritu que guió los pasos del viejo Sarmiento. Es decir, con imaginación plenamente literaria: la que busca en la singularidad de cada existencia «novelas tiernas o tragedias pavorosas», ocultas bajo las tapas de mármol; la que trasciende las pasiones políticas para diseñar, más bien, una política de las pasiones. Una a una, las sombras evocadas levantaron su lápida y contaron su historia, donde se refracta, por cierto, la Historia nacional. Pero no son impersonales procesos los que se sitúan en primer plano, sino la construcción de un lenguaje, el descubrimiento (la «invención» o hallazgo) de los personajes en el resplandor único de sus huellas terrenas, donde cada uno de nosotros pueda encontrar, no obstante, «el hilo de su propia vida». Todos los textos de este volumen se adscriben, en este sentido y en cuanto a su escritura, procedimientos e intenciones, a la libertad y a la autonomía estética de la ficción.

No por ello, empero, están menos basados en «hechos reales». Aquí se da el cruce necesario con el historiador Roberto L. Elissalde, gran conocedor de la *petite histoire* porteña: la historia menuda de los que no fueron grandes protagonistas, la tradición oral de las casas y las familias que suele escapar a los libros mismos. Él tuvo a su cargo la guía de la investigación y la compulsión de fuentes sobre la que se tramó, desde la literatura, mi «relato de los hechos». Nuestras dos miradas, la de la ficción y la de la historiografía, complementarias en lo que tienen de diferente, se concentraron, en busca de un efecto potenciado, sobre las mismas inscripciones.

«Historias», pues, tanto «reales» (porque se atienen a un referente pasado) como «ficciones» (por cuanto crean su propia realidad en el espesor del lenguaje y en la trama conjetural de la narración). Historias, también «ocultas». No sólo porque sus protagonistas, ausentes de la visible y audible superficie terrestre, yacen en lo oscuro y lo cerrado, bajo una capa de piedra y de silencio. Son «ocultas» también porque, aun en los casos de figuras ampliamente conocidas, instaladas en la historiografía oficial y en el imaginario colectivo, los relatos buscan abordar facetas en sombra, perfiles imprevisibles que se revelan bajo un nuevo manejo de la luz, rasgos y actitudes que quiebran los mitos y estereotipos cristalizados.

De las quince historias, sólo tres transcurren en el siglo XX. Pese a ello, el lector podrá preguntarse por una ausencia obvia y notoria en este último tramo: la de Eva Duarte de Perón. Si no está aquí, es porque no se trata, precisamente, de una «historia oculta». Antes bien, ha sido sobreexpuesta en los últimos tiempos a una luz abusiva. Tanto el historiador como la escritora han preferido eludir el riesgo de un «uso» que linda con la explotación y la manipulación de un producto mediático. Seguramente, las mejores versiones de Eva Duarte están en la intimidad secreta de los que, día a día, entablan con ella un diálogo mudo, frente a la reja de su tumba. Nunca visité el cementerio sin que hubiera alguien de pie ante esa bóveda oscura y severa —aunque siempre aliviada por la gracia de flores frescas— donde su cuerpo puede entregarse por fin a la gravedad serena de una muerte propia.

Quizá después de escuchar las historias ocultas bajo las tapas de mármol, los peregrinos de este viaje por el tiempo encuentren en ellas las paradojas y tensiones de todas las vidas humanas, y también las de una historia patria que se ha edificado sobre la negación y la violencia, a pesar de las utopías conciliadoras. Sin embargo, muchos de sus protagonistas reposan hoy bajo el mismo cielo, amparados irremediabilmente por los mismos muros.

MARÍA ROSA LOJO

*Quitó de los tronos a los poderosos,
Y exaltó a los humildes.*

LUCAS, I, 52

Yo fui la última en ver a Catalina Benavídez antes de que la enterraran. Fui la única que la frecuentó en otra vida, en otro mundo, en otro tiempo, cuando la llamaban «La Estrella del Norte». Es probable que yo misma tuviera algo de estrella por aquellos años, aunque mi brillo fuera de corto alcance y muy poco dinero.

La conocí de chica, cuando acompañaba a mi madre a vender pastelitos por las casas de familia, y la ayudaba a llevarse los canastos de ropa que había que devolver, lavada y planchada, al día siguiente. Entonces yo no pasaba de la bayeta o el percal, y los pies se me habían puesto callosos de andar descalza. Pero Catalina cubría el banquito de su maltratado piano con sedas y tafetanes, con rasos y terciopelos, mientras sus escaarpines curtidos por el fastidio golpeaban los pedales a destiempo.

Poco a poco me fui quedando en la casa. Unos días daba una mano en la cocina; otros, acarrea baldes con agua del pozo para la limpieza. Las más de las veces jugaba con Catalina, que se aburría entre muñecas de trapo y de porcelana, y se pinchaba los dedos demasiado torpes o perezosos como para coserles vestidos. Prefería encargarme a mí esas tareas pacientes y terminaba mirándome dar puntadas y cortar modelos copiados de los últimos figurines de la tienda de Álvarez, un español jovencito y emprendedor que estaba haciendo dinero con ideas nuevas y mucho trabajo. «Yo no tengo tus habilidades —suspiraba Catalina, hundiendo la cabeza rizada en los almohadones de la cama— pero no ha de faltarme quien cosa para mí. En tu caso, haces bien en aprender. Me gusta verte. Le he pedido a Mamita que te tome permanente». Cuando entré como criada fija a la casa de Benavídez, había cumplido los catorce años y había tenido mi primera sangre. Mi madre se resistía a dejarme ir, pero yo ya era una mujer: el empleo representaba un sueldo más y una boca menos. No se privó, por cierto, de llenarme la bolsa ya que no de dineros, de abundantes consejos. «Benavídez es un hombre decente que cuida el buen nombre y orden de su casa. No es sirvientero ni juerguista. Doña Juliana es un cero a la izquierda: rezadora y enfermiza. Eso sí, incapaz de molestar a nadie. Y Catalina, ya la conocemos: un poco caprichosa, como cualquier niña bonita criada en el regalo. Pero no es mala, y te tiene cariño. Queda en tus manos el andar derecha y no dejarte engañar por cualquier mocito que venga a embelesarte los oídos. Que te sirva de lección lo que ha sufrido tu madre».

Doña Juanita la pastelera, como la llamaban, no perdía nunca la ocasión de recordarme que yo era hija de su sufrimiento inicial y sin duda indeleble. Tanto, que todos los demás dolores y calamidades le parecieron nada al lado de aquel amor perdido: un inglés (después resultó ser un irlandés) de la primera invasión que enamoró a la criollita morena y se volvió a su tierra sin haberse enterado siquiera de que aquí le quedaba una hija. Mi padre desconocido no pudo legarme otra herencia que sus ojos azules —dos raras claridades para una cara oscura— que me dieron cierto prestigio en mi sociedad de bellezas humildes. Mamá no tuvo mejor suerte con su segundo hombre —esta vez un criollo como ella—, que se perdió para no volver en una operación de contrabando de cueros a la otra orilla, no sin tomar la precaución de haberle dejado una parva de cinco críos para que se entretuviera.

Mi trabajo en la casa de Benavídez era ligero y usualmente grato. Más que en fregona, me convertí en acompañante de la niña. Terminé aprendiendo a leer y escribir con caligrafía ponderable porque Catalina insistía en tenerme a su lado para que no se le hicieran tan pesadas las clases de sus preceptores. Y al poco tiempo dominé también las cuatro operaciones aritméticas, cosa que a los pobres nos es muy necesaria para aprender a administrar mejor nuestros magros recursos. ¡Más le hubiera valido a mi infeliz patroncita entender algo más de números, y menos de lánguidos pestañeos hacia los candidatos de turno! En eso sí que podía dar cátedra, y pocas o ninguna sobresalían tanto en el difícil arte que ella dominaba con calidad innata. Le ayudaban bastante, hay que reconocerlo, sus pestañas, que eran propias y sin artificio, pero tan negras, fuertes y espesas que parecían postizas. Cuando ladeaba la cabecita —de un azabache que viraba hacia el azul— y esas pestañas abrían y cerraban en la cara palidísima dos relámpagos verdes, no había galán que se le resistiera. Así fue como Catalina Benavídez, hija de un comerciante de buen pasar, respetado pero anodino, enamoró nada menos que al benjamín de los Álzaga, don Francisquito.

Cierto que ya los Álzaga no eran lo que habían sido en los buenos tiempos del padre, el alcalde don Martín, antes de que se le diera por meterse en conspiraciones. Después de todo y a mi juicio don Martín tenía razón consigo mismo, aunque su causa fuera equivocada. Era un godo viejo (peor que godo, vascuence) orgulloso como Lucifer y más terco que una recua de mulas empacadas. Usó con valentía su orgullo y su terquedad para defender la villa española contra las balas de los ingleses (ya que no contra sus seducciones), y volvió a usarlos, aunque esta vez sin éxito, para defenderla de los revolucionarios locales. Perdió y pagó, con su vida y con gran parte de su fortuna. Pero la fortuna era mucha y muy buenas las relaciones en las que se había sustentado. Tanto que para cuando Pancho Álzaga llegó a la edad de merecer, su madre viuda (no menos terca que su marido) y su hermano mayor don Félix, habían logrado rescatar un monto considerable. De todas maneras, era difícil saber a

ciencia cierta si el joven Francisco tenía mucho más de lo que exhibía o si exhibía mucho más de lo que tenía. Catalina, acostumbrada a la vida fácil y a los razonamientos aun más fáciles, no se quebró la cabeza y prefirió contentarse con todos los brillos —de galanura y de moneda— que se hallaban a la vista.

Tampoco preguntaron mucho los padres, deslumbrados ante la perspectiva de emparentar con los Álzaga por el matrimonio de su única hija. La boda fue rápida y espectacular. Se habló durante semanas de los bordados del vestido de novia, del banquete nupcial, del increíble ajuar trabajado en las telas más ricas, de la felicidad de los contrayentes, tan hermosos los dos que al mirarse creían estar viéndose en un espejo, por más que en cuanto a belleza, Catalina, la Estrella del Norte, se llevara las palmas.

Mi patroncita, ya casada, tampoco quiso prescindir de mí. Le era necesaria para pasar las horas interminables de su día ocioso, no siempre compartido por Francisco. Éste pronto empezó a mostrar los gustos que ya se le conocían, aunque ni ella ni sus padres hubiesen querido verlos a tiempo. Mientras yo —con delantal de lino almidonado— servía el té para Catalina y sus amigas en un servicio de porcelana francesa, su marido echaba ternos y patacones sobre las mesas de juego del Café de los Catalanes o de la Victoria. No iba solo, sino con algunos de esos amigos íntimos que las mujeres casadas llaman «amigotes», y que pronto se redujeron a tres figuras invariables: un muchacho cordobés, Juan Pablo Arriaga —al que pronto le quitaron su seriedad callada, casi de convento—; Jaime Marcet, un catalán sinvergüenza que hacía poco había pescado a una rica heredera, Jacobita Usandivaras, y para sorpresa general, Francisco Álvarez, el mismo laborioso tendero de los figurines, mayor que todos ellos pero novato en las lides del gran mundo y la buena sociedad a la que aspiraba a pertenecer ahora que había amasado el dinero suficiente.

En tanto don Pancho andaba en copas y recorría con tales amigotes ciertas casas de Madamas con supuestas sobrinas que en realidad eran otra cosa, Catalina comenzó a ponerse verde y amarilla y a vomitar hasta el mate cebado con canela que yo misma le alcanzaba calentito a la cama no bien se despertaba. No pasábamos malos ratos cuando ella estaba buena. Era alegre y chismosa, y entre las dos cortábamos en tiritas las *toilettes* que se habían lucido en la cena de la noche anterior. «¿Te has fijado, María Juana, en los abalorios que llevaba al cuello la de Senillosa? Pura cristalería con esmalte. ¡Y ella, empeñada en hacerlos pasar por perlas verdaderas!». «Pues mucho peor era el corte de su vestido. Dice que lo ha mandado traer de París, pero tengo para mí que no ha salido sino de las manos infames de Misia Periquita, que antes apenas si cosía sábanas y ahora se ha metido a modista». Nos reíamos las dos, hasta que unas náuseas inoportunas terminaban con el buen humor de Catalina y me obligaban a alcanzarle una jofaina, y a refrescarle la frente con pañuelitos embebidos en alcanfor y agua de Colonia.

A medida que su embarazo avanzaba, progresaban también sus temores. Gruesa ya como de seis meses, me tenía de la mano, al lado de su cama, mientras se le escurrían las lágrimas. «María Juana, tenés que jurarme algo. Por la Virgen del Perpetuo Socorro te lo pido, y porque nos queremos desde chicas». Yo la tranquilizaba, dándole palmaditas y apretándole los dedos, tan delicados que a veces se le pelaban sólo al contacto del jabón de tocador. «Quiero que me jures, Juanita, que si me muero de ésta, verás que se críe bien mi hijito». «¿Pero, Niña, quién le ha dicho que se va a morir?». «Nadie, pero yo lo sé. Y cuando yo me muera, ¿qué va a ser del chiquitín? Mi madre vive en Babia, y mi padre, en sus negocios. Pancho no es malo, pero no tiene cabeza. Volverá pronto a casarse con cualquier pelandusca, y mi pobre hijo terminará en manos de una madrastra. O peor aún, de alguna querida que apeste a perfume. Con mi suegra y mis cuñadas, mejor no contar. Desde que murió don Martín viven enclaustradas en su casa como en un convento y parece que nada de lo que ocurra afuera les importa. Sólo confío en vos, Juanita. Los niños necesitan mimo, cuidados, felicidad: ser importantes para los grandes. ¿Quién si no vos podría darle eso?». Yo le secaba la frente y le decía que sí a todo, aunque todo me pareciera un notable disparate. En primer lugar porque las aprensiones de Catalina, según decían las comadres, eran normales en las primerizas y tanto más en ella que nunca había sufrido gran cosa como no fuese el aburrimiento. En segundo lugar, porque nada garantizaba que, una vez difunta, yo, que era su doncella personal, fuera a quedarme en la casa. Y mucho menos para lustrar las botas de don Panchito o esperar a que sus miradas audaces —contenidas por la presencia de su mujer— pasaran a los hechos. Pero aquellos trances me convencieron, eso sí, de que Catalina no era tan tonta como se la juzgaba, y que veía y decía grandes verdades cuando la apretaban las angustias.

Por fin dio a luz un varón al que pusieron Martín Leandro, por su abuelo el alcalde y conspirador. Disipados sus miedos, Catalina volvió a ser la de antes: en nada pensaba, más que en el angelito que había traído al mundo, y en volver a lucir su belleza por los salones, tal cual la había exhibido antes de su preñez y maternidad. Mortificada con los dos o tres centímetros que había ganado su cintura y por cierta insinuación de papada que comenzaba a advertirse en su cuello alabastrino, quiso cubrir las indiscretas redondeces con resplandores. De la comida no pensaba privarse, porque resultó perfectamente apta para dar el pecho y su médico la tenía a dieta de natas y yemas de huevo batidas con un poco de vino de Oporto, mientras criara a su robusto infante (aunque lo de robusto es un decir pues el pobre Martín distaba mucho de tener el genio y el vigor de su malogrado abuelo y tocayo). Catalina quería compensaciones por su dedicación maternal, y empezó a perseguir a Pancho para que le comprase un aderezo de brillantes que hacía tiempo venía codiciando. Pero él, sospechosamente, le daba largas al asunto. No por tacaño (que antes bien era hartito

manirroto) ni porque buscase hostigar a Catalina con tantas postergaciones (por el contrario, hubiera querido aplacarla y aplacar él mismo algún escozor de conciencia no ajeno a sus escapadas, aun más frecuentes durante el embarazo, a las casas de Madamas y Madamitas). La triste verdad (que luego se convirtió en horrible, tiñéndose de sangre) es que Pancho tenía fuertes deudas de juego, y que era demasiado orgulloso como para rebajarse a pedir o ganar el dinero honestamente. Ese orgullo y su mala conciencia tampoco le dejaban confesárselo a su hermano ni a su mujer, que maquinaba y lloraba sobre mi hombro siempre fiel, pensando que cuanto Pancho le negaba a ella, lo estaba derramando a manos llenas sobre los blancos senos de alguna barragana (cosa que habría sido cierta antes tal vez, pero que entonces sin duda ya no lo era). Francisco Álzaga había perdido todo apetito de mancebas (aunque las importasen de la Francia) y comenzó a volverse cada vez más bebedor y más meditabundo, como que rumiaba de dónde iba a sacar el dinero faltante sin que se hiciesen públicas su ruina y su vergüenza. Como no tenía la cabeza muy despierta — cosa que acertadamente había visto Catalina cuando el miedo a morir le despejaba la inteligencia—, eligió el peor expediente de todos y no sólo se condenó él mismo — bien se lo merecía—, sino a su mujer y a su hijo, que eran inocentes.

Tampoco estaba yo muy lúcida en aquellos tiempos para aconsejar a Catalina. Me había llegado el amor, pero no precisamente bajo la forma de un Cupido rosado y mantecoso. Era un huracán morocho, montado sobre un espléndido parejero y vestido de color punzó, con largos rulos negros, la cara pálida y dotes de payador, que jineteaba bajo las ventanas enrejadas para que yo lo viese desde el cuarto de costura o desde la sala de recibo. Hasta se atrevió a darme alguna serenata cuyos acordes llegaban hasta el secreto de los patios y parecían brotar de la tierra misma, floreciendo con los aromas del jazmín. Don Francisco no tuvo que ir a reclamarle explicaciones, como patrón ofendido, porque él mismo se apersonó, respetuoso, a pedirle mi mano. Tantas finezas y formalidades no eran muy de gauchos, pero mi Pascasio no era un gaucho cualquiera. Estaba en la Guardia de los Colorados del Monte, que defendían la campaña, y las estancias de don Juan Manuel de Rosas, entonces sólo un hacendado hábil y corajudo, que tanto iba a dar que hablar poco después. Don Juan Manuel era hombre de orden, y le gustaba que la gente a su servicio estuviese bien casada y establecida, con compromisos serios.

A pesar de los llantos de Catalina, que no quería perderme, enseguida acepté, compelida por la fuerza mayor de la pasión amorosa, que supo resistir, incluso, a los furibundos embates de mamá. Ella no se limitó a moquear como la patroncita. Puso literalmente el grito en el cielo y creo que hasta se arrancó algunos mechones de su trenza ya encanecida. «¡Desgraciada! ¡Boba! ¡Más que boba! —y los alaridos debieron de oírse en una cuadra a la redonda—, ¡Por una buena estampa de varón y un par de cancioncitas vas a dejar una vida de halagos y comodidades! ¿Adónde te

vas a enterrar, so infeliz? ¿Sabés lo que te espera? ¡Levantarte al alba, ordeñar las vacas, limpiar y fregar el día entero, parir un crío por año mientras tu maridito juega a la taba o a las carreras, lavar pañales y narices con mocos! ¡Y quieran Dios y la Virgen que no entren los indios y termines en las mantas de un salvaje! ¿En qué otro lugar vas a estar como ahora, vestida como una señorita, sin hacer nada, salvo pasear al niño o llevarle a la Catalina el libro de misa? ¡¡Ay, ay, ay, ay!! ¡Unos años más que esperases y te podrías casar con un médico o un tendero viudo! ¡Si hasta sabés leer y escribir con buena letra y sacar cuentas! ¡Incauta! ¡Idiota! ¿Por qué nadie escarmienta si no es en carne propia? ¡No te alcanzarán para arrepentirte todos los días de tu vida...!».

Pensé que mi madre bien podría tener razón, pero que esa razón no conformaba los corazones; que los médicos y tenderos viudos por entonces en oferta no me gustaban nada, mientras que Pascasio me gustaba mucho, y que tampoco iba a pasarme mis mejores años enjugando las lágrimas de Catalina, por más cómoda que yo estuviese en su casa. Al final, las cosas sucedieron de tal modo que resulté teniendo todas las razones, las del corazón y las de la sensatez.

Nos casamos una mañana de diciembre en la capilla de la estancia Los Cerrillos, junto con otros gauchos del coronel Rosas que habían decidido pasar por la sacristía (algunos un poco tarde, como que los acompañaban hasta cuatro y cinco retoños, ya grandecitos). El mismo don Juan Manuel y su mujer, doña Encarnación, fueron los padrinos de la ceremonia. No hubo vajilla de Sévres ni cubiertos de plata ni carruaje de bodas como en los desposorios de Catalina. Pero comimos empanadas con pasas y asado con cuero y nos entonamos con tinto de Cuyo. Al atardecer, los pisos y las botas se habían gastado de tanto zapateo y los ruedos de las polleras y las enaguas almidonadas se habían vuelto negros. Luego Pascasio me llevó en las ancas de su parejero a nuestra casa nueva: un rancho de adobe bien techado y bien pintado, con un campito y hacienda, que era el regalo de bodas del coronel Rosas. Yo apretaba entre los dedos un relicario de oro con un retrato de Catalina, que ella me había dado para que no la olvidase. No la olvidé, aunque tampoco me arrepentí.

La vida en el campo era áspera y poderosa. No se resiste en vano la caída del cielo sobre los ojos cuando se mira la inmensidad, acostados sobre la llanura que late. Las mañanas me despertaban con olores de trébol y de tomillo. La ropa de cama bordada que había traído de la ciudad, y mis vestidos siempre limpios concentraban los aromas de la tierra púrpura. Al anochecer comenzaban a resonar a coro las voces húmedas de la pampa. Y la más querida entre todas, la voz de Pascasio, que para mí no gastó su dulzura en cuantos años estuvimos juntos.

No perdí enseguida el contacto con Catalina. Pascasio iba a la ciudad, con ganado o por encargos cada mes o dos meses. No pude acompañarlo más que una vez, por haber quedado, casi de inmediato, en estado de buena esperanza. A la vuelta siempre

me traía una carta y un obsequio de Catalina (cintas, puntillas, telas), en retribución de las conservas y las bolsitas de olor que yo le enviaba. Hasta que casi al término de mi embarazo, me trajo también una espantosa noticia: Francisco Álzaga había huido después de confesar su participación en el asesinato de su tocayo Francisco Álvarez, el tendero, uno de aquellos amigotes que compartían sus juergas. «No pude ver a tu patroncita, prenda. Está encerrada llorando, muerta de la vergüenza, y no recibe a nadie. Parece que Álzaga la ha dejado no sólo deshonrada, sino también en la ruina, con más deudas de juego que propiedades. Ahora tendrá que vivir de lo que a su cuñado don Félix se le ocurra darle a ella y a su hijo». «Pero ¿y el aderezo de diamantes que al final le compró don Pancho?». «Sería con el dinero de Álvarez. Se dice que Álzaga y los otros amigos lo mataron para robarle, aunque el cadáver todavía no ha aparecido».

El cadáver se halló, para colmo de males, en una quinta de los Álzaga. Al que no se halló nunca fue a don Panchito. Sus cómplices, Arriaga y Marcet, fueron ejecutados. No volví a saber de Catalina sino de tarde en tarde, cuando recibía una esquelita borroneada con lágrimas, agradeciéndome alguna atención que le mandaba con Pascasio. Al final ni siquiera esquelas hubo entre nosotras. Los años, las guerras, los gobiernos, los hijos (Pascasio y yo tuvimos seis) pasaron rápidos, coloridos, con suertes y desgracias, como los naipes desplegados de una baraja. Se rebeló Lavalle, fusiló a Dorrego, fue derrotado, gobernó Rosas, mataron a Facundo, Rosas volvió a mandar, y con él nosotros también, modestamente. Se ampliaron nuestras tierras, por nuestro empeño e industria y por los buenos servicios de mi marido a la causa federal; además, yo terminé ayudando a administrar una de las estancias del Restaurador —no en vano había aprendido a la perfección las cuatro operaciones de la aritmética—. Hicimos cierta fortuna, y muchas veces pensé en Catalina. Pero Pascasio no juzgó prudente que reanudásemos relaciones. «Los Álzaga son ahora muy unitarios, además de que ella, al fin y al cabo, es la esposa de un asesino huido. Don Juan Manuel no vería bien que anduvieras en tratos con esa gente. Lo que tenemos lo hemos ganado trabajando y no vamos a perderlo por una tontería». Pero también a nosotros se nos dio vuelta la taba. No perdimos el dinero, sino cosas peores. Pascasio perdió la vida en una rodada —¡él, que me había enamorado desde el lomo de un alazán!—. No volvió a recobrar el sentido ni los movimientos después de su accidente, y para que no siguiera padeciendo, ni vivo ni muerto como estaba, hubo que llamar al despenador. Como todos los males llegan juntos, al poco tiempo cayó, traicionado por Urquiza, don Juan Manuel.

Me quedé viuda y muy triste, aunque no aburrída. En el campo hay siempre mucho trabajo, y a esas alturas mis hijos e hijas estaban casados y ya iban naciendo los nietos, de modo que cuando la melancolía amenazaba con dejarme inútil para otra cosa que no fuese lamentar mi soledad, acortaba el tiempo visitándolos y atendiendo

embarazos y partos de hijas y nueras. Extrañaba sobre todo la voz grave y tierna de Pascasio. Todavía no he regalado a nadie su guitarra. Ninguno de sus hijos ni de sus yernos ha sabido cantar como él. Quién sabe si algún día lo harán sus nietos.

Una tarde, acomodando ropa blanca en un baúl, tropecé con unos papeles arrugados en el fondo. Cuando los levanté, no podía creerlo: eran los figurines de Álvarez, aquellos que yo usaba de modelo para cortarles vestiditos a las muñecas mientras Catalina me miraba desde los almohadones. Los volví a doblar con cuidado, y se me cayeron las lágrimas. Al cerrar la tapa del baúl, supe que estaba cerrando también una parte de mi vida. Ya no volvería mi Pascasio, ni don Juan Manuel, ni doña Manuelita, la Niña, donosa y compuesta como una virgen de altar, pero capaz de ganarles carreras a caballo a los gauchos viejos. Conservábamos y hasta habíamos acrecentado nuestra hacienda, aunque sin aquella fiesta de los tiempos federales. Buenos Aires era de Mitre, ya no de Rosas, ni siquiera del entrerriano. Sentí, quizá precisamente por eso, que mi vida en el campo había concluido. Mis hijos se arreglaban sin mí. En el Puerto, en cambio, podría darles algún auxilio a los hermanos que habían tenido menos suerte, y a lo mejor, aunque esto no me lo confesaba claramente entonces, buscar a Catalina.

A mediados de los años 60 me instalé en una casa de altos, en el barrio de San Juan. Pasé con buena salud y ánimo alentado la epidemia de cólera que vino poco después. De ese trance me quedó la costumbre de visitar moribundos y asistir enfermos. También cosía, tejía, bordaba, y para entretenerme empecé a leer libros, sobre todo novelas, aunque muchas de ellas me parecían sonsas al lado de tantos sucedidos como había presenciado en la vida real. Cuando me lo pedían, siempre estaba dispuesta a escribir cartas para los pobres que no fueron beneficiados por tediosos pero útiles preceptores o por maestros de primeras letras. Y aunque nunca había sido muy asidua a las misas ni devociones, empecé a frecuentar la iglesia de San Francisco, que no quedaba lejos de mi casa. Me gustaban los sermones que allí da todavía el cura irlandés, a cuyas virtudes se suma una voz profunda y melodiosa, si bien nunca tanto como la de Pascasio.

Averigüé algunas cosas sobre Catalina: que Martín, su hijo, había muerto muy joven, por el '47, y que aún antes había fallecido su cuñado y único protector, don Félix. Sus padres tampoco existían ya: primero había desaparecido don Benavídez, y después doña Juliana, a quien no se le ocurrió mejor idea que testar en favor de la Curia, antes que en favor de su hija, ni viuda ni casada, que había aumentado su deshonor amancebándose, para paliar sus penas y su falta de fondos, con un médico inglés afecto al whisky. Pero el médico había fallecido también, y de aquí en más se perdía el rastro de Catalina.

Nadie quería encontrarlo, por cierto. A las señoras cuyas *toilettes* habíamos criticado cuando teníamos veinte años y ninguna preocupación, no podía inspirarles

el menor interés alguien de tal manera degradado en la escala del dinero y del prestigio. Casi me incliné a darla por muerta, hasta que una tarde, al subir por las escalinatas de San Francisco, una mendiga con la cabeza cubierta y la ropa desgarrada, a la que habitualmente le daba limosna, levantó de pronto los ojos para mirarme. «Hago pasteles —me dijo— y amaso pan. Si la señora quisiera, podría llevarle algo todas las mañanas. No me gusta pedir». Aunque me inspiraban honda desconfianza los panes o pasteles que pudieran amasar las pobres manos laceradas y sucias de aquella mujer que desprendía a dos metros un tufo alcohólico, le di mi dirección. Me prometió pasar por casa la mañana siguiente.

Ya en la iglesia, mientras el padre Reilly levantaba hacia lo alto la hostia consagrada, el corazón me dio un vuelco mortal, y sentí que se me empapaban las mejillas. Aquella manera de ladear la cabeza bajo los andrajos, aquellos ojos, que guardaban todavía una lucecita verde... No me importó correr a la calle en plena ceremonia, ni registrar las escalinatas, ni dar voces descompasadas llamándola. Pero todo fue en vano, y quizá así fue mejor. Ya en casa, y más serena, me lavé la cara y me miré al espejo. Yo todavía era yo: María Juana Gutiérrez, viuda de Echegoyen: una señora de buen ver, con cierto porte matronil aunque no vetusto, el pelo entrecano y el cutis fresco. Aún me brillaban en la cara, intactos y casi inocentes, los ojos azules de ese padre ignoto que debió de ser buen bailarín y buen bebedor, con la risa fácil y el corazón tan ligero como fogoso. Ya lo había perdonado, de todos modos. Nacer no es poca cosa.

A mí podía reconocérseme con facilidad. Mi historia no me había destruido; sólo me había madurado, como las frutas que se van secando, pero se hacen más dulces. Si Catalina había logrado identificarme y no me lo había dicho, era simplemente porque no había querido decírmelo, aunque por otro lado deseara verme. ¿Por qué no iba yo a respetar ese último resto de su dignidad?

A la mañana siguiente esperé su visita. Vino, en efecto, un poco más limpia y con menos resabios de alcohol (a esa hora, aún no habría empezado lo peor). No me miraba de frente y apenas respondía a mis intentos de darle conversación. Siguió viniendo todas las mañanas. Por lo general no pasaba del zaguán y se limitaba a entregarme los pastelitos, que no eran tan malos como lo había temido. Yo se los pagaba y de vez en cuando añadía alguna otra cosa: una pañoleta, unas sábanas, unas medias, una falda buena pero ya en desuso. En los últimos tiempos, un día de frío que congelaba, aceptó entrar en la sala de recibo. Tosía mucho y escupía sangre. Le serví un té con ginebra.

—Tendría usted que dejarse ver por un médico —le dije.

—Los médicos no valen para nada. Sólo miran. Diagnostican lo que ya es incurable.

—De todas maneras...

—Iré al hospicio cuando ya no pueda moverme.

—¿No quiere que la acompañe? El padre Reilly y yo podríamos hacer algo por usted.

—Usted ya ha hecho suficiente. Y los curas nunca harán lo bastante. No confío en ninguno.

Los ojos se le quedaron quietos, y luego iniciaron un recorrido estratégico. Miraron primero los retratos familiares —harto numerosos pero aún así, todavía escasos— que adornaban un mueble en esquina con caras reposadas de hijos adultos y caritas curiosas de niños. Miraron, por fin, aquel relicario que me colgaba del cuello, donde yo había guardado la imagen de la joven Catalina y, a su lado, un daguerrotipo de Pascasio. Empecé a temblar. Pero ella no dijo nada. Se levantó, casi groseramente, y fue hasta la puerta. Allí se detuvo apenas un instante: «Tiene usted una buena casa. Una buena vida. La que se merecía, estoy segura». No me dio tiempo a contestarle. Se colgó de mi cuello y me dio un beso en cada mejilla. Luego desapareció, como diluida en la niebla, a pesar de que las piernas ulceradas debían de entorpecerle los movimientos.

Los días siguientes hice cuantas diligencias pude para encontrarla, auxiliada por Reilly, que ya conocía la historia. Cuando volvimos a enhebrar el hilo, era muy tarde. Catalina había ido al parar al Hospital de Mujeres de la calle Esmeralda y había sido enterrada, poco después, en el Cementerio del Norte. Pero también allí su mala estrella la acompañó: a la mañana hallaron en uno de los senderos su cadáver ensangrentado. Prematura e indignamente sepultada, había logrado salir del ataúd al que enseguida hubo de volver.

Todo apareció en los diarios, que a buena hora se acordaban de ella, y que tampoco omitieron las referencias al desgraciado de Pancho. Él no había muerto todavía, y que yo sepa, dura hasta el día de hoy. Estuvo prófugo; dicen que quiso unirse a los unitarios, primero a Rivera y luego al ejército del general Paz, y que los dos lo rechazaron por ladrón y por asesino. Ahora reside en la provincia de Corrientes, en Paso de los Libres, donde recibió un indulto y hasta tiene un campito, después de haber trabajado como hachero y haberse hecho amigo de los indios en la Impenetrable. Se amancebó con una tal Gabina Ojeda, que le dio diez hijos, dicen que tan malos o tan bravos como él —ambas cosas están demasiado cerca y que sean cualidades o defectos sólo parece depender de los fines para los que se usen.

Conservo aún el relicario sobre el pecho, y no he olvidado. Todos los meses, en el día aniversario de nuestro encuentro, hago recordar en la misa el alma de Catalina, que bien lo necesitará. La pobre ha de estar dando vueltas por el Purgatorio, mirando cómo otras se cosen ellas mismas las túnicas de ángeles que han de estrenar muy pronto. Y ella, sin saber dar una puntada, y sin atreverse a reclamar el Cielo.

El que lo había entregado

Entonces Judas, el que lo había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente.

MATEO, 27: 3-4

Un día, precisamente junto al sitio en que una inglesa católica había sepultado a su marido... me encontré sobre un obelisco la más concisa y terrible inscripción que había visto yo hasta entonces. Era ésta:

*DON FRANCISCO ALVAREZ
ASESINADO POR SUS AMIGOS
1828*

WOODBINE HINCHLIFF, *Viaje al Plata en 1861*

Cuando la mano de Francisco Álvarez apareció por fin en el agua del pozo, bajo la noria, supimos que esa mano muerta estaba firmando también nuestra condena. Dicen que los dedos se abrían hacia arriba, como si suplicaran, y que salían de un brazo seco, casi por completo despojado de carne. Lo descubrieron unos chicos que cazaban pájaros en el bosque de naranjos, cuyas hojas siempre verdes se obstinan contra el invierno. Una piedra de honda se cayó al pozo, unos ojos se acercaron para no olvidar nunca lo que vieron. Una voz se desbocó en un grito.

Ese grito fue transformándose en noticia y en insulto. Llegó junto con el cadáver al Departamento de Policía y también a los espacios más íntimos de las casas de familia, donde se escuchan historias al lado del brasero encendido. Llegó a las mesas del Café de Marcos, y al Café de los Catalanes y a los salones de mala fama donde siguen bailando, vestidas de raso y pintadas de carmín, las hembras de paga que solíamos tener entre los brazos. Llegó a la pluma del juez que ha escrito nuestra sentencia, ya inapelable.

En poco tiempo moriremos. Moriré yo, Juan Pablo Arriaga, a los veintiún años, sin haber gustado de la juventud otros placeres que los comprados, sin dejar un hijo que me suceda, ni una obra perdurable, sino el recuerdo de un crimen deshonesto. Y ni siquiera tengo —como Marcet y quizá como Álzaga— el orgullo de mi delito.

Cargo con la vergüenza de los mediocres y de los tibios, con la culpa incompleta del cómplice y el testigo.

También Álvarez fue, en cierto modo, culpable. Él mismo compró su muerte sin verla. Venía envuelta en un lujoso paquete de regalo, atada con cintas de seda, forrada y oculta en la amistad de don Francisco de Paula de Álzaga, el orgulloso, el rico, el aristócrata que condescendía en dar el brazo y en invitar a su mesa a un tendero prestamista. Después de todo, ¿qué otra cosa era Álvarez? Sin títulos, sin brillos de casta ni de cultura, no ostentaba otros blasones que los de su habilidad y su trabajo, tan despreciado por los hidalgos como nosotros, jactanciosos de una holganza principesca aunque nuestros padres —tal era el caso del mismo Álzaga— hubiesen ganado a pulso su fortuna con esfuerzo e industria. Por eso no veíamos mérito alguno en ese hombre de ojos huecos y claros, afectuoso y alegre, tan cándido en la amistad como había sido lince para los negocios. Nos reíamos por dentro, creyéndonos tanto mejores, cuando lo escuchábamos hablar con trabajo un español contaminado de portugués. Palabras arrastradas, pesadamente dulces, ridículos diminutivos que evocaban la sombra de una aldea gallega perdida entre montañas.

A falta de mejores prendas propias, Francisco Álvarez se jactaba de nosotros, nos exhibía. Sobre todo exhibía a Pancho, su tocayo. Nos llamaban «los cuatro amigos». Éramos inseparables, no precisamente en las tertulias domésticas, pero sí en los cafés donde se jugaba fuerte, y entre las extranjeras de costumbres livianas. Las mujeres de Álzaga y de Marcet —casi recién casados— no veían ni oían o fingían no hacerlo. Álvarez, acostumbrado a un maduro celibato, no sobrellevaba otros reproches que los de su hermano Ángel, asustado por el dispendio. ¿A mí quién iba a reprocharme nada? Mis padres, en Córdoba, excusaban esas diversiones varoniles propias de mis pocos años, siempre que gastase el dinero en compañía de algún nombre resonante. Pero el dinero comenzó a acabarse, y no sólo el mío. Jacobita Usandivaras de Marcet no estaba dispuesta a abrir el cofre de su dote para que su marido se lo gastara en juergas. Ni Pancho Álzaga podía exigirle más rentas a su hermano mayor, que había recuperado la fortuna y el nombre de la familia. Ninguno quiso caer en el oprobio de negociar con Álvarez. La boca de Pancho disparó municiones de un desdén furioso cuando me atreví a sugerírsele: «¿Que ese aldeano me preste dinero? ¿Deberle yo a Álvarez? No he caído tan bajo. Piense usted mejor a quién se dirige antes de proponer semejantes inconveniencias».

Francisco de Paula no había aprendido de la humillación más que ira y resentimiento redoblado. Porque él también sabía en carne propia lo que es el desprecio, y cuánto duran las memorias del odio. No sólo él lo recordaba, sino todo el pueblo de Buenos Aires. «¿Ha visto ese pisaverde que va en coche descubierto? Es el menor de los Álzaga. Hace quince años estaban casi en la ruina, después que fusilaron a su padre don Martín, el que fue alcalde, por conspirar contra la

Revolución. Ahora han rescatado buena parte de su capital. No le digo las ínfulas, porque ésas sí que nunca las perdieron». Los ojos de Francisco de Paula no habían vuelto a estar serenos: en el corazón de las pupilas flameaba un cuerpo muerto, ofendido por perforaciones de balas y de calumnias, colgado en la horca de la Plaza Mayor, injuriado por vuelos de cientos de palomas que sus mismos compañeros de escuela habían soltado en la hora de su ejecución, para honrar a la libertad. El cuerpo de Martín de Álzaga siguió pudriéndose, como un cadáver fresco, en la casona de la calle Bolívar donde hasta el día de hoy su viuda y sus seis hijas solteras guardan el duelo. Siguió pudriéndose en el fondo de los ojos de Pancho Álzaga, envenenándole todas las miradas.

Tampoco Jaime Marcet quiso escucharme. «¡Cómo se ve que es usted un imberbe, Arriaga, un niño de pecho! ¿Qué hombre se rebaja a pedir lo que puede tomar de otra manera? ¿Quién es ese Álvarez para que nosotros nos convirtamos en sus deudores, para que nos tenga sujetos como perros a una trailla?». Callé ante su indudable superioridad de hombre mayor, casado, padre y adúltero. Antes que suplicar a Álvarez, intentamos primero robar a otros —Velarde, el vecino de Marcet; el comerciante Genela— con ardides que fracasaron.

¿Fue de Marcet la idea de la «broma»? ¿Fue de Álzaga? No fue mía, de eso estoy seguro. Creí, o fingí creer, que realmente se trataba de una broma. Que le daríamos un susto, que lo amenazaríamos, que le haríamos saber, de una vez por todas, quién valía y quién no, en esa sociedad que él juzgaba «de iguales». A Marcet se le ocurrió el expediente de la casa y el piano. Llevaríamos a Álvarez, con el pretexto de mostrarle el piano que hacía tiempo deseaba comprar, a una casa retirada. Una vez allí lo tendríamos apartado del camino —¿durmiéndolo?, ¿golpeándolo?, ¿matándolo?— y podríamos dedicarnos a saquear su tienda. Yo mismo encontré una casa de altos que me pareció apropiada, en la calle Esmeralda. Ofrecí alquilarla condicionalmente para otro cordobés, el coronel Deheza. Recorrí junto a su dueña, la viuda de Lafranca, los cuartos vacíos. En la planta baja los pisos eran de ladrillo crudo, con tierra entre las juntas. Arriba, los techos resultaban extrañamente bajos, y me sentí preso y sin aire, comprimido entre las vigas gruesas del cielo raso y las rejas de las ventanas. Cuando bajamos, el maderamen de la escalera crujía bajo mis botas con un rechinar que era casi un quejido, como si pisara el largo esqueleto de un cuerpo viviente. Estuve a punto de decir a la viuda que la casa no servía, que el coronel Deheza odiaba las escaleras, que los pisos bajos estaban mal hechos, que eran brutalmente irregulares. Las llaves que ella ya me había dado se me humedecían entre los dedos. Pensé en Marcet. Me avergonzó la sonrisa previsible, infame como un corte de navaja en plena cara. Imaginé las palabras odiosas («¿Tuvo usted miedo, criatura? ¿Escrúpulos? Ya me parecía que sólo le encajaba el papel de monaguillo. Vaya a confesar sus malos pensamientos y que le den en penitencia cuatro

padrenuestros»). Guardé silencio y le entregué a la viuda sin reparos el adelanto pedido.

Esperamos hasta principios del mes de julio, cuando los corredores de Álvarez llegaban con el dinero de los préstamos y de las hipotecas. El 5 fue el día elegido para mostrarle el piano «de ocasión», a un precio adecuado como para tentarlo. Aquella noche era tan fría que desollaba la piel de la cara. Las venas finas de las manos y de los dedos amenazaban romperse, heridas por astillitas de sangre.

Primero salimos a cenar, luego buscaríamos al gallego. Comimos y bebimos en el Café de la Victoria: una cena regia, como si fuéramos nosotros los condenados a muerte y estuviéramos disfrutando de nuestro último deseo. Álzaga se emborrachó. Empezó a imitar a Francisco Álvarez. Pero las palabras oscilaban en el aire con una melodía torpe, discordante, degradada. Los diminutivos se le empastaban contra los dientes con lentitud empalagosa y sucia, como si mascara tabaco. Nos vieron y nos oyeron con exceso. Si no se hubiese tratado de un Álzaga, Marcet no hubiera titubeado en desairarlo sin reparos. Solamente lo miró con la sonrisa fría y desviada.

Me tocó a mí, en su lugar, buscar a Álvarez. Salí temblando a la calle, a pesar de los buenos vinos, y de la última copa de coñac. El gallego no estaba en su tienda de la Recova Nueva. Tampoco en el Café de los Catalanes ni en la casa habitual de una francesa complaciente. Cuando concluí el circuito, Álvarez ya había vuelto a su negocio. Le propuse que fuéramos a la calle Esmeralda, donde nos esperaban los otros. Vacilé. «Con esta noche tan fría! Si no tuviera tantas ganas de tener un piano... Casi no los hay ahora en venta en Buenos Aires. ¿También ha ido Álzaga?». «Claro. Álzaga, el primero», le aseguré. Álvarez liquidó las dudas. Sonreía estúpidamente, con veneración y alivio. «Vamos entonces, ya que él está. Don Francisco sí que sabe de estas cosas. Confío tanto en su consejo».

Aunque nos envolvimos en las capas, el aliento se filtraba en nubes de bruma bajo el tejido de lanilla. La luz rala de los faroles nos convertía en fantasmas. Álvarez tosió. Era un hombre menudo y bajo. El pelo, que le empezaba a escasear, habría sido rubio en la niñez; la piel lechosa dejaba traslucir las venas de la cara. Abría hacia delante, confiado, los ojos celestes que lagrimeaban por el frío. Reprimí el impulso de tomarlo por los hombros y sacudirlo. «Imbécil —pensé—, vas a morir por una ilusión, por un piano. Por una música que no sabrías tocar. Por un juguete para la niña bonita con quien terminarías por casarte».

Unos bultos con voz nos saludaron. Distinguí el timbre apenas ronco de una muchacha de servicio que me gustaba. «¿No es ése Arriaga? No nos ha conocido, seguramente. Si no, ya nos habría contestado». «Buenas copas ha de tener encima», oí comentar a un hombre. Me llegó el eco de risas y de voces que se perdieron en el campo inmenso y ciego de la noche. Seguí avanzando con Álvarez por el hilo que marcaba la luz de los faroles, incierto y bamboleante como la cuerda de un

equilibrista tendida sobre lo oscuro.

Dejé de sentir frío. Dejé de sentir. No podría explicar cómo llegamos a la casa de la calle Esmeralda, ni recuerdo el dibujo de mis pasos en la niebla helada. Creo —y no es excusa— que había dos seres en mí. Uno era un extranjero, un horrible desconocido que mecánicamente, sin vacilaciones ni preguntas, siguiendo el camino trazado, estaba llevando a Francisco Álvarez hacia la piedra de su sacrificio. El otro era yo, tal como había sido apenas unos años atrás, pidiendo la bendición a mi padre antes de ir a recogerme para el descanso, recibiendo en la frente el beso de mi madre, que pasaba por todos los cuartos y apagaba los cabos de vela de las palmatorias. Ese yo iba encogido y temeroso, atado con cadena de hierro al intruso implacable, llorando porque el acto que iba a cometer lo cortaría para siempre de los suyos, lo haría indigno de volver a levantar la cara hacia los ojos de la madre, que quizá lo quisiera de todos modos, pero que no lograría entenderlo nunca. Mi padre acaso lo comprendería mejor (aunque tampoco pudiese perdonarlo), porque lo mío no era con Álvarez ni con su dinero. Era con Marcet. *Por* Marcet. Para que Marcet no me creyera menos hombre.

Él en persona abrió la puerta cuando hice sonar la aldaba. Los golpes vibraron demasiado, quizá porque la casa era como una cueva en un desamparo de montañas, desierta de muebles, de adornos y de alfombras. Adentro la temperatura era de intemperie y no había una sola luz en los cuartos. Álvarez receló. «Qué oscuro está esto. Qué vacío. ¿Y Álzaga?». «No quedan más muebles que el piano —respondió Marcet, con voz casual—. Los dueños se lo han llevado todo. Recuerde que la casa está en venta. Pase ahora a los altos, que allí lo esperan el piano y Álzaga». Marcet acompañó la frase poniendo tranca a la puerta. Álvarez tosió, pero no con tos de frío sino de temor. La voz le sonó en falso, quebradiza. «¡Álzaga! ¿Es que está usted ahí?». «Suba nomás, tocayo. Aquí lo espero» —el coñac hablaba todavía por la boca de Pancho, le cargaba las palabras con un centelleo denso, dorado y maligno—. Las escaleras se quejaron lentamente, con dolor y fatiga, como si Álvarez estuviera pisando sus propios huesos. Álzaga —más alto y casi temible mirado desde abajo— nos aguardaba con una vela encendida. «Pero ¿qué hace usted ahí solo? ¿Dónde está el piano?». Marcet se puso frente a Álvarez. El juego de la vela, pero sobre todo la luz de la luna, nos mostraba bien las caras y los resplandores de los ojos. Los de Jaime Marcet, que apenas había bebido, brillaban duramente, sin alcohol y sin fuego. «¡Qué piano ni piano! Prepárese a morir. Es su vida lo que hemos venido a buscar». Los tres rodeamos a Álvarez, que comenzó a mirarnos, desesperado, incrédulo. «¿Pero por qué quieren asesinarme? ¿Qué les he hecho? ¡Vaya una broma de mal gusto! ¡Por Dios! Deje usted ese puñal». El filo de la luna se cruzaba con la hoja de acero que Marcet tenía en la mano derecha, golpeaba en ella para volver a herir los ojos de Álvarez. Entonces él apeló a Álzaga. Aguardaba las palabras que lo

despertaran de la pesadilla, el gesto amistoso y la carcajada que borrarían el absurdo. Pero Pancho desenvainó su propio puñal. «Prepárese a morir», le dijo, con los ojos y la piel enrojecidos por el alcohol. Sin embargo la voz era seria y no mentía. Álvarez cayó desmayado. Creo que no por cobarde, sino porque la pena y la decepción lo aniquilaron cuando oyó la condena de labios de su tocayo, su modelo, su doble engrandecido.

Marcet cortó la garganta del cuerpo inerte. Parecía increíble que de ese pescuezo fino, casi de señorita, pudiera brotar tanta sangre. Todo empezó a mancharse. «Vamos a llevarlo a la letrina, así evitamos que se impregnen los pisos. Termine usted el trabajo» —le ordenó a Pancho Álzaga, que tomó el puñal incrustado en la garganta y le hizo un tajo circular, perfecto, como los matarifes cuando degüellan las reses. Grité y trastabillé. Estuve a punto de caer sobre el cadáver. La piel se le había vuelto aun más blanca de lo que fuera en vida. Parecía un santito barato, una de esas figuras de yeso, sin colorear, que se colocan en pequeños nichos a la entrada de las casas modestas, para bendecirlas.

Creí que el vientre se me vaciaba, pero Marcet me tomó por el cuello con la mano todavía roja. «¿Qué quiere usted? ¿Alarmar a los vecinos? ¿O darnos más suciedad para limpiar? Si piensa cagarse de miedo, hágalo afuera». Cuando quise reaccionar ya estaba en la calle. Marcet me había enviado a buscar el coche de alquiler que teníamos contratado para llevar al muerto. Yo mismo conduje el carruaje hasta la puerta. Ellos subieron a Álvarez, pero antes el catalán le quitó el anillo de la mano derecha y se lo guardó en el chaleco. «Para lo que va a servirle donde va». Era un círculo de oro pálido, chico y sencillo. Álvarez lo tenía en el dedo meñique. Quizá se lo habrían regalado de niño, para su comunión, y alguna vez lo había lucido en el anular.

Jaime Marcet subió al pescante y tomó las riendas. Álzaga y yo sentamos al muerto entre nosotros, en el interior del coche. Le vendamos el cuello con unas tiras de su propia camisa para que no sangrara tanto, y encima colocamos un pañuelo. Álzaga —como una concesión o una burla— le puso en el ojal el ramito de violetas que yo le había comprado a una florista en el Café de los Catalanes.

Marcet enfiló hacia Santa Lucía, la quinta de Álzaga. Los cuatro habíamos recorrido a caballo, durante el verano, aquellos campos. En el fondo de la quinta existía un rincón anárquico, desprolijo, donde los árboles frutales diversos, y sobre todo los naranjos, habían formado un bosquecito. Al despuntar la primavera los bajos del terreno comenzaban a llenarse de flores. Se avanzaba pisando corolas y yuyos altos, desgajando tallos con la puntera de los zapatos. Pero durante el invierno, el camino hacia la noria abandonada en el centro del naranjal quedaba libre.

El cuerpo escaso de Álvarez pesaba mucho —aún para los tres— cuando lo transportamos entre las ramas espesas de los naranjos. Al llegar a destino, le

aseguramos el brazo con una piedra. Luego arrojamos el cadáver a un pozo cavado bajo la noria, que se llenaba, irregularmente, con agua de manantial.

¿Importa lo que hicimos luego? ¿Cómo volvimos a la Capital? ¿Cómo entramos en la tienda de Álvarez, cómo encendimos las luces, para que se creyese que era el dueño quien había regresado? ¿Importa el dinero que nos repartimos o cuánto fue? Creo que no. Lo único fundamental había sucedido y seguiría sucediendo siempre. El crimen ya había cortado o desviado, irremediable, el flujo de nuestras vidas, aunque eso nosotros aún no lo sabíamos.

La primera señal fue la mutua desconfianza, el apartamiento. Empecé a odiar a Marcet y a Pancho Álzaga. ¿Dónde estaba el otro, el monstruoso extranjero que me había conducido a punta de angustia y falso orgullo hasta la casa de la calle Esmeralda, llevando a Álvarez engañado y sumiso como una oveja al matadero? Supe que había desaparecido por completo, y que no volvería ya. En su lugar estaba yo otra vez. Pero yo absolutamente solo, sin padres a quienes confiarme, sin los muros protectores de la casona de Córdoba para resguardarme del delito que aquel otro me había obligado a cometer.

Volví a frecuentar a Miguel de Azcuénaga, que antes era mi amigo, y que había preferido apartarse cuando el escándalo, el juego y las borracheras comenzaron a agraviar nuestra reputación de jóvenes alegres. No niego que estuve a punto de delatarme muchas veces. Pero el miedo personal a las consecuencias de mi confesión, o acaso una lealtad confusa hacia quienes todavía conservaban sobre mi alma fuerza de amos, me contenían. Aunque todo Buenos Aires estaba ya sobre nuestros pasos, aunque todos desconfiaban de los asiduos amigos de Francisco Álvarez, aunque las miradas acusadoras traspasan primero a los más débiles, no fui yo quien habló.

Fue el otro Francisco, fue Álzaga, que se había vuelto huraño y hosco, más dado que nunca a la bebida y a las inexplicables cabalgatas a la orilla del Riachuelo, perdido entre las curtiembres, donde paraba a compartir una pinta de vino con los desolladores de reses o los gauchos vagabundos que se atan las crenchas con una vincha sucia. Nadie entendía las nuevas aficiones del señorito, que ahora rara vez caminaba derecho, y que ataba su parejero chapeado de plata en el palenque de taperas inmundas.

Pancho terminó confesando en la quinta de su amigo Terrada, cercado, no por las palabras, sino por el silencio que se hacía en los corrillos de cualquier casa no bien él cruzaba el umbral de los salones. Habló frente a sus antiguos compañeros, borracho, sin reparar en lo que decía. Los presentes, incluso Azcuénaga, lo dejaron hablando solo: habían ido a denunciarlo. Sólo Terrada, aunque lo denostó, quiso darle su protección, y gracias a él y a su hermano Félix, Álzaga pudo huir montado en uno de sus caballos suntuosos y con una bolsa de caudales, sin que se sepa hasta hoy su paradero.

En vano fue que quisiéramos exculpamos. De ahí en más, los indicios surgieron y se eslabonaron: la llave de la casa de Esmeralda, las manchas sobre el piso que ni siquiera nuestros criados habían podido extirpar con baldes de lejía, y especialmente, los testigos —hombres y mujeres del pueblo llano o señoritos que nos repudiaban—. Todos nos habían visto y oído. Todos se unieron contra nosotros. Marcet no se preocupaba o fingía no preocuparse, hasta que apareció el cadáver, cuyo escondite Pancho no había alcanzado a delatar. Desde el fondo del manantial la mano indefensa y agarrotada de Francisco Álvarez alertaba al mundo con la cólera o la súplica de sus huesos chicos.

El fiscal, Vicente López y Planes, no pidió para nosotros la muerte irreparable, sino el destierro y la vergüenza pasajera, en forma de azotes. Para Álzaga exigió únicamente el exilio perpetuo. Quizá porque hasta la deshonra del viejo don Martín, el conspirador, empezaba a borrarse en parte, cubierta por el oro restaurado y el relumbrón del apellido. Pero de nada valió la benevolencia del fiscal, porque la prensa y la opinión pública se levantaron, y el juez falló de acuerdo con esa opinión, que era la suya. De nada valieron tampoco las posteriores apelaciones ni la tenacidad elocuente de los abogados defensores. Dicen que el gobernador Manuel Dorrego ha prometido el indulto, si el barco que trae las bases de la paz con el Brasil llega providencialmente antes de la hora de nuestra ejecución, esta mañana. Pero dicen también que Dorrego ha instruido a su capitán para que el barco salvador se retrase. Y aunque ese indulto fuera posible, no habríamos de escapar a una muerte peor: el pueblo mismo se abalanzaría sobre nosotros para destrozarnos.

En este momento ya no es la muerte cierta lo que me importa. ¿Es la misteriosa cara del Juez a quien veré dentro de poco?... A Marcet no le afligen esas preocupaciones. Anoche, por primera vez en dos meses, nos dejaron juntos y a solas unos momentos, quizá para que nos despidiésemos.

—¿Es posible que no le pese lo que hemos hecho?

—No, sino que lo hayamos hecho tan mal y se haya sabido.

—¿No le da a usted pena el destino de Álvarez?

—¿Qué pena había de darme? ¿Tiene pena el león de los cervatillos que devora?

—No somos animales.

—Sí que somos animales, y de los peores. Matamos más y mejor que las criaturas salvajes, y por motivos más fútiles. Pero de tal manera estamos hechos. Para que el fuerte tome sin piedad lo que tiene el débil. Siempre ha sido así, y así seguirá siendo.

—Nosotros éramos tres y Álvarez uno solo.

—Fue un ingenuo. Un simple. No debió reunírseos.

—No nos asistía el derecho de quitarle la vida.

—Tampoco les asiste a los soldados de ningún ejército para quitársela a sus enemigos, pero si lo logran, los condecoran como héroes.

—¿Qué dice usted? Los soldados mueren y matan por el honor de la patria.

—Por el bolsillo y el afán de poder de los que mandan a esos infelices a la pelea. Aunque no todos son infelices. A algunos les gusta.

—Es usted un miserable.

—Y usted, un monaguillo, Arriaga, siempre lo he dicho. ¿Qué se pierde con Álvarez? ¿Era un santo, un sabio, siquiera un buen padre de familia? No, sino un prestamista usurero que seguramente habrá hecho su fortunita robando a otros, como todos los ricos. Tenía dinero y sólo le faltaban la distinción, el prestigio, las relaciones con las que pudiera gastarlo. Nosotros le dimos eso. Fue feliz a manos llenas por un buen tiempo. Murió rápido y sufrió poco. Ya quisiera decir lo mismo la mayoría.

—¿Ni siquiera la inminencia de su propio fin lo lleva a usted al arrepentimiento? ¿No teme condenarse para toda la eternidad?

—No hay más eternidad que la de los gusanos. ¿Y quién va a condenarme, si otra cosa hubiera? ¿El Dios que ha hecho un mundo con tales leyes y las quiere negar con mandamientos hipócritas? En ese caso, estaré mejor con el demonio, que por lo menos predica el mal desembozadamente.

Cuando se lo llevaron, Marcet no dio vuelta la cara para mirarme. Moriré bien, maldiciendo, como ha vivido. Tal es el hombre cuyo desprecio temí más que ninguna otra cosa, al punto que para no merecerlo preferí convertirme en asesino. ¿Cómo moriré yo? No siento la contrición de haber ofendido a un Dios que siempre estuvo lejos, salvo, acaso, en la infancia: en las manos de mi madre que juntaron las mías para que aprendieran a rezarle. ¿Me serviría el perdón de ese Dios, si existiera y pudiese, en efecto, perdonarme? ¿Es que a Él, invulnerable, inmortal, lo rozan siquiera nuestros malos actos? Es el daño a los otros, los vulnerables, los mortales, los semejantes, lo que no tiene remedio. Los ojos de agua de Francisco Álvarez, que se creyó mi amigo, siguen mirándome. Me arrojan encima una música desgarrada, la caja en astillas de un piano roto. Los ojos de mi madre y de mi padre me miran también: en ellos la vergüenza y el dolor no se gastarán nunca. Hasta el último de sus días no podrán gozar en paz una primavera o una mañana iluminada, porque en el centro de cualquier paisaje estará mi cuerpo colgado en la horca de su ejecución, como una mancha, como esa sangre de Álvarez imposible de limpiar, tiñendo aun el más claro de sus cielos. Para ellos, sólo para ellos, no para el Dios que no conozco ni me conoce, escribo este mensaje:

Falta media hora para salir al suplicio y mi corazón siente, más que la muerte, la infamia.

Por eso y para satisfacción de mis queridos padres, de mis parientes y amigos, sobre todo en obsequio de la religión en que aquellos me

educaron y es, en este terrible momento, mi único consuelo, autorizo al presbítero don Tomás Ladrón de Guevara, haga entender a los vecinos y al mundo todo, que mi corazón se resistió siempre al crimen: que si lo cometí fue por efecto de las malas compañías y que en cuanto a las verdades católicas nunca dudé de ellas, y menos en este trance fatal.

Sirva pues mi confesión, de satisfacción a mis queridos padres, a mis dulces parientes y buenos amigos, y sirva de escarmiento al mundo civilizado.

El infeliz y desgraciado Juan Pablo Arriaga.

*En la capilla, a las 9.30 de la mañana
del 16 de septiembre de 1828.*

La casa de luto

*¡A callar he dicho! ¡Las lágrimas cuando estés
sola!*

Nos hundiremos todas en un mar de luto.

FEDERICO GARCÍA LORCA,
La casa de Bernarda Alba

Soy la última.

Cuando yo muera —mañana, pasado, dentro de unos días— la casa habrá quedado desierta, sin ningún testimonio humano de la deshonra que dividió las vidas y colocó entre el antes y el después la reja enlutada de nuestro encierro.

Únicamente las cosas son o parecen las mismas. La sala de recibo es idéntica a la de los tiempos felices: mi padre se sentó en esos sillones de jacarandá tapizados de rojo. Al cruzar sus umbrales, todos —no sólo la servidumbre, sino su mujer, sus trece hijos y hasta los yernos— se levantaban en señal de reverencia.

Mi abuela doña María Josefa de Inda rezaba el rosario ante ese Cristo de plata que alguna vez llegó a la casa a lomo de mula, desde las tierras altas del Perú. Los sahumadores en forma de pavos reales han seguido abriendo durante cincuenta años el abanico de su cola suntuosa, hasta que el olor del incienso construyó un nuevo techo de nostalgia y de humo bajo el cielo raso de las habitaciones huecas.

El olor del incienso ya estaba allí cuando don Martín de Álzaga, mi padre, había emprendido el camino sin retorno de la conspiración y de la muerte. Esa nube filtraba las voces que venían de la sala cerrada, rodeaba las capas de los conjurados que entraban con el sombrero calado hasta los ojos. Yo, la más pequeña de las hermanas, aún no sabía que eran conspiradores. Pero veía el halo de peligro que llevaban consigo, tiñendo de rojo las franjas de aroma cortadas por la luz. A nadie dije nada, sin embargo, como tampoco había revelado las figuras y los mapas que se me aparecían desde niña en el territorio aéreo del incienso. Sentada en un pequeño escabel, junto al estrado de esta casa de mis abuelos que luego sería la de nuestra clausura, miraba enrollarse y desaparecer las torres de la Alhambra, el mágico *botafumeiro* de la Catedral de Compostela, las puertas de Roncesvalles y el sendero de los peregrinos en las montañas cantábricas. Veía los muros imaginados de la casa de mi padre, en las provincias vascas, y las barcas de pescadores seducidas y devoradas por los mares del Norte. Pensaba que alguna vez esos lugares frágiles del sueño me serían cercanos, que yo tendría un pie sólido para poner sobre la tierra, que los caminos innumerables del mundo sentirían el peso de mi deseo.

Durante años, sentada ya no en el escabel sino en el estrado mismo, junto a mi madre y mis hermanas, las figuras en la niebla del incienso seguían apareciendo. De pronto, tras una Avemaría o un Padrenuestro, entre el infinito rosario de las tardes, asomaba una ciudad de cúpulas orientales, o una calleja perdida bajo campanas. Pero la mirada de mi madre me hacía apartar los ojos de las nubes en fuga y concentrarme en el rezo. Ella no podía permitirme olvidar que el luto terminaría solamente cuando terminaran nuestras vidas, y que el horizonte se acababa en las hojas de la puerta cancel. Más allá de esas planchas de roble espeso y de las cabezas felinas que sostenían el aro de los llamadores no había ni habría nunca nada. No fue para nosotros la ciudad de Dorrego, ni la de Rosas, ni la de las tertulias de doña Manuelita, ni la de Urquiza, ni la de Mitre ni la de Sarmiento. El mundo de afuera se había despeñado en la irrealidad. El tiempo quedó sellado como aquella puerta, preso en el espacio íntimo de los patios, después de que don Martín de Álzaga, vasallo fiel de la Corona española, fuera fusilado y luego colgado de la horca, como se cuelga a un ladrón o un asesino.

«Nos han hundido en un mar de luto», dijo mi madre. De ese mar, ni ella ni mi hermana Angelita nos permitieron asomar un instante la cabeza. Salvadas, del otro lado del mar sin fondo, quedaron las hermanas mayores, bien asidas a sus hombres, que eran su tabla en el naufragio. Incluso Narcisa, cuyo marido Matías de la Cámara fue ejecutado aun antes que nuestro padre. Las que enviudaron volvieron a casar. Nosotras no pudimos elegir a varón alguno, y tampoco elegimos a Dios. Nos casamos con el duelo y con el odio, con el rencor y la melancolía. Un pensamiento que no me atrevo a declarar aparece contra el pie de la cama donde una criada me está velando la vecindad de la muerte. Es puro y hermoso pero lleno de furia, como un ángel al que se ha traicionado. Tiene en la mano una espada de justicia que se coloca entre mis ojos, que ya no me deja desviar la mirada hacia la mentira.

Me dice que nosotras, acaso, pecamos por omisión y por cobardía, refugiadas entre inútiles escrúpulos, rehenes del pasado. Que mi madre, como la vieja España, fue un torbellino sombrío de soberbia, incapaz de perdón. Que nos sacrificó a la fuerza helada de su orgullo, que ese orgullo fue una de las formas de la venganza y que se dirigió sin piedad contra su propia sangre. El Ángel de ese juicio sigue mirándome, y yo me miro en él porque su cara terrible es como un espejo.

Mis años han sido una colección de horas muertas y de imágenes coaguladas. Escucho aún, como si hubiera sido ayer, los golpes de aldabón que parecen astillar las puertas. «¡Paso a la autoridad!», gritan las voces malvadas. «¡Abran a la justicia!», reclaman los injustos que entran a requisar la casa. Mi madre es flaca y pequeña, pero no se intimida. Crece bajo las miradas insultantes. Los hombres destripan almohadones, rasgan el tapiz adamascado de las paredes, dan vuelta los cajones de un *secrétaire*, rompen, quizá más por diversión o impaciencia que por maldad, jarrones

de porcelana. Mi madre los deja hacer, no precisamente por aprobación ni por debilidad sino por sumo desprecio. Nadie conoce tan bien como ella el arte de despreciar.

Si en nuestra casa nada se halla, en otro lugar encuentran, por fin, no ya a sus papeles sino al padre mismo, delatado a punta de fusiles y amenazas por el cura de la Concepción, el clérigo Nicolás Calvo. Don Martín de Álzaga no se amilana. Sólo pide tiempo para vestirse dignamente. Sale vigilado por el edecán Zamudio. No hay justificaciones, súplicas ni quejas. Sus únicas palabras son para preguntar a Zamudio por su familia. Después de la ejecución, todas las ventanas de nuestra casa se cubren con colgaduras negras. Compadezco a mis hermanos menores, Francisco y Mariano, de diez y trece años, tan pequeños y ya vestidos de luto riguroso. Entonces ignoro todavía que más debiera compadecerme a mí misma, porque yo no dejaré ese luto en lo que me resta de vida.

Francisco de Paula se acerca a mi madre, que reina sobre el estrado y sobre las hijas que la rodean.

—¿Por qué han fusilado al padre? —pregunta—. ¿Qué ha hecho?

—Nada, sino ser leal a su Rey. Nada, sino cumplir con su obligación.

—¿Cómo han podido condenarlo por eso? ¿Cómo no lo han amparado las leyes? —tercia Mariano.

—Porque ahora tenemos leyes nuevas, hijo. Otras leyes que los rebeldes han inventado para su provecho.

—¿Tan fácil es entonces hacer y deshacer las leyes, madre? —insiste Francisco.

—Tan fácil, cuando no se tiene temor de Dios.

—¿Y qué hemos de ser nosotros? ¿Españoles o rebeldes?

—Puesto que aquí vivimos y estamos a merced de ellas, tendréis que ser lo que manden esas leyes nuevas. Y ya he hablado bastante. Ahora, a callar y a rezar.

Suenan las campanas del Ángelus y la madre desgrana las cuentas del Rosario. Los dedos duros aprietan el nácar redondo de cada cuenta como si quisieran fundirlo. La voz altiva no tiene ya rastro de lágrimas. *Dios te salve, María. Llena eres de Gracia. El Señor es contigo.* Francisco, que está a mi lado, mueve los labios, pero sin palabras audibles. Cuando madre baja la guardia concentrándose en la presión de los dedos, Pancho me mira oblicuamente, con ojos torvos que no corresponden a sus años.

—Yo no pienso rezar nunca más en mi vida —me susurra.

—¿Cómo se te ocurre? No blasfemes. Dios te va a castigar.

—No hay Dios, tonta. Si lo hubiese, no habría permitido que matasen al padre. Cualquiera puede hacer lo que le venga en gana, con tal que sea el más fuerte.

—Cállate. No sabes lo que dices. Reza para que Dios te perdone.

Mi madre persigue nuestros murmullos con la mirada. Pero ahora tengo menos

miedo de ella que de mi hermano Francisco.

«Nos han hundido en un mar de luto», dirá Madre a la mañana siguiente. Ella nos ha hundido sin juicio ni apelaciones. No somos monjas de clausura pero tenemos un voto: acompañar la viudez de la Señora de Álzaga. Y un juramento: afrentar a la sociedad que nos ha deshonrado volviéndole la espalda para siempre. De aquí en adelante sólo saldremos para la misa del alba, a cuatro pasos de nuestra casa, que ha vuelto a ser la de los abuelos maternos, y no la que ocupábamos, a media cuadra, cuando vivía el padre. De aquí en adelante ya no nos importarán las modas ni las músicas, ni siquiera los cambios de la política. De eso se ocupan los hombres: los cuñados, y Félix, nuestro hermano, que peleará en los ejércitos y también en las salas de los Tribunales para restablecer nuestro crédito y nuestra fortuna.

Somos muy parecidas y cada día lo seremos más. Mi madre, María Magdalena, que absurdamente lleva el nombre de la pecadora más famosa, y luego nosotras, sus siempre hijas: Andrea, Angelita, Paula, Tiburcia, Agustina y yo, Atanasia. Sus casi hermanas, con la juventud desarmada bajo las ropas uniformes que apartan de los cuerpos el riesgo del deseo. ¿Pero es que ha muerto el deseo? Sólo está oculto. Reaparece siempre, como mis paisajes fantásticos en el encaje del incienso.

Sé que Tiburcia y Agustina lloran a menudo bajo las sábanas. Quizá porque se comparan con las otras hermanas que han tenido la suerte de casarse antes de la catástrofe. Quizá por los hijos que no tendremos jamás, por ese lugar ausente de nuestras camitas monásticas que nunca ocupará por las noches un cuerpo distinto. Pero no nos faltan otros motivos para llorar. Hemos llorado por Pancho, por Catalina Benavídez y por su hijito hasta quedarnos sin lágrimas. Como lloramos antes por Cecilio, el mayor, condenado, no al viaje por ciudades de ensueño, sino al exilio en la Banda Oriental y luego en España, donde imaginaría hasta su muerte planes imposibles para la reconquista del Plata. Como volveremos a hacerlo por Félix y por sus hijos, alzados contra Rosas en la revolución de los Libres del Sur, y que sólo gracias a las súplicas de mi hermano y a la confiscación de sus bienes salvarán la vida bajo el cielo de Montevideo.

Nuestro retiro no nos libra de curiosos asedios. Más bien, de algún modo, los incita. Hombres jóvenes montan guardia junto a la pila, a ver si logran atisbar nuestros rostros detrás de las mantillas cuando nos ofrecen el agua bendita. Es nuestra única oportunidad para mirar y ser miradas. Los criados, que todavía son muchos, hacen las compras —incluso de las telas con que nos vestimos—. Puertas adentro nadie que sea ajeno a la parentela es admitido. Una imagen —esa miniatura cercada por doble fila de diamantes, que Angelita guarda entre papeles de seda— se interpone como un escudo invulnerable entre nosotras y todos los ojos del mundo. Es la cara de don Martín de Álzaga, sellada y custodiada, que, a su vez, nos custodia. Una cara que impuso, acaso, menos amor que temor, y que está allí para recordarnos nuestro voto.

Los diarios van dando cuenta de las bodas de todas las que fueron nuestras amigas. Un día vemos entrar, trajeados como doctores, con bigote y patillas, a los sobrinos que hemos tenido en brazos. La alegría candente de los candombes pasa bajo los balcones cerrados: son pies que resuenan como tambores, son ojos que se desprenden de los cuerpos y bailan en las puntas de las antorchas, son cinturas que se desintegran en los reflejos de un vuelo. O es el rodar de los carruajes que llegan hasta la vecina casa de Rosas para las recepciones que ofrece la Niña a criollos y extranjeros, y que guardan dentro damas perfumadas como un estuche guarda sus joyas. Corre el verano del año '37. Hace apenas dos que mataron a Quiroga, el caudillo de La Rioja, y el Restaurador manda a sus anchas. Todavía lo apoya, bien que tibiamente, mi hermano Félix. Una prima se ha atrevido a insinuar que nos presenten en el salón de Manuelita. Pero mi madre la desalienta con una mirada que pesa como una cadena. Mis hermanas sacuden la cabeza. De todos modos, qué les importa. Ya están viejas o se sienten viejas. A casi todas nos ha pasado la edad de tener hijos. Pero es más que eso, incluso. Sabemos que aunque se nos abrieran de par en par todas las puertas, ya no podemos ni podremos partir jamás. Que somos como los pájaros nacidos en cautiverio, aterrados ante la inminencia de la libertad. Y el vínculo de sangre y de tiempo que nos ata las unas a las otras es mucho más fuerte que el que pudiera ligarnos a varón alguno.

¿Hemos vivido, entonces...? Muchas veces, sentada en el estrado, cuando se entremezclan en lo alto las figuras del humo, sentiré que no hay distancia entre la niña de catorce años, antes de la infamia y del encierro, y la mujer que ha entrado en la cuarentena con las mismas trenzas, ahora recogidas en alto, y el cutis sin arrugas de los que nunca han sufrido ofensas de trabajo ni de intemperie. Más que vivir, quizá, hemos perdurado bajo un fanal, inmunes a la carencia y a la pérdida, aunque los años siguientes acentúen nuestra reclusión, ya que los avatares de familia nos hermanan con los salvajes unitarios. Entonces las puertas de roble volverán a temblar cuando les estalle encima el galope de la Mazorca en una gran pedrada de cascos y relinchos, y las rocen, como cuchillas, las voces duras de Alén o de Cuitiño. Tampoco, sin embargo, la caída de Rosas sería después una liberación, porque para nosotras ya no era cárcel o anatema pertenecer a la familia de un proscrito. Nos habíamos habituado a la proscripción y a la derrota.

Dicen que en los últimos años la ciudad ha cambiado mucho. Que se viaja hacia la tierra adentro en máquinas de hierro y no en las carretas tiradas por bueyes. Que hasta los ranqueles que llegaban en malones casi hasta las puertas de Buenos Aires han sido muertos o barridos para siempre contra los flancos de la cordillera, y que las damas de sociedad tienen ahora chinitas domesticadas para peinarles las trenzas y llevarles el libro de misa. Ninguna de estas cosas he visto y ya no las veré.

A mí me ha tocado despedir a todas: Andrea, Angelita, Paula, Tiburcia, Agustina.

También han muerto los criados que eran esclavos en nuestra niñez y que alguna vez nos cargaron en hombros o nos pasearon en coche por una ciudad de casas bajas: Domingo, Mariano, Manuel, Vicente, José. Y las muchachas, con sus enaguas de almidón, sus zarcillos de plata boliviana y sus rebozos de colores, que envejecieron con nosotras: Ana, Candelaria, Rosa. Serán sus hijos los que lleven en andas mi ataúd, como llevaron los de mis hermanas.

El pasado se ha vuelto tan irreal como los dibujos que el humo del incienso edifica contra el techo. Quizá nuestra vida es apenas una inscripción más entre esos diseños que cambian con los giros del aire y las tonalidades de la luz. Quizá el drama que representamos durante más de medio siglo es tan sólo la sombra de una escena grandiosa que Dios imaginó y desechó en un segundo de su pensamiento, y que nosotras nos limitamos a ejecutar con la lentitud y la torpeza propias de los mortales, arrastrando el peso de la carne y la sangre desde nuestra juventud hasta la muerte.

Cumplimos bien. Quienquiera que haya diseñado las reglas de la escena debe estar satisfecho. Ya no siento el rosario entre los dedos, que se resisten a moverse. Tampoco puedo mover los labios para enunciar el rezo que me proteja no ya tanto de Dios, como de mí. Temo no haber ganado el paraíso de esas ciudades de humo que no he visitado en la tierra y que tampoco he de conocer después de muerta.

Temo que mi único paraíso posible sea una réplica de esta casa cerrada donde se multiplican los patios hacia adentro, y las sombras de negro, las voces, y los ecos.

La esclava y el niño

Negra soy, hijas de Jerusalem, pero soy bien parecida; soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón. No reparéis en que soy morena, porque ha robado el sol mi color.

SALOMÓN, *Cantar de los Cantares*, I, 4-5

Catalina Dogan murió el 31 de agosto de 1863, a los setenta y cinco años de edad. Fue, en su humilde clase de sirvienta, un modelo de fidelidad y honradez.

Epitafio inscripto en la tumba de Catalina Dogan.
Bóveda de la familia Sáenz Baliente ^[3]

El primer terrón blando, humedecido por una lluvia apenas perceptible, cae sobre el ataúd que acaba de descender. Le siguen otros, lanzados por manos tan oscuras como el cuerpo que descansa bajo la tapa de madera. Luego las palas colman la fosa y aplastan los montones irregulares. A una señal de don Bernabé Sáenz Baliente, los sepultureros arrastran una lápida sobre la tierra fresca. Las letras se han grabado profundamente, como para que puedan ser leídas sin dificultades aun después de un siglo.

La tapa de piedra se ajusta contra el muro alto de la bóveda: una buena mansión fúnebre donde los huesos ociosos de la familia podrán reposar toda la eternidad sin incomodidades ni apremios. Catalina Dogan estará del otro lado de la pared, pero protegida y amparada por ella, y siempre a mano, como estuvo en la vida. Dos de las criadas: Clara y María, colocan flores del jardín doméstico sobre la inscripción que exalta las virtudes del ama de llaves, mientras el resto del personal mira asintiendo, en un silencio respetuoso. Catalina Dogan tenía fama de severa, pero no dejaba por eso de ser querida.

Don Bernabé se emboza más estrechamente en la capa de lana, sacudido por un escalofrío. La ceremonia ha terminado. Enfila hacia el coche que los espera junto a su hijo Juan Pablo, y algunos parientes que conocían y estimaban a la difunta. Los criados siguen a pie al carruaje, sin apuro. Don Bernabé mira por la ventanilla los rebozos de las muchachas, donde brillan, como cristales, algunas gotas finísimas bajo el sol indeciso.

Cuando llegan a la casa, nada parece haber cambiado. No hay una mota de polvo sobre los muebles, los respaldos de los sillones lucen los mismos tejidos de croché

labrados por Catalina en otro tiempo. No faltan el coñac y los licores que se ofrecen al hijo, a los hermanos, a primos y sobrinos. Hablan de política, de campos, de negocios, de lances de honor, no de la muerte, aunque crean sentir a la espalda sus pasos cortos de mujer vieja, y la bandeja cubierta por un mantel bordado, que solía presentar cargada de pastelillos. Los familiares se van, después de unos cigarrillos, para comer en su casa junto a los suyos. Juan Pablo anuncia que irá a recostarse un rato en uno de los cuartos. Pretextado dolor de cabeza, pero su padre lo sabe derrotado por el afecto antiguo: ha sido, desde que nació, el niño mimado de Catalina y de su madre, el Único, el centro de una casa siempre demasiado grande y demasiado vacía.

Don Bernabé no quiere ir al inútil dormitorio matrimonial de su viudez, donde la cama desmesurada, con baldaquino, le recuerda que duerme solo y que el extremo helado de las sábanas no llega jamás a calentarse. Se demora en el sillón de la biblioteca y pide una manta a pesar de la estufa encendida. Se abriga y se empequeñece, discreto, renuente a demandar más atención. Tiene los hábitos austeros y los pocos caprichos de los que nunca han sido o nunca se han creído importantes. Las circunstancias no le regalaron jamás la corona del Único y el Imprescindible, como a Juan Pablo. Durante años se sintió una pieza fácilmente reemplazable y casi oculta en la máquina de una casa fecunda donde sólo era el quinto entre quince hijos que fueron apareciendo uno tras otro con la regularidad de las cosechas. Por mucho tiempo, en esa casa desbordante de vidas humanas y patios vegetales, Catalina Dogan fue la única que tuvo voluntad de mirarlo.

Desde que le alcanza la memoria, Catalina siempre ha estado allí. El apellido irlandés de su abuela materna se adhiere con extrañeza a la cara africana aunque no por cierto —pero esto lo entenderá más tarde— como un don o una carta de filiación, sino, antes bien, como un sello de propiedad. Al niño Bernabé jamás se le ocurre, sin embargo, que Catalina pueda ser considerada, en ningún sentido, una cosa. El cuerpo trabaja como si bailara, tan lejos de la inmovilidad fulgurante de los objetos preciosos como de la sumisión pasiva de los utensilios. Su voz persuade las malas voluntades. El canto de un idioma desconocido que imita la música de los pájaros o los ruidos de un bosque, negocia con las pesadillas y los extravíos de los sueños.

El niño Bernabé come poco y crece menos. Doña Juana de la Cruz Pueyrredon no puede atender al desgano y la parvedad de ese hijo que ya se mantiene de pie sobre la tierra, cuando lleva una nueva criatura en el vientre y tiene otra a los pechos. Pero Catalina descubre caminos inéditos y razones inexcusables para que las carnes, las verduras, las legumbres, vayan del plato hasta la boca de Bernabé, que mastica fascinado y distraído, absorto en la trayectoria de las palabras.

Bernabé tardará más tiempo que el usual en entender, escritas, estas palabras voladoras. Se enferma con facilidad y la madre prohíbe que lo lleven a la escuela de primeras letras en las mañanas que el invierno perfora con punzones de hielo. Cuando

todavía no sabe la cartilla, ya ha aprendido, en cambio, que para algunos seres hasta la respiración cuesta un esfuerzo. Se obstina en aspirar vapores de eucalipto a través de conductos por donde el aire no pasa a torrentes, sino por gotas, engañando la amenaza de la asfixia con un silbido. Catalina lo acompaña en esa terquedad trabajosa. Al lado de la cama hace croché o puntillas, corta mangas o corpiños, cose y borda. Bernabé comienza a amar los materiales mágicos que embellecen los cuerpos, disfrazan al cobarde y mejoran al enfermo. Sopesa entre las palmas las suavidades, grosores y finuras que su padre y su abuelo han comprado, vendido y llevado a buen puerto entre las insolencias del mar. Toca bretañas y bramantes, pieles de cisne, bayetas y estameñas, sargas imperiales, brocados y bombasíes. Mientras espera que las píldoras de cascarilla bajen las fiebres de su protegido, Catalina le consuela los ojos con los deslumbramientos de un arcón vedado, donde el padre guarda las telas de oro y plata, los tafetanes dobles y las tocas de reina, los damascos, los rasos y los más caros terciopelos. Pero ninguno de estos lujos brilla más intensamente que la seda negra de sus brazos y los dientes que la risa descubre como los tesoros de una mina escondida.

Bernabé piensa que Catalina es muy hermosa, y se lo dice a su madre una tarde, mientras la mira amamantar al hermano más pequeño.

La madre, sonríe, condescendiente.

—Sin duda es una buena muchacha y te quiere mucho. La bondad vale más que todas las bellezas. Y es cierto que no está mal para su color.

Bernabé calla. El color de Catalina le parece una capa radiante que la protege del sol y la intemperie y le da una decidida fortaleza, ajena a su propia piel pálida y taciturna de niño encerrado.

Muy pronto, todas las diferencias parecerán disolverse en un tumulto de bayonetas y un choque de uniformes, quizá porque los diferentes han pasado a ser otros, rubios y colorados, que hablan en la lengua de los herejes, enemigos no sólo de la Corona de España, sino de Nuestro Señor Jesucristo y Santa María Virgen. Por dos veces, en dos años seguidos, se armará Buenos Aires para resistir la invasión de los monstruos que sin embargo tienen modales humanos cuando se sientan a la mesa en las casas de familia y se inclinan ante las niñas para pedir un baile.

Catalina Dogan se preocupa entonces muy poco por Bernabé, más por los ingleses, y mucho más aún por quienes los combaten. Comienza a esperar, ansiosa, las visitas de los Ocampo, cuyo cochero se ha enrolado en el regimiento de morenos. Fermín Ocampo se convierte en la estrella tiránica y excluyente del fogón y las tertulias de la cocina. Cuando los ingleses son expulsados por primera vez, con algún gasto de balas y otro tanto de alcuza de aceite hirviendo, se hacen en honor del moreno rondas de mate con canela y pasteles de membrillo, sólo para que cuente escaramuzas y exhiba sus trofeos: charreteras cortadas de una casaca enemiga,

morriones y hasta alguna moneda con la efigie extranjera del Rey vencido.

Bernabé odia la cara bruñida de Fermín Ocampo y sus palabras, también bruñidas, que relucen y retumban como trompetas. Odia su empaque pretensioso de cochero de casa grande, que se ha convertido en fanfarronería de soldado nuevo. Como la serpiente en el paraíso, su invasión insidiosa contamina los paseos con Catalina, los juegos, las carreras y el vuelo de los barriletes. Mientras la pelota de trapo entra por el mismo aro insulso, Bernabé oye risas y presiente besos. Pero cuando vuelve la espalda, Catalina y Fermín ya han desaparecido en los senderitos tupidos por los naranjos que florecen. A la vuelta, unas chispas pícaras en los ojos del mozo desmienten el ceremonioso estilo público de la despedida.

Por las noches Catalina acompaña, como siempre, las oraciones de Bernabé y le dobla luego el embozo de la sábana rígida y fragante. Aunque las manos repitan los gestos habituales, el beso en la frente le parece rápido y mecánico, incomparable con la atención fascinada que ella le presta al cochero. Bernabé sabe que se hunde en el pozo ardiente del pecado por desear males al prójimo, aunque no sea tan prójimo sino de color subido. Pero no teme afrontar las llamas del infierno con tal de recuperar a Catalina, y pide fervorosamente a un poder innominado —no puede ser a Dios, y tampoco se atreve a ponerse del todo bajo el ala del diablo— que Fermín Ocampo desaparezca. Que sus patronos lo vendan, que el gobierno lo destierre o lo encarcele por alguna falta que su desparpajo altanero seguramente lo llevará a cometer. Que olvide a Catalina —ya que ella es incapaz de olvidado— por una de esas mulatas de escotes turbulentos que ofrecen golosinas o panecillos de casa en casa, moviendo las caderas y alargando los ojos en miradas inconvenientes.

En poco tiempo, sus deseos se cumplen con holgura exagerada. Fermín Ocampo es uno de los primeros caídos en combate durante la segunda invasión de los ingleses. Una muerte más que honrosa, y por ello, de memoria irreprochable. Sus compañeros lo lloran como un héroe. Sus amos, como el servidor cumplido que generosamente han entregado a la patria. Catalina va más allá de las lágrimas.

A los pocos días Bernabé la encuentra desmayada en el patio del aljibe grande. El agua del balde volcado le moja, sin despertada, la cara y el cuello, congela los pechos pequeños bajo el vestido de algodón. Una conspiración de bayetas y almidones flotantes se arremolina enseguida sobre la muchacha, intenta apartar de los ojos del niño el hilo de sangre que va manchando, sin pudor, toda la falda.

La casa se cubre con un velo de murmullos impenetrables. La sangre sigue fluyendo. No bastan los remedios habituales, las cataplasmas ni las telarañas que manos oficiosas llevan al cuartito de Catalina. Hacia el anochecer, a la hora de la oración, Bernabé ve aparecer al mismo médico que lo atiende en sus ahogos, mientras la madre reza el rosario con los hijos, los esclavos, los sirvientes, la parentela, añadiendo esta vez un mego especial entre los pedidos usuales.

El médico se demora por un tiempo de escándalo, donde crecen las voces en sordina. Pide hilas, agua hirviendo. A la salida, la madre lo interroga. Bernabé acecha a la vuelta del cuarto. Atrapa en el aire frases sombrías y bajas, que suenan como golpes. «Ha hecho un disparate». «¿Pero se repondrá?». «Hay una infección en marcha. Dios lo sabe. Es joven y es fuerte. Claro que en el mejor de los casos, quedará inútil para tener más hijos». Bernabé vuelve al dormitorio. Se acuesta y se cubre hasta los ojos, temblando. Su pedido ha hecho desaparecer a Fermín Ocampo, pero también, irresponsablemente, ha herido a Catalina.

En los días siguientes, Bernabé no se levanta de la cama. La madre se sienta a su cabecera, con el hermano más pequeño entre los brazos. También el padre se acerca a mirarlo, alto y confuso para sus ojos, que la fiebre agita como un agua turbia.

—Es un niño impresionable —oye decir—. Estaba muy apegado a la chica.

—Si la negrita no se ha muerto. Y no morirá, tampoco. Hierba mala...

—No digas eso, Anselmo. Nunca tuve queja de ella. Siempre ha sido muy hacendosa, y no sabes cómo cuidaba a Bernabé.

—En ciertos aspectos, hasta las mejores son flojas. Si sale de ésta, bien le aprovecharía una temporada en la Casa de Reclusión.

—Pues creo que ya ha sido bastante castigada. No volverá a faltar.

La madre tiene razón. Cuando Catalina se levanta ha perdido peso y sonrisa y toda voluntad de pecado. También Bernabé se repone lentamente de la enfermedad de la culpa y del terror a su propio poder, que le deja —como a Catalina— cicatrices irreparables. Ya nunca pedirá nada, para sí o para otros, ni a Dios ni a Satanás. Nunca intentará influir en los destinos ajenos.

Si la madre deja de existir, cinco años más tarde, no es por su intervención sino por la del último hermano, que le ha traído la muerte envuelta en la rosa feroz del nacimiento. Siente cierto alivio al comprobar que los sucesos fastos o nefastos caen encima de las familias como una avalancha de piedras, con independencia del albedrío. El pronunciamiento de Mayo, la conspiración de Álzaga —hasta ayer nomás colega y amigo—, el encumbramiento de su tío Pueyrredon como uno de los jefes del nuevo gobierno, la muerte del padre, que sobrevive apenas tres años a Juana de la Cruz, dibujan un libro de cromos rabiosamente coloreados que a veces se le antoja, cuando lo hojea la memoria, la vida de otro: tan poco es lo que ha podido intervenir para escribirla.

Los tíos se hacen cargo de la casa y de la familia. Bernabé se prepara para el comercio: la profesión heredada que ya lo había cautivado en la infancia, cuando veía disfrazarse a Catalina con telas refulgentes como mariposas del trópico. Embarca rumbo a Londres, para adquirir experiencia, pero el barco donde viaja es apresado por una corbeta española, y debe bajar a la altura de Bahía. Agradece —sin saber a quién— su salvación, y regresa tranquilo a Buenos Aires. Ya se ha habituado a considerar

la vida como un tembladeral inexplicablemente barrido por vientos contrarios de dicha o de infortunio. Una felicidad convencional lo espera pronto: el decente matrimonio con su prima Victoria Albarellos, que nunca le dará un disgusto. Catalina queda al servicio de los nuevos esposos. Se ha convertido en una mujer seria, seca, menuda, que viste trajes de color negro o violeta, con cuellos altos e immaculados. Nunca se tocan, rara vez se miran de frente y sólo cuando nazca su hijo él verá emerger, desde un fondo remoto, el resplandor escondido de los dientes blancos.

El triunfo de Rosas sobre el insurrecto Lavalle arranca de Buenos Aires a los Sáenz Baliente y a los Pueyrredon. Como una pieza dócil en el tablero que no gobierna, Bernabé opta por el único movimiento posible: huye con su familia a Montevideo. Allí frecuenta a los unitarios de partido, que para su gusto hablan demasiado y hacen poco. Los años pasan sin sentirlos, como que la Banda Oriental y Buenos Aires son dos gotas de agua —piensa don Bernabé— y a pesar de la nostalgia la patria está siempre donde pueden hacerse los mejores negocios. Durante el segundo gobierno de su enemigo —casi borrado ya de su encono, a fuerza de distancia— comienzan a llegar contingentes juveniles de intelectuales descontentos. Don Bernabé, curioso de noticias, traba relación con algunos de los últimos proscritos. Un día invita a su casa al poeta José Mármol.

—¿Cómo es que se ha ido usted de Buenos Aires?

—Hubiera podido quedarme, de habérmelo propuesto. Rosas no deja de darles oportunidades a los conversos. Pero me era imposible sufrir más tanta corrupción, tanta indecencia. El fango ha subido la superficie. Es el lodo el que domina la sociedad, el que ha contaminado a las clases decentes y amenaza con ahogarlas. Jamás se ha visto ni se verá tal subversión del orden divino y natural.

Don Bernabé, reflexivo, paladea su licor. Presiente que el señor poeta abusa de la retórica.

—Imagínese usted —prosigue Mármol— que hasta los antiguos esclavos se han vuelto soberbios. Debieran agradecer a la magnanimidad de sus amos, que les han dado el sustento y a veces, incluso, hasta la libertad. Sin embargo, son los más adictos a Rosas, y no vacilan en delatar a las mismas familias en donde sirven.

—Pero ¿por qué lo apoyan? Tendrán algún motivo.

—Es que él les ha metido en la cabeza que para la Santa Federación son todos iguales, que no hay patronos ni sirvientes, que uno vale lo mismo que el otro. No se imagina usted los humos y el desparpajo de esa gentuza, la insolencia con que se enfrentan a un caballero o una dama, en la casa o en la calle. Ya volverán a su lugar, de donde nunca debieron salir, cuando seamos gobierno.

Catalina acaba de entrar con el servicio de mate. Mira con severo cuidado al poeta opositor, como si estudiara los detalles de su vestimenta para aprobar —o no— la calidad de la tela de su levita, la correcta alineación de los botones, o el lustre de las

botas. Luego se dirige a don Bernabé.

—¿Quiere que mande a Rosalía para que les cebe el mate? ¿O prefiere que lo haga yo personalmente?

Don Bernabé siente en las mejillas el rojo escozor de una vergüenza que ni siquiera le pertenece. Rezaría de buen grado para que su ama de llaves no haya oído las palabras de Mármol.

—De ninguna manera, Catalina, muchas gracias. Yo mismo llamaré a Rosalía cuando el mate nos apetezca.

José Mármol la ve marcharse, solemne y erguida, después de apoyar la bandeja sobre la mesa baja. Mira con extrañeza la cara nuevamente imperturbable de don Bernabé. Sigue con el relato de sus cuitas.

—Pero por quien más siento todo esto es por Manuela Rosas, la propia hija del Tirano, sacrificada a la necesidad política. Una mujer tan llena de virtudes como digna de lástima, que nunca podrá entregar su corazón honestamente ni formar una familia, mientras sigan así las cosas.

—¿Porque su padre se lo prohíbe?

—Él necesita que se mantenga soltera para sus fines. Y aunque no se lo prohibiera..., ¿es que acaso en Buenos Aires ha quedado algún caballero merecedor de ella?, ¿algún hombre superior que la domine y la fascine, capaz de ejercer sobre el alma tímida de las mujeres la indefinible influencia de la voluntad varonil, el despotismo de lo fuerte sobre lo débil? —el poeta entrecierra los ojos—, ¿alguien, en fin, digno de besar esa boca fresca y voluptuosa, o de posar la frente sobre esos blancos hombros, que el más altivo unitario no desdeñaría como reposo de sus fatigas?

Don Bernabé tose, incómodo. El lenguaje del vate romántico le parece demasiado libre; muy poco apto, en todo caso, para referirse a la dama que tanto dice respetar. Y por lo que recuerda, en la familia del Restaurador no existen ni han existido nunca mujeres de alma tímida.

—Pues yo que usted, mi joven amigo, pensaría seriamente en volverme federal. Las opiniones son tornadizas y la política no vale más que para hacer y deshacer fortunas. En cambio, los grandes afectos permanecen. Por lo que usted mismo declara, creo que la señorita Manuela bien vale una divisa.

El poeta Mármol reacciona al principio como si le hubiesen infligido la insultante bofetada que precede al duelo. Pero después la melancolía ablanda y debilita la cara tensa.

—Me temo, señor Sáenz Baliente, que para el caso ni siquiera el hacerme federal serviría de mucho.

Don Bernabé despide con distancia cortés al poeta y sus amorosas desdichas. La visita lo ha disgustado, pero más que con Mármol, sobre todo consigo mismo. A

nadie se le ha ocurrido tomar en cuenta los posibles intereses, afectos o simpatías políticas del ama de llaves antes de decidir su traslado a la otra orilla. Catalina ha venido con ellos de manera tan natural y automática como los baúles de ropa, la vajilla, y los pocos muebles que lograron embalar en un viaje precipitado. Nadie pensó, tampoco, en ofrecerle siquiera una carta de libertad con la que pudiera emplearse, si así lo deseaba, en Buenos Aires.

Don Bernabé la hace llamar una tarde y le entrega, firmado, ese papel que hasta entonces no había creído necesario. Catalina descifra lentamente la caligrafía notarial. Ha aprendido con Victoria la lectura, la escritura y las operaciones aritméticas elementales, por estimar que conviene a las responsabilidades crecientes de su cargo doméstico.

Lo mira luego, casi agraviada, al parecer.

—¿Para qué me da esto? ¿Es que usted o su señora no están conformes con mis servicios, después de tantos años? ¿Adónde quieren que me vaya?

—Claro que estamos conformes. Nadie pretende despedirte. Pero si algo nos pasa a Victoria y a mí, no quisiéramos que estuvieses a merced de la voluntad o las especulaciones de extraños. Además, los tiempos cambian. Cada vez quedan menos esclavos. Dentro de poco no los habrá ya. Y para mí mismo es un oprobio que todavía te encuentres en esa situación.

Catalina sonríe, acaso con un dejo de lástima o de burla.

—¿Y si algo les pasa, cree que el niño Juan Pablo pensaría en venderme? ¿Lo pensó usted, niño Bernabé, cuando se casó? Y no se preocupe, que todos somos esclavos de algo. También ustedes, los que se creen libres.

El ama de llaves se pone de pie. Don Bernabé supone que va a devolverle la orden de manumisión, o tal vez a romperla, con un gesto de teatro. Pero Catalina la enrolla con cuidado, y la coloca en el gran bolsillo de su delantal.

—Muchas gracias de todas maneras. Pondré esto a buen recaudo. Es un detalle práctico en el que bien podrían haber pensado antes, a la verdad. Por lo demás no tema, que yo voy a seguir ocupándome de la familia. Bueno fuera que los dejase ahora, después de haberme tomado tanto trabajo para que usted engordara y creciera y se hiciese un hombre de provecho. Todavía estoy luchando por ver si el niño Pablito también me sale bueno.

Don Bernabé medita. Evidentemente, las cosas cambian de color y de forma según el lado desde el que se miran. Quizá Catalina nunca ha creído que ella sea verdaderamente, en la realidad o en los papeles, una propiedad del Señor Don Bernabé Sáenz Baliente. Quizá, antes bien, para ella sólo hubo y hay una familia y dos niños: Bernabé y Juan Pablo, que son su hechura, su obra, y acaso —prefiere pensar— un motivo permanente para su orgullo.

La vida de Catalina, libre, no difiere en nada de la que ya llevaba Catalina,

esclava. Continúa haciendo y deshaciendo, con la misma tenaz autoridad, el orden doméstico. De su mano ubicua dependen el bienestar de Bernabé, la salud inestable de Victoria, el asiduo cuidado de Juan Pablo. En verdad —piensa el señor Sáenz Baliente— que si hubiese decidido emplearse en alguna de las casas ricas que les envidian esa joya eficaz, ya no sabrían cómo vivir sin ella.

Cuando quieren acordarse, ha caído Rosas y ha llegado el momento de volver a Buenos Aires. Don Bernabé vacila. No sabe si será una ganancia o una pérdida. Incluso el término del sitio de Montevideo le produce una insanable quemadura de añoranza, porque se ha adaptado a sus rutinas: al estremecimiento de los cañonazos, a la costumbre de tener enemigos inmediatos, inminentes, que ya se han transformado, casi, en otros vecinos. Por qué irse ahora, piensa, si hay un tejido de amistades nuevas sobre la trama ausente de las antiguas, tan fuerte que no han podido romperlo las bayonetas ni las balas. Por qué, si hasta los negocios reducidos a tanta estrechez en los últimos tiempos prometen prosperar velozmente con el levantamiento del cerco de Oribe.

Las mujeres, sin embargo, resultan menos fáciles de conformar. Puertas adentro, Bernabé se enfrenta con miradas que reflejan tan sólo el mapa fragmentario de los recuerdos. En los ojos de Catalina se ve a sí mismo, niño, y ve los veranos en una quinta de San Isidro, el aljibe, las telas de los arcones, la sonrisa vistosa de Fermín Ocampo, que ahora le parece simplemente alegre, más que fatua. En los ojos de Victoria Albarelos ve una casona colonial del barrio de San Juan, un piano y una partitura de ejercicios que tal vez nunca se ejecutaron con perfección, azahares y jazmines entre las hojas de un álbum. Es absurdo volver por cosas semejantes: por una mansión confiscada y acaso irrecuperable, por la sombra seca de flores primaverales y un piano vendido. Por un niño que ya no existe, por amores muertos, por una quinta sin duda modificada que se halla en manos de otra rama de la familia. Pero en los ojos de su hijo Juan Pablo, donde casi no hay recuerdos de tal clase, crece la curiosidad hacia los fantasmas de ese tiempo heredado.

Don Bernabé concluye cediendo ante el poder femenino, de límites tan acotados como intensos. Victoria y Catalina han vivido siempre entre cuatro paredes, en una orilla del río o en la otra. No conocen la anchura del espacio, los aventurados periplos del comercio, ni las carreras de caballos ni los naipes ni el tumulto de los cafés donde se arma y se desarma el destino de los pueblos. Apenas han frecuentado, extramuros, la sombra de la iglesia, el ajeteo de las tiendas y los mercados, y los salones o las cocinas de otras casas semejantes a la suya. Empero, son las que deciden, desde la profundidad de su mundo pequeño, que él regrese para vivir y morir —y morirá sin ellas— del otro lado del Plata.

Los diez últimos años en Buenos Aires le han quitado más cosas de las que le dieron. Al principio, un breve y absurdo nombramiento interino de Jefe de Policía,

debido más a cargas y manejos familiares que a la voluntad de ocupar un cargo tan ajeno a sus disposiciones. Luego don Bernabé, con más canas, menos pelo, menos parientes vivos y más arrugas, ha vuelto a los trabajos del comercio sin tener la dicha de festejar un nieto a quien legarle su amor final y su dinero. Ha vuelto, también, a las costumbres de la discordia interna, que no acaba junto con Rosas: sucesivamente las provincias hacen morder el polvo a Buenos Aires y Buenos Aires triunfa sobre las provincias. El azar violento es, como lo ha sido siempre, el eje imperceptible de todas las voluntades argentinas.

Don Bernabé aparta la manta que le cubre las piernas y se acerca al fuego obstinado de la estufa. Se pone en cuclillas y extiende las palmas ante las brasas. El mundo se empequeñece también, a su medida. Por un momento el salón de la biblioteca, con sus anaqueles de roble inglés y sus vitrinas que guardan libros de lomo suntuoso, no todos amados ni leídos, es la cocina de la quinta de San Isidro, con su techo de humo donde cuelgan ristras de ajo y cacerolas de cobre, y sus ventanas estrechas, defendidas por ramitos de olor que ahuyentan las ánimas en pena. Una mano bella, larga y oscura, va sacando las castañas que se doran y se endulzan para colocarlas en un cucurucho de papel de estraza que le tiende, con devoto deseo, otra mano pequeña, delgada, blanca.

Pero ahora Catalina Dogan se ha ido, tan silenciosa como si se quedara. Ha nacido esclava y ha muerto libre, llevándose consigo el misterio de su lealtad perenne y de su amor inconcluso. Don Bernabé se acaricia las mejillas que envejecen. Busca, sepultado bajo los pliegues y la papada, ese rostro de la infancia que sólo Catalina ha conocido y que ha muerto con ella definitivamente.

El general Quiroga vuelve en coche del muere

*...y a sus órdenes iban, rotas y desangradas, las
ánimas en pena de hombres y de caballos.*

JORGE LUIS BORGES,
«El general Quiroga va en coche al muere»

*Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«Muerte de Antoñito el Camborio»

I

Entre Ojo de Agua y Sinsacate hay un lugar donde la seca de febrero se siente menos. Pero no es todavía la lluvia del cielo lo que ha mojado las grietas de la tierra, en la barranca cercada por algarrobales y espinillos. Es sangre, y en su mayoría sangre de gauchos, el más frecuente abono que viene recibiendo últimamente la polvareda del desierto argentino.

El caballo de Santos Funes se encabrita. Los belfos se dilatan. Parece oler la tormenta que acecha en el despeñadero de las nubes negras, o quizá, a pesar de la distancia, la sangre reciente que todavía no es visible, como tampoco las otras señales de la muerte: el bulto de la galera medio tumbada, metida en el monte. Solamente los buitres que comienzan a volar en círculo dan su infalible indicio y testimonio.

Santos Funes, aunque curtido en guerras, siente un escalofrío por todo el largo del espinazo. Entre esos muertos seguros falta uno: él mismo. El único que ha logrado escapar junto a Marín, el segundo correo, que tiembla todavía sobre un catre de la posta, como si lo atacaran tercianas. Por eso quizá, más para sentirse definitivamente a salvo que para averiguar la suerte irreparable de los ya difuntos, ha vuelto al lugar del crimen, solo y furtivo. Deja su moro a un trecho prudente de los charcos rojos, mal tapados con tierra, que han hecho pastosa y dulce la aspereza del camino. No quiere que lo vean llegar ni partir. A la vuelta, borrará sus huellas con una rama frondosa.

Pronto va a dar la hora de la oración. Santos Funes recibe, en todo el cuerpo, el tañido de campanas inaudibles, y se santigua, como si estuviera en una iglesia. Si bien se mira, esa senda de la barranca que es el cauce estéril de un río desaparecido podría pasar por una nave de sombra. En vez de vigas, columnas y arquivadas, se indina para cubrirla un celaje de espinos y de talas tan viejos que sus raíces han perdido la memoria. Hacia adentro de los muros verdes, la poca luz de la tarde se distrae, intermitente como un espejismo de vitrales, en un encaje de reflejos cobrizos.

Santos Funes se descubre la cabeza y se mete, casi de rodillas, en la espesura. Pronto vuelve a ponerse de pie y respira, muy hondo, un aire con dejos de pólvora, estiércol de caballo y emanaciones vegetales. Lo primero que ve es el cuerpo enorme de la galera. Los vidrios de las ventanillas están destrozados; la puerta, movida de su quicio. Echa una mirada al interior. El rojo federal de los asientos destripados se sutura y recompone con un tejido de venas abiertas: las de Quiroga y las de Ortiz, su secretario, que han de haber caído hacia atrás, volcados acaso por los disparos.

Santos Funes entorna apenas la puerta inútil. En la gran caja desportillada, además de las pistoleras y los cojines rotos, sólo quedan una olla de fierro y un baúl, abierto y vacío, que perteneció a Ortiz, el secretario. Toma aire, y sigue hacia adelante, rumbo a un claro del monte donde se adivina un amontonamiento de cuerpos. Los ojos, entrenados en distancias, se niegan a creer lo que aparece desde lejos. Hasta los hermosos caballos de tiro de la galera han sido desjarretados y muertos.

Se pasa un pañuelo por la frente y se afloja el lazo del cuello. Lo estremece esa evidencia de crueldad, que no respeta ni lo más sagrado para el gaucho: la cabalgadura. Detrás de los animales, tres peones blancos y uno moreno, entreverados en la promiscuidad de la muerte, exhiben la marca simétrica de sus degüellos —de oreja a oreja— que les han teñido las ropas con el mismo color carmesí, ya ennegrecido por el aire de la tarde. Un poco más allá, con las manos atadas a la espalda, Luis María Luejes, el correo, mira al cielo con los ojos inmóviles.

El doctor José Santos Ortiz y el brigadier general Juan Facundo Quiroga duermen juntos en la posta definitiva. La partida asesina no respetó siquiera, en su codicia, el pudor de los cuerpos helados e indefensos. Si no fuera por la bota de charol y las camisas y la ropa interior que no usan los gauchos —lo único que resta bajo los robados pantalones de trencilla, chalecos y chaquetas—, costaría reconocer la dignidad de sus jerarquías. Ortiz muestra el pecho sajado por una espada, que la sangre ha ido iluminando con un mapa de condecoraciones invasoras. Su ejecutor no ha omitido despenarlo con una mano curva de degüello.

Sobre el hombro de Ortiz descansan un perfil recto y una melena enmarañada, de rizos tintos, apenas encanecidos. Santos Funes se arrodilla junto a ese cuerpo que no parece haber sido ultrajado por la muerte, como los otros. Tiene una herida breve —

un puntazo— en la garganta, y el lado de la cara que mira hacia arriba luce la blancura mate lisa y perfecta de los medallones de marfil antiguo. Las pestañas muy largas —lujo casi excesivo para un varón— caen al descuido desde los párpados que se relajan como si los trabajara el sueño. Santos Funes sabe que eso no puede ser sino ilusorio y que la muerte ha de haber entrado, clandestina, por algún otro sitio. Mueve con tiento el cuerpo del general, macizo pero enjuto, más chico y más magro ahora que la voz caliente de la vida ha dejado de animarlo y engrandecerlo. El ojo izquierdo de Quiroga ya no existe, hundido y abierto por la injuria de la bala que le traspasara el cráneo. Los coágulos tapan ese costado de la cara, convierten la cabeza temible pero bella, en la máscara grotesca e híbrida de un monstruo.

Santos Funes devuelve el cuerpo a su mejor perfil. Luego intenta rezar un Padrenuestro por el ánima de tanto difunto, y cuando llega a «perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos» llora sin ruido. Lágrimas gruesas y mudas le abren caminos en la polvareda de la cara sucia. No se avergüenza. Nadie ha de verlo, y aunque lo vieran no es mella ni delito llorar por el general perdido que ha sido como un padre y casi como la figura de Dios sobre la tierra.

Cuando concluye la oración, baja sobre la frente y la besa. Luego corta uno de los rizos todavía relucientes y lo envuelve con cuidado, como si fuese una reliquia de santo, en el papel de seda que lleva en la tabaquera.

A unos metros hay, todavía, un bulto chico, del que sólo se ve la curva de la espalda. Santos Funes, que teme a pocas cosas, tiene reparos, sin embargo, en acercarse y darlo vuelta para confirmar lo que ya sabe. Sus dedos, que han empalidecido hasta los nudillos, levantan del polvo la carita oscura y las crenchas lacias de uno de los postillones, el que más orgulloso estaba de acompañar al general Quiroga, y que apenas si ha cumplido los doce años. Mide con los ojos y las yemas de los dedos, como si lo abrazara, el escaso metro y medio de ese esqueleto menudo, que no conocerá los dolores ni las esperanzas del crecimiento. Una mano más piadosa que las otras le ha cerrado los ojos. Funes lo tapa con el ponchito que lleva sobre el recado, para que la noche no lo encuentre más frío.

Sale al camino donde ha dejado su caballo, sin mirar hacia atrás. La oscuridad ha tapiado ya todo el cielo. Goterones empiezan a caerle sobre los brazos y la espalda. Mañana, piensa, la sangre de todos los muertos se habrá lavado, se la llevará la tormenta, fluirá entremezclada, como si fuese el agua de Dios, en los hilos reparadores de las vertientes. Mañana vendrán los representantes de la misma autoridad que ha ordenado el asesinato, para montar su comedia de indagación y de condena.

Mañana, mientras avance la corrupción de los cuerpos, Barranca-Yaco y sus muertos solitarios empezarán a brillar, como efigies melancólicas, en ese oro amonedado de la leyenda que se escapa al pillaje de todos los olvidos.

II

En una capilla chica, entre dos cirios, Juan Facundo Quiroga da comienzo a su frágil descanso eterno en tierra enemiga. El juez de Sinsacate, Pedro Luis Figueroa, lo ha hospedado en su estancia, sólo para que el médico inglés Gordon Mackey labre el acta forense, lave los restos con vinagre y los cubra de polvo de cal antes de enviarlos a Córdoba en la misma galera baleada de su asesinato.

El gobierno cordobés ha prometido, como desagravio, funerales solemnes de pompa y de grandeza, que resultan baratas. Apenas ochenta y nueve pesos y siete reales del erario, pagados al sacristán mayor don Bernardo Caldas. La pompa consiste en un repique unánime de campanas y salvas de cañón, en un desfile de autoridades y fuerzas vivas enlutadas con rosas de crespones en el brazo izquierdo. El pueblo llano guarda silencio y murmura a puertas cerradas que son los mismos hermanos Reinafé, gobernadores de la provincia, quienes han dispuesto el crimen de Quiroga.

Don Juan Facundo se quemará casi un año bajo la cal y la menguada grandeza, en una tumba del cementerio catedralicio de los Canónigos. Mientras tanto su viuda, doña María de los Dolores Fernández —vástago de las cepas más distinguidas de La Rioja—, viajará a Buenos Aires con sus hijas Jesús y Mercedes desde su veraneo en la viña de Malanzán, para ponerse bajo la protección de Rosas y reunirse con los tres hijos varones que estudian en la ciudad del puerto.

En atención a la viuda y al prestigio del difunto, la sucesión de los bienes de la víctima radicados en Buenos Aires se dirime en tres meses, del 20 de junio al 22 de septiembre. Para la primavera del Plata, ya se han dividido los terrenos y los muebles, las deudas a cobrar, los fondos públicos y la moneda corriente, la platería y las alhajas. Doña María de los Dolores podrá adornar, si lo desea, una viudez que será definitiva, con un anillo de tres brillantes montado al aire, tres solitarios y un cintillo de siete diamantes rosas, un prendedor de dieciséis brillantes, un reloj de repetición, de oro; veintiún adarnes de lo mismo y algunas onzas de perlas finas. Otras tantas alhajas quedan para las hijas y alguna, también, para los varones, que en el futuro las ofrecerán a sus novias. Veinte mil pesos se destinan a sufragios por el alma del difunto.

A la sucesión se suman los bienes de los Reinafé, que han envilecido el asesinato político con el saqueo. Su antiguo aliado, el gobernador López, les retira su protección; la opinión pública los condena. Rosas los persigue y los encarcela. Se llama a Santos Funes, ordenanza y *valet* del Tigre de los Llanos, para dar cuenta de los lugares —ominosos como el vacío de un cuerpo al que se le arrancaran las vísceras— dejados por lo ausente en el hueco de la galera.

Faltan —dice Santos— tres bolsas con onzas de oro sellado y una con plata que Quiroga le mandó acomodar en el baúl antes de partir de Santiago del Estero. Faltan

por lo menos seiscientos billetes de mil pesos. Falta una caja de madera donde había un juego de botones de camisa, un prendedor, dos sortijas con piedras o luces, otras dieciocho onzas de oro sellado y diez reales en plata, un reloj y su cadena con sellos de oro, y un canuto de plata con un mondadientes de oro que coronaba, principescamente, los almuerzos escuetos del general. Falta un yesquero, también de oro. Faltan las pistolas fulminantes que para nada valieron a su dueño. Falta una pava de mate. Faltan tres cucharas y los cubiertos y el jarro de plata en el que don Juan Facundo Quiroga bebiera desde niño y en todos sus fogones y campamentos, como para distinguirse de los montoneros y los gauchos alzados a los que ha igualado y vencido, sin embargo, en los malabarismos de las lanzas y las boleadoras bárbaras de madera o de piedra.

Falta una valija de cartas y de papeles secretos. Falta —agrega el declarante— lo más íntimo: las ropas, casi otra parte del cuerpo. Cuatro mantas, una de vicuña, y otra, un regalo recibido en Santiago, aún envuelta, que parecía de seda, y otras dos, de color azul, muy finas. Falta un poncho rosado, dos sombreros de felpa y un sombrero de pelo negro forrado en hule. Faltan una capa, una levita, dos chaquetas de brin, dos chalecos, pantalones azules y azabaches de hilo y de paño, ornados de trencilla. Faltan más de veinte camisas de hilo y dos docenas de calzoncillos, quince pañuelos de seda, tres pares de zapatos, varios pares de guantes, una banda de solemnidades con borlitas de hilo de oro, una docena de suspensores bordados. Faltan los avíos de cama en que Facundo refugiaba su mal dormir y sus dolores reumáticos: el colchón, las seis sábanas de hilo, las dos almohadas, las cuatro fundas, la sobrecama y la frazada, la colcha de algodón blanca.

Pero doña María de los Dolores Fernández no está conforme con las indemnizaciones generosas ni con la ruina de los Reinafé. A ella le falta lo único irremplazable: Facundo mismo, que daba sentido y movimiento a todos esos bienes y resplandores, que azuzaba las ruedas de la galera y la decisión de los cocheros con una voz más perentoria que las espadas.

Ni joyas ni monedas pueden compensarla por ese hombre de cuarenta y siete años al que unos consideraron como el nuevo Atila que no deja crecer la hierba bajo las patas de su caballo, pero al que ella recordará siempre, en un daguerrotipo cada vez más piadoso y embellecido por la distancia, como el joven militar de ojos negros que supo enamorarla con rendida cortesía, el marido atento y el buen padre de cinco hijos con un solo defecto notorio, la pasión por el juego, que después de todo no es tan grave porque el caudillo de los Llanos siempre sabe arreglárselas para reponer lo que pierde. Quiroga se agranda a sus ojos incluso en las debilidades conmovedoras: muchas veces aparece en el recuerdo menos como un cuerpo amante que como un cuerpo enfermo, doblado por la artritis que soporta sin quejas y sin dejar que manos ajenas a las de su mujer alivien la distorsión penosa de los huesos.

Doña Dolores quisiera tener a su lado, en Buenos Aires, al menos esos huesos que la enfermedad ha maltratado tantas veces. Pide a Rosas que se traigan los restos, que Facundo no duerma un solo minuto más en la provincia de sus verdugos. Rosas — dicen sus enemigos— no podrá encontrar un pedido más a la medida de sus propios deseos. Ya gobierna Buenos Aires con Facultades Extraordinarias y domina también, tácticamente, sobre Córdoba y sobre los territorios afectos a Quiroga; lo han ungido y se ha ungido como justiciero vengador de la violencia que corta el hilo de las mejores vidas federales y que él ha de atribuir siempre a las intrigas de los salvajes unitarios. Quizá porque otras voces lo acusan a él también como principal inspirador del crimen de Facundo, su apreciado amigo, pero asimismo su competidor más peligroso.

Doña Dolores decide ver solamente la amistad del Restaurador, y le da su anuencia. El traslado se hará sin timideces ni reservas, como una representación teatral persuasiva y vistosa. En los primeros días de enero una galera punzó pasa por la Villa del Luján tirada por cuatro caballos que deslumbran y enceguecen con la furia encarnada de sus arreos. Cuando lleguen a Córdoba, las bridas de fiesta arrancarán a Facundo de su severa compañía tumbal catedralicia.

Los médicos lavan nuevamente los restos, los bañan en alcohol, los perfuman y los disponen para su exposición pública en la capilla ardiente, por donde el pueblo desfilará dos días enteros para verlos. El mandato de Rosas sí entiende lo que es la verdadera grandeza, que cae desde las colgaduras de terciopelo negro, se afelpa en las alfombras de la sala curial, sigue en los cirios altos como columnas, velados por una guardia de honor, irradia en los funerales que se harán, por segunda vez, en la Catedral, y culmina en la procesión que lleva la urna con tan veneradas reliquias a Pucará, y de allí hasta Buenos Aires.

El luto rojo, que une el amor y la cólera, se vuelve crecientemente visible. Cada vez más gente se añade al cortejo que atraviesa los pueblos de la tierra adentro. Cuando la galera se detiene para hacer noche y que sus hombres sacien la sed y el hambre, se matan los mejores animales, se abren todos los ranchos, el vino y las guitarras. Las madres llevan a sus hijos pequeños para tocar siquiera las puertas rojas de esa gloria oficial, póstuma y tardía. Por las mañanas, confundido en la caravana, nunca falta algún joven desertor de las obligaciones domésticas y el horizonte chato, encandilado por las luces lejanas de la Plaza de la Victoria y por la gloria inmediata y efectiva de don Juan Manuel, que necesita buenos federales.

Con la galera, silencioso y asiduo, ha ido desde Buenos Aires Santos Funes, que ahora está al servicio directo de doña Dolores, como hombre de confianza. Ninguno de sus compañeros ocasionales se ha enterado de que es uno de los dos sobrevivientes de Barranca-Yaco, y él no tiene, por cierto, ningún interés en contarlo. La muerte violenta suele ser el premio de los que saben demasiado.

Cabeza arriba, con los ojos adictos al orden superior de las estrellas —el único

orden que no cambia, se dice Santos—, pita su tabaco y escucha las canciones de este mundo, que ya lamentan la muerte de Quiroga.

*En la posta «Las piedritas»
Una mujer le decía:
—«Por Dios, señor general,
que viene a perder la vida».*

*Este general no cree
Lo que dice esta mujer:
Que le quitasen la vida
Sin dar motivo: ¿por qué?...*

El cantor es un hombre de los Colorados del Monte, al que Rosas distingue: Pascasio Echegoyen, llamado «el Vasco». Santos Funes se duerme sobre el caballo manso de esa voz grave, con ondulaciones armoniosas. Los cantores, piensa Funes entre sueños, tienen algo de brujos y seguramente comercian con el diablo por buenos que parezcan. ¿Cómo si no podrían maravillar y suspender el alma de los cristianos convirtiendo el espanto en hermosura, y el lamento en consuelo?

Cuando se recuerda, las últimas estrellas están desapareciendo y el coronel Rodríguez da la voz de prepararse a marchar. Funes se avergüenza de su pereza y vuelve a acomodar encima del moro el recado sobre el que ha dormido. Es el último tramo, dentro de poco han de llegar a la iglesia de San José de Flores, donde la galera bajará a su muerto para que el general Rosas vaya a recibirlo.

La luz de la mañana sube cada vez más alto y caliente, todavía sin sofocos, la cabeza pensativa de Santos Funes bajo el chamberguito. Febrero arde menos en la pampa húmeda que en Tulumba o en Malanzán. Facundo ya no ha de volver a los campos y bosques de los Llanos donde ambos han nacido. Las uvas de Cuyo siempre acaban en Buenos Aires y también los hombres, piensa. Es mala cosa terminar de pudrirse a las orillas de un río.

No bien dejan junto al altar de Flores al caudillo reducido, cada vez más menudo —la urna no es más larga que el ataúd de un niño—, empiezan a oír el retemblor de tierra que levantan los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes. Son treinta en total, los coches oficiales. En el primero va Rosas, acompañado por Juan Ramón y Juan Norberto, los hijos mayores de Facundo a los que Funes ha visto ya cuando estaban en brazos de su madre. La escolta de honor, la policía, y dos centenas de particulares a caballo han de agregarse en el primer puesto del camino, que ahora se llama —por imposición o merced del Restaurador— «Camino de Quiroga». Cuando entran en Buenos Aires, toda la ciudad está de duelo, desde las banderas de los edificios hasta las banderas de los buques en la rada y las cintas de luto de los

empleados públicos.

La pompa y la grandeza no defraudan. Son mayores aún, más estentóreas y magnificas, que en el segundo funeral vindicativo de la Catedral de Córdoba. La artillería concierta su homenaje con las bandas de música y con el redoble de las campanas y con los cánticos de los clérigos. Un coro de pólvora, de voces y metales, resume los elementos sonoros de la guerra. La misa de vísperas engalana con trofeos e insignias militares el enorme catafalco donde los huesos de Quiroga, que ya no encabezará ninguna carga, están acorralados y perdidos, dentro de su urna chica.

El entierro, a la mañana siguiente, no desmerece la prepotencia de las exequias. El lugar concedido no puede ser más propicio: a la misma entrada del Cementerio del Norte, el mártir más importante de la Santa Federación resulta instantáneamente asequible al homenaje de sus fieles.

Santos Funes apenas ha podido mirarlo desde lejos —tantos funcionarios, generales y coroneles estaban primero—. Vuelve a los dos días, a la hora del Ángelus, cuando la tumba queda sola. No tiene mucho que decir a Facundo Quiroga, su comprovinciano y general. Nunca se han dicho mucho, en realidad. Sólo han cabalgado juntos, en todas las campañas, en todas las misiones, cosa que vale tanto más, a su entender. Funes ha estado en cada batalla sin ser un gran guerrero, siempre al cuidado, no de los ritos de la muerte sino de las cosas de la vida: la ropa, la moneda, los equipajes, las plumas, los tinteros, la yerba, los naipes, las espuelas, las mantas y los medicamentos de Facundo, cuyas veleidades y aversiones conoce mejor que las suyas propias. Funes, que no escribe proclamas ni piensa en constituciones, como su general, ha luchado a su manera por una causa, sin tener más opinión que la lealtad a una lanza, a una querencia, a una voz que arrebatara el corazón de los hombres de sus pequeños quicios en el umbral del pecho.

Piensa que al menos en Barranca-Yaco los muertos, velados por las nueve cruces que las manos del pueblo les han puesto, fermentan juntos bajo la tierra como los vinos buenos en las cubas de roble. Facundo, en cambio, está solo, sin soldados ni amigos ni caballos, apoyado en un estéril piso de piedra, bajo una pompa y una grandeza ajenas. Santos Funes tiene una pena profunda y sin medida. No por el general Quiroga, que ya es una leyenda y que pronto será una estatua y seguramente muchos libros que él no ha de leer, sino por ese montón de huesos encerrados en un cajón tan pequeño como el cuerpecito del niño, el postillón que apenas si había cumplido los doce años.

Antes de irse acaricia el rizo negro que guarda en el fondo de la tabaquera, y deja sobre la losa una flor del cardón que ha comenzado a crecer bajo las cruces de Barranca-Yaco, en el lugar donde hubo sangre y agua.

Así habla el Señor: no vayáis a combatir contra vuestros hermanos: vuélvase cada uno a su casa.

II, PARALIPÓMENOS, 11, 2

Doña Clotilde García de Sal sube con cuidado las escaleras del palacete. No termina de acostumbrarse a esas pretensiones empinadas de mármol claro que reemplazan a los zaguanes y las canceles de las grandes casas bajas, como aquella en la que pasó la infancia. A la espalda, un resuello de fatiga le recuerda que su hermana Elodia sigue sus pasos con dedicación trabajosa.

—No vayas tan rápido, mujer.

—Yo no voy rápido, vos irás despacio. También, alimentada como estás a base de ambrosías y tocinitos del cielo...

Doña Elodia se pasa por la frente un pañuelo con randas, al uso antiguo, y echa mano del abanico.

—Pues mi marido no se queja de la abundancia de carnes. Y bien puede decir, en cambio, que le endulzo la vida con mis habilidades de repostera. ¡Qué calor horrible hace en esta ciudad! Dónde se ha visto: Pero los porteños creen que solamente los tucumanos sufrimos los sofocos del trópico. Como si ellos vivieran en París y nosotros, en el Amazonas.

—Aquí es más lo húmedo que la temperatura —suspira doña Clotilde.

—Lo que fuere. No veo la hora de tomar un refresco.

Pronto las hermanas disfrutaban de unos sorbetes que les ha traído —como si les hiciera un favor, a juicio de doña Elodia— la doncella francesa de su prima porteña.

Se quitan los sombreros, se aflojan los corsés, empujan los zapatos bajo las butacas.

—Era hora de que Marco Avellaneda tuviera su monumento en el cementerio de Buenos Aires. ¡Si hasta lo tiene el bárbaro de Facundo! ¡Y buen dinero le habrá costado a los fondos públicos!

—No se lo ha hecho el gobierno, Elodia, sino la familia. Esa Dolorosa se la obsequió Tantardini a uno de los yernos de Facundo, el barón Demarchi. Él fue quien la donó al mausoleo.

—Agradecido por los patacones que le dejaría el suegro.

—Demarchi tiene su fortuna propia. Y si de patacones se trata, ya habrán tenido tiempo de comérselos varias veces. Si a Facundo lo mataron hace más de cuarenta años, antes que a Avellaneda.

El zumbido de una mosca disuelve todas las palabras en una monotonía remota. Las cortinas de brocado caen rígidas, perpendiculares al suelo, empapadas en sopor.

Doña Clotilde termina su bebida y se desliza sobre el respaldo frío. Entrecierra los ojos mientras la respiración apaciguada de Elodia la va empujando a ella también hacia el espacio transitorio y ubicuo de los sueños, donde se repite penosamente, desde la niñez, una escena que ha dejado de ser aterradora por la fuerza de la costumbre. Las noches y las siestas pueden dar amplias vueltas en redondo, o tomar atajos insólitos, pero la llevan siempre a la misma sala de baile donde doña Fortunata García de García, vestida de seda negra, baila el minué federal con una cabeza ensangrentada. Doña Clotilde sacude en vano la superficie del sueño con cansancio y fastidio, como quien quita de una consola telarañas inofensivas pero desagradables a la vista que vuelven a reproducirse a pesar de los cuidados. Todo es inútil: la madre en traje de baile, y la horrible cabeza, siguen allí.

Sin embargo, Clotilde, niña, ha oído decir que la cabeza era hermosa cuando vivía, tal vez porque la hermo­seaban pensamientos incomparables. Ha oído recitar una y otra vez los pensamientos de esa cabeza cortada desde la nuca con cuchillo mellado, para que fuese mayor el sufrimiento y más perfecto su martirio. Doña Fortunata reúne secretamente a sus hijos en el patio, después de la misa, para leerles la proclama que ha escrito en otro tiempo promisorio la Cabeza Mártir, como si fuera parte del texto sagrado que acaba de representarse. Está empeñada en que los niños no pierdan la fe unitaria a la que don Domingo García y su joven esposa han consagrado, hace tiempo, la vida y la familia. Clotilde mira el movimiento de los labios desde su silla de cordobán. La boca delicada flota en el aire, autónoma como una flor, para decir palabras que no le corresponden, casi tan incomprensibles o inverosímiles como las palabras del Credo.

—*¡La libertad o la tumba!* —exclama la madre, y Clotilde piensa que ya son muchas las tumbas y ningunas las libertades, pero esconde sus pensamientos de niña, sin duda despreciables, indignos de enunciarse junto a los de la Cabeza— *...ha sonado ya su última hora para el déspota que manda en Buenos Aires. Sus esclavos huyen aterrados por la espada vengadora del general Lavalle, y las tribus salvajes, que había llamado en su auxilio, corren a esconderse en el desierto... ¡Tucumanos! Un esfuerzo: y muy pronto el sol de la libertad proyectará sus rayos sobre las ondas del Plata...*

La proclama ha envejecido a una velocidad brutal, estremecedora, patética. Su autor: Avellaneda, el cerebro de la Liga del Norte contra el poder de Rosas, está clavado en la punta de una pica para escarmiento y ejemplo de rebeldes o indecisos. Esa pica se hunde en la tierra fresca de la Plaza de la Libertad, en San Miguel de Tucumán, la misma villa gloriosa donde las crueles provincias argentinas han declarado, hace no tantos años, su independencia de España. La espada vengadora de

Lavalle se ha estrellado contra la indiferencia y la desconfianza hostil de la campaña bonaerense, que rehusó plegarse a sus tropas. Tampoco los indios aliados de Rosas defecionaron. Y a Lavalle, en cambio, lo han abandonado las fuerzas de la Francia que iban a acudir en su auxilio. Pero la madre continúa repitiendo las mismas palabras como una fórmula contra el tiempo y contra la muerte, como un hechizo para demoler o conjurar la realidad.

—...*corramos a hacer el sacrificio de nuestras fortunas y nuestras vidas en el altar sagrado donde se rinde culto a los derechos sociales... ¡Amigos!, no olvidéis que vuestra derrota arrancaría a la patria su último gemido.*

El sacrificio de las fortunas y las vidas ya se ha hecho, sin resultado alguno. Las cartas del padre, perseguido y exiliado en Copiapó, postergan el retorno para un futuro cada vez más lejano, casi indiscernible. Y semana tras semana, un objeto distinto deja un hueco de nostalgia brillante en las vitrinas del salón o en las gavetas del alhajero de doña Fortunata García. Clotilde comprende que estos sucesos son irremediables, y que la patria ha desaparecido, puesto que el general Lavalle, el general Lamadrid y el general Acha se lanzan a los caminos más ignotos de la tierra adentro, extraviados por el deshonor y la indigencia, en una retirada desesperante. No ha de ser patria, entonces, lo que le queda: las compañeras de familias federales que hasta antes de ayer nomás eran sus amigas. También comprende que ella misma, para los ojos de las otras, aparecerá sin duda como una floración monstruosa, que se obstina creciendo en territorio equivocado.

Desde que la Cabeza está ahí, exhibida en la Plaza, cada vez más reseca y amarilla, como una fruta malograda que se agosta sin encontrar en su interior dulzuras, se ha hecho imposible reanudar los juegos antiguos. Sus ojos hundidos y muertos vigilan tras de los párpados. Tienen más poder que los ojos de ese Dios distante cuya cruz es una leyenda, no la carne inmediata de un suplicio humano. Con la piel del cuerpo de la Cabeza han hecho lonjas que cuelgan a los costados de las mejillas de cera, mientras ese cuerpo se sigue descomponiendo, también insepulto, sobre la tierra del monte. Dicen que el gobernador Oribe piensa emplearlas como manecillas cuando el y el pueblo se cansen de verlas y se dé por terminado el aleccionador espectáculo.

Clotilde se despierta de pronto por las noches, impregnada de un sudor frío y anómalo que la aproxima a la temperatura de la muerte. La Cabeza flota sobre el aire del cuarto, contamina la paz de las habitaciones quietas con la lepra fosforescente de la carne que cae. La Cabeza corta los lazos con el mundo, corrompe la corriente diáfana de la vida, pervierte el orden manso de la dicha, porque nadie en la casa de doña Fortunata García de García piensa en otra cosa que en ella: es un símbolo de todos los despojos, de todos los odios, de todas las deudas, de todas las vergüenzas. La Cabeza podrá ser buena, como lo dice su madre: un emblema del sacrificio

extremo, de la intransigente fidelidad a una Causa superior a las pequeñas causas y afectos cotidianos de los individuos. Sin embargo, Clotilde la detesta: por culpa de las palabras engañosas y locas de esos labios que se pudren sobre los dientes, su padre está en el destierro, sin dinero y sin consuelo, y el cuerpo de su madre se achica y se repliega sobre sí mismo, desaparece y se disuelve como la belleza de las cosas cuando la noche las cubre. Gracias a los poderes metamórficos de la magia nocturna, la Cabeza, que era el Bien, se va manchando de sombras inquietantes, la boca vuelve a moverse y Clotilde se tapa los oídos para no escuchar sus reclamos y seductoras persuasiones.

Durante el día, tampoco el Bien y el Mal están en su sitio. El lugar vacío que deja la ominosa Cabeza de las pesadillas, lo ocupa un hombre vivo: don Juan Bautista Carballo, oriental de Canelones, coronel de la Santa Federación, al que Oribe ha ordenado alojarse en la casa como huésped forzoso y espía delator de los secretos unitarios que le llegan o debieran llegarle a doña Fortunata a través de la cadena de chasquis de los emigrados del Norte. Carballo se limita a disfrutar de la hospitalidad impuesta. No espía ni delata. Responde a las atenciones con otras atenciones. Mitiga o anula, cuando le es posible, represalias y crueldades.

Próspero, el hermano más querido por Clotilde, interroga al falso emisario del Mal acerca de tácticas militares. Sentado sobre las rodillas del enemigo, que le prueba, divertido, su gorra de cuartel con borla, recita con exaltada inocencia la proclama de Marco Avellaneda. Clotilde se atemoriza. Quisiera taponarle la boca para que no escapen de ella las palabras prohibidas. Pero Juan Bautista Carballo se ríe con un dejo melancólico y mira a doña Fortunata.

—Cuando la guerra termine y la patria se reconcilie, tendremos los mejores ciudadanos, sólo si heredan la mitad del valor de sus madres.

Doña Fortunata le agradece con una sonrisa y baja los ojos. Está orgullosa de la admiración de Carballo.

A pesar del desconcierto por los lugares trastocados, por los actores que no parecen responder a sus libretos, los días son mejores que las noches. Nuevamente, después de tanta ausencia que mutila los rasgos de la cara del padre, y borra los tonos de su voz ya inaudible, hay un varón a la cabecera de la mesa, más joven que el padre —quizá de la misma edad que doña Fortunata—. Más claro, más alto, más alegre.

Los hermanos aprecian, fascinados, su uniforme de botones áureos y paño punzó; le copian el modo de ponerse de pie y de portar la espada y de ofrecer el brazo a la madre para entrar o salir de los salones. Se miran en el espejo de las botas lustrosas y a veces, con desbordante confianza, se atreven a vestir la casaca de preciosos botones. Las tías jóvenes, hermanas solteras de doña Fortunata, lanzan complacientes miradas oblicuas hacia el perfil recto y los ojos francos de ese militar pulcro y cortés que sería —en otras circunstancias— un envidiable candidato matrimonial.

Doña Fortunata retorna por las mañanas, una vez que Carballo marcha a sus obligaciones, la clase de política. Habla de la Tiranía y de la Barbarie, de los Verdugos y de su Víctima inocente: la Libertad, que sólo puede ser defendida por la abnegada Resistencia. Clotilde, sentada a sus pies en un escabel, imagina rostros tan feos como la Cabeza para las entidades opresoras. La cara simpática y algo pecosa del coronel Carballo, bien unida a su cuerpo por un cuello muy blanco y correctamente afeitado, de ventas azules, no encaja de ninguna manera entre las máscaras deformes de los Malvados, aunque —y esto es inexplicable— pertenezca al mismo partido y sostenga sus banderas.

—¿Es posible que el coronel Carballo sea también un Verdugo y un Bárbaro, mamita?

Las tías suspiran. Doña Fortunata inspira profundamente. Quiere ser veraz, aunque sin perder la lealtad a sus convicciones.

—El coronel Carballo no es un verdugo ni un bárbaro. Es un hombre honesto e instruido, de buenos sentimientos, que ha hecho cuanto está en su mano para ayudarnos. Si alguna vez, como lo espero en Dios, la suerte se da vuelta, no lo olviden. Merecería ser de los nuestros.

Las tías asienten. No les caben dudas sobre los merecimientos del coronel.

—¿Y por qué está en el bando de los malos, entonces?

—Muchas veces los mejores hombres sirven a causas equivocadas —dice doña Fortunata, y cierra, con desaliento, el misal donde esconde la perimida proclama.

Las tías, Trinidad y Cruz, callan, aunque no se resignan. Acaso, piensa Clotilde, alientan la esperanza de que las magias blancas del amor embrujen a Juan Bautista Carballo y cambien la dirección incorrecta de su espada. Clotilde vacila y sufre: si el coronel se enamora de una de sus tías y se vuelve unitario, también él deberá marchar al exilio, como el padre, y entonces quedarán definitivamente solos.

A medida que los días pasan, la madre extrema su concentración y su reserva. Todas las marianas escucha los sermones del cura José Manuel Pérez, que trabaja, sutil e impunemente, para la oposición. Por las tardes se encierra en el escritorio para leer las cartas clandestinas de su marido y escribir otras nuevas. Clotilde espía a veces esas cartas aún abiertas, que se secan extendidas sobre la tapa de caoba. En una de ellas, la madre pide un poder a don Domingo García para vender, por el dinero que dieren, la estancia de Monte Grande. En otra, narra detalladamente el suplicio de Marco Avellaneda y la prolongada humillación de la Cabeza en la Plaza que conmemora la libertad.

La madre, sin embargo, hace y piensa cosas que no llegará a escribir, quizá por no alarmar al padre lejano. No escribe, por ejemplo, que ha colocado un ramo de diamelas al pie de la pica que sostiene la Cabeza de Avellaneda, ni que el guardia de la pica ha sido puesto en el cepo por tolerar ese homenaje. No escribe y no le

escribirá nunca sobre sus conversaciones secretas con el coronel Carballo, como esas frases inquietantes del diálogo que Clotilde sorprende una tarde, al acercarse a la sala de costura.

—Tomaré como una broma o una fantasía el propósito que me anuncia, mi señora.

—¿Le parece mi carácter inclinado a las bromas, señor coronel?

—En este caso, preferiría creerlo así. ¿Por qué me lo ha dicho usted?

—Para que lo sepa, y tenga la libertad de proceder en consecuencia.

—¿Está segura de que actuaré en su favor? ¿Que la protegeré y callaré? ¿No ha pensado que puedo traicionarla?

Doña Fortunata lo mira fijamente hasta que sus ojos, muy negros, hacen parpadear los ojos azules. Sin sonreír, mueve luego la cabeza en una negación pausada y rotunda.

Los hermanos entran en el cuarto, saludan al enemigo con afecto tumultuoso y salvas fingidas de artillería, se lo llevan para que les muestre el uniforme de gala que se pondrá en el baile de la noche próxima. La tía Trinidad llama a Clotilde; quiere que la ayude a preparar las bebidas.

Al día siguiente, la mañana escolar desaparece bajo las preguntas que no acierta completamente a responder.

—¿Es cierto que tu mamá y tus tías dan un baile en homenaje al coronel Carballo?

—¿Y por qué lo dan? ¿No son ustedes peluconas... quiero decir, unitarias?

—El coronel Carballo es nuestro huésped, y lo han nombrado jefe de la plaza militar.

Aun la maestra interviene.

—Dime, hijita, ¿es cierto que irá también el gobernador Oribe?

Dos niñas mayores se codean.

—Claro que irá. Si va Nieves Ávila... ¿Va Nieves, no es así?

—Seguramente. Es muy amiga de mamita y de mis tías.

Clotilde vuelve tarde a la casa. Arma con inquietud y desgano ramos y ramilletes para colocar en los jarrones y en las cabezas oscuras de las damas al lado de los moños obligatorios de color punzó. Sigue los pasos de las criadas que iluminan las mesas con candelabros de plata y con una vajilla ostentosa que ya no les pertenece, pero cuyo comprador les ha permitido lucirla como si la casa de García fuese aún una casa rica.

Cena temprano, porque todavía no tiene edad para participar del baile. La mandan, después de la bendición, al segundo patio, al dormitorio compartido con Elodia, que se duerme enseguida, consolada por un plato de confituras. Clotilde da vueltas en la cama pequeña. La desvelan la música y las risas. Pronto, en dos o tres

años más, ella también tendrá un peinado alto repartido en bandós, y no una trenza. Ella también vestirá traje largo de raso o de seda, y calzará chapines de badana y terciopelo. Ella podrá ser elegida para bailar, como las otras, y si el coronel Juan Bautista Carballo está allí todavía, quizá hasta le pida que sea su dama, sin que lo estorbe el color de la divisa. Clotilde se ve bailando con el coronel federal. Comprende entonces, bruscamente, que a ella jamás ha de importarle el color de ninguna divisa sino el color invisible del corazón de los hombres.

La noche se va ahogando en un perfume de naranjas, espeso como vapores de dulce. Tropieza en emboscadas de enredaderas, se hunde entre coágulos de jazmines. Proyecta una inmensa sombra que avanza con trabajo por la humedad de los patios, blanca como una luna descendida. Clotilde tarda en comprender que esa gran corola de plata es el vestido de baile de su madre: un miriñaque cargado de raso y blondas, que ha desaparecido, finalmente, por la puerta del fondo. Al poco tiempo, la misma puerta estrecha devora la chaqueta escarlata y marfil y la cabeza dorada del coronel Carballo.

Clotilde espera, sin aliento, durante un tiempo que su perplejidad vuelve infinito. Oye los compases del minué. Alcanza a ver, a lo lejos, la silueta del general Oribe, que se inclina ante Nieves Ávila siguiendo las figuras de la danza. Las copas chocan con ligereza de burbuja y augurios de boda. La casa es una isla cristalina en medio de la noche: una transparente caja de música con muñecos de porcelana que bailan al compás de una felicidad imaginaria, sin memorias amargas, pero también sin futuro.

Antes de que la música termine Clotilde ve abrirse la puerta del tercer patio. La madre vuelve, con la cabeza descubierta y el peinado semideshecho. El chal de espumilla y encaje ha quedado en algún tramo de su camino desconocido. El vestido blanco tiene manchas indescifrables, y un ribete de barro y hojas muertas sombrea los bajos. Doña Fortunata no pasa directamente a la sala; se desvía primero hacia la puerta de su dormitorio. Se oyen cuchicheos con la criada, explosiones de perfume y rumores de telas que caen y que se ajustan. La madre sale de nuevo, con el cuerpo ceñido de seda negra. Una fragancia de rosa mosqueta la envuelve con tanta densidad como el chal que ha perdido. Habla con los invitados, se inclina, contesta presumibles interrogaciones de Oribe, como si jamás hubiese dejado la casa. Enseguida, las botas del coronel Carballo, que han perdido su brillo, siguen hacia adentro los pasos del miriñaque de luto.

Una mano roza la frente de doña Clotilde y luego mueve el aire estancado con golpes de abanico.

—¡Querida! ¡Qué acalorada estás! ¿No habrás tomado una insolación? Han elegido ustedes la peor hora para ir al Cementerio del Norte.

Doña Elodia se despierta confusamente. Abre los ojos por turno, estira las piernas, endereza el talle.

—¿Hemos dormido mucho?

—No lo sé. Acabo de llegar. Pero tendrían que haberme esperado para visitar el cementerio. Las hubiese acercado en mi coche, más tarde, más cómodas y con menos calores.

—¿Cómo resistirnos a la tentación de ver la nueva tumba de Avellaneda, luego de todo lo que pasó en casa?

—Bastante tardó en hacérsela su hijo. Bien podía haber empezado antes, cuando era presidente de la nación —critica Elodia.

—Quizá no quiso mezclar lo íntimo con lo público —sugiere su hermana—. O estuvo demasiado ocupado. El poder tiene más sinsabores que mieles.

—¿Es cierto que la tía Fortunata desclavó la cabeza de la pica esa noche en que ustedes dieron un baile para los federales, y que la llevó amortajada en su chal hasta la iglesia de San Francisco, a darle sepultura provisoria?

—Es cierto. Pero no lo hizo sola. La ayudó un hombre de bien que era nuestro huésped por orden de Oribe: el coronel Carballo.

—Me acuerdo de él —dice Elodia—. Era muy bromista, y tenía los mismos gustos que yo: se volvía loco por la torta de natas y la mazamorra dorada.

Doña Clotilde se excusa. Quiere ir a su cuarto de huéspedes a cambiarse de ropas. Se quita las prendas pesadas y la ropa interior. Los poliones han reemplazado a los miriñaques; los frunces concentrados, a las amplias corolas expandidas. Le falta la voluntad de volver a vestirse y se mete entre las sábanas frescas, cubierta apenas con la camisa de batista, para dormir una siesta provinciana como se debe.

La habitación huele a naranjas y a jazmines del Cabo que han pasado la noche en los patios, a la intemperie del rocío. Aunque ya es una matrona con varios hijos, doña Clotilde vuelve a sentirse como la niña que aún no ha estrenado su traje largo. Por las mejillas empiezan a escurrírsele lágrimas de impotencia que no logran refrescar la piel ardida. Porque el padre jamás llegó a volver a la casa de Tucumán y tuvo que morir en tierra extranjera. Porque la madre tampoco pudo ver abrirse su último día entre aquellas paredes que debió enajenar, como se vendieron antes las alhajas, la vajilla, los muebles y los campos. Porque el coronel Carballo quizá hubo de perecer también en otro exilio, cuando cambió de cara la moneda del odio.

Doña Clotilde llora francamente, con gemidos furiosos y una ira impúdica, por todos los años en que se ha tragado las lágrimas (¿acaso no eran ellos los vencedores, no había triunfado la Causa, no se justificaba el sacrificio de todas las fortunas, de todas las vidas, de todas las querencias?). Lloro hasta que se cansa, hasta que se olvida o se entumece, ya inútil, la razón de su llanto.

Tras de sus ojos cerrados hay ahora una sala limpia y vacía, preparada como una pista de baile, y crecen flores nuevas en los jarrones de peltre. La madre entra sonriente, vestida de blanco, y por primera vez la cabeza de Marco Avellaneda no

aparece en el sueño.

Las muertes de Florencio Varela

...se alejó de nosotros el juicio y no nos abrazará la justicia; esperamos la luz, y he aquí que nos hallamos con las tinieblas; la claridad del día, y caminamos a oscuras. Vamos palpando la pared, como ciegos; y andamos a tientas, como si no tuviéramos ojos; en medio del día tropezamos como si estuviésemos en medio de la noche; estamos en oscuros lugares como los muertos.

ISAÍAS 59, 9-10

...aceptar el criterio sostenido en su vista de fs. 144 por el fiscal anterior doctor Velazco, que encaró la cuestión bajo el aspecto no del derecho sino de la conveniencia pública, sería condecorar con el título de crímenes políticos a actos que en país ninguno civilizado y cristiano se consideran como un medio de política justificable por ningún fin, sea de la naturaleza que fuere.

Doctor B. CARAVIA,
segundo fiscal en el caso de Florencio Varela

I

10 de marzo de 1848

Con un sentimiento fácil de comprender, pero sin dolor alguno, tenemos que anunciar a nuestros lectores nuestra propia muerte, e invitarlos a nuestros funerales, que deben tener lugar en la costa del Miguelete si es que el Señor Presidente de aquellas chacras lo permite. El día 7 del corriente, a la tarde, fuimos solemnemente fusilados en la calle de la Restauración, habiendo aprobado D. Manuel Oribe la sentencia según hemos tenido noticia cierta. Nuestros lectores tendrán de hoy en adelante que prestar mayor fe a cuanto digamos, pues nuestra voz vendrá del otro mundo, y la voz del otro mundo es siempre la voz de

la verdad.

Don Florencio Varela lee la noticia que él mismo ha redactado y publicado en su propio diario el día anterior. Es fama que desprecia la suerte y se ríe de la fatalidad, tanto como desprecia a los adversarios que considera indignos. El más indigno de todos: Oribe, que lo ha hecho fusilar bajo la forma de un muñeco grotesco, porque no puede ponerle una mordaza al orador de la Comisión Argentina, ni encadenar la mano que lanza balas de tinta, más eficaces que las suyas de plomo, desde la fortaleza del *Comercio del Plata*.

Sin embargo, a pesar de su desdén por todo lo que exceda al poder constructor de la voluntad, Florencio Varela no logra impedir un escalofrío. Pertenece, después de todo, a esa extraña tribu dispersa por todo el planeta, que habla en las más diversas lenguas y se viste con ropas diferentes, pero tiene, sin embargo, un credo común: la convicción de que nada es real hasta que asume una forma escrita. No deja de pensar que, con el mejor humor del mundo, él mismo acaba de darle cartas de realidad a su propia muerte.

Don Florencio Varela se levanta. Va hacia el lavatorio, se enjuaga las manos, se refresca la frente. Se seca la cara con una toalla de batista, bordada por su mujer, Justa. Un nombre amado que sus hijas se resisten a heredar: en apenas tres años se les han muerto dos niñas que fueron inútilmente bautizadas en honor a su madre. A Varela, que ya ha perdido tantas cosas: padre, hermanos, casa, dinero, manuscritos, amigos y, sobre todo, patria, le resultan casi intolerables esas últimas pérdidas.

Se mira en el espejo. Ya no espata sangre ni tiene las fiebres intermitentes de siete años atrás. Se ha salvado de la tisis, mal del siglo y mal de poetas, aunque él nunca ha sido ni ha querido considerarse un «poeta romántico». Antes bien, tiene sus reparos ante cierta incontinencia verbal de compatriotas meritorios, pero más jóvenes y más exaltados. También en su ropa y en su arreglo personal Varela es pulcro, mesurado, estricto. Se pasa un peine por el cabello negro, que ralea sobre la frente cada vez más amplia. Estudia la mandíbula donde la patilla se une con la barba diseñando un perfecto corte en U, propio tanto de los cuáqueros como de los pertinaces opositores de Rosas, que también sirven a la Causa con la fe que se consagra a una religión.

Varela vuelve a la mesa de escribir. Abre su Libro de Memorias. Allí ha consignado, año tras año, impresiones y decisiones, gestos políticos y problemas de alta poética. Sin embargo, cuando sopesa este cuaderno privado entre los dedos largos, teme que la imagen diseñada por sus páginas sea tan falsa como la efigie fusilada por Oribe, o tan exterior, congelada e inasible como la imagen de su espejo. «Florencio Varela habrá muerto cuando Dios lo disponga» —se dice—, «y nadie, ni siquiera los suyos, sabrá quién fue».

II

15 de marzo de 1848

El sobre lacrado despliega ante los ojos su caligrafía vistosa como una parada militar.

—Llegó la carta que esperaba, mi general —dice el oficial que la presenta—. Y hemos capturado otra que iba en camino de la otra orilla, no por el paquete postal, sino con un mensajero particular.

El general, que ama la síntesis, esboza un ademán que es a la vez agradecimiento y venia para retirarse, mientras sorbe su mate vespertino.

Rompe el lacre del primer sobre, que le está dirigido, y recorre los pliegos de una mirada. La ortografía no parece tan buena como la caligrafía, pero la información —aprecia— es rica y precisa, acompañada por valoraciones esclarecedoras.

Ciudad de Montevideo, 13 de marzo de 1848

*A Su Excelencia, el general don Manuel Oribe,
Jefe de las tropas del Cerrito en el sitio de Montevideo
y Presidente legítimo de la Banda Oriental*

El sujeto del presente informe, don José Florencio Varela, vio la luz en la ciudad de Buenos Aires el 23 de febrero de 1807, sexto hijo de don Jacobo Adrián Varela, español natural de La Coruña, Galicia, comerciante, y de doña María de la Encarnación San Ginés, criolla, ocupada en labores propias de su sexo, de los cuales nacieron once vástagos: siete varones y cuatro mujeres. Don Jacobo Adrián Varela fue Capitán de milicias del Tercio de Gallegos y combatió con heroísmo durante las invasiones de los ingleses, para defender, sin duda, tanto su patria como su patrimonio. No pudo impedir, empero, que estas incursiones lo redujeran a la miseria. El mismo día del nacimiento de José Florencio, se perdió hasta el último resto de su gran fortuna con la confiscación de la fragata Carmelita, tomada por los británicos en el sitio de Montevideo. Retuvo apenas la casa que ocupaba con los suyos, sita en el Este del Convento de San Francisco.

Sobrevivió la familia gracias a la caridad y las ayudas de conocidos y parientes. Don Jacobo Varela, postrado por la enfermedad, pasó a mejor vida el 26 de junio de 1818, sin haber recuperado sus bienes. Para su hijo Florencio, que había sido instruido personalmente por él mismo con el puntero y la cartilla en el desenfrenado y crédulo amor a la

lectura, se pidió y se obtuvo una beca en el Colegio de la Unión del Sud, al que luego Bernardino Rivadavia cambió el nombre por el de Colegio de Ciencias Morales. Al terminar estos estudios, Varela ingresó a la Universidad de Buenos Aires, donde obtuvo el título de doctor en jurisprudencia. Se dice (aunque no hay constancias de su firma) que ya en esos tiempos, pese a su juventud, colaboraba en la prensa unitaria, particularmente en los periódicos editados por su hermano mayor, Juan Cruz Varela, y que luego fueron condenados a la hoguera por el brigadier general don Juan Manuel de Rosas. Temprano admirador de Rivadavia, también trabajó a las órdenes de Manuel José García, su ministro de Relaciones Exteriores, que prefirió negociara favor de los intereses del Imperio del Brasil en vez de consagrarse a los de su propia patria.

En la persona de Florencio Varela coincidieron desde el inicio las condiciones acaso más peligrosas para el desarrollo del ciudadano que debe formarse en la obediencia de la autoridad: la extrema pobreza, la extrema ambición y la extrema inteligencia.

Oribe sonrío. Con esas condiciones también puede forjarse —piensa— un verdadero general en jefe, capaz de esperar el momento para dar el zarpazo a sus predecesores y exterminar sin condiciones a sus enemigos. Pero Florencio Varela es, sin duda, más vulnerable. Siempre proclive a la insubordinación prepotente, como todos los leguleyos, carece del tacto y la humildad tan necesarios a los que esperan su turno de salir a la gran escena. Tanto mejor. Tendrá el fin insensato de esos malos actores que equivocan su letra y se empeñan en hacer su papel antes de tiempo.

Ferviente partidario del asesino de don Manuel Dorrego, general don Juan Galo de Lavalle, Florencio Varela huyó a Montevideo en 1829 cuando el poder mal habido del rebelde fue desbaratado por don Juan Manuel de Rosas gracias al convenio de Cañuelas, que también prohibió y condenó las opiniones insolentes de la prensa enemiga. Casó aquí por poder en 1831 con doña Justa Cané, hermana del recalcitrante unitario Miguel Cané, quienes se trasladaron luego, con sus demás parientes, a la Banda Oriental. Varela obtuvo rápido prestigio como abogado y hubiera podido vivir tranquilo con el producto de su bufete, de haber empleado sus talentos tan sólo en los asuntos tribunalicios, en vez de aplicarse, junto con su parentela, a lograr y consolidar la destitución de Vuestra Excelencia a manos del alzado general Rivera.

Oribe medita. Es verdad que este Varela lo ha molestado siempre, quizá más que ninguno de los otros hermanos, más que el mayor, Juan Cruz, muerto hace años de una oportuna enfermedad, más que el pequeño Rufino, otro doctorcete seguidor de Lavalle. Al principio Florencio pasó casi inadvertido e inimputable: un padre de familia numerosa, un versificador ocasional, un hombre de trabajo, un teórico de las leyes. Después se fue envalentonando, hasta que hubo de ponerlo en la cárcel, como escarmiento. Cinco días en la Isla de las Ratas que Varela supo explotar, con exageración de poeta, como si hubiesen sido cinco años. Hasta tuvo la pretensión ridícula de hacerse enviar un volumen con las *Obras Completas* de Lord Byron para tener buena compañía en el calabozo. Oribe tuerce la boca mientras le ceban otra carga de mate. Quisiera verlo al doctor tendido al sol entre cuatro estacas, o dentro de un cuero crudo, como a tanto gaucho infeliz sentenciado por un jefe montonero, federal o unitario.

Excusaré extenderme sobre los años posteriores de don Florencio Varela en la Banda Oriental, puesto que Vuestra Excelencia bien los conoce: desde que Rivera tomó nuevamente el gobierno, desplazando a Va. Excelencia, hasta estos días, en que la victoria aún se resiste a coronar el esforzado cerco que las tropas a vuestro mando han puesto, hace ya cinco años, a la ciudad de Montevideo. ¿Será necesario que enumere los crímenes del susodicho? ¿Su permanente conspiración con los ingleses y los franceses en vuestra contra y en la del gobierno del señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas? ¿Su misión ante Londres? ¿Sus actividades al frente de la Comisión Argentina? Y lo peor: ¿su labor insidiosa de estos últimos años, a la cabeza del Comercio del Plata, donde justifica sus tratos infames con los extranjeros? ¿Donde intenta dividir a la Confederación argentina poniendo el becerro de oro del libre comercio y la navegación de los ríos ante los ojos cándidos o ansiosos de las provincias del litoral? ¿Donde publica secretos que no conoce ni el pueblo de Buenos Aires, ni siquiera muchos allegados a su Gobierno y que ha obtenido, sin duda, gracias al vil espionaje?

Vuestra Excelencia tendrá a bien considerar, en fin, que el mencionado Florencio Varela ha sido y es, unitario convencido, contumaz, salvaje, irredento y rebelde, corruptor de la buena fe y de los principios adoptados de común acuerdo por la Confederación Argentina. Detractor implacable, en fin, de los derechos que Vuestra Excelencia ostenta con respecto a la legítima presidencia de los Orientales. Y no

bastarán, para silenciar sus ataques, bromas como la de hacerlo fusilar en efígie, con que vuestro humor magnánimo ha querido en vano asustarlo o amonestarlo hace unos días.

Oribe busca el recorte del *Comercio del Plata* que ha guardado en una gaveta. Entre mate y mate lo relee dos veces.

Luego rasga el otro sobre con un facón enriquecido por nervaduras de plata, que ha destinado, hace tiempo, al escritorio. Lo considera muy bello como para dejarlo impregnarse con el óxido impuro que brota de las venas humanas.

Montevideo, 11 de marzo de 1848

Mi querido E.

Aquí me tienes, sin que pueda darte otras noticias que las mismas de siempre: todo son dilaciones, cabildeos, antesalas en las legaciones de la Europa. Tanto se ha dicho, tanto se ha hecho, a pesar de los errores, y sin embargo el fin de Rosas me parece hoy casi tan lejano como hace ocho años, cuando hube de emigrar a estas tierras, sobre aguas teñidas por la sangre de los amigos más entrañables.

Quizá no se pueda pedir a nuestra nación lo que han engendrado otras: un loco sublime que levante el puñal o instile el veneno para segar la vida del Tirano, aunque fenezca en el intento. Aún me avergüenza el final ridículo del único atentado que llegó a consumarse: esa máquina con cañoncitos que parecían de juguete, enviada como regalo a Rosas y que jamás estalló —hasta en eso hubo impericia— pero que, de ser así, hubiese explotado, no en sus manos, sino en las de su hija. No, querido amigo. No tenemos tiranidas ni tampoco fuerzas organizadas. Los esclavos parecen llevar con el mayor gusto —o la mayor cobardía— sus hierros infamantes. Por eso necesitamos, indefectiblemente, del concurso extranjero.

Si hubiera podido quedarme un poco más en la otra orilla del Plata, quizá hubiese contado con el tiempo necesario para desplegar mis planes: excitar unos contra los otros a los miembros de la Mazorca, para que se aniquilasen mutuamente. O bien, enconarlos contra los ciudadanos extranjeros hasta el punto de precipitar una masacre de súbditos ingleses y franceses, a ver si la Francia y la Europa entera descargaban por fin un golpe mortal sobre la frente del insigne Bandido. O estimularlos al exterminio de unitarios confesos y de timoratos, para que el pueblo, por fin, se sacudiese el yugo hipnótico de Palermo, al

sentir el puñal de unas docenas de miserables sobre la garganta de tantos inocentes. Pero temo que ni aun esto, amigo mío, hubiese sido posible con Rosas. Lo conoces tan bien o mejor que yo. Hace el mal sin pasión. Domina a sus hombres como si fueran perros. Hasta sus matanzas son calculadas, reflexivas.

Algún día, no obstante, venceremos. Algún día la civilización clavará su enseña en esas playas, no importa cuánto haya costado imponerla, no importa qué imperios o naciones haya que convocar para que sus puros colores flameen, otra vez, como el ideal. Cuentan los altos fines, no los medios. Me tiene sin cuidado la sangre derramada y la que se derramará. Nosotros ya hemos vertido la nuestra en demasía, hasta ahora inútilmente. Y la sangre de los rosines, ¿es humana, acaso? Rosas es más que humano. Es un demonio. Sus secuaces son menos que humanos: apenas bestias sujetas a su influjo. Por eso no tiemblo al decirte que, llegado el momento, no tendré piedad. Ninguna consideración me detendrá. Tal enemigo no merece ni siquiera justicia.

Te abraza: Daniel B.

Oribe medita el último concepto, apreciativo. Enciende un cigarro. Le divierte pensar que acaso el incógnito Daniel exhala esas mismas bocanadas de tabaco virginiano que mercan los buques ingleses. Guarda esa carta, que ha encontrado en él otro destinatario atento, en un bolsillo de su uniforme.

Luego arrima el yesquero a la misiva de su informante y la coloca junto al recorte del Comercio del Plata en la bandeja donde le han traído el mate. Mira cómo las hojas arden juntas, hasta que son ceniza.

III

20 de marzo de 1848

Don Florencio Varela compone tipos y diagrama páginas como un obrero más de su diario. Suele hacerlo a menudo, porque ama el olor fresco de la tinta y el trabajo manual de los talleres, y se considera mejor tipógrafo que muchos: cuidadoso tal vez, como ninguno, para lograr la pulcritud de una impresión pareja, sin manchas ni vacíos. Pero esta mañana, en particular, lo hace porque la lucha de los dedos contra el metal acompaña el combate contra sus propios pensamientos amargos.

No es el momento de darse por vencido, precisamente cuando acaban de llegar nuevos agentes de la Francia y la Inglaterra, a los que hay que persuadir para que no cedan, para que favorezcan a Rivera y no a Oribe, para que no abandonen definitivamente, a pesar de tantas veleidades y anteriores defecciones, la causa de la emigración argentina. Varela no quisiera confesarse, de una vez por todas, que está cansado. Pero es un hombre de razón —se dice—, lo ha sido siempre. Y los hombres de razón no deben ocultarse ni ocultar las crasas realidades, por decepcionantes que ellas sean.

No puede evitar el pensamiento de que, en sus cuarenta y un años de vida, ya acumula demasiados desencantos políticos en su haber. El mayor de ellos, tal vez, sea el fracaso de Lavalle, presunto Libertador de los pueblos esclavos de Rosas que se negaron a romper sus cadenas, o a los que él no pudo o no quiso convencer para que las rompieran. El mismo Lavalle que encandiló a su joven hermano Rufino, y se lo llevó para servírselo a Oribe en bandeja, para que muriera estúpidamente en Quebrachito, asesinado por la espalda, después de la derrota. El mismo que se comportó en Santa Fe como cualquier jefe bárbaro de las bárbaras montoneras, incapaz de poner orden al descontrol de sus tropas, hasta provocar que lo maldijeran aquellos mismos a los que supuestamente llevaba la Libertad. Lavalle, al que se ha de recordar siempre, quizá más que por ninguna otra cosa, por haber fusilado al gobernador Dorrego.

Florencio Varela suspira. Si ese crimen no hubiera ocurrido, acaso tampoco se hubiese propagado la guerra civil por todo el territorio de las Provincias Unidas, como el incendio se propaga por un bosque seco. Acaso tampoco existiría el Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, el Restaurador, el Tirano, sino apenas don Juan Manuel Ortiz de Rozas y López de Osornio, un opulento hacendado de la provincia de Buenos Aires.

Pero los hombres de razón no pueden perder el tiempo en inútiles conjeturas. En aquella época Florencio Varela era demasiado joven para darle consejos a don Juan Galo de Lavalle, temerario, orgulloso y obcecado, y aun a Juan Cruz, su propio

hermano mayor, que apoyó el fusilamiento de Manuel Dorrego. De todos modos, Lavalle tampoco querrá escucharlo diez años después, cuando Florencio le escriba cartas que el General dejará sin contestar: *Sé, general, que U. se irritará por estas reconvenções; que tal vez se burlará de ellas porque no soy militar sino doctor, palabra de escarnio en los campamentos; pero, general, eso no hará que yo deje de cumplir el deber de hablar con U. la verdad, ni variará la realidad de las cosas. Ése ha sido, general, el defecto capital de U.: no pedir consejo, ni oírlo de nadie, decidir por sí; y por desgracia, no siempre decide U. lo mejor.*

Los tipos están en orden. Las letras quedan alineadas en concordia y solidaridad perfectas. Florencio las mira, melancólico, como si codiciara para las relaciones de los hombres esa armonía que él mismo acaba de crear. Se convence entonces de que sus momentos más felices han sido los meses de Río de Janeiro, a donde fue, con su familia, para buscar una salud por la que nadie daba ya mucho, y que encontró, por fin, entre bibliotecas y manuscritos. Ése —piensa— hubiese sido su verdadero destino: mirar y estudiar en el sosiego la Historia de los hombres, en vez de escribirla con sangre sobre un borrador confuso y maltrecho. Leer y redactar libros, tener una cátedra, y de vez en cuando el consuelo y el solaz de la poesía. Eso, y no la rutina del bufete ni los sobresaltos de la prensa de combate. Por un momento, siente una rara solidaridad con su colega y rival de la otra orilla: don Pedro de Angelis, el erudito sirviente de Rosas, el editor de *El Archivo Americano*, el ladrón de monedas y documentos, que arrastra un destino equivocado de periodista mercenario.

Don Florencio Varela se limpia las manos, se ajusta la levita, toma el bastón, se coloca el sombrero. Sale. Lo esperan trámites y diligencias múltiples. Visita a su hermano Jacobo, a su madre, al señor Oreus. Escucha opiniones contrapuestas de la emigración. Aplaca y refuta a los violentos, como su amigo Daniel Bello, siempre propenso a las posiciones extremas.

Vuelve a su casa, pero pronto sale, nuevamente, para ocuparse de su otro trabajo: tiene una cita con un cliente, el señor Mac Lean. Al regreso, por la calle 25 de Mayo, encuentra a un jefe de marina británico, y se cruza después con el ministro de Hacienda.

Ruega que nadie más se le aparezca en el trayecto, ya escaso, que le queda por recorrer hasta su domicilio. Necesita, como pocas veces, la intimidad profunda de la casa, las conversaciones triviales, las voces y los ruidos de loza y de metal en la gran mesa donde ya son siempre trece los que cenan, a menos que la amistad, no el temor supersticioso, agregue, acaso, algún invitado. Se ha hecho de noche, pero la temperatura húmeda de la tarde casi no ha descendido. Inspira intensamente, como si fuera a faltarle el aire dulce, casi opresivo, del verano que acaba. Refugiado en esa burbuja de tibieza, donde se mezcla su aliento con la gran respiración de la ciudad, tiene, de pronto, una revelación simple y horrible. Que la locura, no la razón, es el

estado normal de los humanos. Que la razón los alumbraba apenas como la luz floja y pequeña de un candil en la inmensa intemperie nocturna del mar o de las pampas. Y que los bellos sistemas precisos de los filósofos y los juristas, de los teólogos y los matemáticos, han de ser como los cuentos que la madre narra a su hijo asustado mientras cruzan el desierto de esa noche, para que pueda olvidar, por un momento, la incertidumbre y el terror de la travesía.

Don Florencio Varela se alivia el lazo de la corbata y sacude la cabeza, como si ahuyentara esa imagen de patético desamparo. Ya está a la vista su casa: los balcones saledizos, las tejas, la reja florida, el portal labrado con rosetones de hierro, el llamador de bronce. Pero antes de que pueda llegar a ese portal, un hombre tosco se cruza, de mal modo, en su camino. Varela entrevé un brillo ancho y pálido de acero bajo la luna y los faroles. Evade el cuerpo que le bloquea la entrada, alcanza a dar unos golpes con el llamador, pero la hoja resplandeciente se le hunde en la espalda y sale por el pecho.

Logra, todavía, cruzar sobre su propia sangre hasta la acera de enfrente, donde trabaja el zapatero Charbonnier con sus ayudantes.

Morirá sin poder decir una palabra.

IV

10 de junio de 1871

Una mujer menuda y entrecana, vestida de negro, reza sola en el Cementerio del Norte, frente a la bóveda de los Varela. No lleva luto por Florencio, su marido, que ya ha sido confiado a la protección inútil de esos muros poco después de la caída de Rosas, con los honores de un prócer. El luto se debe a otro Florencio Varela: el hijo que ha perdido hace un año.

Doña Justa Cané ha adquirido la triste y casi monstruosa costumbre de las muertes filiales, que invierten siempre el orden deseado por la Naturaleza, aunque no sean violentas. Pero ésta le duele en particular, más que ninguna otra, acaso porque repite, en un estilo degradado y turbio, la muerte del padre. La alegra, dentro del duelo, que él no la haya sufrido, y también, que no haya visto crecer a algunos de sus hijos. No todos son como Héctor, su genuino heredero, valeroso, querido, inteligente, tan capaz de dirigir un diario como la Comisión Popular creada para coordinar la lucha contra la fiebre amarilla.

Hubiera sido mucho más piadoso que la peste se llevase a Florencio, tal como acaba de ocurrir con tantos. Doña Justa recuerda, con pena y con vergüenza, al hijo disipado, irrelevante, empleadito público por las mañanas, calavera en las noches del Restaurante de la Catedral o en lo del alemán Juan Hansen. Asesinado en un duelo confuso por un tal coronel Orfila, a causa de un episodio de juego, entre hombres de mal vivir, madamas y mujeres de teatro.

Ninguna de las muertes de sus Florencios ha sido ni será aclarada ante la justicia. El coronel Orfila ha contado con la desidia y acaso con la complicidad de los sumariantes policiales. El sospechoso Manuel Oribe, con el poder político y la voluntad conciliatoria de su enemigo Rivera y de la facción política que lo sustenta. No fueron sólo funcionarios ineficaces o deshonestos. Fue una nación entera, resignada a la amnistía, lasque decidió dejar impune el crimen del primer Florencio.

Doña Justa recuerda —lo recordará siempre— el escrito del fiscal Velazco: *en el absoluto olvido de lo pasado debe entrar por parte el dejar la memoria de los muertos en paz, con el noble fin de que no vuelvan a perderla entre los vivos. Y después de todo esto, señor Excelentísimo, ¿podrá abrirse causa al General Oribe? ¿Se podrá, después de la solución de octubre y de la reciente ley de «olvido», sin contrariar sus benéficos fines y sin infringir la disposición terminante de esta ley?*

Los reclamos y apelaciones logran por fin que la causa contra Oribe se abra, pero todo será en vano. El proceso está desde el comienzo destinado a perderse en el laberinto de los cajones y de las malas voluntades. Tanto Cabrera, el portador del cuchillo, como Oribe, el probable autor de la orden, morirán antes de que la causa

concluya, de la muerte que Dios quiera darles y no por el público castigo de su crimen.

Doña Justa se santigua, y se aleja, a paso lento, del rincón de sus ausentes.

El fiscal Velazco no ha tenido razón. No la tendrá nunca. La memoria de los muertos no está en paz, ni lo está ella, que sigue viva como puede. Piensa, con un estremecimiento —como si alguien hondamente querido estuviese entregándole una revelación sombría— que tal vez la razón y la justicia no son para los hombres. Que las cabezas traidoras de quienes las ven cruzar por un cielo nocturno prefieren cerrar los ojos, para no retener a esas estrellas fugaces con la limpia fuerza de su deseo, mientras la oscuridad de la tierra se multiplica.

El padre, el hijo

*Ese cielo de nubes transparentes
ya no lo veré más, otro me aguarda,
donde si hay sol y estrellas diamantinas
mis ojos las verán negras y opacas...*

JORGE MARIANO MITRE, *Poesías*

Mis habitaciones tienen ventanas al mar, y desde la mesa en que te escribo veo la entrada magnífica de la bahía y un paisaje verdaderamente encantador y grandioso. Estas habitaciones son precisamente las que se hallan debajo de las que habitó nuestro hijo. Mi techo es el mismo suelo que él pisó, y en medio de la noche el menor ruido se me figura el rumor de sus pasos por la vida.

El hombre que escribe moja nuevamente en la tinta esa pluma seca que no deja fluir temblor de voces ni caudal de lágrimas. Alza los ojos hacia la cara que lo mira sin verlo, levanta los dedos para rozar la frente que ya no sentirá caricia alguna.

Sólo traje conmigo el retrato de nuestro pobre Jorge, que tengo colgado ante mi escritorio y que me mira en este momento en que te escribo, aquí, en este cuarto tan lleno de recuerdos tristes para nosotros. En medio de este silencio siento un amargo encanto en evocar su alma, y paso horas enteras solo en este salón, como si su espíritu inmortal me acompañara.

El hombre deja inconclusa y abierta la carta que hoy no tendrá fuerzas para terminar. Se levanta y va hacia la ventana y la abre completamente, porque hasta las noches del invierno son benignas en esta dulce tierra del Brasil. Las luces de la ciudad y de la costanera no alcanzan para iluminar el mar desmesurado, que devora, como la pampa, todos los resplandores. El mar sólo se manifiesta por un inmenso coro de palabras indescifrables que aun en la hora más serena retumban en el oído humano como un canto disonante y tempestuoso. «Si algo pudiera parecerse a la lengua de Dios, sería el mar», piensa, mientras dobla las hojas, asegura las fallebas y luego se recuesta sobre la cama donde acaso se dormirá vestido, como tantas otras noches que ha gastado a solas, velando a su muerto.

Ese hotel, el Hotel dos Estranjeiros, le parece el lugar más adecuado que Jorge pudo escoger para morir. ¿O acaso no ha sido su hijo un extranjero en la tierra donde los hombres luchan por el poder y la gloria y se apegan furiosamente a la porción de vida que les toca? Él, por lo menos, siempre tuvo patria. Nunca tuvo más patria, quizá, que cuando estaba fuera de ella. La proscripción agudizaba el deseo de aquello que se le prohibía; el destierro, la certeza de una pertenencia. Él siempre supo lo que

quiso, y siempre hizo todo lo que pudo. Jorge estaba destinado a consumirse en pos de un deseo indeciso, sin nombre conocido, y a no hacer sino ensayos mutilados de su talento.

Don Bartolomé Mitre, ex presidente de la República Argentina, general y senador de la Nación, historiador, periodista, literato, ministro plenipotenciario en misión especial ante la corte del Emperador don Pedro, cierra, por fin, los ojos, derrotado. Por más que los abra y busque a su alrededor en el cuarto donde el candil se ha consumido, ya no podrá ver nada. Esos ojos que han cumplido medio siglo, que han resistido al golpe de una bala en la frente, y que han visto y llorado tantas muertes de otros, son tan inútiles en la plena oscuridad como los ojos de un niño. Son más inútiles aún, porque el general ya no tiene madre a quien abrazar en la tiniebla compacta. Nadie le tenderá la mano para guiarlo en la intemperie de la noche enemiga. Los ojos se resignan, vacíos. Se apagan para encenderse otra vez con la consolación del sueño, porque la única imagen esperada no ha acudido a la cita.

Sin embargo el general, sumergido en la vida donde ha triunfado en todos los aspectos, sabe muy poco del mundo de los muertos. No sabe que los muertos amados siempre acuden, aunque no pueden tocar a los que quisieron. No sabe que unos ojos lo están mirando, como a través de una reja infranqueable, del otro lado de la cama de bronce.

Esos ojos lo miran como si lo viesan por primera vez, para conocerlo, ya que en la vida no lo conocieron. Por eso, quizá, Jorge Mariano Mitre se ha disparado hace dos años un balazo en la sien después de interrogar el retrato de don Bartolomé que fue encontrado a los pies de su cadáver. Acaso porque su padre ha sido siempre para él como un retrato: hermoso, ejemplar, distante.

Jorge ya no tiene esperanzas de madurar. Sigue siendo un muerto intempestivo de dieciocho años, puro y violento, tan intenso y tan frágil como un solo de violines. Tiene puesto el mismo traje de calle que el día de su decisión apresurada. Intuye que esa despedida ha sido prematura y seguramente errónea porque no puede irse. La patria que no halló en el otro lado donde todavía, obstinada y hasta cándidamente, se demoran los otros, tampoco se encuentra en esta extraña réplica del Hotel dos Estranjeiros, donde las puertas son blandas y traspasables como si estuvieran hechas de espuma, y las noches se prolongan en una penumbra melancólica, una neblina gelatinosa que cubre las aristas puntiagudas y claras de la vida diurna. Jorge Mariano se sabe a salvo de todo dolor, pero también de toda realidad. Quisiera volver a existir, pero no en este reino intermedio y transitorio, sino en la luz cenital de una verdad que huye.

Pasa con suavidad el dorso de la mano sobre la cara delgada de su padre, que se mueve de pronto, como si lo llamaran, aunque los dedos de Jorge son ficticios y su caricia un ademán sin peso. Siente que esa caricia deseada e incomunicable simboliza

lo que ha sido el amor entre los dos. Jorge se apoya primero sobre el borde de la cama donde el padre duerme. Luego se acomoda bajo el brazo que se abre hacia el costado, aunque ese brazo nada pesa sobre su cuerpo de aire.

Aquel brazo también ha estado ausente el día de su nacimiento, porque el padre no se encuentra en Buenos Aires para recibirlo, sino en Montevideo, adonde otra vez lo ha llevado el destierro. El brazo reaparecerá y volverá a desaparecer, envuelto en luchas, alzado en disidencias, incansable, resistente a las tentaciones del placer y del reposo. Cuando no empuña un arma, sujeta una pluma que desgrana letras brillantes, de un olor profundo que deja marcadas todas las habitaciones en las que escribe. A veces, esa mano de la pluma y de la espada que cantarán los poetas de la hora, se posa sobre los hombros de Jorge y lo acerca en un abrazo que dura poco. Don Bartolomé es un hombre pudoroso y austero que rechaza tanto las estampidas de los caballos como las de los afectos, porque ambas conducen al despeñadero donde la razón se pierde y los movimientos se vuelven voraces y caóticos.

A los nueve años, Jorge se asoma personalmente a la Historia, desde una fotografía cuya importancia, para él, crecerá con el tiempo. El cuadro de los vencedores de Pavón posa para la inmortalidad en la ciudad de Rosario, donde han entrado en triunfo. El poder de don Bartolo en Buenos Aires y más allá de Buenos Aires se consolida. Por detrás de su padre, Jorge Mariano Mitre ladea la cabeza, tocada, como la de un soldado, por un quepis. Las aclamaciones y las flores que se arrojan al paso de las tropas lo persuaden de que es el hijo de un héroe militar. Más tarde, en Buenos Aires, entre los vivas del pueblo que ha elegido a don Bartolo como presidente de la Argentina unificada, comprenderá que es también el hijo de un hombre amado, a quien se le confían las esperanzas de los otros. Por fin, cuando él mismo ingrese al Colegio Nacional de Buenos Aires, entenderá que su padre no sólo es amado, sino también leído: que sus palabras son, en algún sentido, más poderosas que las balas: tienen el raro efecto de cambiar en sus lectores la comprensión de la realidad.

A veces entra en el territorio prohibido del escritorio con el temor cauteloso de quien entra a rezar, clandestino, en una iglesia cerrada. Lee con reverencia los diplomas honoríficos que consagran a don Bartolomé Mitre miembro honorario del Instituto Histórico de Francia, miembro del Saggio Collegio di Arcadia, socio correspondiente de la Pontificia Academia Tiberiana, miembro honorario del Instituto Politécnico de París. De todos los poderes de su padre, de todos sus dones, elige la palabra.

A los trece años, Jorge Mariano decide ser poeta. Todavía no sabe cantar al amor, salvo al amor de su madre, que tiene labios, manos y regazo, y no se limita a la vigilancia, ya levemente alarmada, de sus ojos azules. Mientras su padre combate contra Solano López en la Guerra del Paraguay, Jorge canta a la gloria, y lanza

municiones de papel contra tiranos distantes: condena al Napoleón que impone un emperador a México, y a la España que se obstina en su dominio sobre Cuba. Funda periódicos y academias de juguete, donde los alumnos del Colegio Nacional estrenan sus talentos.

El cuerpo de bruma de Jorge Mariano siente de golpe un frío repentino, inexplicable en quien, como él, es un fantasma. Es que el cuerpo de carne y hueso de don Bartolomé Mitre se retira, y el brazo deja de cubrirle los hombros. Quizá él también ha dejado a su padre desprotegido, al descubierto, con su poema inspirado en el Paraguay de la posguerra, que es una zona de saqueo y un cementerio sin muros a la vista. Jorge se incorpora y recita, aún entusiasta: *¡República Argentina! Patria mía, cuna de mi placer y mi alegría, ¡escucha este fatídico clamor! Si con la espada se mostró tu mano, ¿por qué al caer exánime el tirano, no corres al combate protector? Sé tú la Providencia protectora que cambiará su noche en una aurora, fuente de luz, de bendición, de fe.*

Jorge lloraría si los fantasmas tuvieran lágrimas. Para entonces —piensa— tanto a él como a su padre les era insoportable el desencuentro mutuo. Él ya sabe acaso, amargamente, que el general Bartolomé Mitre no es Dios. Que se le achacan errores, que esos errores no son un trazo que se borra, sino la muerte, la desolación y la miseria que el poder siempre carga, indeleble, sobre su espalda. Que don Bartolo es amado por unos pero odiado por otros. Que sus palabras pueden interponerse entre las cosas y la verdad. Jorge Mariano, que no ha escogido ni la política ni las armas, recela de ellas, y también, cada vez más, duda de la bondad regeneradora de la poesía.

Para ese entonces, igualmente, el padre ha gastado todo su empeño en tratar de comprender a un hijo que deambula entre Rosario, Buenos Aires y Montevideo, abandonados los estudios regulares, oscilante entre la exaltación y el abatimiento, la huida y el encierro. La madre le ha rogado que vuelva a la casa familiar. Don Bartolo se propone, en cambio, enviarlo a Río de Janeiro para que sienta cabeza y tenga su primer trabajo regular en el servicio diplomático. No han mediado palabras entre ambos: *Tu tatita ha leído tu carta y se ha quedado callado, como es su costumbre. No sé si te escribirá. Impulsado por tu falta de buena voluntad, se ocupa de lo único que hoy se presenta: mandarte a Río de Janeiro.*

Entre Buenos Aires y Río hay una cara que aparece como una sombra de luna bajo las palmeras de Asunción. La cara de quince años de Manuela de Vedia, que ha jurado esperarlo hasta que sus esfuerzos y su mejorada conducta lo vuelvan digno de pedirla en matrimonio. Una cara que ha llorado sinceramente su muerte pero que pronto lo olvidará —deberá olvidarlo—, si es que ya no lo ha hecho.

Jorge se aleja de la cama donde su padre duerme. ¿Don Bartolomé Mitre no le ha escrito a su hijo porque no tiene nada que decirle? ¿O porque piensa que todas las

palabras serían vanas? Tampoco Jorge logra explicarse por qué él ha preferido tantas veces dejar el amor seguro de los suyos *mendigando a la sombra de techos ajenos y buscándose la desventura como quien busca la felicidad*. Aunque no quiere admitirlo todavía, comienza a convencerse de que pertenece a esa especie de seres nacidos a contracorriente: los que no aceptan las imperfectas condiciones de la vida, los que se anticipan de un golpe al ocaso y la declinación, los que adivinan un vacío incurable en la médula feroz de la voluntad.

¿Por qué se ha matado? Jorge se mira en su propio retrato: esa irresistible trampa para fantasmas que su padre ha puesto, como si lo esperase, frente al escritorio. *No porque me tiemble el pulso dejo de tener el alma entera, en posesión de todas mis facultades. Muero sin saber por qué...*

Las escenas que precedieron al final aparecen ahora como un pretexto y un vértigo. Desde el principio se ha sentido un proscrito en ese viaje que ya no es, como los otros, una fuga voluntaria, y que no ha podido elegir. Los paisajes de belleza desaforada se opacan con una veladura de nostalgia imborrable que sólo a su madre se atreve a confiar: *desde mis dos ventanas puedo ver, por una el mar y por la otra el Pan de Azúcar, los morros llenos de casitas blancas que parecen palomas; palmeras, plátanos y bambúes. A cualquier lado que dirija la mirada encuentro siempre algo que admirar... ¡Y todo esto, sin embargo, sólo logra llenarme de tristeza y melancolía! Lejos de todos, prefiero pisar de nuevo las llanuras áridas y monótonas de mi patria.*

El Brasil lo ha recibido, empero, con generosidad, a toda orquesta. En los diarios se lo califica con elogios exasperados: orador de nota, poeta sentido, literato erudito, joven demócrata que ha de tener mucho que enseñar a los viejos absolutistas del Imperio. Jorge Mariano no evita pensar cuántos de esos elogios se deben en verdad a su poesía, y cuántos a su condición de hijo del presidente argentino que se alió con ese Imperio para ganar la guerra cuya víctima fundamental —como en todas las guerras— no ha sido un gobierno sino más bien un pueblo.

Los aristócratas imperiales no desdeñan el trato del joven rebelde que ha debido vestirse con librea de diplomático, aunque Jorge, oficinas adentro, ya no sea un poeta sino solamente un aprendiz, un escribiente que redacta notas y copia noticias para Tatita, y se aloja en el Hotel dos Estranjeiros, digno pero adecuado a sus recursos modestos. Si su padre hubiera sido menos importante, y sus amigos menos influyentes —divaga a veces—, tal vez aún estaría vivo, porque nunca lo hubiesen admitido en la tertulia donde encontró su fatalidad bajo la forma de una muchacha quizá no más bella que Manuela, pero que expande a su paso, como si fuera un perfume nunca antes percibido, cierta clase perturbadora de misterio.

Es extraño que no pueda recordar el nombre de esa joven por la cual ha muerto. Sólo recuerda el tacto de la piel de los hombros, que ha besado a la sombra de una

glorieta con suavidad furtiva. Recuerda también que esa piel es una seda helada bajo el tul de ilusión, aunque la noche de octubre suba en llamitas de alcoholes y de azahares desde el suelo lustrado por los vales. Imagina de nuevo los ojos indefinibles que no tienen color propio, que reflejan el color de las cosas, como si fueran de espejo. Reconstruye las palabras de esa boca que le ha dado al oído una cita para después del baile, en uno de los cuartos de una mansión vecina.

Piensa de pronto que esa joven se asemeja extraordinariamente a la cara más hermosa de la Muerte, la blanca señora que han cantado los poetas, la silenciosa Dama que una tarde aparece en el jardín florido, la que corta con tijeras de plata esa escala por donde el amante sube a ver a su amada. Recuesta la cabeza, casi aliviado, sobre la felpa verde donde su padre apoyara la pluma. Después de todo el destino ha sido quizá más piadoso con él que con los otros: los que mueren viejos y enfermos, reducidos a la copia deforme y degradada de lo que fueron. Después de todo, nadie escapa de la muerte propia, la que desde siempre está esperando en Samarcanda al viajero que huye neciamente para no ser hallado por ella en su ciudad y en su casa.

Si al menos la hubiera visto por última vez. Si no hubiera sido descubierto, para su oprobio, por una criada, semioculto entre las cortinas del balcón por donde lo han hecho subir, como si fuese un ratero. Todavía lo hieren la infamia que le arrojan encima las voces extranjeras, los empujones y los gritos, los denuestos del padre que lo hace llevar ante la Policía. El general Paunero llega a liberarlo por la mañana y le ofrece una única alternativa para impedir un escándalo mayor: la vuelta a casa.

Jorge Mariano Mitre se aplica entonces, implacable, una sentencia de muerte. El hijo de don Bartolomé Mitre y doña Delfina de Vedia no puede presentarse ante los suyos con la deshonra como único resultado de su trabajo. Tampoco podrá mirar de nuevo la cara de su novia que lo espera aún, ingenuamente, en la tierra de las palmeras. Pero sobre todo, no podrá enfrentar otra vez los ojos del general, hecho de una aleación tanto más pura, invulnerable a todas las formas de lo indigno, capaz de perdonarle incluso —piensa Jorge— que se convierta en su enemigo político, pero jamás una bajeza.

Sin embargo la muerte es larga, y Jorge tendrá demasiado tiempo como saber que se equivoca. Su peor condena comenzará después, cuando lea, por encima del hombro de Paunero, la carta de su padre: *He recibido el golpe con la fortaleza de un hombre, y me he resignado, pero no me consolaré jamás. Es una parte de mí mismo que se ha ido. No tengo sino lágrimas y bendiciones para mi pobre Jorge, muerto lejos de nosotros por su propia voluntad, creyendo hacer un sacrificio generoso y amando a todos los suyos hasta el último momento. Lo lloro, no por el modo en que lo he perdido, sino porque lo he perdido; y lo desearía vivo a costa de todo, aunque fuese en el último estado de miseria.*

Esa carta será el inicio de dos duelos: uno en la casa de Buenos Aires, donde los

padres y los cinco hermanos restantes lloran a su muerto. Otro en el Hotel dos Estranjeiros, donde es él quien vela sobre su propia partida voluntaria, sin saber por qué no hay un cielo o un infierno sino este borde de la vida, o existencia refleja en un fondo de agua, donde todos los sonidos llegan amortiguados y las formas del mundo que fue real se distorsionan. Jorge sólo sabe que no se le permite salir. Está obligado a merodear por las habitaciones, a esperar cada regreso. El padre ya ha venido dos veces a Río de Janeiro. Ha visitado el cementerio donde está, oculto para su mirada, el cuerpo de su hijo. Él, que no puede abandonar la escena de su propio crimen, hace lo que nunca ha hecho cuando vivía: indaga en los papeles privados del general, lee las anotaciones de su libreta de viaje. *A las ocho de la noche visité el cementerio de San Juan Bautista y lloré sobre la tumba de mi pobre hijo Jorge. Lo lloré por mí que lo perdí para siempre, pero más que por mí, por él, que se perdió a la vida de la esperanza en la flor de la edad, y por su inconsolable madre, que lo llorará mientras viva.*

Sabrás así que don Bartolomé Mitre visita, día tras día, esa tumba donde él no puede reposar. Que una mañana corta de la cabecera del sepulcro un puñado de hierbas salvajes que se han abierto paso por entre las junturas de la piedra. Que otra tarde, el Día de Difuntos, pone sobre la losa una corona de cipreses y la cubre de flores. Que tanto las hierbas, como un gajo de aquella corona, serán enviados en las cartas a su madre.

Sabrás también que en este último viaje la misión diplomática no es la razón fundamental sino apenas la excusa necesaria. El general ha ocupado muchas horas y ha derrochado conocimientos, no en asuntos de Estado, sino en la redacción de un escrito que le permita llevarse a la Argentina, antes de los cinco años exigidos por la ley brasileña, los restos de su hijo. Jorge entiende que él sólo quedará libre cuando esa gracia se acuerde, cuando sus huesos viajen a Buenos Aires y descansen, por fin, en el Cementerio del Norte.

Los fragmentos de lo que fue su cuerpo van a ser depositados muy pronto en esa urna tallada de jacarandá que el padre guarda entre los bultos del equipaje. También el día está a punto de romper la membrana oscura de los cielos. Asoman, por el Este, luces aún sofocadas y desaparejas claridades. Por primera vez desde su muerte Jorge ve los matices de esa confusión roja y dorada, el ovillo de bronce que envuelve y difumina la cara intolerablemente luminosa del sol que nace. Por primera vez para él hay olor a sal cuando las ventanas del cuarto dejan entrar, también, el coro antiguo del mar indescifrable.

Jorge va hacia el escritorio. Toma la pluma, aunque sabe que lo que no se ha dicho en el reino de este mundo no puede decirse después, y que la escritura de los fantasmas desaparece, como ellos, en el aire de los cuartos, antes de secarse sobre papel ninguno. Sin embargo la pluma pesa en su mano, y las pocas palabras que va a

escribir fulguran y se aquietan sobre la hoja inconclusa de su padre.

Luego se acerca a la cabeza dormida. Aparta los cabellos de la frente con yemas que sienten la densidad de las raíces y el dibujo irregular de las arrugas, cada vez más profundas. Antes de que el encantamiento termine, se inclina y lo besa en el mismo lugar de la sien donde su propia cabeza tiene todavía el hoyo incendiado de un disparo.

El padre abre los ojos y se incorpora, con una rapidez que lo marea. Pero no hay nadie a su lado, y apenas alcanza a leer, sobre el papel del escritorio, una frase dibujada con la letra menuda de su hijo, que resplandece y se apaga, volviendo a hundirse en el sueño al que sin duda pertenece. Se acuesta de nuevo, cubierto apenas con la manta de viaje, sin dolor en el pecho, como si hubiese sido infinitamente consolado.

Doña Felisa y los Caballeros de la Noche

Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Digo que esto también es vanidad.

ECLESIASTÉS, 8, 14

I

Doña Felisa Dorrego de Miró levanta apenas la punta del cortinado de *voile* de Niza. Los aldabonazos anuncian un visitante, que no es visible desde la puerta-ventana, a menos que se la abra para salir al balcón. La sola idea de hacerlo da escalofríos a la señora, que acaba de hacer poner más leños en la salamandra de su dormitorio.

La dama suspira. Este mes de agosto es acaso más frío que otros agostos del pasado, pero de todas maneras la vista desde el primer piso de la casa lujosa que llaman «el palacio Miró» sigue siendo magnífica. Y lo sería mucho más aún si a la plaza de enfrente, que antes era «del Parque», no le hubiese sido impuesto el nombre odioso de Juan de Lavalle. Doña Felisa piensa que los funcionarios no sólo no tienen sensibilidad humana, sino que también carecen de memoria. ¿Se le ha ocurrido acaso al intendente que ante esa plaza de tal modo llamada vive nada menos que la sobrina de Manuel Dorrego, bárbaramente fusilado por el mismo prohombre que la plaza conmemora? ¿Olvidan acaso, tanto el susodicho alcalde como el presidente mismo de la voluble República del Plata, que Manuel Dorrego fue ejecutado por un militar faccioso, mientras ejercía de pleno derecho su cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires para el que fuera ungido por la soberanía del pueblo? ¿Será posible que se condene a Rosas ferozmente pero se premie a Lavalle, su adversario, sólo porque su partido es el que ahora se sienta en el sillón de Rivadavia?

Doña Felisa se enfurece, como cada vez que contempla ese remanso verde tan hermoso, sin otro defecto que su nombre equivocado. Mucho más se enfurecería si supiera que apenas seis años más tarde, a la injuria del nombre se añadirá la de una estatua ecuestre. Entonces la dueña del palacio Miró, impotente para hacer otra cosa, ordenará clausurar las puertas y las ventanas que miran a la plaza, a tal punto que el Palacio, visto desde ese ángulo, producirá a los viandantes la impresión de una casa

deshabitada.

Pero la señora ignora estas cosas todavía, y es mejor que las ignore. Para indignaciones y desdichas le basta por hoy el sobre lacrado, sin señas de remitente, que se dispone a leer y que el portero acaba de entregarle en una bandeja, junto con una caja de madera escarolata y burda confección, que doña Felisa primero examina con cierta curiosidad y luego aparta desdeñosamente sobre una mesita.

Al pasar la vista por estas líneas tal vez se encontrará que sus sentidos desfallezcan, pero éste es un mal que no tiene remedio, y nos encontramos impulsados, con todo nuestro pesar, a proceder, por causas ajenas, del modo que lo hacemos.

Estos preliminares puestos, venimos sin más comentarios a participarles a ustedes que los restos mortales de su finada madre, doña Inés de Dorrego, que reposaban desde poco tiempo en la bóveda de la familia de los Dorrego, han sido sacados por nosotros mismos en la noche pasada del 24 al 25 del corriente mes, y que por consiguiente se encuentran en nuestro poder, fuera del campo santo de la Recoleta. Al mismo tiempo añadiremos que estos restos están rodeados de respeto, y volverán intactos al lugar de donde han sido sacados pero es bajo una condición, si ustedes quieren ser condescendientes con nosotros.

A doña Felisa Dorrego comienza a temblarle el pulso. El papel de la carta sacrílega tiembla también. La señora, de ordinario decidida y vigorosa, se siente desamparada. Recuerda entonces, de pronto, que ya es una mujer entrada en años y que no hace tanto se ha quedado viuda. Para estas cosas, por lo menos, sirven los hombres. Si don Antonio Miró estuviese vivo, no tendría por qué hacerse cargo ella de ese mensaje bochornoso.

Sabemos que doña Inés de Dorrego, al morir —sigue la pluma insidiosa y desfachatada—, dejó a sus hijas queridas una fortuna colosal. Sabemos que esas hijas la lloran y veneran, habiendo sido ella con ellas, madre amante y cariñosa; y que esas hijas, por todo el mundo no consentirían ver estos restos sagrados, ultrajados y tirados al viento en tierras profanas y desconocidas.

Sabemos que la familia de las señoras de Dorrego está, con justa razón, celosa de su nombre ilustre y sin mancha, que la vil crítica no ha podido ni tal vez podrá alcanzar nunca.

Doña Felisa acusa, en el medio del pecho, el rasguido de una puñalada. Bien se le alcanza al maldito que escribe esas líneas que la vil crítica está frente a sus mismas ventanas, en la plaza deshonorosa que legitima el crimen de Lavalle.

En fin, sabemos que para las ricas y generosas herederas de doña Inés de

Dorrego, deshacerse de cinco millones de pesos moneda corriente les sería una friolera, una cantidad insignificante.

Sin embargo, puesto que llegamos al caso, o mejor dicho, a esa condición que acabamos de hablar, no queremos ser exigentes en demasía, y nos conformaremos con las dos quintas partes, es decir, con dos millones de pesos moneda corriente.

La señora se siente como han de sentirse los varones afrentados en público con la bofetada de un guante sobre el rostro. El mismo delincuente que la extorsiona le está ofreciendo un generoso descuento en el tope de sus pretensiones. Se suelta los dos primeros botones del cuello. Gotitas minúsculas emergen por los poros de la frente, antes helada y ahora contraída en el esfuerzo sofocante de descifrar esas letras increíbles, aunque escritas con la más correcta caligrafía.

Con más claridad y en resumen, Ud., doña Felisa Dorrego de Miró y familia, nos abonarán en el término de veinticuatro horas, la cantidad de dos millones de pesos moneda corriente, que son ochenta mil patacones, si quieren que los restos de su finada madre doña Inés de Dorrego, sean devueltos intactos y respetados al santuario mortuorio de la familia de donde han sido sacados, sin que nadie sepa lo sucedido, se lo juramos.

Doña Felisa salta las páginas, dibuja itinerarios en diagonal sobre las insolentes escrituras.

...Junto con esta carta va un cajón sencillo y de madera ordinaria, pintado de colorado. Sírvanse poner en él la cantidad pedida...

La señora alcanza apenas a hacer sonar la campanilla con un ritmo irregular, sobresaltado, que atrae a la doncella francesa a más velocidad que la de costumbre. Cuando Madeleine llega, la encuentra crispada sobre el sillón, con la carta convertida en una pelota rugosa y los ojos casi volcados hacia atrás en un inquietante juego de ausencia. Ha perdido el don del habla (del que siempre gozó con fluidez elocuente) y su respiración sube y baja en un silbido ríspido, intranquilo. Madeleine acude primero a las sales y al agua de Colonia, administrándosela por el cuello y la frente con un pañuelito de Bruselas. Por fin, ante la inutilidad de sus remedios de salón, acude á Evaristo.

El mayordomo asturiano mira de reojo y con inocultable desprecio («¡Vaya chucherías de franceses!») las sales y el pañuelito; estudia la cara congestionada de la dama, donde las mejillas se han puesto muy rojas y las venas muy azules. Estudia la carta reducida a un bollo mal amasado entre los dedos rígidos. Deduce que la señora se halla bajo el imperio de una emoción violentísima provocada sin duda por la noticia que ese papel maltratado le ha traído. Decide apelar a expedientes extremos. Primero pasa bajo la nariz de su patrona una copa que exuda el *bouquet* del mejor brandy de España. Como apenas ha logrado con eso torcer levemente de disgusto la nariz de la dama, que es abstemia, examina otra posibilidad inédita que acaso podrá

provocar la salvación de doña Felisa, pero también el estallido de un carácter irritable. Entonces, ante el horror de Madeleine, que se tapa los ojos con los dedos rosados, sacude enérgicamente la anonadada humanidad de la señora viuda de Miró, al tiempo que trata de reanimarla con terapéuticas palmaditas.

Los ojos claros de doña Felisa retornan bruscamente a su lugar. La espalda se le pone derecha, la voz se le desliza por los finos carriles de la garganta. Esta nueva subversión del orden del mundo parece anular los efectos de la anterior.

—¿Pero qué está usted haciendo, hombre? ¡Sáqueme las manos de encima, por favor! Si no me pasa nada. Ya estoy perfectamente.

—Eso es lo que cree. Tendría que haberse visto hace apenas cinco minutos. ¿No quiere que llame al médico?

—Nada de médico. Ni falta que me hace. A quien tiene usted que llamar es a mi abogado.

—¿Malas noticias de familia, señora? —inquire el mayordomo, mirando la carta que doña Felisa ha vuelto a desenrollar sobre su falda.

—Así podría decirse, aunque no es un problema de los que a las familias suelen presentarse. Hágame el favor de buscar a mis hermanas y al doctor Juárez. Que vengan de inmediato, no importa los compromisos. Mejor si Ignacio los espera en la puerta a cada uno. Apúrese..., que en esto nos va la vida —o la muerte, para ser más justos—, pero sobre todo, el honor.

Evaristo está muy de acuerdo en cuidar el honor, siempre que no cueste demasiado caro, porque la vida vale más. Las bravuconadas son para los héroes o los ricos, suspira, y él no es ninguna de las dos cosas. Doña Felisa por lo menos es rica, y provista —lo reconoce— de una base temperamental bastante sólida como para llegar a convertirse incluso en heroína, si lo ameritaran las circunstancias. Evaristo espera que las circunstancias no la lleven a tanto. Los héroes y las heroínas suelen terminar coronados con todos los honores pero también en prematuros cementerios. Metódicamente, solicita la presencia de Ignacio, el cochero, para transmitirle las órdenes.

Antes del mediodía, el señor abogado y administrador de la familia y las dos hermanas de doña Felisa, doña Teresa y doña Magdalena, ya han bajado del coche y se han instalado en el despacho que fue de don Antonio Miró. Doña Felisa los recibe vestida como para salir, con la cara serena, y sin un rizo fuera de su lugar. Nadie reconocería en ella a la dama que apenas dos horas antes estaba, no ya al borde de un ataque de nervios, sino literalmente desplomada en él. Atiende a sus requeridos visitantes como si llegaran para una recepción. Les manda servir mate y chocolate caliente con bizcochitos, para conjurar el frío. Hace cortésmente caso omiso de las caras de interrogación de sus hermanas y hasta de la molestia perceptible de su letrado, que ha sido sustraído por doña Felisa (al fin y al cabo su cliente más

importante) de una reunión de negocios. Una vez recobrado el control de sí misma, hasta se diría que la señora de Miró disfruta ligeramente de las circunstancias, convertida en dueña de una información secreta y fundamental que se complace en postergar.

—Ustedes me disculparán por haberlos citado aquí de esta manera, pero cuando los entere del contenido de esta carta, verán que la premura se justifica. ¡Evaristo, por favor! —detiene al mayordomo, que se dispone a abandonar el cuarto discretamente—, no se retire. Vamos a necesitar una persona de confianza que cumpla cierto encargo, y usted debe estar impuesta de lo que dicen estas infames líneas.

Doña Teresa, que es racionalista, ve con muy buenos ojos la participación de Evaristo. Doña Magdalena no es racionalista en absoluto, pero la presencia de Evaristo, aunque le cae muy antipático por su frialdad y aparente desapego, la tranquiliza.

Doña Felisa lee de cabo a rabo, y con entonación modulada y constante, el impúdico petitorio. El llanto de doña Magdalena flamea, como apasionado telón de fondo, en los pasajes clave, por ejemplo, cuando los impíos amenazan *ultrajar y reducir a cenizas*, esparciéndolos después a los cuatro vientos, *sin que nadie sepa nunca, ni dónde, ni cómo*, los restos mortales de la señora doña Inés Indart de Dorrego. Y redobla cuando los chantajistas anuncian que, de no accederse a sus demandas, *indudablemente la justa crítica de una ciudad y de una nación os cubrirá de vergüenza y lodo, manchando para siempre vuestro nombre, ilustre hasta la fecha. «Hijas ricas —dirán— y tan desnaturalizadas, que por no desprenderse de un poco de oro, y bajo fútiles pretextos, han ahogado todo el grito de la naturaleza, del amor filial, del agradecimiento, del deber, y de su misma conciencia».*

Doña Felisa concluye la lectura. Su hermana Teresa, que no llora, pero sí cavila, como Evaristo, interrumpe el llanto todavía fluente y las meditaciones silenciosas.

—¿Cómo has dicho que firman esos pelafustanes?

—«Los Caballeros de la Noche».

—¡Caballeros de la Noche! ¡Habrase visto! —estalla el abogado—. ¡Ya ni a los muertos dejan en paz! Semejantes miserables colocándose nombrecitos románticos. ¡Y tienen la pretensión de volverse ricos en un día!

Como todos los hombres que se han hecho a sí mismos y a su mediana fortuna a lo largo de varias décadas laboriosas, el doctor Juárez odia a los improvisados y reniega de las locas ambiciones, quizá con cierto resentimiento melancólico.

Doña Teresa tose.

—Se proponen ponernos en evidencia delante de todo el mundo. Avergonzarnos. Ésa es su arma.

—No quisiera que individuos tales consigan lo que no merecen a costa de nuestra madre y de nuestra vergüenza. No hay derecho —tercia doña Felisa.

—¿Por qué no les damos ya mismo lo que quieren? —gime doña Magdalena—. No estoy en condiciones de resistir indagaciones, pesquisas, la policía en casa. Mi corazón fallará en cualquier momento.

—Pues les diré, señoras mías, que aunque ustedes estuviesen dispuestas a poner inmediatamente en la mano de esos bandoleros los millones que piden, esos millones no son tan fáciles de reunir —pontifica el doctor Juárez—. Una cosa son las inversiones y otra el dinero contante y sonante. En veinticuatro horas no juntamos ese monto.

—En realidad —apunta doña Teresa—, primero habría que enviar al cementerio a esa persona de confianza, como dicen en la carta, para que se asegure del robo del cadáver.

Todos los ojos giran hacia Evaristo. El mayordomo expande ligeramente el pecho, adquiere volumen y gravitación.

—Pues si no se ofenden las señoras, opino que se están ustedes ahogando en un vaso de agua.

—¿Cómo es eso?, ¿pero qué dice usted? —se precipitan tres voces.

—Si mal no recuerdo, el ataúd de su señora madre era de excelente calidad y en extremo pesado.

—La madera más noble que se pudo conseguir. Faltaba más. Y con manijas de plata maciza.

—¿No se necesitaron ocho hombres, cuatro de cada lado, para llevarlo garbosamente en andas?

—Pues aun así no pocas veces se arriesgaron a un resbalón.

—¿Y ustedes creen, mis señoras, que semejante ataúd pudo ser sacado sin dificultad por encima de los muros del cementerio? ¿O que pasó por la puerta sin ser advertido por el sereno, que podrá ser algo tonto, pero que no es sordo, ni ciego?

—¿Y entonces?

—Entonces el ataúd está todavía en el cementerio. Esos pillos tienen la lengua larga y el estilo florido, pero son muy cómodos. Verán que solamente lo han cambiado de lugar.

Doña Felisa mira al asturiano con incredulidad admirativa.

—Está bien, Evaristo. Haga usted primero esa investigación, y si está en lo cierto, entonces llamaremos a la policía.

El despacho se va despejando. Salen las hermanas —doña Magdalena todavía sollozando quedamente—, sale el doctor Juárez, sale, por último, Evaristo mismo, dispuesto a desbaratar la pretenciosa burbuja donde se esconden los Caballeros de la Noche.

II

A las seis de la mañana, el frío de agosto tiene el poder de envolver los cuerpos en bloques de respiración coagulada y blanca. El grupo de hombres avanza despacio, parapetado tras la coraza de sus alientos fríos: el investigador Acevedo, los comisarios Fuffern, Tasso, Cernadas y Segovia, los señores Llavallol y Ortiz Basualdo —de la familia— y a la vanguardia de todos, Evaristo, que los conduce por escarchados laberintos para que comprueben oficialmente lo que él ya ha descubierto la tarde anterior: el ataúd de doña Inés Indart de Dorrego, oculto en la bóveda, apenas entornada, de don Francisco Requiño.

Fuffern y Tasso abren sin esfuerzo la puerta de mármol de esa bóveda ajena. Llavallol y Ortiz Basualdo, como familiares de la víctima, reconocen el ataúd que ellos mismos han llevado a su precaria última morada no hace tanto tiempo.

Unas horas después, ya alto el sol benévolo de las diez y media, un changador hace sonar el aldabón del palacio Miró y retira el cofre rústico pintado de rojo, donde se guardan, bajo una desordenada capa de paja que debe asomarse por los bordes para desorientar a su portador, varios sobres con sello de lacre que no contienen dos millones de pesos en moneda corriente, sino manojos de papel de diario.

El changador, que no imagina ni papeles ni billetes, sino tal vez alguna estatuita o bagatela protegida por la paja del embalaje, marcha silbando en la mañana invernal, que se ha vuelto alegremente fría, de una despreocupación cristalina y luminosa. No sabe que a una cuadra de distancia, el vendedor ambulante que empuja un carrito de ropa usada —y que se cuida muy bien de vocear su mercancía para no ser demorado por los transeúntes— está siguiendo concienzudamente sus pasos. También ignora que ese vendedor es vigilado a su vez por una red de policías sólo en apariencia dispersos, pero listos para converger, a una serial conjunta, en aquel punto donde el changador (y el vendedor) se detengan.

El punto es la Estación Central de Retiro, a la que ambos llegan después de una caminata saludable que les ha puesto colores en la piel, pero también una lápida en la paciencia del falso ropavejero y de los circuitos de vigilancia. El changador va hacia el encuentro de un hombre que lo espera bajo el gran reloj. El ropavejero, que a esta altura, camuflado entre la gente, ya se ha deshecho de su carrito, se acerca hasta el punto de poder oírles las voces.

—Ha tardado usted más de lo previsto. Diga que justo hoy el tren llega un poco fuera de horario, que si no...

—Es que me vine caminando. Así me ahorro unos pesos que me dieron para coche de alquiler. Qué quiere, amigo. Con lo que pagan por estos mandados no alcanza ni para la yerba.

El otro se encoge de hombros.

—A mí tampoco me pagan mucho. Y menos me van a pagar si llego tarde por culpa suya.

La demora del tren no sólo favorece al quejoso comisionado, sino también a los policías dispersos, que tienen tiempo de acomodarse estratégicamente en los vagones. Semejante custodia le es indiferente al hombre de chaqueta demasiado rala que ha tomado la caja y que a falta de mejor abrigo intenta protegerse de la tos cortante con una chalina de vicuña comida, de a trechos, por las polillas. Consigue asiento al lado de una ventanita y estira las piernas, modestamente satisfecho. La tranquilidad le dura poco. Un policía se coloca a su lado y otro enfrente. Lo interrogan. Queda en conocimiento de la autoridad que el declarante se llama Antonio Perry, y que tiene orden de arrojar la caja que lleva sobre el regazo en la playa del Maldonado. Al preguntársele si no le ha parecido extraña semejante comisión, y digna por lo tanto de ser denunciada a las instituciones correspondientes, contesta el infrascripto que no es de su incumbencia preocuparse por las rarezas de sus mandantes mientras que éstos le abonen sus servicios, cosa que indudablemente no conseguirá de los señores policías por más denuncias que haga. Se le hace callar, acusándolo de desacato, y Antonio Perry calla.

Mientras tanto, el tren está aproximándose a la playa del Maldonado, donde el maquinista, ya sobre aviso, detiene casi bruscamente la locomotora. El cuerpo de policía desciende entonces por puertas y ventanas, a las órdenes del ex vendedor ambulante, que ha resultado ser el comisario Tasso. Comienza una persecución que la prensa calificará como «dramática» e «implacable» a bordo, primero, de pies más raudos que los de Mercurio y luego de coches de alquiler tirados por caballos, que llegarán hasta el pueblo de Belgrano, donde está aguardando la caja don Alfonso Kerchowen de Peñaranda, que será identificado más tarde como «cerebro» y jefe supremo de los Caballeros de la Noche.

Como el cochero es de ocasión y no un integrante de la banda, aminora la marcha no bien advierte que es la policía quien se halla a sus espaldas. Caen Kerchowen y el hombre de la playa, Vicente Morate. A pocas cuadras está el cuartel general de la sociedad secreta, convenientemente sombrío, con una entrada que tapan los matorrales. La redada es exitosa. Salvo Espósito, que está y seguirá prófugo, los otros cuatro integrantes de la hermandad: Muñiz, Moris, Abadie, Miguel Ángel, esperan jugando a las cartas, orondos y desprevenidos como las cerezas de un postre.

III

El doctor Juárez arroja contra la alfombra el diario de la mañana. Luego se excusa. Después de todo está en la casa de su cliente, que acaba de perder, bajo su patrocinio y consejo, un juicio de casi dos años.

—Tenga usted a bien disculparme. Es que esto me subleva. ¿Cómo es posible que ese hombre haya dictado una sentencia semejante? De nada vale que la prensa y la opinión pública estén en su contra. Esos malditos han quedado libres de culpa y cargo.

Doña Felisa mira hacia el paisaje cerrado de las cortinas. La realidad —o las voluntades de los otros— parecen haberse fundido en una coraza resistente, impenetrable. Pese a sus protestas, tampoco la plaza Lavalle ha cambiado de nombre. Deja su tacita de chocolate sobre la mesa baja.

—Pues yo lo veo todo muy claro, y más claro aún debiera serlo para usted, que es de la profesión. No existe ley en el país que penalice el robo de un cadáver, y en eso se fundan la sentencia y los reclamos del abogado defensor.

—¡Ese jovencito imberbe!

—Lo que le falte de barba lo tiene de inteligencia. Ha sabido sacar el mejor partido de nuestros malos códigos. Habrá que recordar el nombre de Rafael Calzada. Hará carrera.

—Ojalá que la haga hasta la Penitenciaría, con alguno de sus defendidos. Y ahora si me perdona, doña Felisa...

—Descanse usted, doctor, y no se preocupe más. Este juicio había que llevarlo adelante, aunque lo tuviésemos perdido desde el principio.

Las espaldas de Juárez están un poco más cargadas que dos años antes. Doña Felisa piensa cómo se reflejará ella en los ojos de los otros.

Llama a Evaristo, y le entrega una tarjetita con un nombre y unas señas.

—Por favor, búsqume a este individuo.

El mayordomo asturiano la mira sin poder creer lo que ya ha leído dos veces.

—¿Está segura, señora? ¿Ha pensado bien lo que hace?

—Tanto, que anoche no he podido dormir. Eso sí: que ninguna de mis hermanas, ni el doctor Juárez, ni nadie, salvo usted y yo, estén al tanto de esto.

—Sabe que para eso soy mudo como las piedras de Compostela.

—Y vaya usted en persona, junto con Ignacio.

—¿Cree que ese hombre querrá acompañarme hasta aquí?

—Sí querrá, si es que no lo he calado mal. A lo sumo les va a pedir que lo esperen un rato mientras se acicala. No consentirá en presentarse de cualquier manera. Yo los aguardaré en el despacho.

Cuando queda a solas, doña Felisa se levanta, levemente apoyada en un bastón

con puño marfilino al que se ha visto obligada a recurrir luego de una caída. Se mira al espejo y se arregla las ondas platinadas del pelo. Se encuentra vieja, sí, pero no fea. Los ojos claros están bien abiertos, y guardan aún fuegos cruzados de guerra y de inteligencia. El cutis se conserva fresco, y la ironía de la sonrisa le forma un hoyuelo persistente en la mejilla derecha.

No ha pasado una hora cuando Evaristo golpea la puerta del despacho e introduce a su acompañante, el señor don Alfonso Kerchowen de Peñaranda.

Doña Felisa mira de arriba abajo al hombre joven —todavía no ha cumplido los treinta—, impecablemente trajeado. En exceso, para el gusto de la dama, que aprecia en los varones cierta pizca de salvaje descuido capaz de atemperar los artificios de la ciudad. El joven se inclina en una reverencia casi exagerada. Doña Felisa no le alarga la mano para que la bese (como parece que se ha puesto de moda, a imitación de Europa), y se limita a una inclinación de la cabeza.

—Siéntese —invita, señalando el sillón al otro extremo del escritorio—. ¿Qué toma usted? ¿Té, café, vinos, un brandy?

—Brandy, gracias.

—Para mí también, Evaristo, aunque un poco rebajado —anuncia, sorprendentemente, doña Felisa.

Mientras beben, la señora estudia el perfil estricto y moreno de don Alfonso Kerchowen, las pestañas muy largas, los pómulos marcados, los rizos negros en un suave desorden, los ojos grandes y oscuros, pero no propensos a la contemplación melancólica, sino más bien al juicio ligero y divertido sobre las cosas de este mundo. «Tiene algo de gitano», piensa, «no deja de ser un hombre hermoso. Está bien puesto lo de Caballero de la Noche».

—Entiendo, señor Kerchowen, que es usted belga, y que pertenece a una buena familia.

—Mis padres cultivan, en efecto, como lo hacen muchos argentinos, esa ingenua vanidad, fundada en su regular fortuna y en algunos antecesores de alcurnia.

—Y ha recibido, por lo que parece, una cuidada educación.

—La mejor que pudieron darme y que yo me dejé impartir. Aunque no todos los colegios quisieron tenerme de huésped.

—Ya lo supongo. Se preguntará usted por qué le he pedido que viniera.

—En realidad, yo me pregunto muy pocas cosas. Espero a que los hechos sucedan. Luego deduzco.

—¿Y ha deducido algo?

—Sí, su curiosidad. Como la mía.

—No me diga que yo le inspiro curiosidad. Qué halagador. Por mi parte, sólo quiero que me diga algo: por qué.

—Por qué, ¿qué?

—Por qué nos ha dado ese disgusto, por qué ese absurdo secuestro, por qué lleva usted la vida que lleva. Todavía está a tiempo de cambiar; es muy joven. Vuelva con sus padres, pídeles perdón. Esta vez la ha sacado barata. La próxima ya no será así.

El señor Kerchowen de Peñaranda se ríe. Los dientes muy blancos contra la piel dorada insultarían si la mirada no fuese tan simpática, y hasta sinceramente agradecida.

—¡Señora! Usted es adorable. ¡Tan femenina! No imagina cuánto me conmueve que me quiera reformar. Pero despreocúpese. Ya estoy en la buena senda, aunque usted no lo crea.

—¿Ah sí?

—Sí. Estoy casi decidido a ingresar en la vida vulgar. Me he ido convenciendo de que carezco de talento para el arte. Temo que terminaré siendo lo que son todos ustedes: un buen burgués.

—¿Llama usted arte al robo y al chantaje? ¿A la profanación de cadáveres?

—¿De qué profanación me habla? ¡*Madame*, por favor! Me ofende. ¿Su señora madre sufrió acaso algún daño, si es que se puede dañar a quien ya está más allá de todos los males? Tanto cuidado tuvimos, que apenas si cambiamos el cajón de lugar, y por cierto que no cometimos con ello ningún delito.

—Eso es lo que dicen nuestras leyes inútiles.

—Que ahora serán mejores gracias a nosotros. ¿No ha leído que se habla de reformar el Código Penal para que contemple casos como éste? Eso estuvo muy bien hecho, con gracia, con estilo, diría yo. Pero incurrimos en un error capital: subestimarlas a ustedes. Pensamos que se acobardarían y que no iban a llamar a la policía.

—¿No está usted arrepentido?

—De mis torpezas, claro. Por eso estoy a punto de abandonar la carrera. A esta altura, ya no creo que mejore mucho, teniendo en cuenta que comencé a los dieciocho. Trataré de buscarme alguna heredera lo menos fea posible que aprecie los blasones de mis antepasados. ¡Para algo han de servirme, después de todo!

—Pero ¿y nosotras?, ¿qué le habíamos hecho?, ¿es que nos merecíamos semejante atrocidad?

—Señora, si me disculpa usted, más bien debieran estarme agradecidas. Yo las he salvado, a ustedes y a su señora madre, del peor mal de los burgueses.

—¿Qué pamplinas está diciendo? ¿A qué mal se refiere?

—A la intrascendencia. A ver: ¿qué otra cosa importante les había pasado antes en la vida? ¿Habían salido alguna vez en los diarios, como no fuese en las aburridísimas páginas sociales o de beneficencia?

—No nos interesa la misma clase de fama que a usted, señor de Peñaranda. Y si por algo hay que ser conocido, aunque sea en desmedro del precepto evangélico de

que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda, prefiero serlo por las buenas obras, como lo fue mi esposo.

—Querida señora, es posible que detrás de una gran donación haya también una gran culpa. Gracias a Dios, todavía quedan culpas en estas pampas inocentes. Ya llegará el tiempo en que, también entre ustedes, ningún rico tenga siquiera el pudor de su dinero. En fin, quién sabe cómo terminaré yo, luego de que la vida ordinaria me haya capturado como a un conejo. Pero al menos no podré decir que me han faltado algunos momentos de diversión y de esplendor. Y ustedes tampoco, gracias a mí. Ya se verá que algún día, cuando todos seamos un montoncito de huesos, alguien volverá a contar esta historia. No quiero importunarla más, *Madame*, puesto que no podremos ponernos de acuerdo. La invitaré a mi boda —concluye don Alfonso Kerchowen de Peñaranda, poniéndose de pie para reiterar la reverencia de su entrada—. Y créame que si de veras lamento algo, es que hayamos nacido tan a destiempo. Me encantaría poder pedir la mano de usted.

La señora de Miró no se levanta, y tampoco se ofende ante lo que otra hubiera tomado por insolencia. Sólo sonrío, y su hoyuelo irónico se profundiza sobre la mejilla derecha.

—Cásese, y yo le enviaré un regalo conforme a sus méritos. Vaya en paz. Ignacio lo acompañará hasta su casa.

Doña Felisa mira hacia afuera por la ventana del escritorio, que también da sobre la plaza de Lavalle. Suspira. Cuando da vuelta la cabeza, casi se topa con Evaristo que aguarda de pie con la bandeja de las copas en la mano, y en la boca una sonrisa ambigua que no se decide a la burla.

—¿Le sirvo algo más, señora?

—No brandy, precisamente. Ya alcanzó y sobró por hoy. Pero no quise hacer el ridículo delante de ese mocoso tomando chocolate. ¿Lo ha oído usted?

—¿Y cómo no? Estuve todo el tiempo pegado a la puerta. No iba a dejarla sola a merced del mequetrefe.

—¿Y qué piensa?

—Que no le falta chispa para las frasecitas. Y que si los burgueses tienen la intrascendencia de sus millones, los pobres tenemos la de trabajar para los burgueses. Sólo se salvarían los artistas y los revolucionarios, aunque a unos y otros generalmente se los aprecia más después de muertos.

—Pues todavía puede usted adular a las Musas o convertirse al anarquismo.

—No, señora. Como dice el belga, y con más años y razones que él, ya estoy muy viejo para hacer carrera en esos otros rubros. Me parece un poco tarde para cambiar de amos.

Doña Felisa Dorrego queda sola. Comienza a contar los árboles de la plaza, que se han ido deshojando hasta reducirse a sus puros esqueletos.

Piensa que harían falta más leños en la salamandra, y también que dentro de poco ningún leño será suficiente para reanimar la llama de la vida que escapa. Piensa en su madre, y abre una medalla que lleva sobre el pecho, bajo la ropa. Besa con cuidado el retrato pequeño y cierra los ojos para resguardar esa imagen del olvido que avanza, como la amenaza siempre demorada de la nieve.

La hora de secreto

Tu alma se encontrará triste entre los oscuros pensamientos de la lápida gris. No hay uno solo, entre toda la multitud, para espiar en tu hora de secreto.

EDGAR ALLAN POE, «Espíritus de los muertos»

Un lamento áspero, prolongado, rechinante, entra por un oído del guardián, golpea el tambor del tímpano, subleva el martillo, machaca en el yunque, espolea el estribo, se expande en el vestíbulo, sube las escalerillas de caracol y resuena por fin en la bóveda profunda.

Pero el hombre dormido sacude apenas la cabeza y el lamento se va en desbande hacia las rejas de la gran entrada, las aferra y las golpea como una mano humana. Roza la bóveda del cielo exterior, tan muda y sola como la del cráneo que lo ha dejado escapar. Entonces vuelve, arrastrándose, a la boca de su origen, que tiene un suave cuerpo de larva envuelto en un capullo de madera forrada con seda.

Ese cuerpo ahora encerrado y secreto bajo la tapa de roble, preso tras la puerta que asegura a los Cambacérès el descanso eterno en un lugar de selecta compañía, estuvo la noche anterior expuesto como el cuerpo de una Virgen, rodeado por un círculo de luces, ofrecido a la contemplación de sus fieles. Lo rozaron sombras de velos negros y labios apenas inclinados sobre la frente. Lo cercaron, sin tocarlo, las voces bajas, que llegaban despacio, filtradas por el humo amarillo de los cirios.

«¡Qué destino! Morir el día en que cumplía diecinueve años». «Y cuando estaba vistiéndose para ir a la Ópera. Esa joya magnífica que lleva al cuello es su regalo». «Pobre criatura. No hay justicia en estas cosas». «A lo mejor la hay. ¿No dicen que las culpas de los padres caen sobre la cabeza de los hijos?». «No hable usted muy alto, que ahí está ella». Los ojos giran hacia una mujer sentada, con la cabeza rubia cubierta por crespones de luto, que tiene un niño dormido entre los brazos. «Pronto se ha consolado de la muerte de Cambacérès». «Así pasa con algunas. Pero quizá él era peor». «¿Le parece?». «Más se ofende al Señor con libros y blasfemias que con los deslices de la carne». «Qué comprensiva está usted». «Jesús perdonó a María Magdalena, y Lucifer sigue condenado en los infiernos, expiando su orgullo».

Los ojos vuelven hacia la joven custodiada por una guarnición de encajes. La comparan con Blancanieves en su caja de cristal; es una Bella Durmiente —dicen—, pero no hay príncipe capaz de rescatarla de ese sueño, aunque algunos varones que la cortejaron la miren, todavía, con deseo elusivo.

Rufina Cambacérès ha sido siempre mirada en exceso, no siempre con deseo.

Más bien con una prevención distante que desde muy niña la ha separado levemente de todo, como si hubiese sido la convaleciente de una grave enfermedad contagiosa. Rufina sabrá luego que la miran así porque ha nacido en un lugar ominoso y fascinante que hace resplandecer los ojos de los caballeros y bajar, púdicamente, los párpados de las señoritas. Las señoras mayores lo llaman «pecado» en las conversaciones a media voz que se interrumpen cuando ella entra. Durante mucho tiempo creará que «pecado» es una tierra extranjera, acaso la tierra de su madre, que parece ser, en Buenos Aires, la principal representante de esa condición malsana.

Sin embargo, nada la asusta o le repugna en las campiñas de Italia o los pulidos bosques de París, tanto menos amenazantes que las espesas leguas pampeanas de paja brava por donde asoman apenas los cuellos de los caballos. Nada le parece temible tampoco, en Luisa Bacichi, que todavía tardará algunos años en poder firmar como «señora de Cambacérès». El temor, sin embargo, cubre como una pátina sepia la imagen yacente de su padre, que viaja envuelto en mantas, la espalda sobre altos almohadones, de París a Niza, de Niza a Arcançon, de Arcançon a París, en busca del remedio para la tos que atraviesa sus noches con un golpe seco y desperejo de hacha mellada. La tos siempre se oye, aunque la filtren puertas de roble y cortinas de brocato. También se oyen los pasos de Luisa Bacichi, que va y viene de su país de pecado con té y sinapismos, con manos sedantes y paños transidos de agua de Colonia para darle, no curación, quizá, pero sí consuelo.

Rufina sabrá luego que nunca ha temido a su padre, sino a la muerte que viajaba con él, de sed en sed y de sitio en sitio. Sabrá que su madre ha vivido durante años velando con esmero a ese muerto inminente que quiere dejar sus huesos en Buenos Aires. Sólo esa vez verá llorar a Luisa. «¿Por qué volvemos allá? Los tuyos pueden venir a visitarte. Algunos de tus familiares están ya aquí. Los otros no te quieren». «Los argentinos compran mis libros, cabecita rubia», dice el padre, acariciando la nuca que se dobla entre las manos. «Los compran sólo para criticarte». «Es mejor ser criticado que resultar indiferente. Además, tengo algunos amigos». «Que no se cuentan ni con los dedos de una mano». «Si un hombre dice que tiene más de cinco amigos, es un farsante o es un idiota». «Las viejas te consideran el Anticristo». «No me importan las viejas. De todos modos me reciben en sus casas, es lo que vale». «Lo hacen por tu dinero y el prestigio de tu familia». «Naturalmente, otro motivo sería inverosímil». «Pues no lo harán conmigo». «Tendrán que recibir a mi mujer».

Pero es Rufina —no Luisa Bacichi— quien acompañará en sus visitas de cumplido a Eugenio Cambacérès antes de que la tuberculosis termine de romperle la tela quebradiza de los pulmones. Se verá dibujada en el espejo con trajes de terciopelo color guinda, cuellos de Bruselas y tirabuzones dorados: un figurín perfecto capaz de hacer una discreta reverencia, que contesta, con acento francés, los módicos o hipócritas saludos de las señoras. «Tiene una hija encantadora, doctor

Cambacérès. Parece una francesita, como su madre». Los dedos de Eugenio se ponen rígidos sobre el hombro de la niña. «Mi hija no es una francesa. Solamente está habituada a hablar en francés. Lo único que tiene de la Galia le viene de mi padre, en todo caso. Y mi esposa —se demora en el término— es austríaca». Las señoras sonríen, y se hacen guiños de inteligencia no bien Eugenio da vuelta la cabeza. Le ofrecen a Rufina chocolate y bizcochos en una bandejita de plata, y luego le abren las puertas del parque donde hay perros mansos y viejos, fuentes, paredes que se enmascaran bajo la hiedra. Cuando se cansa vuelve al salón de recibo. Pero su padre está en la biblioteca con el dueño de casa, mientras las señoras hablan con palabras que manchan de vergüenza los nombres que tocan. «Es usted muy tolerante. No sé si yo los recibiría, Margarita». «Él siempre ha sido amigo de mi marido». «Que lo vea en el Club del Progreso. Por mi parte, no pienso dejar que ese ateo llegue puertas adentro. Demasiado se meten ya en las casas sus novelas inmorales». «No las he leído». «Ha hecho usted bien. ¡Para la fauna que se encuentra en ellas! *Cocottes*, calaveras, adúlteras, suicidas, arribistas. ¡Vaya ejemplos!». «Pues usted sí que las ha leído escrupulosamente». «Sólo para ver qué clase de libros pueden frecuentar mis hijas. Y por cierto, no permitiría que el señor Cambacérès tratase con ellas». «Hay que ser piadosa con los moribundos». «No anda usted con medias palabras». «Dicen que su médico no le da más de tres meses de vida».

Rufina queda quieta bajo su armadura súbita de estatua. Nadie la ha visto llegar del parque. No se mueve, no respira, no habla, oculta bajo el muro protector de una palmera enana y un desmesurado jarrón chino. Sólo una lágrima comienza a resbalarle por la mejilla derecha.

«Vistas desde ese ángulo... cambian algo las cosas. Es un modo de ir presentando a la niña en sociedad para cuando quede sola, y que no dependa únicamente de esa perdida». «Siempre que las personas decentes quieran aceptarla». «Es su hija». «O no. Con esas mujeres, nunca se sabe». «Lleva su apellido y él la quiere. No se puede desairarla sin desairar a toda la familia». «Pero su madre... ¿piensa usted tener a una corista de vodevil sentada a su mesa?». «Ése ya es otro asunto».

Un ruido ligero pero inequívoco sobresalta a las damas, cubre los tintineos de las cucharillas de plata. El cuerpo pequeño de Rufina golpea el suelo, al lado de la palmera enana y del jarrón chino que comienza a bambolearse.

Durante el viaje a la Quinta de Barracas, la cabeza descansa sobre las rodillas del padre. Él le acaricia las mejillas. Bajo los dedos flacos y afiebrados la carita tiene una lisura quieta y una frialdad de mármol. «¿Qué te han hecho, hija? ¿Qué te han dicho esas brujas? ¡Que no sean hombres para poder mandarlas al infierno a pistoletazos! Si sus maridos no fueran mis amigos...». Rufina no hablará. Hay cosas de las que no podrá hablar nunca. Aprieta las manos chicas contra el hueso de las rodillas, aspira el olor a lana y a lavanda. Eugenio Cambacérès tose, tapándose la boca con el pañuelo.

«¡Si fueras un varón! La Naturaleza ha sido cruel con las mujeres, las ha hecho débiles de espíritu y de cuerpo, dotadas solamente de la inteligencia del amor, que no actúa en su provecho sino en el de la especie. Dóciles y bellos instrumentos del placer y la reproducción... ¿Qué será de tu madre y de ti cuando me vaya?».

El padre no tarda en irse: un muñeco de cera largo y frágil, con bigotes de maniquí bajo la luz de los cirios, rumbo a la bóveda familiar donde ya descansa de la política, la gloria y el dinero, su hermano Antonino. La madre y la hija aprenden a vivir sin él. Después de todo, les queda un testamento firmado en París: la Quinta lujosa de la calle Montes de Oca, la estancia El Quemado, y tranquilizadoras cuentas bancarias. ¿Le importa a Luisa Bacichi que apenas la saluden cuando pasa con su hija en coche descubierto frente a las casas vecinas de los Somellera, los Llavallol, los Álzaga, los Elizalde, los Senillosa?

Rufina cree que su madre se recupera, después de mucho tiempo, de la tos y del miedo, de los gritos, el malhumor y los caprichos que cubrían con ruido y con furia el hueco abierto de una tumba futura. Cuando van a la iglesia, vestidas de negro, la escucha rezar por el alma de Cambacérès. «¿Por qué pide usted por él, si él no creía?», se animará a preguntar, mucho más tarde. «Porque para eso basta con que sí crea yo».

Los días pasan entre El Quemado y Buenos Aires, más en El Quemado que en Buenos Aires, donde casi no tienen amistades y no hacen visitas. Solamente los primos y las tías aparecen, con regulares alternancias. Se diría que se turnan en el cuidado, quizá más por obligación que por amor. Luisa Bacichi, sin embargo, no necesita cuidados. Es ella, antes bien, la que se ha acostumbrado a cuidar. Pero Rufina prefiere el amparo del campo solitario. Ni ella ni la llanura tienen voz. Se hacen oír por movimientos, por gestos y susurros y a veces por tormentas arrojadas sin explicación sobre la paz radiante de las cosas. La hija de Cambacérès ama los caballos y los libros. No los de su padre Eugenio, porque la madre la disuade de leerlos, hasta que una madurez todavía renuente le enseñe a comprender o a perdonar («Tu padre no fue sólo sus novelas. No era un cínico. Fue un hombre bueno, mucho mejor de lo que él mismo se juzgaba»). Rufina no entiende qué significa exactamente la palabra «cínico». Sólo intuye que su madre es una persona propensa a confiar en la bondad de los varones, quizá porque es ella la que siempre coloca en el juego lo necesario para dos.

Luisa volverá a creer, casi tan ciegamente como cree en Dios, en un señor alto, grave y macizo, vestido de negro, que vendrá un día para arrendarle los campos de El Quemado, y ya no se separará de ella. Rufina mira con cautela al hombre silencioso que le regala dulces y condesciende a apartar la cabeza de sus estudios para hablarle. Pronto la casa vacía se llena de personas dispares. No llegan en multitudes sino en pequeños grupos o de uno en uno. A don Hipólito Yrigoyen, jefe de la opositora

Unión Cívica Radical, no le gustan las aglomeraciones. No quiere hablar a la fiera ardiente de las masas, sino al severo corazón moral de los individuos. Un corazón que, en su caso, sólo se compromete con los deberes de la lucha política. Don Hipólito no piensa casarse con Luisa, como no se ha casado con Antonia Pavón, con Dominga Campos y con alguna otra mujer que le diera descendencia. Es el padre soltero de una numerosa familia, pero eso no deshonra a varón ninguno.

Ni su madre, absorta en él, ni él, absorto en el juego excluyente y peligroso que justifica su vida, ven crecer a Rufina, que un día vuelve de sus paseos solitarios con la falda de montar manchada de sangre. Casi por el mismo tiempo Luisa Bacichi alumbró un hijo que sólo llevará su apellido. La casa está colmada de hombres que no se atreverían a levantar la vista hacia la mujer de Don Hipólito, pero arriesgan alguna mirada oblicua hacia la hija, muy joven, de la extranjera. Saben que es una Cambacérès, no una «bachicha» —como se les ha dicho siempre burlescamente a los nativos de Nápoles— pero también es una hembra, después de todo, que quizá tenga en la sangre mucho menos de matrona criolla que de bailarina. Ella salta el círculo de las miradas sobre las patas de su caballo zaino. Corre hacia el monte con los libros de su padre entre las ropas. Ya no es una niña y la madre está demasiado ocupada para controlar sus lecturas. Se sienta a la sombra de un ombú que le recuerda el de la Quinta de Barracas, abre las páginas que manchará después con lágrimas furiosas, y tinte de tréboles aplastados contra los renglones: *Las mujeres, mi querido señor Pablo, son el coche de los hombres. Vivir sin ellas es andar a pie. A lo mejor se cansa uno, se sienta, se aplasta y se tiende a la bartola. Por eso es que más jugo da un cascote, como dicen, que un solterón. Son la manga de agua que nos baña, el riego que nos hace producir... Pero hay mujeres y mujeres, como hay coches y coches. Las mujeres públicas, como los coches de plaza, tienen un movimiento infame, son unos potros. Cuando mucho, debe uno servirse de ellos a guisa de digestivo para hacer bajar la comida, alquilarlos, pagarles la hora y despacharlos. Empezar un viaje largo en esa clase de vehículo es correr el riesgo de ponérselo de sombrero al primer barquinazo fuerte que pegue. Para eso, se va a una casa de confianza y se compra un mueble decente, nuevo o de ocasión por la muerte de su propietario, si es que prefiere usado.*

Rufina arranca la página sucia y la tritura entre los dedos. Luego su furia se vuelve calma, cortante. Abre la hoja irreparable, cavada de arrugas y la parte lentamente en pedacitos. Gime y grita sin palabras, ya que nadie la oye. Golpea los puños contra las raíces del árbol. Ahora sabe que su apellido es hijo de la caridad y su padre el benefactor que se ha casado con Luisa Bacichi, primero su amante y luego su abnegada enfermera, para que no termine sus días como Loulou: *¿Qué más les valemos a los hombres las mujeres como yo, un poco de cariño, de gratitud, de lástima? ¿Somos alguien, por ventura? ¡Bah! Una cosa, cuando mucho algo*

despreciable y vil, un pedazo de materia, la porción del bruto que reclama su alimento, del cerdo que se harta y ensucia y pisotea los restos, autómatas de carne hechos por Dios para dar gusto a los hombres, juguetes que entretienen y divierten. Luisa tiene razón. Su padre no era un cínico. Era mucho mejor que la mayoría.

Desde la tarde del ombú los días de Rufina se reparten entre dos mundos. En el mundo de la casa es una niña de trenzas recogidas y altos cuellos de pequeña gorguera en cuyo centro luce un camafeo con la imagen de doña Rufina Alais, su abuela paterna. Obedece a Luisa y toma entre los brazos al hermano pequeño. Sólo una vez se atreverá a preguntarle, cara a cara: «¿Cómo deja que la humille así?». «¿Quién crees que me humilla, hija?». «Don Hipólito». «¿Por qué? ¿Porque no se casa conmigo? ¿Y quién te ha dicho que yo quiero, o que me conviene, casarme con él? No necesito papeles, ni bendiciones. Gracias a tu padre no nos falta el dinero. Hipólito es un hombre honrado que se ocupará de su hijo si yo me voy antes. Y si es por anuencias, me basta la de Dios».

Rufina no volverá a preguntar nada. Después de todo, en el otro mundo no existen su madre, ni su hermano, ni la vergüenza. En el otro mundo, ella tampoco es una mujer. Cuando la Pampa atardece, sobre el caballo de Rufina montan sir Galahad o Sandokán: altos varones que conocen los secretos del mar y de la tierra, que amparan viudas y socorren huérfanos, y protegen la honra de las doncellas. Matan a los facinerosos y limpian de maldades el reino humano para que ya no sea posible la existencia de mujeres como Luisa o como Loulou.

Vuelve sucia de arenillas, lastimada por los pastos altos como después de un combate. Su madre la mira con triste reprobación. Entonces Rufina se lava y se coloca el disfraz de faldas y zapatitos, de cintas en el pelo y pechera de valencianas. Se sienta a la mesa, con Luisa y con Don Hipólito que, no bien sale de sus abstracciones, le obsequia libros sobre la educación de las mujeres, la higiene y el progreso y la trata con deferencia y cuidado verdaderamente paternales.

Pero ya en Buenos Aires hay un solo mundo. Cuando llegan a la quinta de Montes de Oca, todavía pintada de rojo como en los tiempos de don Juan Manuel, el territorio indeciso del ocaso está ocupado por muros de ladrillo, calles rectangulares y lustrosos carruajes. Las ropas que no puede quitarse la aprietan y la asfixian. Sandokán se retuerce, aprisionado bajo el ridículo corsé, enredado en los vuelos de puntilla. Sir Galahad no acepta el cambio de su férrea armadura por el oprobio de las ballenitas y los polvos de arroz. Rufina sabe que ambos se están muriendo, como el caballo zaino de su infancia. El baile de presentación en sociedad, con el espaldarazo de los Cambacérès, les ha dado casi el golpe de gracia. Un año o dos más y desaparecerán del todo: sumisos, indignamente ahogados bajo el velo de novia y la corona de azahares que puede ser una corona de espinas. Cuando Rufina se convierta en esposa, vivirá definitivamente del otro lado, y la pampa que se disuelve en noche

será sólo la muerte del deseo o la nostalgia de la libertad perdida.

Pero la madre ignora todo eso, y entra en el cuarto donde Rufina Cambacérès se prueba frente al espejo su vestido de gala, para que la celebración de sus diecinueve años culmine bajo las grandes luces del Teatro de la Ópera. Luisa le sonrío al reflejo de la cara de su hija. «Ahora cierra los ojos», ordena. Un escalofrío rodea el cuello de Rufina, y una flor helada se instala sobre la piel del escote, perpendicular a los senos. Cuando vuelve a mirarse, el escalofrío se ha cristalizado en pequeños brillantes unidos por eslabones de plata, y la flor es una turquesa tallada donde resplandece, acaso, parte de la herencia paterna. Luisa Bacichi prefiere que su hija lleve puesto lo único que da verdadera libertad: el dinero. Rufina Cambacérès, quizá porque siempre ha sido rica, lo desprecia. Si de libertad se trata, estaría dispuesta a cambiar su posición por la de cualquier sinvergüenza desharrapado de veinte años que se puede alistar en el ejército y llegar algún día a general o a hacer fortuna en la Bolsa o el contrabando.

La risa de la madre estalla detrás, en las manos que la toman de los antebrazos, en las chispas que saltan hacia el espejo. «¿No te gusta, *ma petite*?». Rufina se lleva la mano a la garganta. Es necesario hablar, agradecer. ¿Cómo devolverlo sin agraviar a su madre? Pero no hay palabras, y las piedras presionan, hieren, estrangulan, como hieren un dogal de lujo el cuello del animal hermoso al que engalana y domestica. Cae de espaldas entre los brazos de Luisa y el mundo se le cierra en un golpe de silencio oscuro.

Ahora Rufina es un lamento áspero, prolongado, rechinante, un gemido creciente que desemboca por fin, como si naciera, en un alucinado grito humano. Los ojos se abren en una oscuridad sin estrellas que nada tiene en común con las noches pampeanas. Rufina despierta, Bella Durmiente en un mundo equivocado, Blancanieves sin suerte. Golpea con los puños un techo increíblemente cercano. Le falta el aire, como le ha faltado a su padre en sus años de viaje y agonía, pero quizá, sobre todo, en Buenos Aires. Se ahoga y cada grito le resta un poco más de oxígeno en esa caja que se le ajusta al cuerpo casi tanto como su vestido. Inspira por última vez, con un silbido que ya es un estertor, igual que a los cuatro años, cuando el crup le cerraba los caminos finísimos de la respiración y de la vida. La cabeza cae sobre la almohadilla del ataúd, se hunde, irremediable, en su marco de encajes.

Al día siguiente las señoras del *tout Buenos Aires* se dirán al oído en los salones que Rufina Cambacérès ha muerto enterrada viva, víctima de un ataque de catalepsia. Ninguna ha visto a Eugenio que se lleva a su hija sobre la sombra de un caballo zaino, dormida contra su pecho extrañamente suave, que tiene puesta la armadura de sir Galahad.

El canto del silencio

*Yo soy un ave, tímida, agreste,
Nacida sólo para cantar
Bajo los ceibos y los chañares
De las orillas del Uruguay.*

*Donde bandadas de aves canoras
Van en las tardes a contemplar
El llanto de oro del sol, que muere
De las corrientes en el cristal.*

*Por eso apenas murmuro ahora
Los dulces cantos que allí aprendí:
Me falta el cielo, la luz, el aire,
¡Ah! ¡Quién pudiera volver allí!*

AGUSTINA ANDRADE, «Lo que soy»

Una polvareda furiosa escapa de los cojines, se concentra en pequeñas nubes que un sol demasiado alegre vuelve doradas. Dos niñas graves están mirando a Mamá Lola, que asesta los últimos golpes con la baqueta en la mano.

—¿Qué hacen aquí, hijitas? ¿No las iba a llevar su tía de paseo?

—Ya salimos —dice una voz que llega de las habitaciones interiores.

Mamá Lola ve asomar el vestido de luto de la única hija que le queda detrás de las cabecitas con moños oscuros.

—Volvemos en un rato; Mamá. Las niñas querían despedirse.

Ellas se acercan, vacilantes, quizá buscando una protección que el verano de afuera no podría otorgarles.

—¿Y si nos quedamos? ¿Si ayudamos con la limpieza, abuela?

—No, criaturas, hoy no. Otro día. Ya ayudarán cuando estemos en la casa de Buenos Aires.

Las niñas desaparecen tras las cortinas de macramé. Doña Eloísa González de Andrade —Mamá Lola— las ve salir con alivio. Los pequeños deben ser protegidos de la cólera y la tristeza implacables de los adultos que, como ella, no pueden exponer las razones de su pena y de su ira.

Cuando la puerta cancel se cierra con una vibración de bronce, Eloísa deja la baqueta y el plumero, y va hacia la galería trasera de la quinta. Se acomoda en el sillón hamaca donde se sentaba a coser, en días más apacibles, y aprieta los ojos para

ver hacia adentro.

Las cosas que han pasado —le parece— no han sido nunca reales del todo, como en la tragedia mal representada de un teatro pobre, donde los verdaderos cabellos asoman bajo pelucas viejas y los remiendos alternan con falsas joyas sobre los vestidos gastados.

¿Es posible que esa mujer gorda, pesada de hidropesía, que han enterrado hace una semana con un acompañamiento fastuoso e inútil de treinta carruajes, haya sido la muchacha transparente de quince años atrás: Agustina, su hija? ¿Es posible que esa mano sin anillos, desamorada, obesa, que ya no sostenía ni la pluma ni la aguja, haya levantado hasta el pecho el caño de una pistola, para pagarse el precio de un pasaje final fuera de la vida?

Eloísa vuelve a su dormitorio, a meditar ante otra clase de galería: los retratos ornados por crespones de luto que se alinean sobre la cómoda y que en menos de diez años han pasado a formar un mausoleo doméstico. Primero Lelia, muerta antes de cumplir los diecisiete. Luego, a los pocos meses, Olegario, el marido: un poeta de cóndores andinos y de héroes nacionales, pero también de los rincones más frágiles del sentimiento, que no logró soportar la pérdida de la hija menor. Mamá Lola suspira y limpia la superficie del retrato. Olegario moriría dos veces si pudiera saber que Agustina se ha suicidado, pero sobre todo, si comprendiera que antes tuvo que sufrir, en el camino, el extravío de su ser verdadero.

Doña Eloísa, nacida en las suaves tierras de Carmelo, en la Banda Oriental, no ha visto un cóndor en su vida, ni ha tocado las rocas inmutables de los Andes. Sin embargo permanece en sí misma, como los héroes de Andrade, tenazmente destinada a sobrevivirse. Los recuerdos la fortalecen en vez de aniquilarla. Su resistencia se pule y se aquilata contra los filos de la sinrazón y de la melancolía. Abre algunos cajones de la cómoda. Abre luego una carpeta con cintas. Asoman esquelas con letras elementales, no ya de sus nietas, sino de Agustina a los cinco años. Su cabeza de color caoba es la primera, entre sus hijos, que se inclina sobre un papel en la mesa de Guleguaychú, donde a veces no alcanza el pan, pero donde siempre hay, en cambio, tinta fresca y hojas nuevas. Agustina trabaja en el revés de los borradores de su padre, para contar los iniciales deslumbramientos de un mundo inapresable como el parpadeo de un ala de colibrí.

Cuando la niña la mira, doña Eloísa vislumbra, sin esfuerzo, un alma traslúcida y acuática, donde nadan pensamientos tan visibles como vulnerables: bellas criaturas que morirían de inmediato si se las extrajera del ámbito silencioso y profundo que les da sustento. Todo lo que escribe —piensa la madre— es, de alguna manera, exterior a ella misma: una sombra fiel pero fugitiva que no logra traer del otro lado la intimidad real. Teme no haberle consagrado a esa niña callada el tiempo suficiente. Las buenas opiniones dicen, sin embargo, que el silencio es en las mujeres el adorno más bello. Y

nadie ha sostenido nunca que sea una enfermedad estar sentada como ella a las orillas de un río, viendo hundirse una a una las piedras de las horas.

Agustina no le ha dado ningún trabajo. Ha sido una hermana mayor ejemplar y paciente, protectora de Eloísa, de Lelia, de Olegario, de Mariano, y brevemente, de la pequeña María, recordada en uno de sus poemas, que apenas si tuvo tiempo de abrir los ojos. Se decidió a ser hija como quien abraza una profesión: quizá por eso fue, sobre todo, la hija de su padre. Nada hay más natural que ser hija de una madre, mientras que el amor de un padre requiere concentrado cultivo. De él vienen las letras, la poesía, la política: disciplinas que exceden la disposición femenina y que hay que merecer, hacerse digna de ellas en el prolongado ejercicio.

Doña Eloísa puede haber tenido celos, pero nunca una queja. Agustina pronto sabe coser y bordar, saludar y sonreír bajando un poco los ojos. Sólo por añadidura ha empezado a escribir poemas de ingenua belleza que publican los diarios locales. A los doce años estrena su voluntad lírica con un motivo elegíaco: la muerte de su compañera Amalia del Castillo.

Por ese entonces, sin embargo, aún no han comenzado las grandes desdichas de la familia. Doña Eloísa González no desdeña el dinero, que es un imprescindible salvoconducto para trasladar cinco hijos desde la niñez desvalida hasta la adultez más o menos próspera. Tampoco menosprecia la gloria, que es el otro salario de los poetas y muchas veces, el único salario que tienen. Pero los seductores fantasmas de la gloria y del progreso los han sustraído a la modesta felicidad de Gualeguaychú. Al principio, Olegario Andrade los sigue solo, forzado a trasladarse de periódico en periódico y de cargo en cargo, en procura de un nombre para sí mismo y un bienestar para los suyos. Luego los arrastra en su carrera, primero a Concordia y después a Buenos Aires, donde cosecharán, por lo menos, tantos males como bienes.

La administración de la Aduana de Concordia, adjudicada por Sarmiento, enorgullece a su marido, que no deja por eso de escribir para los diarios y de fundar sociedades y bibliotecas. Pero también lo agravia con calumnias y hasta con prisiones, que afectan a su honor, y más aún al sostén de la familia. Cuando sale por fin, sobreseído, Agustina, de catorce años, lo espera con versos: *Pero no desmayó tu noble espíritu / Ni vaciló, ni tropezó tu pie: / Te dio fuerza la fe para la lucha / Y la victoria coronó tu sien. // ¡Oh! ¡qué felices somos, padre mío / Cuando te vemos al hogar volver! / Humilde y pobre, trabajando siempre / Y el noble corazón rico de fe.*

Doña Eloísa ha aprendido a desconfiar de los que hablan a menudo sobre la fe. En realidad —piensa— son los más descreídos, porque necesitan invocarla continuamente para sentirse afirmados en la existencia. Si Olegario y Agustina hubieran tenido de verdad fe, no se habrían entregado a las facilidades de una muerte temprana. Pero con feo sin ella, el Destino encuentra a sus criaturas. Y ese destino toma pronto la pequeña apariencia y las maneras cultas de don Nicolás Avellaneda,

presidente de la Nación, que viaja a Concordia para inaugurar un ramal ferroviario en el año '75.

Doña Eloísa no acierta a precisar qué ha cautivado más al presidente: si la oratoria y los laureles periodísticos y legislativos de Olegario Andrade, o la voz de Agustina, que sabe desaparecer tras de un poema como si las palabras se dijeran por sí mismas. También su cuerpo menudo desaparece, transliterado en música y en gesto. Sólo se ven la cara fina y la mancha blanca de las manos, que no son carne, sino mirada y puro movimiento.

Avellaneda les abre las puertas anchas pero caprichosas de Buenos Aires, donde el padre encuentra primero un puesto importante en el diario de los hermanos Varela, y luego llega a fundar el suyo: *La Tribuna Nacional*. El silencio ahora sonoro de Agustina se multiplica en lenguas: la propia y la de los otros, en traducciones y poemas. Publica en las revistas literarias que leen y escriben las damas rioplatenses: *El Álbum del Hogar*, *La Ondina del Plata*, y también en el diario de su padre. Da a la imprenta, por fin, un libro de poemas al que titula *Lágrimas*.

Nunca enfadan a los hombres las lágrimas verbales de una mujer bonita de veinte años. Hasta los más solemnes patriarcas de la Academia condescienden a elogiarlas con indulgencia y aun con entusiasmo. Martín Coronado llama a la autora «el ave tímida del Uruguay», una etiqueta lírica aplicada de aquí en más a esa muchacha de pocas amistades y pocas palabras que jamás se resignará al cambio de un río verde por otro río sin árboles, color de arena. Un ejemplar de *Lágrimas*, con dedicatoria, terminará en las manos de un hombre joven que ya ha cruzado el mar y ha visto el mundo: un discípulo del sabio Burmeister, el explorador Ramón Lista.

Doña Eloísa no ha podido olvidar la primera visita de Lista, invitado por su marido. Nadie le ha producido nunca semejante impresión de radical extrañeza, aunque nada haya de anormal o de incorrecto en ese muchacho de buena familia, hijo de un alto empleado bancario, nieto de un héroe de la Independencia, que sabe idiomas, conoce las ciencias, y se viste y actúa como cualquier caballero. Pero cuando lo ve entrar en el salón de recibo recuerda algunas creencias de los nativos de la tierra, que atribuyen a los seres humanos almas animales. En los ojos con estrías amarillas de Ramón Lista hay un pájaro de presa que está esperando el momento oportuno para el vuelo. Acaso un halcón de pico encorvado y mirada sin reposo, que puede vivir un tiempo en los salones con la cabeza cubierta, como las aves de cetrería sobre el puño de los cazadores, pero que pertenece a la inclemencia del espacio abierto.

Doña Eloísa advierte, alarmada, que los ojos de Agustina vuelven una y otra vez a encontrarse con esos ojos extranjeros donde se reflejan la filigrana de las más bellas catedrales y la policromía de los puertos de Europa, pero también tiempos bárbaros y paisajes desconocidos. Comprende la fascinación previsible de la niña de provincia,

habituada a casas bajas y patios de glicinas, que sólo ha conocido aguas fluviales y vegetaciones pacíficas. Pero su alarma va en aumento cuando ve que las otras manos, hechas para empuñar cuchillos y pistolas, para izar velas y para clavar picas en los costados de las montañas, condescienden a detenerse, suavemente, en las hojas del libro de Agustina. No las lee él mismo, quizá porque percibe lo inadecuado de una voz demasiado tonante y demasiado gruesa, mucho más apta para dar órdenes o para provocar el eco de gargantas de piedra, llamando a los compañeros que se han perdido de vista.

Es Agustina la que lee entonces a su pedido verso tras verso, mientras su hermana Lelia acompaña esa cadencia con un trémolo de piano, y Olegario Andrade sonrío, sin darse cuenta de nada, orgulloso de sus hijas, encantado de que su casa porteña sea un centro de reunión para jóvenes promisorios, atraídos por los sutiles claroscuros de una sensibilidad femenina.

La petición de matrimonio llega pronto, porque Lista es impaciente. Lo aguardan zonas remotas donde los hombres desdeñan o ignoran las artes del tejido y la fundición de los metales. Lo aguardan caminos abiertos como muescas en los subsuelos de la Historia y cuya clave son palabras indescifrables. Pero antes necesita dejar un anda en la ciudad de su nacimiento, y para eso se ha fijado en Agustina, que encaja sin fisuras aparentes en el estuche de una casa, protegida por capas de encaje marfileño, guardada por las rejas de los balcones.

—¿Vas a permitir que se casen, Olegario? —ha dicho doña Eloísa a su marido.

—¿Por qué no? Lista hará obra. Es valiente, tiene talento. Además, me parece que no es cosa nuestra sino de Agustina misma. Ella es la que lo eligió.

—Es muy joven para elegir.

Olegario se ríe.

—Ese argumento sí que no se lo podemos oponer. Tu niñita acaba de cumplir los veintiuno, y si mal no recuerdo los dos éramos más chicos todavía cuando nos casamos. ¿O no dejé yo los estudios para convertirme en tu marido? Eloísa le pasa la mano por el pelo y le ajusta el lazo de la corbata.

—¿Y estás arrepentido?

—Por supuesto que no. Y no veo por qué Agustina tendría que arrepentirse.

Eloísa sí lo ve, pero se calla. Al contrario de su futuro yerno, Olegario Andrade es un hombre de exterioridades opacas, que en cualquier parte, sin hablar, pasaría inadvertido. Un hombre doméstico, empeñado en una obra cívica y literaria, que ha viajado casi a su pesar y por necesidad. Que busca sólo el espacio nuevo y practicable de las ideas futuras, no el tiempo antiguo de culturas perdidas en geografías inaccesibles.

Cuando se casan en la iglesia de San Ignacio, Ramón Lista recupera la imagen de una familia. Eloísa González y Olegario Andrade reemplazan en el padrinzago de la

boda a los padres muertos de ese hijo único que ya ha gastado en París parte de su mediana fortuna y que terminará de gastarla en las tierras del fin del mundo.

Después de la boda, el halcón que hay en él comienza a dibujar su territorio de vuelo: irá primero a Carmen de Patagones, luego a las selvas del Norte, donde estuvieron las Misiones de los jesuitas, después nuevamente al Sur, del Río Negro al Chubut, luego a la tierra de los fuegos encendidos cuyos habitantes se tapan apenas el cuerpo desnudo con pieles arrancadas a las fieras. A medida que Lista se aleja en el espacio y en el tiempo, se aleja también Agustina, cada vez más cerrada en el estuche de una casa donde sobran los libros, falta el dinero y el marido ausente es sólo un retrato sobre el piano que ya no vuelve a levantar su tapa.

Después de la boda, para Agustina ya no habrá más colaboraciones en los diarios, ni traducciones, ni libros de poemas, ni recitales en la Ópera. El silencio de la infancia se ha vuelto duro y opaco y no deja ver, al trasluz, el dibujo de sus pensamientos. Mientras Ramón Lista parece haber encontrado su alma extranjera bajo los toldos de pieles, su mujer quizás ha perdido la suya en la ciudad cada vez más alta y más oscura, lejos de las corrientes del Uruguay o del Yuquerí *donde las blancas flores del aire / viven unidas al arrayán*.

Las pocas amigas de su hija renunciarán, casi, a verla, desencantadas por su falta de interés. Los varones tomarán prudente distancia de esa mujer que ha dejado de ser la joven poetisa para convertirse en la señora de Lista. Agustina comenzará a consumir sus días en la espera. Tal vez no en la espera de su marido sino en la espera de sí misma, y no ya de la que ella fue, sino de la que hubiera podido ser y no ha llegado ni llegará jamás a la existencia.

Doña Eloísa ahorra comentarios y evita reproches. Está al lado de Agustina en el parto de Rosa, la primera hija, mientras Ramón se demora en las selvas norteañas. Sigue a su lado cuando muere Lelia, y luego Olegario; vuelve a asistirle en el nacimiento de Eloísa, la segunda hija, mientras Lista prepara su expedición al país de los onas. Despide a Agustina y a las niñas cuando su yerno es nombrado Gobernador del Territorio Nacional de Santa Cruz (que después de todo, se ha constituido como tal gracias a su concurso).

En los años siguientes doña Eloísa tendrá a menudo ocasión de agradecer a su propia madre una educación cuidadosa de sus buenos modales. Por cierto que los necesita, cuando los conocidos de la familia creen complacerla al elogiar ante la señora viuda de Andrade los quilates de su yerno. Ramón Lista no sólo es un funcionario destacado del Ministerio de Guerra y de Marina, a cargo de la compilación científica de planos y documentos. No sólo —antes de los cuarenta años— es el fundador del Instituto Geográfico Argentino y presidente de la Sociedad Geográfica. Hasta recibirá honores del extranjero: condecoraciones de Venezuela, doctorados *honoris causa* de Italia y Alemania, diploma de honor de la Academia de

Ciencias de París, y del Instituto Geográfico francés, que lo nombra su Miembro Correspondiente.

Pero también es el hombre que ha hecho profundamente infeliz a Agustina.

Doña Eloísa nunca sabrá qué ha pasado en las tierras del Sur donde su hija rehúsa quedarse por más tiempo, aunque es la esposa del gobernador. Ella solamente hablará de los vientos continuos, del frío y de la tristeza. De una zona helada semejante al infierno, porque el infierno es el extremo de lo soportable. En este extremo, pues, ha vivido Agustina aun luego de su vuelta a Buenos Aires, hasta que decidió salir de él con un tiro en el pecho.

La madre se entera, por otras voces, de lo que su hija jamás ha querido contarle: que Ramón Lista se ha amancebado con una india tehuelche un poco antes o un poco después de su matrimonio. Que tiene de ella una chinita, casi adolescente, a la que ha dado, acaso con valor pero también con cínico descaro —piensa doña Eloísa—, el nombre y apellido de «Ramona Lista». Que ha hecho trasladar la capital del Territorio a Río Gallegos sólo porque allí puede estar mucho más cerca de las tribus tehuelches. Que vive dos vidas, y que la vida del otro lado, en otra lengua, con otra familia, y acaso con otros dioses, es —decididamente— la que más le importa.

Mamá Lola recuerda las últimas palabras cruzadas con su yerno, con quien no ha vuelto a hablar desde el día de los funerales.

—Su madre era una santa —les dice Ramón Lista a las niñas, mientras le resbalan por la cara lágrimas que a ella le parecen tan increíbles como inoportunas.

Entonces doña Eloísa las manda afuera, sólo para mirarlo a los ojos y decirle:

—Usted es el que tiene la culpa de todo esto. Váyase de esta casa. Aquí ya no hay nada que sea de su incumbencia.

—Tengo dos hijas.

—No son las únicas, por lo que me han dicho. Puede marcharse tranquilo, que yo me ocuparé de mis nietas. Si no ha estado con ellas antes, menos falta les hace ahora. Queda usted en completa libertad.

Ramón Lista va a contestar, pero baja la cabeza y da vuelta la espalda. Desde hace siete días se ha limitado a mandar mensajes y algo de dinero. Mamá Lola sabe que ve a las niñas fuera de la casa, en los paseos que dan con su tía.

Doña Eloísa levanta un censo de ropas y utensilios, distribuye mentalmente el trabajo por hacer. En dos o tres días hay que desarmar la casa y entregar las llaves de esa quinta de Temperley donde ha muerto su hija, ignorada por todos los diarios porteños que la alabaron cuando aún era el «ave tímida del Uruguay». Ni siquiera la gloria de Olegario Andrade puede cubrir la más alta inmoralidad: que las madres jóvenes se suiciden y abandonen sus responsabilidades. Nadie sabe qué imagen de Agustina ha de quedar en los ojos de sus hijas, que no han oído el disparo y que apenas alcanzaron a adivinar huellas disueltas de sangre en las bateas de lavar donde

se ha puesto en remojo la ropa de la difunta.

Mamá Lola ya no juzga ni juzgará. Ni siquiera a Lista, que le inspira, cada vez más, una compasión inexplicable y velada. Guarda junto a sus propias ropas los papeles de Agustina para que alguna vez se abran y dejen oír, a solas, el canto del silencio.

Cuando el corazón está dormido

Un día un viajero se detiene al borde del más grande de los ríos de América. A su margen se halla una choza y en ésta un anciano que acaricia un loro. «Cuando yo y este pájaro hayamos muerto ya nadie volverá a hablar nuestra lengua», balbucea tristemente el salvaje.

RAMÓN LISTA,

Los indios tehuelches, una raza que desaparece

La cabeza de Ramón Lista golpea contra las raíces del árbol. La mueve un sueño hostil y trabajoso como el viaje desde Miraflores por el bosque tan cerrado que ni siquiera deja pasar las sombras. Pero él logra sentarse, jadeante, en la pequeña silla de plata que hay en el interior secreto de la cabeza humana, allí donde algunos filósofos imaginaron el lugar del alma. En esa atalaya minúscula empieza a ver el mundo desde un lado y desde el otro, desde adentro y desde afuera. Sobre la hojarasca, al pie de un enorme tronco de *palo amarillo*, hay un hombre alto y grueso, de osamenta casi tan ancha y robusta como la gente del Sur.

Lista comprende que ese hombre áspero, agitado en el sueño, es él mismo, tal como lo miran los ojos de los otros. Se compara con el estudiante de Ciencias Naturales que ha llegado de Alemania hace veinte años, convencido de que su destino no está en los laboratorios ni en la quietud alfombrada de las bibliotecas, sino en las invisibles encrucijadas de la tierra. El cuerpo y la cara le han engordado. La barba desborda, desprolija. Busca bajo la ropa el lugar de cicatrices que ya conoce. Un zarpazo de puma al borde de la tetilla izquierda. El roce de una flecha contra el omóplato.

Ramón Lista, sentado dentro de su cabeza, no puede recordar qué está haciendo allí, en la noche húmeda y espesa de la selva salteña, mirándose dormir a medias, en un sopor quebrado por convulsiones. No sabe de dónde viene ni por qué ha quedado al pie de ese árbol, indefenso, expuesto al ataque de cualquier fiera o a la insidia sigilosa del enemigo.

Sin embargo, Lista sospecha que sus enemigos no están en las selvas, sino en los laberintos de las ciudades y en los cajones de los escritorios. Esos enemigos son los que lo han arrancado, en un momento que no puede precisar, de un lugar donde el aire es violento y asiduo, y el suelo cristalizado se derrite a la sombra mágica de los fuegos. Un lugar donde ha dormido con una mujer alta, recia y pesada como él

mismo, y ha visto parir una cierva al amanecer, y asomarse el sol sobre la espalda pura de la nieve. El único lugar donde Ramón Lista ha sido, acaso, plenamente feliz.

Un tambor comienza a resonar, intolerable, en zonas profundas. Al compás de sus golpes los árboles y arbustos de la selva se acercan y se alejan. Seviles y lapachos, urundeles y duraznillos alargan sus ramas entrelazadas con lianas y bejucos, amenazan con llevarse su cuerpo entre raras parihuelas. Luego el tambor se aquieta y los árboles retroceden. Lista entiende que sólo se trata de las alarmas desbocadas de su corazón todavía vivo pero dormido.

Cuando el corazón está dormido, le han dicho en el Sur, aparece la vislumbre de las cosas futuras. No logra distinguir si son pasadas o futuras las imágenes que llegan, tambaleantes, con la vista doble de los ebrios o de los profetas. Hay una casa en la ciudad a la que se sube por escaleras y dentro de la casa una sala y dentro de la sala una muchacha al lado de un piano. Ni la muchacha habla ni el piano suena. Lista los mira pero ellos permanecen mudos, mientras adentro del salón se abre de pronto un desfiladero abrupto. La sala es un atajo equivocado, uno de esos caminos muertos que no llevan hacia ninguna parte. Es un espejismo y la muchacha del piano, apenas el reflejo de una ilusión. La verdadera senda está hacia adelante: esa garganta de bordes blancos que desemboca en un río, y el río en una planicie donde una mujer tiene una manta sujeta sobre los pechos con un redondel de plata.

En esa planicie, junto a ese río, ha aprendido una lengua donde Ramón Lista tiene otro nombre y es otra persona. Desde ese día se ha acostumbrado a vivir en dos mundos paralelos. En uno de ellos se casa con la muchacha del piano bajo una sombra de seda, en la penumbra de una iglesia porteña, y duerme entre las sábanas terminadas en *broderie* de una cama con baldaquino. En ese mundo él es, también, un profesor vestido de levita que expone ante alumnos curiosos o incrédulos, sus descubrimientos biológicos y antropológicos, y habla de la talla de los hombres del Sur, o de la forma de sus cráneos, como podría hablar del tamaño de las coníferas o de las edades geológicas.

En el otro mundo Ramón Lista se deja pintar la cara de ocre y de blanco — colores de la fiesta y de la guerra—, devora el buche y los alones del avestruz de la estepa y los azucarados tubérculos del *jaye*, y se emborracha en la fiesta de su propia boda, antes de entrar al toldo de la mujer que lleva entre los pechos el gran *kaichel* de plata. En ese mundo participa en la caza del guanaco y del ñandú, y en los ritos de remedio de los enfermos, y oye contar a los ancianos los mitos de la creación.

Mientras ambos mundos permanecen apartados, Ramón Lista cree que la dicha es casi posible. Pero cuando las esferas se cruzan y colisionan, los planetas se desequilibran y salen de su órbita y las palabras y las criaturas del otro lado se desintegran, borradas por detonaciones, o se corrompen y mueren, contaminadas por enfermedades contra las que no tienen defensas. Así, en el año '83 el cacique Orkeke

llega a Buenos Aires. No viene, ciertamente, por su gusto, sino capturado con otros dieciséis guerreros, treinta y siete mujeres, niños y ancianos, y todas sus posesiones en ganado y en dineros. Lista y otro joven estudioso, el perito Francisco Moreno, van a recibir en la Boca el buque que los transporta, y los saludan como amigos viejos. El marino Piedra Buena habla también en favor de los cautivos, y el prisionero asciende a la categoría de huésped. El mismo presidente Julio Argentino Roca lo visita, y le regala, al despedirse, una caja de habanos junto con quinientos patacones, que el cacique utilizará para conocer los encantos nocturnos de Buenos Aires.

Ramón Lista lo acompaña al banquete que se da en su honor en el Café de París. Con curiosidad y lástima lo mira quitarse el saco y el poncho, abrirse la camisa para comer, más a su gusto, el menú de la recepción protocolar, sin desdeñar los platos franceses ni los vinos burbujeantes. Nada, sin embargo, merece el honor de sus comentarios. Quizá porque la lengua *tzóneken* carece de palabras adecuadas para esos nuevos olores y sabores, o porque la función de calmar el hambre se cumple igual con un guiso de guanaco, o con la carne chamuscada de una yegua. Probablemente Orkeke no tiene hambre, sino sólo apetito, en esa ciudad donde no le es necesario practicar las artes de la caza y donde nuevos amigos compiten para halagarlo con desusadas recetas. Tampoco puede tener frío, cubierto como está, no ya por pieles mal curtidas sino por prendas interiores de algodón y tejidos de lana. Sin embargo, el cacique jamás volverá con los suyos a la desembocadura del río Deseado. Morirá un mes más tarde a causa de una pulmonía, en el Hospital Militar de Buenos Aires, después de haber sobrevivido a más de siete décadas de vientos patagónicos. Aunque se le prometen honores militares, el cuerpo de Orkeke —dice irónicamente un periodista— alcanza apenas honores de fósil. Sus huesos se envían al Museo de La Plata en una caja numerada que no llega jamás a su destino. Alguien, acaso piadosamente, la hace desaparecer en el trayecto.

La muerte de Orkeke halla ecos diversos entre la familia blanca de Ramón Lista. Apenas un comentario casual de su suegra doña Eloísa, abrumada por los fallecimientos recientes de Andrade y de su hija Lelia. Sin embargo Agustina, que nunca ha visto al cacique en persona, mira largamente la foto de los diarios mientras los ojos derraman lágrimas con una ciega fijeza de muñeca, sin acompañamiento de voces ni de gestos.

Lista suspira, con paciencia que no excluye cierto fastidio. Desde que él ha vuelto de su último viaje por las ruinas de las Misiones jesuíticas, Agustina llora con harta facilidad, sensibilizada sin duda por las pérdidas familiares y por el nuevo embarazo que le ha empezado a hinchar el cuerpo, los tobillos, la cara antes tan fina como la de una Madonna de Boticelli. No obstante le pregunta, por cortesía:

—¿Te duele algo? ¿Por qué estás llorando?

Agustina le muestra la imagen del cacique, vestido a medias de aborígen y a

medias de paisano decente. Los ojos que miran a la cámara son helados e impenetrables como los lagos que se congelan en el invierno. Nadie puede ver ni tocar lo que está fluyendo por debajo de ellos.

—Porque es como yo, Ramón —contesta—. Por eso me da pena.

Los mundos de Lista volverán a cruzarse de nuevo, trágicamente, cuando marche sobre el país de los onas, en el extremo de la tierra. Lista ya tiene, para entonces, dos hijas del lado de Buenos Aires: Rosa y Eloísa, vestidas de un terciopelo pálido con guarniciones de encaje y moño de raso sobre los bucles que la abuela les riza en los días de fiesta. En el Sur lo espera, en cambio, otra niña más alta que las de Agustina, con el pelo abierto en dos trenzas, camisa de zaraza ceñida al cuerpo y una piel de guanaco vuelta hacia adentro que la protege del soplo de los ventisqueros.

Lista no está interesado en el posible oro de la Tierra del Fuego, pero a su gobierno sí le gustaría encontrarlo. La expedición pronto cuenta con fondos. Se consiguen dos *cutters* de la armada: el *Santa Cruz* y el *Bahía Blanca*, también un cirujano, y una escolta de veinticinco soldados de caballería. El oro nunca aparece. Sí, las flechas de los onas y la desmesurada respuesta de fusiles y carabinas que deja veintiocho cadáveres aborígenes sobre un campo incendiado.

Lista escribe a Carlos Pellegrini, presidente de la República, la carta que escribiría un correcto funcionario blanco. Describe el ataque, enfatiza el peligro, justifica la defensa. Tiene el decoro de asumir él solo la responsabilidad de los disparos, aunque son los hombres del capitán Marzano, que han servido a las órdenes de Roca, quienes probablemente piensan que el mejor indio es el indio muerto. Vuelve a ser el profesor de la Sociedad Geográfica y de la Escuela Naval cuando estudia los cráneos de los guerreros caídos y mide su estatura y examina la forma de sus huesos para demostrar, contra las afirmaciones de Darwin, que no se trata de una raza degradada. También contra Darwin se empeñará en describir la exuberancia de las selvas fueguinas y la bondad de sus praderas frecuentadas por lluvias.

Todavía morirán otros dos onas a consecuencia de una escaramuza en la región de los bosques, sobre los arrecifes de la costa. Ramón Lista redacta informes para el gobierno que lo ha enviado, preso entre las rejas de la mirada de los suyos. Paga sus deudas con su mundo de origen; ordena, reglamenta, civiliza. El cirujano Seghers cura lo que es curable. El cura Fagnano celebra los bautismos de las cautivas que han tomado para que les sirvan de guías; dos de ellas llevarán los nombres de sus hijas blancas: Eloísa y Rosa.

En los próximos años Ramón tratará de coordinar desesperadamente las órbitas de sus mundos paralelos para que puedan convivir sin destruirse y, también, sin desgarrarlo. El gobierno nacional premia sus esfuerzos con un nombramiento de Gobernador del Territorio Nacional de Santa Cruz. Nadie cuestiona esa decisión sensata. Quién, como Lista, conoce los espejismos que inventan lagos y animales

gigantescos en el otoño, sobre las costas más australes del océano. Quién podría predecir como él los derroteros de las estrellas fugaces y los ritmos de las tormentas de arena. Qué otro ha medido tan ajustadamente la circulación de los ríos y la profundidad de los lagos patagónicos, o ha visto los sedimentos de obsidiana que vomitaron los volcanes antes del tiempo humano, los coágulos de pórfido y basalto en la vanguardia de la cordillera.

Quién sabría adivinar mejor las caras oscuras bajo los colores de tierra y grasa. Quién comprendería más claramente la risa y el llanto de esos seres que brotan como, floraciones peligrosas a las orillas de los ríos y que la ciencia ha convenido —guiada por sus formas— en clasificar como humanos.

El gobernador viaja para asumir su cargo en julio del año '87. El *Magallanes*, que lo lleva a destino, naufraga ante Puerto Deseado. Sin embargo Lista sobrevive al mar, y convoca a su familia de Buenos Aires para que lo acompañe en la nueva capital: Río Gallegos. La casa de la gobernación recibe a Agustina, cada vez más lejos del patio y el aljibe de Gualeguaychú, que llega con sus niñas de tres y cinco años. Por primera vez Ramón Lista logra ver como partes de una misma vida, de un mismo tiempo, a las mujeres que se ha habituado a considerar como habitantes de planetas diferentes.

De todos modos, Agustina nunca alcanzará los campamentos tribales donde viven la otra hija de su marido y la esposa tehuelche que le ha dado un hogar provisorio bajo los *kaus* de pieles. Visitará, en cambio, las prisiones de Río Gallegos, donde los hombres no sólo sufren el castigo del confinamiento en un clima brutal para los que no son lugareños, sino la pena aun más impiadosa del destierro. Cuidará de su abrigo, de sus ropas, de su alimento, pero sobre todo tendrá para ellos la deferencia de la palabra. Hará preguntas, escuchará sus historias. Acaso porque ve, en esos relatos de robos y de muertes y querencias lejanas, el reflejo perturbador, distorsionado, de su propio extrañamiento. Cuando los presos se amotinen, nadie hará daño al gobernador. Ramón Lista será protegido y perdonado en homenaje a la bondad de su mujer.

Sin embargo, ni la compasión ni el deber conyugal retienen a Agustina, que un día vuelve con sus hijas a Buenos Aires sin darle motivos claros, quizá sólo para que la distancia geográfica termine de confirmar la distancia interior. Ninguna imposición o afecto retienen tampoco en su pequeña capital a Ramón Lista, que a fines del año '90 cruza el río Santa Cruz hasta el Lago Argentino para probar su condición navegable. No podría asegurar, en aquel tiempo, qué lo fascina más: si el lenguaje mudo de un mundo natural todavía desconocido que le envía señales de agua y piedra, o el lenguaje destinado a enmudecer de esas quinientas almas humanas a las que todavía se puede llamar tehuelches.

Ramón Lista tiene el olfato infalible para detectar los cambios del viento y el oído entrenado para conservar y anotar, en sus cuadernos de viaje, la lengua de ese pueblo

apenas sobreviviente, que muy pronto será una lengua muerta. Tiene las manos rápidas para recoger las huellas de una vida más antigua.

En las vacaciones del año '91 vuelve a la casa de Buenos Aires, donde aún están Agustina y sus hijas. Su equipaje se compone de una valija de ropa, una de apuntes, y varias otras con flechas de sílex, morteros de piedra, bolas arrojadas de diorita y de cuarzo. El verano transcurre casi como si estuviera en el Sur, sin que nadie perturbe sus ocupaciones habituales. Agustina y doña Eloísa proponen la mudanza transitoria a una quinta de Temperley, donde los frutales, las flores y los helechos les traen la memoria de jardines perdidos. A Lista le es indiferente esa vegetación doméstica. Encerrado en uno de los cuartos, corrige notas, clasifica materiales, registra, antes de que se pierdan para siempre, las variantes de pronunciación de las palabras que ya nadie repetirá cuando la última de las madres tehuelches deje de enseñar a sus hijos cómo se llaman los puntos cardinales y el crepitar del fuego y el son del tamboril y la hija del sol y de la luna que se ha negado a desposarse con *El-Lal*, el héroe de los hombres.

Una mañana de sol alto, un disparo interrumpe la concentración del estudio. Ramón Lista se sobresalta, y por un momento cree que se halla otra vez en un campamento a las orillas de un río, dispuesto no ya a la caza del guanaco, sino a la persecución de los vivanderos cristianos que traen el aguardiente y la ginebra y a los que ha echado de las tolderías. Pero el disparo viene del interior de la casa, estalla en la habitación donde Agustina suele retirarse para mirar desde la reja una fuente de piedra en el fondo de la huerta, de la que mana incesantemente un agua delgada.

Después del suicidio de su esposa, Ramón Lista vuelve al Sur, pero apenas pasa por la Casa de Gobierno. Se refugia en la «choza del salvaje patagón», como la llama en sus diarios y sus libros. Sus últimos retratos lo muestran ancho y barbudo, con una chaqueta gruesa que no se termina de abrochar. Está de pie tras un grupo de mujeres y niños: en el centro mira al fotógrafo la cara lisa, tranquila, levemente obesa de Kóila o Huila, la madre de Ramona Lista. Junto a ellas el Gobernador se entrega a la música rugosa y mineral que produce una lengua antes de borrarse de los labios vivos. Escribe una página tras otra exhortando a los gobiernos, en defensa de los que ahora son, no sólo sus parientes sino sus indefensos protectores: *Es verdaderamente inconcebible lo que sucede; diríase que pesa sobre ellos una maldición divina: son los propietarios originarios de la tierra en que habitan y esa tierra no les pertenece, ni siquiera poseen una parcela donde puedan descansar al término de una jornada: han nacido libres y son esclavos; eran ayer robustos y de cuerpo agigantado: hoy la tisis les mata, y su estatura se amengua. Todo les es contrario, el vacío los rodea, van a desaparecer ¿Y qué hacen los gobiernos? Nada. Los ven morir con la misma impasibilidad con que el César veía morir a los gladiadores en el circo...*

El brazo del Estado, sin embargo, va a buscarlo a él también bajo la forma de

Juan Víctor París, un viejo amigo que cumple órdenes a disgusto. París le muestra los retratos de las hijas —pupilas en un colegio bajo la tutoría de su suegra— para atenuarle la vergüenza de regresar a rendir cuentas en las oficinas de Buenos Aires, donde se le exige la renuncia por abandono de su puesto. Ya no volverá a compartir el techo de cuero de los *kaus*, ni la carne de avutarda que le alargan en el extremo de una rama filosa.

Ahora Ramón Lista sigue sentado en el centro de su cabeza, entre la sed y la fiebre, entregado a la reconstrucción de su tiempo, juzgándose a sí mismo. Agustina Andrade, muerta a los treinta y tres años de un tiro en el pecho, le parece la mayor injusticia que ha cometido y la suprema ironía de su vida. No por haber tenido dos mujeres —costumbre no tan rara, después de todo, tanto entre los patagones como entre los cristianos—. Más le duele pensar que lo ha obsesionado entender y rescatar del olvido la lengua de los últimos tehuelches y que sin embargo jamás se detuvo el tiempo necesario para escuchar y comprender la lengua única y secreta de Agustina, que ha muerto con ella, irreparablemente.

Sin Kóila, sin el Sur, sin Agustina Andrade, su vida ha perdido rumbo, se ha vuelto errátil, ha comenzado a desdibujarse. Bartolomé Mitre interpone inútilmente sus influencias para conseguirle un consulado con renta en el extranjero. Las gestiones para obtener la titularidad de una cátedra en el Colegio Nacional de Rosario fracasan también, por falta de vacante.

Pero Lista logra reunir sus objetivos dispersos ante un desafío nuevo: navegar, por primera vez, el río Pilcomayo. El debate llega a los diarios; se acusa al explorador de convertir un capricho en pretensión científica. Ese capricho —o esa necesidad— lo ha llevado a la selva donde su cuerpo duerme intranquilo mientras él vigila.

Ramón Lista hace memoria del tránsito desde Miraflores a Yacuiba por el camino real, y después por una senda estrecha que concluye en un pozo, y luego en el monte y en los bosques donde sólo las señales de viajeros anteriores, sajaduras en la corteza de los árboles, dan una pista del camino a seguir. La comitiva no puede ser más pequeña. Marcha solo, con Alberto Marcoz, el asistente y baqueano que ha contratado en Orán, y un peón, Francisco Pérez. Recuerda la sed creciente y la inútil excavación en procura de agua. Recuerda una noche de mala comida y de peor descanso, atormentados por la sombra de los jaguares, cuyos ojos, en la oscuridad, brillan más que el fuego encendido para ahuyentarlos.

Han caminado otra jornada más, sin las cabalgaduras ya extenuadas, con una bolsa de medicamentos y las armas imprescindibles. Han consumido, al anochecer, la última ración de agua potable con pastillas de quinina para evitar las fiebres. Y desde esa bebida el cuerpo de Ramón Lista yace bajo el *palo amarillo*, como bajo el efecto de un veneno o una droga que no termina de agotar sus efectos, mientras el pensamiento gira como un caleidoscopio, compone y recompone dentro de él sus

redes cristalinas.

Comprende, así, que su baqueano Marcoz lo ha traicionado, que sus pastillas de falsa quinina aletargan los miembros y embotan la conciencia de lo presente, aunque no anulen la sospecha del porvenir. Ve el winchester que Marcoz le apoyará sobre la mandíbula y que le destrozará la cara de un tiro y hará saltar hasta las raíces lejanas esquirlas de su cráneo. Ve cómo Marcoz le vacía los bolsillos donde apenas encontrará dinero, y cómo se aventura, despechado, por el camino de vuelta para anunciar su suicidio en la casa de Simón Reyes, donde supone que Lista ha dejado caudales y papeles.

No lo aflige ninguna de esas cosas porque prefiere morir en pleno viaje. Sabe que no hará nada para evitarlo y se entrega a la luz sobrehumana del corazón dormido.

Memorias de una fiesta inconclusa

Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo.

Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

GÉNESIS, IV, 8

I

23 de octubre de 1932

La ventana de Abel Ayerza se abre a un balcón, y el balcón a un jardín, y el jardín a un campo con olores de hierbas. Por el tamiz sedoso de las cortinas se filtran el tomillo y la carqueja, la manzanilla y la menta. Abel aparta los cortinados, se toma de la baranda del balconcito y aspira el aire con énfasis y alegría. Bebe hasta el fondo todo el gozo del domingo que se demora aún en transcurrir. Hasta el Testut y los tomos de Neurología que recuerdan sobre el escritorio la rígida amenaza del próximo examen, se aligeran y se iluminan con resplandores fragantes. Las letras negras vuelan como mariposas de noche destinadas a quemarse contra la incandescencia de las farolas que amparan los caminos del parque en el atardecer.

La siesta ha terminado y con ella el calor algo prematuro de la primavera. Sólo una reverberación de luz se refleja en todos los puntos del aire, como si la casa y sus habitantes estuvieran contenidos en el centro de una inmensa redoma cristalina. Abel Ayerza se abandona a una gratitud mansa y feliz. El paseo a caballo, la misa de media mañana en la capilla del pueblo, el asado con cuero y los pasteles de membrillo son las piezas de una vida simple y perfecta que comparte con sus amigos.

En los cuartos contiguos se oyen voces y risas: Alberto Malaver y Santiago Hueyo se preparan con él para los exámenes, pero hoy también están de fiesta. Golpean a su puerta.

—¿Con quién estás soñando, Coco? Nos vamos a perder los guitarristas y el biógrafo. Jugamos unos tiros de billar y luego te esperamos en la galería.

—Ya voy, Santiago.

Abel termina de desperezarse. Abre el ropero y revisa los trajes. Elige uno de tela cruda, de color casi blanco. Se enchaleca, se perfuma, guarda un pañuelo de seda en

el bolsillo. Se peina frente al espejo. Mira una cara angulosa sobre los hombros de un cuerpo largo, flaco, de buena planta. Sus amigos lo acusan de no saber explotar sus encantos masculinos con las mujeres. En realidad no le interesan «las mujeres» —ese tropel de animalitos bellos que los muchachos suelen tratar como las piezas de una incesante cacería—. Todo su afán está puesto en una sola cara, en una sola voz, en un cuerpo que ha rozado apenas.

En las mejillas la barba empieza a asomar otra vez, resistente y oscura, incoherente con los mechones más bien rubios y demasiado finos de la cabeza, que nunca logra poner en su sitio. Desiste, no obstante, de rasurarse. En la cena no habrá madre ni abuela que le exijan etiqueta. Antes de bajar, desliza en un bolsillo interior del saco el libro de un poeta joven que le gusta, y donde ha encontrado unos versos que le dan la medida de su deseo: *Tú, que ayer sólo eras toda la hermosura / eres también todo el amor, ahora.*

Los amigos ya están en la galería. La voz de Gardel gira desde el gramófono, como «Leguisamo solo» en las vueltas del hipódromo. Malaver pone los ojos en blanco.

—¿Escuchan cómo canta el Mudo?

—No sé qué te gusta más, si Gardel, Leguisamo, o los burros —bromea Hueyo.

—¿Por qué no las tres cosas? ¿Hay alguna contradicción?

—Dicen que sabés más de las familias de cuatro patas que de todos los abolengos porteños.

—Es que las familias de cuatro patas no rezongan, no te piden un título, no te buscan novia, y te dan la mejor diversión.

—También te sacan el dinero.

—Si está para eso, para gastarlo... ¿Cómo se nota que sos el hijo del ministro de Hacienda, Hueyito!

—No tenés cura, Malaver.

—Ni la necesito. Es una enfermedad que me encanta.

—Bueno, bueno. ¿No era que nos perdíamos el biógrafo?

—¿Cómo va a empezar la función sin nosotros, Coco?

—¿Tan importantes somos?

—Ah, no sé. Pero yo soborné al operador para que nos espere.

La imponente aparición de don Juan Bonetto enmudece las risas. El mayordomo de «El Calchaquí» se ha vestido con toda la parafernalia del domingo: traje negro de boda y de velorio, camisa blanca con cuello de almidón, corbata de seda. No le falta el chambergo en la cabeza ni la chalina de vicuña al hombro, para cuando refresque.

—Caramba, don Juan. ¿Qué deja para nosotros, con esa facha? Va a deslumbrar a las niñas.

—Ellas se quedarán con las ganas. Mi señora me lo tiene prohibido.

—¿Pero no está visitando a su hermana, don Juan?

—Está, pero cuenta con espías en el pueblo.

Don Juan Bonetto se acomoda al volante. Enciende el motor.

—Vaya con cuidado, don Juan, que la última vez se nos volaron los sombreros.

—¿Y quién dijo que a estas máquinas infernales hay que subirse con el sombrero puesto? Mejor harían en guardarlo hasta que lleguemos, señores.

—¿Qué vistas dan hoy, muchachos? —pregunta Abel—.

—*Luces de la ciudad*, de Carlitos Chaplin, y *Luces de Buenos Aires*, del Zorzal.

—Ya vi el estreno en el Cine Porteño.

—¿Y qué? ¿No la verías diez veces?

—No soy tan fanático como vos, Malaver. Aunque tratándose de Gardel... Por lo menos la voz vale la pena, eso sí.

—¿Cómo por lo menos?

—Como actor no me convence. Muestra demasiado la pinta, y está siempre con la sonrisa puesta.

—¡Si serás amargado, Hueyito! Y me parece que estás hablando de pura envidia.

—¿Qué envidia? Yo no voy a tener que ganarme la vida con cancioncitas.

—No se trata de cancioncitas.

Los dos callan, esperando la opinión de Abel.

—Gardel no es un cantante cualquiera. Es un gran artista. Y ni siquiera necesita actuar en el cine, porque es un actor de la canción. Uno puede verle todas las expresiones de la cara aun con los ojos cerrados. ¿A usted qué le parece, don Juan?

—No está nada mal, don Abel. Pero yo prefiero a Magaldi. Ése sí que llora cuando canta.

—Nadie diría que usted tiene esa inclinación por el llanto. ¡Un hombre tan guapo!

—Cuanto más guapo, más blando se tiene el corazón, don Malaver. Y no me tiente la paciencia, mire que les paro en el camino esta máquina infernal.

—Mire que yo tengo manos para manejarla.

—Entonces se las verá con la señora Adela. El auto me lo tiene encomendado y no permite que lo toque nadie más que yo. Ni siquiera don Abel.

—Más vale que te calles entonces, Malaver. Enfrentar a mamá cuando se enoja es peor que resistir a la Policía Montada.

—¿Por qué no pasamos a otro tema, don Juan? ¿Qué chicas hay en el biógrafo?

—¡Bueno! ¡Parece que después de todo habías sido humano, Hueyito!

—Ya les dije, señores, que de esas cosas yo no me doy por enterado —contesta Bonetto.

—Pero sabrá qué familias andan pasando la temporada por acá.

—Por ahora, ninguna. Si todavía no empezó el verano. Se supone que ustedes están juntando fuerzas para los exámenes, y no precisamente de vacaciones.

—No me lo recuerde, don Bonetto, que me arruina el domingo.

—A vos es imposible arruinarte un feriado, Malaver. Con tal que no tengas nada que hacer, ya andás contento. Pero dígame, estarán por lo menos las señoritas del pueblo.

—Supongo que sí. A la Sociedad Española siempre van las hijas del médico. También las del almacén La Rosa Florida. Pero con esas tres no se hace una buena. Son tan fieras, dicen, que el padre las va a tener que empaquetar con papel de regalo para poder casarlas.

—Habrá que esperar nomás a las fiestas de noviembre y diciembre —suspira Hueyo.

—Yo ya me cansé de esas presentaciones en sociedad. Las niñas parecen floreros de porcelana. No se las puede tocar porque se rompen. Si bailás con ellas, te pisan, de tan nerviosas que están, mientras las madres te vigilan con cien ojos atrás de los abanicos.

Abel Ayerza sonrío.

—Es que a vos te gustan otros lugares, Malaver. A Gardel lo conociste en el Armenonville, no en la victrola.

—Parece que vos no necesitás ni el Armenonville, ni el Palais de Glace, ni el Coliseo.

—Claro que no. Yo ya tengo el paraíso.

—¿Vas a entrar a un monasterio?

Abel mueve la cabeza y calla. Hueyo le palmea la espalda, afectuoso.

—No le hagas caso al malandra éste. Si sigue así, a los cuarenta no va a servir ni para jugar a las figuritas.

El automóvil se detiene frente a la Sociedad Española. Dos muchachas que estrenan zapatos y sombreros pequeños en forma de casco, los miran entre sonrisas.

—El flaquito es el más lindo —oyen decir.

—¿No ven? —se enfurece Malaver—. Dios le da pan al que no tiene dientes.

Las vistas vienen precedidas de un número en vivo, con dos guitarristas cordobeses que tocan vales criollos. Luego Charlot irrumpe en un mundo veloz de personajes frágiles y farsescos, donde todo está siempre a punto de desaparecer. Por fin, las imágenes se aquietan y adquieren sonidos novedosos en *Luces de Buenos Aires*. Los amigos se entregan, sin más discusiones, a los ritmos de Julio de Caro, mientras Gardel toma y obliga a tomar, derrotado, como no podía ser de otro modo, por la traición de una mujer.

A la salida ya está anocheciendo. En la confitería de la Sociedad los muchachos piden un aperitivo, y Bonetto, una ginebra. Una orquesta pequeña toca tangos y vales vieneses. Malaver invita a bailar a la menos fea de La Rosa Florida. Hueyo sonrío a la hija del médico que, después de cuchicheos con su madre, acepta

acompañarlo en unos pasos del «Danubio Azul».

Abel Ayerza y Bonetto salen a fumar afuera. El cielo comienza a estrellarse límpidamente. Abel mira los campos de la pampa central, tan grandes y profundos como otro cielo, donde el agua más dulce corre por debajo de las raíces de los espinillos.

Cuando deciden el regreso y el automóvil, por fin, se pone en marcha, se respira un aire frío y tranquilo. Malaver entona «Mi noche triste». Tiene una voz de barítono afinada y agradable, piensa Ayerza.

Dejan los últimos caseríos. La llanura se multiplica y se ensancha, idéntica a sí misma. Apenas montecitos de árboles, indistinguibles los unos de los otros, marcan hitos oscuros en la tierra plana. El camino hacia la estancia «El Calchaquí» abre por fin una entrada plácida, segura. Un baqueano de ojos expertos vería ya las rejas del portón principal contra el resplandor lejano de los faros.

Pero antes de ingresar por el sendero de álamos, el bulto azul de un Buick sedán, detenido y algo desviado de la senda central, se les cruza en la mira. No tiene luces, y las puertas abiertas sugieren desconcierto o extravío.

—Si no se perdieron, tienen un problema con el auto —opina Bonetto.

—Bueno, vamos a darles una mano —propone Ayerza.

Al acercarse, una voz masculina con acento italiano los saluda y les pregunta por el camino a Marcos Juárez. Bonetto se esmera en explicaciones precisas. Sabe que los puebleros y los gringos se marean enseguida en el campo redondo. Antes de que termine, seis hombres armados con winchester los han rodeado.

—¿Es éste? —dice uno de ellos, y señala a Ayerza.

—Permítame el sombrero —le pide un hombre que parece supervisar la acción.

Ayerza se lo entrega, mudo y maquinal, aunque con tanta naturalidad como si estuviese en un sueño.

El hombre examina el forro hasta que encuentra las iniciales A. A.

—Éste es —dictamina—. Bájenlo. Y a éste también —apunta a Hueyo—. No viene mal tener de garantía o de correo al hijo de un ministro.

Antes de que Bonetto pueda desenfundar el revólver que porta siempre al cinto, una mano de pensamiento más veloz se lo arrebató. Hueyo los insulta cuando lo sacan del coche. Pero quienes lo están llevando no se inmutan. Trabajan con frialdad y pericia.

Bonetto y Malaver miran alejarse a Hueyo y Ayerza. Sin golpes, los otros les atan las manos y les vendan los ojos.

—Quédense tranquilos —dicen—. La cosa no va con ustedes. No se muevan. No intenten nada ni avisen a la policía. La familia ya va a recibir una carta con las condiciones del rescate.

Detrás de la venda, Bonetto oye el silbido de los neumáticos, pinchados a punta

de cuchillo. Luego, un ronroneo de motor que se aleja por el mapa invisible de la noche.

II

31 de octubre de 1932

Abel Ayerza parpadea en la oscuridad. Estudia, por enésima vez, el diseño irregular, canceroso, que el cabo de vela encendido proyecta sobre las paredes. Se ha acostumbrado a esa luz sucia y mortecina, que lo acompaña en la humedad del sótano, tanto de día como de noche. La noche le proporciona, empero, algunos alivios y certidumbres. El hombre que lo custodia —y al que una voz oculta de mujer ha llamado varias veces «Giovanni»— espera que sólo cuelgue sobre el campo la cara muerta de la luna para sacarlo afuera. Ayerza fuma entonces el único cigarrillo que le permiten sus jornadas. Respira olores frescos de bosta y de gramilla y piensa que detrás de esa luna marchita habrá en la mañana una rosa incendiada para los ojos libres. Se consuela pensando en la inminencia posible de su rescate.

Hoy todavía el hombre llamado Giovanni no ha bajado a buscarlo, aunque las horas se hinchan y se dilatan como cuerpos ahogados que ascienden a la superficie de aguas turbias. Algo anormal ha sucedido, sin duda, a pesar de la carta que le han mandado escribir para su familia tres días antes. La suma exigida es abultada: ciento veinte mil pesos. Pero Ayerza sabe que su madre no vacilará en vaciar cuentas o malvender propiedades con tal de recuperarlo. Si los suyos pagan —se dice—, sus secuestradores lo soltarán. Después de todo, seguramente son *maffiosi*: delincuentes organizados, con sus leyes propias y hasta sus códigos de honor. Asesinan a sus denunciadores, como el periodista rosarino Silvio Alzogaray, al que han matado ese mismo mes. Pero devuelven religiosamente a sus víctimas contra la entrega del dinero, como ya ha sucedido con Marcelo Martín, a comienzos del año.

Ayerza se frota las muñecas atadas. Sabe que eso empeora las escoriaciones de la piel, que intensifica los dolores del roce. No encuentra, sin embargo, otra forma para desfogar su impotencia furiosa. Recuerda los discursos de los tribunos de la patria: Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren. La exaltación purificadora de la revolución de Uriburu, a la que su sucesor, Agustín Justo, parece dar apenas un tibio y ambiguo cumplimiento. Sí esos ideales triunfaran, si se constituyera, en verdad, la Patria Fuerte, se acabarían también vergüenzas como ésta: una de las primeras familias de la nación, obligada a pagar la libertad de un hijo a los bandidos extranjeros.

Abel Ayerza mueve la cabeza, alza y baja los hombros doloridos por la misma posición fija. Lo atormentan, de pronto, los escrúpulos. ¿No se merece él, tal vez, lo que le está pasando? Dios sólo habla por Su Propia Boca a los profetas y a los visionarios: a los demás hombres se les revela apenas por señales inscriptas en los hechos vivos. Acaso Él le está reprochando, a través de este cautiverio, su incuria y su desidia, como se la reprochó en los comienzos de la Historia a su pueblo elegido,

dominado por los egipcios. Abel mira hacia atrás una vida fácil, cómoda, sin más esfuerzo que los estudios. Una vida asentada en el amor severo, pero incondicional, de su madre viuda, y en la compañía afectuosa de siete hermanos. ¿Qué ha hecho él, Abel Ayerza, para merecer el Cielo? ¿Qué sacrificios, qué voluntad de entrega lo han convertido en un soldado de Cristo y de la Patria? Afiliarse a la Legión Cívica, asistir a algún desfile o a los debates de *La Nueva República* han sido apenas movimientos mecánicos, casi obligatorios, tan previsibles como la misa del domingo. Una moda extendida entre los jóvenes de su clase y de su círculo. Abel Ayerza se mira en el espejo de sus inclinaciones y de sus hábitos. No es ni será un intelectual. Tampoco un hombre de armas. Las ideas generales lo dejan frío. Ninguna proclama lo enciende lo suficiente. No tomará un fusil entre las manos para defender esas grandes palabras que no acaban de entusiasmarlo. Sus manos están hechas para otras cosas, y eso seguramente es lo que Dios quiere de él. Una vez que pronuncie el juramento hipocrático volverá al campo. Comprará una casa confortable, pero sencilla. Abrirá un consultorio para todos. No necesita lucrar con su profesión, tiene dinero suficiente para vivir de rentas.

Dejará para siempre los cabarets que frecuenta Malaver, y a los que ha concurrido en ocasiones, las casas de tolerancia donde alguna vez ha pecado. Se casará con Ella.

Cuando la evoca, las manos atadas le tiemblan, y se le humedecen los ojos, no porque los irrite el humo de la vela. Se avergüenza de su sensiblería involuntaria. No existe otra mujer, piensa, que pueda acompañarlo en una idea semejante. La recuerda de espaldas, la noche en que se conocieron o se reconocieron —los niños de buenas familias suelen verse en la infancia sin prestarse atención—. Recuerda la mano que roza la tapa del piano de cola, sin llegar a las teclas, el perfil de moneda antigua, los ojos azules que se han levantado bruscamente, con sobresalto, para ver la figura que llega tras de sus pasos.

—¿Busca usted a alguien, caballero?

Abel ha entrado en la salita apartada del gran salón de baile sólo porque la ha visto entrar primero. Pero teme asustarla o molestarla con una galantería sincera.

—No, no. Es que tenía ganas de apartarme un rato. Me cansan estos bailes, la música fuerte, las frases de compromiso. Quería estar tranquilo.

—¿De veras? A mí me pasa lo mismo. Pero si es así, soy yo ahora la que está de más, entonces.

—No, por favor. Si se queda conmigo, tal vez no vengán a molestarla para pedirle otra pieza. Tendrá muchos galanes.

—Más de los que quisiera. Sólo vengo a estas reuniones para complacer a mis padres, y a veces, a alguna amiga. En realidad...

—¿Qué?

—Todo esto me parece hueco, sin sentido. ¿Sabe? Me acuerdo que hace años, en

casa se daba una fiesta. Mi niñera ya me había acostado, pero yo tenía una enorme curiosidad por ver el mundo prohibido: las joyas y los escotes de las damas, el frac de los caballeros, los músicos de la orquesta. Me escapé de la cama, descalza y en camisón, a pesar del frío, y me acomodé en un recodo, detrás de la baranda de la escalinata. No recuerdo haber tenido una desilusión mayor.

—¿Por qué?

—Porque todo era hermoso pero a la vez estúpido. Y fugaz. Como los colores de una pintura que se va deshaciendo y desdibujando a medida que se aplican los trazos. Pensé que a la mañana siguiente el piso estaría lleno de pétalos marchitos, alguna copa rota, restos de comida, manchas. Y que en una o dos horas el servicio habría barrido y limpiado hasta el último rastro. Nada, nada quedaría de la fiesta ni tampoco de las personas que estuvieron allí. Ni siquiera la estela de un perfume. Comprendí — aunque entonces no podía expresarlo — que todos nosotros, yo misma también, girábamos en el vacío. Y yo no quería esa vida para mí.

—¿Qué quería usted, entonces?

—Servir. Ser útil. Quedar en otros. Durar en la memoria de Dios.

Abel Ayerza la mira. No sabe si a él le importa tanto la memoria de Dios. Sólo está seguro de que daría su alma inmortal, si es que la tiene, para durar en la memoria de ella, para no desvanecerse en los únicos ojos humanos que acaso reflejan el mundo y lo reflejan a él tal como son, por detrás de las volubles apariencias.

Unos golpes, y la luz polvorienta que vislumbra cuando se abre la tapa del sótano, lo sacan de su ensueño.

No es Giovanni, sino el mayor de los dos chicos que viven en la casa, y que ha de tener unos diez años. Le trae una bandeja con una hogaza de pan, queso y algunos fiambres. También un vaso de vino tinto.

Con un cuchillo, le desata las manos. Ayerza agradece. Pregunta, antes de que el chico se vaya:

—¿Hoy no viene tu padre?

—¿Quién?

—El que llaman Giovanni.

—No es mi padre.

El chico lo estudia de arriba abajo, como si Ayerza fuese un animal raro y peligroso, que en cualquier momento pudiese estirar las zarpas.

Ayerza insiste.

—¿Pero viene, o no?

Se encoge de hombros. Comienza a subir por las escaleras empinadas. Abel cree recordar su nombre.

—¡Antonio!

—¿Diga?

—Nadie puede obligarte a hacer esto. Ni tu padre ni ningún otro. Es corrupción de menores. Yo los sacaría de acá a vos y a tu hermano. Les daría otra vida. Una educación.

El chico vuelve a mirarlo, como si no entendiera el significado de esas palabras. O peor aún: como si nada significaran. Pero contesta.

—Usted lo que quiere es que yo lo ayude a salir. Ellos me lo dijeron.

La trampa vuelve a cerrarse. Ayerza no puede contar las horas por el reloj, que ya no tiene. Con las manos que nadie le ha vuelto a atar busca resquicios inexistentes, jambas o umbrales en las paredes. Intenta mover la tapa inexpugnable. Finalmente vuelve a su catre y dormita durante un tiempo incierto.

Sueña que está arrodillado sobre la hierba. Por debajo de su sed hay un rumor constante de agua subterránea. Escarba el suelo. Olfatea, como los perros. De pronto las manos tocan un hilo fluyente, fresco, maleable. Pero también hay un frío duro en una esquina de su cabeza. Cuando intenta moverla el frío se incrusta, ciego, duro, metálico.

—¡Vamos, levántese!

Ante los ojos abiertos está Giovanni, su guardián, que le apunta con el winchester. Cuando se pone de pie, el otro le ata las manos. Salen hacia la noche.

Caminan más de lo usual en el campo desierto. Debe de ser muy tarde, porque la luna ha completado todo el alto de su curva en el cielo, y el frío cala hasta los huesos. Intenta, inútilmente, mirar a la cara del hombre que lo sigue con el arma en la mano.

—¿Por qué? —le pregunta—. ¿Por qué hace esto?

—¿Y qué quiere que haga? Es mi trabajo.

—Hay otros trabajos. Muchos inmigrantes han venido a ganarse el pan honestamente.

—Dice bien que se ganan el pan. Ustedes no van a darles otra cosa. Y si llegan a abrir la boca para pedirles algo más que un mendrugo, se la cierran a palos los cosacos de la policía. No, *signore*. Yo no soy un cordero de éstos.

—Pero igual tiene amos.

—Amos que me pagan mucho mejor. Si nos va bien, con un solo encargo ya podemos comprarnos una casa propia. Y otros infelices no la tienen ni en veinte años, aunque echen el bofe trabajando.

—Por lo que se sabe de ustedes, esos infelices, como los llama, son sus primeras víctimas. De lo poco que ganan, siempre han tenido que darles una parte, para que los protejan.

—Si fueran lo suficientemente hombres, no se dejarían asustar. Serían ellos los que nos lo exigirían. Y no se crea que somos tan distintos, ustedes y nosotros. Ustedes tienen poder porque han escrito las leyes, y cuentan con la policía para que las haga cumplir. Nosotros tenemos la inteligencia y las pistolas, parte de la policía, y

pronto tendremos las leyes. Es cuestión de tiempo, como dice don Chicho. Los niños bien, como usted, se sientan muy tranquilos en un lugar que no merecen, sólo porque lo han heredado. Nosotros los vamos a sacar de ahí a punta de pistola, a menos que acepten ser nuestros aliados. No es justo que se coman solos toda la torta.

Llegan a un sembrado de maíces. El hombre desata las manos de Ayerza. Luego le ofrece un cigarrillo y se lo enciende. Abel Ayerza inspira profundamente. A la luz de la brasa y de la luna mira la cara seca y los ojos desorbitados y melancólicos del hombre que lo vigila y con quien no ha podido ni podrá entenderse.

—Ahora entre al maizal.

—¿Para qué?

—No quiero que nos vean. Entre, le digo.

Ayerza da las últimas pitadas al cigarrillo. Escucha unas palabras claras, que le parecen extemporáneas.

—Quiero que sepa que esto no es nada personal. Sólo cumplo con mi trabajo. Ahora, rece, y que la *Santa Madonna* lo reciba.

Abel escucha una detonación, a pocos pasos. Comprende, mientras cae, que el tiro le ha destrozado la columna vertebral.

Piensa que el suelo absorberá, sin huellas, toda su sangre, y que los días limpiarán los restos de su vida: esa fiesta que apenas había empezado a celebrarse.

III

24 de febrero de 1933

El féretro de Abel Ayerza avanza centímetro a centímetro hacia su destino definitivo. Rara vez se ha visto a una multitud tan compacta pero tan disímil, acompañando a un muerto. Están los funcionarios y dignatarios, los eclesiásticos y los jueces, los ministros y los legisladores y los financistas. La Bolsa de Cereales ha interrumpido por dos horas sus transacciones, en homenaje al difunto. La Escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires ha nombrado un representante para que siga al cortejo. La Legión Cívica marca el paso del desfile con treinta uniformados. Tampoco faltan la Liga Patriótica Argentina, la Legión de Mayo, la Asociación Nacionalista Universitaria. Frente a la Casa de Gobierno, la Liga Patriótica y la Acción Nacionalista Argentina, entregarán un petitorio, donde se solicitan controles severos para los inmigrantes y la aplicación de la pena de muerte.

Pero no sólo están ellos. Hay empleados, obreros, secretarias, maestras, institutrices, comerciantes y profesionales del montón que han salido a la calle, conquistados todos por la cara demasiado joven y los ojos vulnerables de Abel Ayerza que los diarios no han dejado de exhibir durante cuatro meses: desde el día de su secuestro hasta este 24 de febrero que por fin devuelve sus restos a Buenos Aires. También esa otra parte de la multitud llora al elegido de los dioses, que ha muerto antes de madurar, y pide penas implacables.

En el cementerio hablan los varones. Las mujeres —Adela Arning, su madre, las hermanas, la abuela— han quedado en la casa donde lo velaron, sin descansar, toda la noche.

Hablan los amigos, y hablan también los que han transformado a Abel Ayerza en un emblema de sus propios objetivos e intereses. Juan Silveyra, de la Federación Argentina de Lucha contra el Comunismo. Alfredo Villegas Oromí, de la Legión de Mayo. Habla Horacio Zorraquín Becú: *La muerte de nuestro amigo a manos de la canalla importada justifica esta rebeldía y sofoca, por cobarde, toda resignación.*

Habla Enrique Loncán, que lo quería, y que se desliza, sencillamente, hacia la intimidad del recuerdo. *Era joven, bueno, inteligente. Todo se le había dado y todo lo perdió en la inmensidad del campo verde.* Recuerda su visita a los Ayerza, al volver de un viaje a Catamarca, cuando quiso regalarle a doña Adela Arning un paquete de medallas de la Virgen del Valle. *Todas no, me dijo, guarde por lo menos una, tenga fe, sino, estamos perdidos en la vida.*

IV

Juan Vinti, sindicado como autor material de la muerte de Ayerza, recibió una condena a cadena perpetua. Estuvo preso durante veintiocho años. Durante su estadía en la cárcel mató, en una pelea a cuchillo, a otro de los secuestradores: José Frenna o Frende o Freda. Salió libre en 1961 y volvió a ser detenido diez años más tarde, acusado de robo.

Junto con él habían sido sentenciados a la misma pena, Romeo Capuani, Pedro Gianni, José la Torre, y los hermanos Pablo y Vicente Di Grado, dueños de la casa de Corral de Bustos donde estuvo Ayerza. Quedaron prófugos Santos Gerardi (uno de los que interceptaron el coche) y Anselmo D'Allera. El niño que llevó a Ayerza la comida era Antonio Di Grado, hijo de Vicente, como su hermano menor José.

La ejecución de Abel Ayerza por parte de Vinti habría sido precipitada por un error del telegrafista que envió a Corral de Bustos un telegrama en clave, siguiendo la orden de los contactos en Rosario que cobraron el rescate. Debió decir «Manden al chanco», pero compuso «Maten al chanco». Una letra menos y otra equivocada resultaron mortales.

El caso Ayerza fue el detonante para asestar un golpe decisivo a la *maffia* siciliana en el país. Aunque el famoso don Chicho Grande (Juan Galiffi), gran *capo di maffia* de Rosario, no tuvo intervención comprobada en el secuestro y crimen, fue de todos modos deportado a Italia, donde murió en plena guerra, el 2 de enero de 1944, aunque no precisamente en combate. Lo fulminó un síncope cardíaco durante el terror de una alarma aérea.

En cuanto a don Chicho Chico o Alí Ben Amar de Sharpe, lugarteniente de Chicho Grande (pero también su rival más peligroso), ya estaba fuera de la escena mucho antes, porque Galiffi lo había mandado asesinar. El cadáver de este presunto argelino que en realidad era siciliano y se llamaba Francisco Morrone, fue hallado en los fondos de una quinta de Ituzaingó, provincia de Buenos Aires, también un mes de febrero, pero de 1938.

La muchacha que amaba Ayerza tomó los hábitos en una congregación de carácter misional. Murió anciana, y sirvió a la comunidad desde ese puesto, como había sido su deseo. Quizás ella —y Abel Ayerza, desde su recuerdo— hayan durado en la memoria de Dios.

Todo lo sólido se hace ligero en el aire

*Hemos volado donde no había trazado ningún
camino.*

El arco está aún impreso en nuestro espíritu.

RAINER MARIA RILKE

*Nubes de tormenta —¿qué importáis vosotras a
nosotros espíritus libres, espíritus aéreos, espíritus
alegres?*

FRIEDRICH NIETZSCHE

I

1897

Es un niño suave, silencioso, tranquilo. Nada en él llama la atención, a no ser la absurda costumbre de leer libros todos los días y a todas horas, en los lugares más inadecuados. Ayer nomás se ha caído en una acequia con una novela de Julio Verne, mientras sus hermanos seguían hacia adelante, comprometidos con los caminos de las criaturas terrestres.

Otras criaturas son las que atraviesan los sueños de Ángel María. Cuando no lee, ni la escuela lo tiene sujeto al tintero y al pupitre, se acomoda bajo los álamos que miran hacia la cordillera mendocina. Durante horas permanece atento a las idas y venidas de los seres misteriosos que cruzan el aire. Desde los insectos zumbones y las mariposas que no resisten el roce de la mano humana y las luciérnagas que parpadean como los ojos minúsculos de la noche, hasta las grandes aves de presa y de rapiña que borran por un momento con las alas la cara del sol.

Ángel María hace dibujos detallados de los cartílagos cubiertos con plumas estratégicas, de las patas que se apoyan en un aterrizaje vertical sobre terrenos ríspidos. Por las noches, en el dormitorio que comparte con otros dos hermanos, se le abre hacia adentro un cielo diferente. Está dividido en esas franjas de colores crepusculares que encienden los sueños, antes de que desaparezcan en un vacío sin imágenes. Por esas franjas pasa él, inspirando a pleno pulmón bocanadas de aire sobre la superficie de las nubes brumosas, como si nadara. Cuando se acaban las nubes, los colores terminan también. El cielo es un globo azul sin una mota de polvo,

sin otro movimiento que el de su propio vuelo poderoso. La tierra ha desaparecido con todas las infinitas variaciones de los seres vivientes, con sus incertidumbres y refugios. Sin embargo, Ángel no tiene miedo. Por su corazón cruza el hilo de viento que sostiene a los planetas en sus órbitas y gobierna los círculos de las águilas. Grita, sólo para escuchar cómo su voz va rompiendo capa tras capa del cristal oscuro, y vuelve hacia abajo, más allá de las nieves.

Los hermanos se despiertan, sacuden al que parece seguir soñando con los ojos abiertos. Pronto llega, con un candil en la mano, la hermana mayor. Se acerca, le afloja los cordones de la camisa de dormir, le toca la frente para comprobar si hay fiebre.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Otra vez con pesadillas?

Ángel la mira, casi con pena, y ya por completo devuelto al mundo que ata a los hombres sobre su superficie con las cadenas de la ley de gravedad.

—No son pesadillas. Al contrario. Sueño que vuelo, y soy feliz.

La hermana lo arropa. Suspira.

—Está bien, hijo. Mañana tenemos que hablar.

A la tarde siguiente, Ángel está frente a ella, al otro lado de su mesa de dibujo. María estudia las paredes donde el niño ha distribuido, en marcos hechos por él mismo, sus héroes peligrosos: unos bocetos de Leonardo Da Vinci que imaginan hombres alados, un grabado antiguo del globo Montgolfier, otro del ornitóptero de Karl Friedrich Meerwein.

Mira al hermano que ya comienza a volverse adolescente, aunque todavía tenga las mejillas demasiado carnosas de la infancia.

—Hijo —comienza—, sé que las cosas no han sido fáciles para ustedes. Menos aún lo han sido para mí, que me he hecho cargo de todos desde que nuestros padres murieron.

Ángel baja los ojos. Está acostumbrado a la muerte, que ha convertido al Padre y a la Madre en dos retratos fijos con un homenaje constante de jazmines, y ha sepultado en el álbum familiar cinco caras de niños.

—Éramos trece. Ahora somos seis. Ninguno va a volver. No vamos a verlos de nuevo en esta vida. Ni en ese cielo donde parece que los estás buscando.

—Ya lo sé. No me interesa por eso.

—Ángel, este año se termina la escuela. No somos ricos. Hay que pensar en una profesión con la que cada uno de ustedes pueda mantenerse dignamente. Y también es hora de abandonar las fantasías. No tiene sentido que te pases las horas y los días soñando en imposibles. Los seres humanos no vuelan.

—Algunos sí —dice Ángel, y señala los cuadros de las paredes.

—Quiero decir, que no vuelan naturalmente. Ésos son casos aislados. Siempre ha habido locos dispuestos a malgastar el tiempo y el dinero para ir contra la naturaleza

de las cosas. Si Dios hubiera querido que voláramos, nos hubiese dado alas.

—Pero nos dio inteligencia para fabricarlas.

—Pues ya tengo determinado que empieces a aplicar tu inteligencia a cosas más útiles. Vas a prepararte para la carrera militar.

Ángel examina la cara de su hermana, los ojos calmos que se vuelven opacos cuando han tomado una decisión inflexible. Sabe que no hay apelaciones. Uno de los varones ya ha sido destinado al Seminario; el otro, a los estudios de Derecho. Siempre ha habido un militar en la familia desde que los Zuloaga llegaron del país vasco, poco después de que se fundara la ciudad de Mendoza. Esta vez le ha tocado a él, por obra y gracia del poder femenino.

Cuando ella sale, vuelve a mirar los Andes desde la ventana de la pequeña biblioteca. Piensa que tal vez no sea un oficio tan malo después de todo, y que tanto San Martín como su abuelo, que peleó a su lado, hubieran hecho un papel mucho mejor si, en vez de cruzarla con mulas, hubiesen podido volar sobre la cordillera.

II

24 de mayo de 1916

El *Eduardo Newbery* languidece, desinflado, quieto, en las instalaciones del Aeroclub de Santiago de Chile. Ya es un globo con historia —piensa Ángel María Zuloaga, mientras revisa el termómetro y el barómetro, las bolsas de lastre, los instrumentos de navegación—. El año anterior ha sido preciso desgarrarle la tela de la cúpula para poder aterrizar a salvo entre los árboles de una colonia alemana, en el Brasil. Con ese vuelo, él y Eduardo Bradley, que habían alcanzado juntos récords de altura y duración, logran también el récord de distancia.

Zuloaga se sienta en una banqueta. Se mira las manos, que tienen callos de tanto izar y atar sogas, o apretar tuercas, y también la marca de alguna quemadura provocada por esporádicos estallidos de gas. Hace diez años que participa en cuanta expedición aerostática le ha sido posible. A sus ídolos antiguos se han agregado otros, como Alberto Santos Dumont, el norteamericano Wells, los hermanos Silimani o el argentino Aarón de Anchorena, protagonista de doce excursiones aéreas, y el primero en cruzar el Río de la Plata, pero que ya ha abandonado la tentación de las nubes por cumplir una promesa hecha a su madre. Ángel María sonríe. Él ha sido siempre —y lo seguirá siendo— tan obstinado como suave. Ni la severidad ni las bondades de la hermana mayor han logrado arrancarle siquiera la mitad de una promesa. Tampoco las muertes audaces de los más admirados han conseguido disuadirlo. Por el contrario, Bradley y Zuloaga han tomado la antorcha extinguida de los hermanos Newbery. El globo no sólo tiene su historia propia. Lleva en su mismo nombre la de los predecesores ausentes. Es un homenaje a Eduardo, extraviado para siempre en el laberinto de los vientos, y también a Jorge Newbery, hundido con su avión en Los Tamarindos.

Suenan pasos en el galpón semivacío. Ángel adivina a Bradley, y adivina también, sin llegar a verle la cara, sólo por el ritmo cansino de los pasos, que no es portador de buenas noticias.

—¿Cómo va, compañero? —Así nomás. Pensando.

—¿Es que nos queda algo por pensar, Ángel?

—Estoy cada vez más convencido de que hay que mezclar nuestro hidrógeno malo con gas de alumbrado.

—Si hubiéramos podido traer el hidrógeno en tubos desde Norteamérica, en vez de meternos a fabricarlo, ya habríamos cruzado la cordillera.

—¿Con qué plata? No somos Anchorena.

—El Aeroclub de Buenos Aires podría haber colaborado. El gobierno argentino también. Zuloaga se encoge de hombros.

—Nunca nos tuvieron mucha fe que digamos. No quieren gastar pólvora en chimangos. Eso es todo. Si no fuera por la mano que nos dan los chilenos, con mucho menos dinero... Pero vos venías a decirme algo. Y no muy bueno. ¿Qué pasa?

—Recibí carta de mi hermano.

—¿Y qué dice Washington?

—Que somos el hazmerreír de Buenos Aires, el comentario de los cafés y la burla del Aeroclub. Hay quien asegura que las cosas no avanzan porque nos pasamos las noches en los cabarets de Santiago. Y otros ya se acercaron a papá para pedirle que nos haga desistir del disparate que está avergonzando a la aviación civil, a la aviación militar, al nombre de nuestra patria gloriosa y al honor de la familia argentina.

Zuloaga lo mira a la cara. Los ojos serios y claros de Bradley no pestañean. Pero hay una insinuación de sonrisa bajo el bigote rubio.

—¿Ah sí? ¿Y qué les dijo tu padre?

—Los mandó al infierno, por supuesto.

Las carcajadas rebotan contra las chapas del galpón, rodean la cúpula desganaada del globo con una promesa de vuelo.

—Bueno —continúa Bradley, ya calmado—, el viejo estuvo superior, como siempre. Pero lamentablemente eso no es todo.

—¿Les quedaron algunos insultos en el tintero?

—El Aeroclub ya nos ha quitado en forma oficial lo único que nos dio. Es decir, su patrocinio moral. Y el Ejército está bombardeando con telegramas tu casa de Buenos Aires. Washington ya recogió dos. Te ordenan que vuelvas inmediatamente.

—¿Y?

—Que te quiero liberar de todo compromiso conmigo.

—¿Es una broma?

—¿Por qué? Yo soy piloto civil. No me va a pasar nada. A vos primero te van a degradar públicamente y después te van a dejar sin trabajo.

—Para la altura de la carrera en que estoy, degradarme no cambiaría mucho las cosas. Ya vas a ver que me ascienden después de haber cruzado los Andes. Además, tengo planes. Los globos pronto van a ser meros elementos decorativos. El futuro está en los aviones, cada vez más fuertes, más pesados, con mejores diseños. Van a comunicar el planeta entero, van a comerse las distancias. Van a estar a la vanguardia de todas las fuerzas armadas del mundo. Nosotros no tenemos una Fuerza Aérea. Hay que hacerla. Y de eso me voy a encargar yo.

—Me descubro ante tus modestas pretensiones, Zuloaga. Quién lo diría, tan calladito. Comunicaremos esos humildes proyectos al presidente de la Nación cuando volvamos cubiertos de gloria. Salvo que en vez de eso nos entierren cubiertos de nieve.

—Todo dependerá de cómo funcione la mezcla del hidrógeno con gas de

alumbrado.

—No será la primera vez que dos cosas malas hagan una buena.

La puerta del galpón se cierra. Los colores del globo se apagan en la oscuridad, pero una respiración todavía imperceptible desplaza el aire alrededor de la barquilla, tan liviana como un batido de alas.

III

24 de junio de 1916

El cielo es un espejo pulido donde Ángel María Zuloaga y Eduardo Bradley pueden ver sus caras antes de cruzarlo. Desde la barquilla, las cabezas de los amigos y las manos que se agitan disminuyen vertiginosamente de tamaño como los paisajes pintados en un dedal. Alcanzan a oír, todavía, las últimas voces:

—¡Adiós, cabezas duras! —ha gritado, probablemente, Juan Maluenda.

Eduardo Bradley mira a su alrededor el aire pulverizado por una criba luminosa.

—Es increíble, después de una semana de tormentas y nieves. Si Dios quiere que fracasemos, por lo menos ha tenido la cortesía de prepararnos un escenario de lujo. O la ironía, vaya uno a saber —agrega, torciéndose el bigote—, así es más fuerte el contraste.

Zuloaga le guiña un ojo.

—No sé qué opinará Dios. Nunca fui teólogo. Pero llegamos a los cuatro mil metros.

Comienza la carrera de los instrumentos. Cada cinco minutos anotan en planillas la altitud, la temperatura, la presión. Analizan la sangre que extraen de la yema de los dedos y colocan en un recipiente minúsculo. Pronto el viento los empuja hacia el sudeste, y luego hacia el oeste. Los vaivenes los han llevado hasta los seis mil metros, pero el globo se detiene. Comienzan a arrojar bolsas de arena como quien desagota un barco que se hunde.

A los seis mil quinientos metros el aire se enrarece. Es preciso recurrir a las máscaras de oxígeno, justo cuando un soplo de huracán los empuja hacia la Argentina. Bajo el globo se avistan los picos más altos: el Aconcagua y el Tupungato. Ya sobre las cumbres, sin embargo, la navegación se estabiliza. El globo tiende a descender. Bradley y Zuloaga desatan el resto de las bolsas de arena, pero los flancos de las montañas se acercan como una áspera amenaza. Después de la arena comienzan a lanzar por la borda las provisiones de boca, luego el revólver y las municiones previstas para las vicisitudes de una jornada en la cordillera. Luego se desprenden, dolorosamente, de los instrumentos científicos, el catalejo, el reloj, hasta las anclas. Sólo queda el barógrafo, que registra la altura y la temperatura, sellado y colocado por las autoridades chilenas sobre el aro del globo. Sin embargo, el *Eduardo Newbery* no asciende todavía con la velocidad deseada. A pesar de que el termómetro marca treinta y tres grados bajo cero prescinden, no sólo de las mantas previstas para hacer noche entre los riscos, sino, incluso, de las ropas más pesadas de abrigo personal. Piensan, por un momento, en despegar la barquilla y pasar sobre las cumbres colgados del aro, como lo hicieron alguna vez Aarón de Anchorena y Jorge

Newbery para concluir la travesía del Río de la Plata.

Pero una corriente, de pronto, los levanta hacia las más remotas regiones de la luz, donde desaparecen los espejismos del reflejo y un resplandor directo cae a pico, sin filtraciones, depurado y compacto. Ángel María siente correr lágrimas que se enfrían rápidamente bajo los párpados. La realidad ha obliterado, con su fuerza radiante, todos los sueños de la infancia. También Eduardo Bradley está llorando. Ninguno de los dos se atreve a romper el silencio congelado, pavoroso, más alto que los vientos. Una sola palabra podría derribar los astros, volcar el cielo de amor desafortunado sobre el amor pequeño de las casas de piedra.

Cuando el valle de Uspallata comienza a verse como un mapa donde se dibujan árboles y un río, comprenden la urgencia de descender. El proceso es difícil porque ya no cuentan con los instrumentos necesarios. Se abandonan al soplo que los empuja hacia abajo, primero dócil y luego violento, a medida que se acercan a las gargantas agudas de las quebradas. Aterrizan riesgosamente al borde de un abismo, y quedan balanceándose como la piedra movediza de Tandil hasta que una tropa de filántropos montados sobre mulas llega para auxiliarlos, a las órdenes del ingeniero Sorkin, vecino de Uspallata.

Al día siguiente, el pueblo de Mendoza los llevará en andas. Veinticuatro horas más tarde, ocurrirá lo mismo en Buenos Aires. Poco después, en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, Isadora Duncan bailará para ellos, rozando apenas el escenario, como los pájaros.

IV

1970

Don Ángel María Zuloaga se ha puesto a supervisar, en persona, el orden de su biblioteca. Aunque ya ha cumplido los ochenta años, siempre trabaja algunas horas en su despacho al compás ligero de la música de Strauss, y en nadie delega el arreglo de sus libros y de los objetos que son un mosaico de su pasado y una viva memoria de los sueños cumplidos. Hoy en especial, la vasta sala que mira hacia la calle Florida tiene que estar impecable. Las visitas que va a recibir son, para él, demasiado importantes.

Revisa el pórtico que antecede al escritorio, exornado con platos de porcelana de fábricas ya inexistentes, todos ellos con motivos de globos. Limpia su colección de pipas —la más rara y acaso la más bella tiene forma de águila—. Cuida que se vean bien, al lado de las cortinas, las dos hélices de madera que copian exactamente el tamaño y la forma de las hélices que tuvo el primer avión argentino. Se santigua, cortés, frente a la pequeña imagen de la Virgen de Loreto, a quien se le ha encomendado la novedosa tarea de proteger la Fuerza Aérea nacional. Ha sido enmarcada por un artista amigo en una suerte de altar que reproduce la Puerta de Tiahuanaco.

Luego lustra un relieve de madera que evoca a Ícaro, con las alas quemadas, en caída libre sobre el mar. Pasa la yema de los dedos por una plaqueta de homenaje, en cuyo centro hay un globo, y a los costados las firmas y las fotos tamaño carné de Eduardo Bradley y Ángel María Zuloaga en la época del cruce de la cordillera. Bajo el globo se inscribe una frase de Belisario Roldán: *Yo tengo una cosa aguda que decirles a los astros: Ya no son ellos los únicos que han visto a los Andes desde arriba.*

En una salita vecina, recatada de la inmediata exhibición, las paredes están cubiertas por diplomas, condecoraciones, fotografías. En una de ellas un joven Ángel María Zuloaga es el Capitán Soulage, que ha luchado en favor de Francia como piloto de combate durante la Primera Guerra Mundial. Un diploma conmemora el salvataje del gobierno de la República Polaca en el exilio, conducido por él mismo hasta Inglaterra. Otros pergaminos testimonian su paso por la actividad diplomática, y su larga carrera dentro de la Fuerza Aérea que se empeñó, con éxito, en fundar. Pero de todas las distinciones, una lo enorgullece mucho más que todos los honores oficiales. Es la Orden del Tornillo, establecida por uno de sus amigos más queridos, el pintor de la Boca: don Benito Quinquela Martín. Cada uno de los galardonados con la Orden recibe junto con ella el tornillo que siempre le ha faltado para pertenecer cabalmente a ese mundo de los cuerdos que, sin embargo, todos han sabido embellecer y

enriquecer con su locura creativa. Los Caballeros del Tornillo se reúnen con regularidad en la cocina de Quinquela, que los recibe tocado con tricornio y vestido de uniforme napoleónico, y cocina para ellos tallarines de todos los colores acompañados con pesto y pan de fonda.

Sobre una mesita se alinean otra clase de imágenes y recuerdos: los retratos de los afectos aún cercanos y presentes: esposa e hijas, y también algunos muertos queridos. Entre ellos, Eduardo Bradley. Zuloaga levanta con cuidado la fotografía del amigo que desde allí seguirá siendo invariablemente joven.

Un timbrazo esperado en el piso bajo lo distrae de sus cavilaciones. Escucha a su hija Esther, que habla en inglés con los visitantes. Vuelve a la biblioteca donde espera, de pie, a esos invitados ilustres: Neil Armstrong y Edwin Aldrin, pilotos del *Apolo XI*, en gira triunfal por Sudamérica. Los primeros seres humanos que han pisado la Luna son gringos altos, joviales, sonrientes. Pero aminoran las voces fuertes y los gestos amplios ante ese anciano delgado y más bien menudo que se dirige a ellos en un tono apenas audible, y que les parece una reliquia prodigiosamente animada: el sobreviviente del primer cruce aéreo de los Andes.

En verdad, Ángel María Zuloaga, antes que hablar de sí mismo, prefiere escucharlos, fascinado. Si por algo lamenta tener que morir, es porque ya no será para él la aventura del cosmos. Descarta, por desmesurada y pomposa, la expresión «conquista del espacio» que otros prefieren aplicar con jactancia. Toda la empresa humana es apenas —piensa— un intento de exploración que jamás concluirá porque los deseos y las metas se reemplazan unos a otros en la inmensidad como breves relámpagos en la noche sucesiva.

Cuando se van, finalmente, los mira irse desde el balcón atardecido. Antes de cerrar la puerta-ventana advierte sobre uno de sus geranios una de esas flores secas, blancas y leves, que la imaginación popular ha llamado «panaderos» porque vuelan de un lado a otro con su semilla semejante a un pan en miniatura.

Don Ángel María Zuloaga repite un gesto de la infancia: acerca la flor a sus labios y la sopla, para que vaya lejos. La flor titubea un instante y luego se embarca en la corriente de aire que la va llevando desde el piso séptimo de Florida y Santa Fe, hasta la Plaza San Martín. El Brigadier General sigue con la mirada sus juegos de altura bajo el sol que envejece, con una envidia serena y melancólica.

El polvo de sus huesos

Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

JOSÉ MÁRMOL, A Rosas

Mi cadáver será sepultado en el cementerio católico de Southampton hasta que en mi Patria se reconozca y acuerde por el Gobierno la justicia debida a mis servicios. Entonces será enviado a ella previo permiso de su Gobierno y colocado en una sepultura moderada, sin lujo ni aparato alguno, pero sólida, segura y decente, si es que haya como hacerlo así con mis bienes, sin perjuicio de mis herederos. En ella se pondrá a la par del mío, el de mi compañera Encarnación, el de mi Padre y el de mi Madre.

Testamento del Brigadier General don Juan Manuel Ortiz de Rozas y López, Burgess Farm, 22 de abril de 1876

Los golpes agreden la pared que separa de los cambios del mundo la caja sellada. Los ladrillos embestidos por una mano mecánica, y luego por las manos de dos hombres, armadas de mazas, caen y se disgregan y vuelven al polvo de donde salieron, como los cuerpos de los hijos de Adán. Por fin, el hueco se hace lo suficientemente ancho para que salga al sol el féretro de madera carcomida que envuelve un secreto e imperturbable cofre de plomo.

Algunos de los espectadores quisieran gritar de emoción y de alborozo: han viajado desde el otro lado de la Tierra para ver romperse esa pared como se rompe un hechizo, y que la caja emerja de su encierro. Pero reprimen su deseo, obligados por la solemnidad de la ocasión y por las caras burocráticas de los funcionarios, que están allí con el solo objeto de labrar las actas y hacer cumplir los reglamentos. No pueden oír el otro grito que ha salido de un lugar impreciso —menos un grito de alegría que de sorpresa y extrañamiento— ni pueden ver la figura que se endereza, cubierta a medias por jirones de una tela blanca, fina como una mortaja de seda, quebradiza como el velo reseco que el olvido y la pena extienden sobre los objetos abandonados.

El hombre que ya se incorpora por entero bajo la luz mediana del otoño, mira a su alrededor. Sin duda —certifica— se halla en el cementerio católico de Southampton, vecino de la iglesia que él no solía visitar, pero a la que ayudó, mientras tuvo dinero,

con donativos apreciables. Ya que Dios es un caudillo tan poderoso e imprevisible, siempre ha creído que es mejor ser su aliado antes que un tibio contemplador o un adversario.

Sin embargo, el territorio conocido acusa mutaciones desconcertantes aunque no fundamentales: hay más tumbas de las que recuerda, los árboles han crecido, y el monumento atacado por una máquina de garras monstruosas no encuentra réplica, tampoco, en su memoria. Pero lo más extravagante de la escena es el público aglomerado frente a la parcial demolición: no reconoce caras y menos aún esos trajes lacios, oscuros y sin ornamento alguno, o esos cuellos de los que cuelgan unas tiras sin gracia que hacen el antiguo papel de las anchas corbatas con vuelta. No son militares ni gauchos, ni siquiera *peasants* de la campiña, pero tampoco parecen caballeros. Por la severidad y desabrimiento de los atuendos piensa que tal vez sean frailes de alguna orden nueva. Avanza unos pasos, se mezcla con lo que ha de ser la plana mayor de la cofradía, dispuesto a preguntarles el porqué de su presencia y de tan bizarra ceremonia. Antes de pronunciar una palabra advierte, aterrado, la indignidad de sus propias vestiduras: su desnudez mal disfrazada por los despojos de una especie de sábana que se desintegra un poco más con cada roce del aire. Busca ansiosamente un lugar donde ocultarse hasta que le sea posible subsanar tanta miseria indecorosa, pero pronto comprende que da lo mismo quedarse o huir. Nadie lo señala, nadie se aparta con repugnancia o asombro para cederle el paso. Es más, los cuerpos sordos y ciegos de los otros se dejan traspasar por el suyo, que se hunde sin sangre a través de los huesos y de los corazones palpitantes como la empuñadura de un cuchillo de juguete.

Cree comprender la situación: está en el medio de una pesadilla. Su último recuerdo es una cama, sinapismos, el sopor de la fiebre y la respiración dolorosa de la neumonía. Cuando logre abrir los ojos nuevamente, encontrará la cara de su hija que se ha convertido en una señora de rodete canoso, aunque le pregunte, como si aún fuese una niña, mientras le toma la mano: «¿Cómo te va, Tatita?».

Pero su voluntad, que solía ser infalible, no logra abrir la puerta que conduce al regreso, del otro lado del sueño, donde la tos lo sacude a la madrugada. Se resigna a la nueva compañía y sigue los pasos de la comitiva, a la zaga del cajón de plomo, limpio ya de las maderas viejas, al que colocan sobre un transpone proporcionado a su tamaño. Se pregunta quién será ese muerto al que tan intempestivamente han arrancado de su descanso eterno. En la otra cuadra espera una lustrosa cabina exornada con una cruz de bronce, que podría ser un coche fúnebre si tuviera caballos. Allí se detienen los hombres y abren las carpetas que llevan en la mano. Lo atrae, como antaño, el fulgor manso y disponible de los papeles sobre los que se escribe la letra de la ley. Ve, con sorpresa, que no hay tinteros, sino unas plumas metálicas cilíndricas que parecen contener la tinta dentro de sí y que los escribientes manejan

con celeridad extraordinaria.

Por encima del hombro del funcionario municipal de Southampton, lee que a los veintidós días del mes de septiembre del año mil novecientos ochenta y nueve, se procede a hacer entrega de los restos del Brigadier General Juan Manuel de Rosas al representante de su familia, señor Martín Silva Garretón y Ortiz de Rozas, acompañado por el señor Manuel de Anchorena, con el asentimiento oficial del gobierno de la nación argentina, adonde el cuerpo será llevado conforme a las condiciones establecidas por el gobierno británico. Firmadas las actas, se hace ingresar el cajón —introducido ahora en un catafalco nuevo— por la puerta trasera de la cabina. Él se sienta sobre la tapa, agradecido a la oscuridad pudorosa de las ventanas encortinadas, mientras el vehículo, aunque no tiene caballos, comienza a moverse.

Ciento doce años se le han acumulado de golpe en el hueco inexistente de la garganta. Lloro lágrimas furiosas pero sin consistencia, que se esfuman en el aire no bien comienzan a resbalarle por las mejillas. No llora por su muerte, tan prevista y esperada que ha redactado varios y minuciosos testamentos disponiendo incluso sobre los bienes que nunca le fueron devueltos. Lloro por la desmesura brutal del tiempo que ha hecho falta para que se lo sepolte en tierra argentina.

Ahora vuelve solo, sin Manuelita, que hasta pasados los sesenta años ha sido la Niña. Sin Máximo, su yerno, que sus celos nunca aceptaron del todo, a pesar, o a causa, de sus innegables y fastidiosas virtudes. Sin los nietos ingleses y los biznietos o biznietas que acaso existieron, aunque lo duda: ninguno de estos deudos posibles se ha hecho presente en la ceremonia de la exhumación. Vuelve escoltado por dos desconocidos: uno que desciende de su sangre y otro que desciende de sus amigos y consejeros, los Anchorena, que lo abandonaron en el exilio.

¿Vuelve en verdad, o es el mal sueño que continúa en esta sala donde depositan el catafalco reluciente para cubrirlo con dos banderas patrias y un poncho federal que parece ser propiedad del arrepentido vástago Anchorena? La tormenta inmediata de los hechos no le permite refugiarse rencorosamente, como lo hizo durante las soledades del destierro, en la «prisión de su pensamiento» que lo encadenaba, una y otra vez, a las traiciones de los otros y a sus antiguos errores. La sala se va llenando de gente. Silva Garretón y Anchorena no han venido solos sino con otros familiares y adherentes. A ellos se suma un grupo de hombres que bajan de cabinas tan raudas como la que lo ha traído, y que dicen ser representantes de los obreros argentinos. Se pregunta si a esta altura los obreros habrán reemplazado ya a los gauchos y le admira que estos obreros —vestidos tan bien o tan mal como sus propios descendientes— cuenten con recursos para costearse el largo y oneroso cruce del océano, como les admiraba antes a los viajeros ingleses que en las pampas argentinas hasta los mendigos dispusiesen de un caballo.

Oye cruzarse voces anglosajonas y voces rioplatenses. Se entera de que debido a la guerra reciente entre la Argentina e Inglaterra (¿otra vez un bloqueo?...) no podrán pasar por Londres, y que será menester volar directamente a Francia. Supone que el verbo «volar» es una metáfora o una exageración retórica, pero al poco tiempo se encuentra en otra cabina de la que salen unas alas rígidas de hierro pintado. Esas alas planean, por cierto, pero se mueven apenas y sólo para hacer equilibrio, no impulsan el vuelo como las alas de los pájaros. Entiende que la fuerza de la máquina está en el rugido continuo que le sale de las entrañas, como un bullir de calderas atizadas por fogoneros invisibles. Pronto Inglaterra desaparece ante los ojos: verde, irregular, pequeña, junto con su rancho techado de paja y su granja de Burgess, que él ha sabido convertir en una pampa en miniatura. Tras el Mar del Norte ya se divisa la tierra donde los delegados unitarios y los legisladores de la Francia lo atacaron en vano.

No espera una buena acogida. A lo sumo, la indiferencia de la cortesía. Supone que después de tantos años él, que fue gobernante chúcaro de una república primitiva y lejana, no ha de figurar en los anales presentes de la memoria. Sin embargo, cuando la máquina toma tierra divisa una explanada que se engalana, íntegramente, con insignias nacionales francesas y argentinas a media asta. Las argentinas, aunque reconocibles, ya no son las mismas: no lucen las dos bandas de azul fuerte, ni las iniciales de la Federación bordadas en punzó, sino el celeste lavado de la divisa unitaria. Piensa que sus descendientes han tenido al menos la consideración de colocarle una antigua bandera del tiempo federal sobre el catafalco.

Un hombre alto y moreno, muy erguido, aguarda abajo, a la cabeza de un numeroso cortejo. Su incomodidad aumenta. ¿Qué concesiones habrá hecho la Argentina antaño cimarrona a la dulce Francia para merecer tanta parafernalia? Quizá, por uno de esos equívocos del destino, hasta él mismo se haya convertido en una suerte de héroe exótico para los franceses. Pero el hombre alto no resulta ser funcionario del país que lo acoge, sino su propio tataranieta, que es el embajador designado en esas tierras. La sangre de su primogénito Juan Bautista —tan anodino, tan desvaído— ha dado, por lo visto, frutos bien arraigados y acomodados en las pampas, mientras que la gracia decidida y brillante de Manuelita parece haberse echado a perder con el abono mediocre de la campaña inglesa.

Pronto, el brigadier general don Juan Manuel de Rosas descansa de tanta confusión en el tranquilo depósito de una funeraria en la ciudad de Orly. Le hace guardia un destacamento del Servicio de Inteligencia de la Argentina. Primero se siente halagado. Luego teme que quizá las fuerzas secretas de su país no tengan otra tarea más importante que la de cuidar un cadáver que se deshace. En la tarde siguiente tendrá ocasión de comprobar hasta qué punto, en efecto, su cuerpo se ha deshecho. Los descendientes quieren trasladar los restos desde la exagerada caja de

plomo a un cajón de tamaño corriente, más apto sin duda para ser transportado en las cabinas con alas, cuya envergadura es menos generosa que la de los barcos. El mundo —piensa— se ha vuelto más chico y más veloz que un siglo atrás.

Cuando abren la tapa sellada sólo se mantienen en buen estado de conservación los huesos duros del cráneo y los de los brazos y las piernas. La mano que reposaba —apenas antes de ayer— entre las manos de su hija Manuela, se ha desintegrado por completo, lo mismo que los pies, la columna vertebral, las caderas y buena parte de las costillas. Después de colocar los restos aún enteros en el ataúd flamante, Silva Garretón recoge el polvillo de los otros huesos que el tiempo se ha encargado de triturar; alrededor de una taza de arena ósea se esparce en la otra caja. Aparte quedan un crucifijo roto, la dentadura de metal que últimamente usaba para comer y un plato de porcelana. Se habla de entregar las reliquias a un museo. Siente asco y rechazo. Siempre le ha causado una vaga repugnancia la costumbre de guardar fragmentos de los santos o de sus ropas casi como un amuleto protector contra la desgracia. Él — que no es santo— por cierto no podría evitarle a nadie la desdicha, puesto que ni siquiera ha sido capaz de prevenir la suya. Los museos donde se exhiben fósiles humanos o animales no le parecen mejores que la astilla de hueso, el rizo o el pedazo de sayal que los fieles guardan en bolsitas bordadas. No hay otra experiencia — piensa como los gauchos— que la sufrida en cuero propio. Ninguna visión del pasado reducido a objeto ha podido ni podrá proteger a los hombres de su Historia.

La relativa paz de la funeraria pronto es turbada por homenajes varios que arrecian sobre él, huecos y ruidosos como balas de salva. Vuelve la comitiva. Distribuyen enormes ramos de estrellas federales sobre el ataúd, al que llevan, así adornado, hasta el aeropuerto. El cortejo se compone de siete coches y una custodia policial que monta fieras metálicas con ruedas en vez de briosos corceles, a cuyo estruendo propio se agrega el silbido de las sirenas. Este mundo más estrecho y más rápido necesita aturdirse los oídos y cabalgar sobre un vértigo de hierro —piensa don Juan Manuel— porque ya ha olvidado el sabor lento y dulce de la vida.

Cuando llegan al aeropuerto, los espera, tendida, una alfombra roja. El féretro donde sus huesos siguen pulverizándose se coloca en un catafalco central al que le hacen la venia uniformes franceses y argentinos. Se pronuncian discursos, se bendice el ataúd asperjándolo con un hisopo —tan repetidamente que parece humedecido por una garúa porteña—. Por fin dos trompetas tocan a silencio, y otra vez el ataúd es levantado y escoltado hasta la cabina con alas entre dos formaciones militares.

Don Juan Manuel no sabe qué pensar de sus demoradas honras fúnebres. Él las ha hecho mejores: recuerda las exequias de su mujer, doña Encarnación, la Heroína del Siglo, con toda una ciudad puesta de luto, y antes aún, las de Manuel Dorrego y las de Facundo Quiroga, mártires de la Santa Federación. Las ceremonias tenían entonces olores, colores y texturas ahora perdidas: olas de terciopelo negro que

rozaban la frente desde los techos altos; un cielo turbio de incienso, maderas preciosas y cera derretida que provocaba los sentidos, más finos y propensos al gozo ante la cercanía lujosa de la muerte ajena. Tenía cascos de caballos que resonaban en la plaza del silencio, anunciando el cortejo.

Sentado en cuclillas sobre su cajón, con la cabeza entre las manos, espía por la ventanilla el increíble ascenso que lo está llevando a muchas leguas por sobre el océano. No vuelve aún a su cama de Burgess Farm, sino a otro recodo peligroso del sueño que le mostrará el espejismo de una patria futura y desconocida. El vuelo pasa ligero y luminoso como una fiesta. Los descendientes y los simpatizantes, aunque son en su mayor parte hombres maduros, se han vuelto bulliciosos y casi torpes, con alegría de muchachos. Llenan de vino vasos pequeños, hechos de un material ligero y transparente que no es vidrio ni cartón, y brindan por el retorno. A los vivas por don Juan Manuel, añaden, de cuando en cuando, dos nombres enigmáticos: Perón y Evita. Cuando la máquina toca tierra americana, en el mismo Brasil que lo venció con el Ejército Grande de Caseros, los vivas se amontonan, se agolpan, se hacen indiscernibles. Una voz se alza por sobre todas las demás para maldecir al mal poeta e inexacto profeta José Mármol.

Don Juan Manuel sonríe. Acaba de recordar un verso: *Ni el polvo de sus huesos la América tendrá...*, escrito hace tantos años por ese muchacho rubio y lánguido, vanamente enamorado de Manuelita, que se fue a Montevideo sin que nadie lo echara, y que durante tanto tiempo se empeñó en echarlo a él de la gobernación de Buenos Aires. Los poetas se equivocan. Don Juan Manuel retorna, polvo y huesos, para reposar en el mismo cementerio del vate contestatario que después de todo le debe su fama, como que él, su gobierno y su familia fueron la fuente inagotable y permanente de su mejor inspiración.

De vuelta en el aire, una mancha clara de agua en el extremo verde de un mapa sobresalta los ánimos. Dicen que esa mancha corresponde a las cataratas del Iguazú, en la frontera con el Brasil. Hay un silencio que dura tanto como todo el viaje, y que concluye como si todas las voces se levantaran en remolino cuando el comandante anuncia que se está sobrevolando tierra argentina.

De aquí en más, las cosas y los paisajes comienzan a dar vuelta en un abigarrado caleidoscopio. En la ciudad de Rosario —que antaño sólo tenía el río y la bandera, y ahora ostenta edificios tan altos como catedrales— el ataúd se trasborda a otra máquina: un avión de combate —dicen— que ha peleado contra Gran Bretaña en la guerra de Malvinas. Don Juan Manuel cavila, perplejo, y atribuye lo que ha oído a la incoherencia propia de los delirios. De otro modo, ¿cómo hubieran podido ser esos territorios tan apartados y tan poco significativos la causa de una guerra con los ingleses? Si era lógico pelear por las tierras de adentro, no lo parece tanto enfrentar a la mejor flota del mundo por tierras heladas e inservibles de mar afuera donde no

podría prosperar una sola vaca. Él mismo había pensado en cederlas oficialmente a la Corona a cambio de que sus banqueros condonaran la infame e irresponsable deuda externa contraída con el Reino Unido por el unitario Rivadavia.

Los descendientes forcejean discretamente por el orden de prioridad para bajar el ataúd, orden que termina siendo —azares del traspaso— el inverso al observado en París. Los espera un hombre bajo, delgado, morocho, de elaboradas patillas, que mira la caja durante un rato suficientemente largo; luego se besa la mano y con un gesto devoto la apoya sobre el ataúd. Abraza a los descendientes, uno por uno, y los saluda con la erre mocha y el acento cantado de la gente del Noroeste.

Don Juan Manuel conoce bien ese estilo, teatral, pero a la vez espontáneo; campechano aunque reservado, y siempre astuto. Los caudillos no han cambiado tanto en la Argentina. Le halaga que sea un provinciano el primero que lo recibe. Su caída —vuelve a decirse por enésima vez— no ha sido obra de la defección interna, sino del Brasil, de los intereses europeos y de los unitarios, que siempre quisieron ser otros europeos, amalgamados por la locura transitoria de su lugarteniente Urquiza.

Por un momento, todo vuelve a ser como en los viejos tiempos. Al lado del ataúd caminan, igual que hace un siglo y medio y con idéntico uniforme, los Dragones de la Independencia y los Blandengues de López —su contemporáneo, el taimado gobernador santafesino—. Ingresan en la Plaza Mayor sobre la cureña de un cañón del Ejército. Si aún tuviera piel, no le habría quedado un solo vello sin erizarse, al oír el giro de cuerpos y el chocar de botas, obedientes a una voz que ordena: «Al señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas, ¡vista derecha!».

Pero la ilusión del retorno, las seguridades de la reiteración, se borran pronto. Aún aquellas cosas que parecen las mismas tienen otro sentido distinto e inquietante, son apenas máscaras usadas de significados nuevos. Irá de sorpresa en sorpresa, de misa en misa y de discurso en discurso, empezando por el del caudillo norteco, que ha resultado ser el presidente de la Nación y comprovinciano de Facundo Quiroga. Don Juan Manuel estudia los carteles, las consignas, las banderas institucionales y partidarias que agradecen al jefe de Estado la repatriación de sus restos. Entiende que él es ahora una pieza más en el juego político de otros.

El pueblo lo acompaña durante todo el trayecto de su viaje. Lo despide en el Puerto del Rosario junto con los veintiún cañonazos de las honras militares, lo sigue saludando desde las riberas del río; estalla en vítores y aplausos cuando se llega al pasaje de la Vuelta de Obligado, donde sus gauchos le pusieron cadenas a la flota anglo-francesa y embrujaron a los amos del mundo con la astucia y el desaliento, con la voluntad suprema que nace de estar pisando la tierra propia.

En el puerto de Buenos Aires lo aguardan otra vez el presidente, y más discursos, más tropas a caballo: los Granaderos de San Martín, sus propios Colorados del Monte, con lanza en ristre y gorro federal, y hasta los Coraceros de Lavalle, su

hermano de leche e implacable opositor; así como están, junto a sus descendientes, los de sus adversarios Iriarte y Viamonte, los de Paz y los de Urquiza. Los hermanos enemigos se reconcilian sólo cuando las viejas causas se gastan y se vacían de sentido, piensa don Juan Manuel. Ya no habrá, entonces, unitarios y federales, o bien, es que unitarios y federales simbolizan ahora otras cosas: los que están del lado de ese otro caudillo exhibido en las banderas, llamado «Juan Perón», y los que no lo están. Por eso el presidente —ungido, al parecer, por los peronistas— insiste tanto en exaltar sus pobres huesos que bailan en el ataúd casi vacío, como «prenda de unidad» de los argentinos. Quizá pronto esos dos bandos, disueltos en los giros feroces de un tiempo que se acelera, tampoco signifiquen cosa alguna, sin que eso favorezca la utópica unidad de la gente del Plata. Don Juan Manuel sonríe, amargamente. En ese aspecto nada ha de haber cambiado, está seguro, bajo los malos vientos de Santa María de los Buenos Aires. Los argentinos fueron, son y serán una tropa de baguales. Su unidad es la guerra; su mayor gozo, el desorden. Por eso —recuerda— los hizo pelear contra el extranjero, en vez de fraguar una constitución imposible. «Porque sólo así —ha dicho alguna vez— es como se puede gobernar a este pueblo».

Pero otras cosas sí las encuentra diferentes. Ya en la ciudad, afronta un escándalo de raras novedades. Empezando por sus habitantes, en cuya piel y ojos se han multiplicado asombrosamente los tonos claros. Hasta los gauchos vestidos de fiesta que marchan en el cortejo se han vuelto medio rubios. No ve, en cambio, ni un solo sucesor de aquellos morenos que iban a la vanguardia de las tropas nacionales y que bailaban en los candombes donde los santos cristianos y los dioses del África se unían para homenajear al Restaurador y a la Niña Manuela. Tampoco hay representantes de los caciques aliados, que se complacían en exhibir los uniformes de generales de la patria. Se pregunta si los habrán exterminado a todos. Si habrán terminado, como él, en otro exilio. Quizá están diluidos en las caras de tierra que todavía alternan con las caras blancas. Le desagrada esta Argentina desteñida donde nada parece del todo real, donde la misma escena de la fiesta tiembla y oscila al paso de la cureña como la burbuja del sueño en el que la fiebre —quiere creer— ha de haberlo puesto.

Cuando llegan a la Plaza de la Victoria, que ahora llaman de Mayo, después de atravesar una cordillera de edificios, todo le parece vagamente familiar pero a la vez descolocado y ajeno. El Cabildo está mutilado y reducido; la Pirámide ha cambiado de emplazamiento, el Fuerte de Gobierno ha desaparecido bajo una gran casa de estilo pretensioso y tibio color rosado, la Recova Vieja y sus tiendas ya no existen, el pórtico de la Catedral Metropolitana no es el mismo, y la Catedral tampoco. La inscripción bajo una lámpara siempre encendida anuncia que en ella duerme ahora otro exiliado célebre al que la Argentina ha reclamado mucho antes: el general San Martín. Don Juan Manuel no se atreve a pensar lo que puede haber ocurrido con la

Mansión de Palermo, que era el verdadero centro, no sólo de su gobierno sino también de su solaz y reposo. Agobiado, se deja llevar ciegamente por calles irreconocibles, que ya no mira.

Sólo una cosa es igual: el pueblo lo sigue como antes de que lo derribara la conspiración de Urquiza, inalterable en su fidelidad veleidosa. La multitud es tanta que el ingreso en el Cementerio del Norte se demora. Todos quisieran entrar, pero lo impiden las autoridades y la familia. Suenan insultos y vidrios que se rompen.

Don Juan Manuel ha llegado a su morada definitiva: la bóveda familiar, una sepultura sólida, decente, moderada, sin lujo alguno, como lo previó en su testamento. Por un momento se deslumbra y engaña con una constelación de laureles y placas que ornán los muros modestos, en honor de don Juan Manuel Ortiz de Rozas, gobernador de Buenos Aires. Pero no son para él. Comprende que se trata de su nieto, el hijo de Juan Bautista, que paradójicamente, perdonado o aceptado por los triunfadores unitarios, muchos años después se ha lucido en su puesto.

La puerta se abre. Don Juan Manuel ve los ataúdes, ordenados en sus nichos: el Padre, la Madre, la compañera Encarnación. Todo ha sucedido, pues, conforme a su deseo. Le parece bien que los huesos descansen con los huesos y que el polvo de Adán retorne al polvo. Pero él, que no es sus huesos, quiere cruzar otra vez las aguas de la vida, escapar de ese tiempo que ha logrado modificar el espacio donde él es, irremediamente, un extranjero. Quiere encontrar el camino de retorno a la cama de *Burgess Farm* donde lo espera, no los tardíos honores de un tiempo que no entiende, o los huesos trizados de los seres antaño más queridos, sino el amor vivo y constante de otra mano humana. Trata de ordenar sus pensamientos, de prepararse para cuando le llegue la hora feliz del despertar. Hace serios propósitos de enmienda: aceptará, por fin, la fragilidad de tener ochenta y cuatro años; seguirá los consejos de Máximo y Manuela, ya no saldrá más a cabalgar por su pequeño campo en los engañosos amaneceres, húmedos y helados, del invierno que acaba. Olvidará que lo ha perdido todo: no sólo el poder sobre vidas, famas y haciendas, no ya los cientos de miles de hectáreas de buena tierra pampa ni las cabezas de ganado tan numerosas y tupidas que en los arrees no podía distinguirse una mota de gramilla bajo esas patas que eran la misma llanura en movimiento. Olvidará, incluso, que ha tenido que vender hasta las dos vacas que lo seguían en sus caminatas por la granja, y la carta dolorosa en que dio cuenta de ese último despojo: *Mi muy querida hija Manuelita: Triste siento decirte que las vacas ya no están en este Farm. Dios sabe lo que dispone, y el placer que sentía al verlas en el field, llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y el enviara ustedes la manteca. Las he vendido por veintisiete libras y si más hubiera esperado, menos me hubieran ofrecido...* Claudicará, por fin. Aceptará el hospedaje que mil veces le ha propuesto Manuela en su casa de Londres. Tolerará a Máximo, que siempre ha ignorado sus desplantes a

fuerza de admiración y de paciencia. Se avendrá a la charla de sus nietos ingleses, que sólo por complacerlo le hablan en el único español que han aprendido, con insoportable acento británico. Vivirá como un viejo más, junto a la estufa. Todo, con tal de volver a ese mundo real de carne y sangre, donde lo amen de nuevo.

Hace un último esfuerzo por liberarse de la prisión del sueño, peor aún que la prisión de su pensamiento. Piensa en el bosque de los alrededores de Southampton, donde abunda la caza y se oye el canto de las aves y se huele esa mezcla de humedad y resina y fecundas hojas muertas que es la sangre de todos los bosques de la tierra. Pedirá que lo lleven allí, siquiera por una tarde, cuando se reponga de la neumonía. Aprieta los puños y cierra los ojos de niebla y pone en su deseo toda la exasperada voluntad que detenía los caballos en pleno galope, trabándoles las patas con boleadoras tan fuertes como palabras mágicas.

Pero la puerta de la bóveda se cierra, después de una oración, y don Juan Manuel no ha podido moverse de su lugar aplanado y tranquilo sobre la tapa de roble. Los familiares y las autoridades se retiran porque la vida los aguarda con sus dulzuras y trabajos. Deja de oírse ese coro confuso de la voz del pueblo, tan bello y tan temible como la tormenta en la desolada llanura, mientras afuera va madurando, lenta e inexorable, la luz del día.

Cuando se cierra un libro de esta clase, donde la ficción se entrama sobre hechos y seres que han existido, la curiosidad suele demorarse en los bordes de cada historia. Se pregunta por los procedimientos de la escritura: los recortes y las selecciones operadas en la masa de lo anecdótico, el anda que estos relatos tienen en la corriente anárquica del «tiempo real». Como lectora, no he sido ajena a esta inquietud. Las observaciones que siguen intentan, de algún modo, responderla.

Las historias se han ubicado en el libro de acuerdo con el orden más sencillo pero también acaso más eficaz: el cronológico. Los tres primeros cuentos: «Vidas paralelas», «El que lo había entregado» y «La casa de luto» giran en torno a los esplendores y desgracias de una misma familia, la de los Álzaga, que vive o más bien malvive la transición —para ellos trágica— de la vida colonial a la vida independiente. Don Martín de Álzaga (1755-1812) había llegado a estas orillas del Plata a los doce años, con el único capital de su tenacidad e inteligencia. Aunque para nuestros criterios actuales era, sin duda, un niño, trabajó desde su arribo en la gran casa del comerciante mayorista don Gaspar de Santa Coloma. Allí tuvo que aprender incluso el idioma castellano, pues hasta el momento hablaba sólo la lengua obstinada e inescrutable de los hijos de Euskadi.

Álzaga, laborioso y sin duda dotado para los negocios, tuvo pronto su comercio propio e hizo fortuna. A los veinticinco años se casó con María Magdalena de la Carrera e Inda, una jovencita de quince que aportaría al matrimonio abolengo familiar, dinero, y un carácter, como se verá, no menos enérgico que el de su marido. El destino dio para ellos un vuelco feroz en 1812, cuando Álzaga, uno de los defensores más aguerridos de la ciudad durante las recientes invasiones inglesas, fue ejecutado por conspirar contra la causa de la independencia. Doña Magdalena se vio de pronto frente al ultraje social y la amenaza de ruina económica —que al fin no fue tal porque su hijo Félix y sus yernos supieron levantar, junto con ella, la mermada fortuna—. Desde su punto de vista la situación era sin duda de una incalificable injusticia. El mundo se había vuelto del revés: su marido —coherente con su condición de «godo viejo» y fiel vasallo de la Corona— había muerto por lealtad hacia lo que consideraba su deber, y de la manera más deshonrosa. Como Bernarda Alba, pero antes, doña Magdalena decidió, con recalcitrante orgullo hispánico, volver la espalda a la ciudad dominada por los rebeldes que tan cruelmente los había ofendido. Se encerró para siempre en su casona de la calle Bolívar 540, junto con seis de sus hijas que aún estaban solteras y que tenían entre dieciséis y veinticuatro años. El relato «La casa de luto» se coloca en el interior de ese gineceo y asedia, desde la

voz de Atanasia, la menor, el misterio de esa condena, y también, el de la falta de rebeldía. Ninguna de las hijas quebrantó el pacto. Todas abandonaron la casa familiar sólo después de la muerte: la última de ellas fue Atanasia, recién en 1880. Las hijas ya casadas y los hijos varones se eximieron de la reclusión, aunque no necesariamente de la desdicha. El mayor: Cecilio, murió soltero en España. Nunca dejó de soñar, como su padre, con el imposible retorno de un orden que ya no iba a volver. Y el hijo menor, Francisco de Paula (1802-1884), sería, en 1828, uno de los autores de la muerte del comerciante Francisco Álvarez, que conmocionó a la sociedad porteña por sus características doblemente siniestras, ya que sus asesinos eran también sus íntimos amigos. «El que lo había entregado» narra esta historia desde la voz de Juan Pablo Arriaga, el implicado más joven, y el único que firmó una declaración de arrepentimiento. Elegí a Arriaga porque su voz derrotada, que enjuicia duramente el sin sentido del crimen, me permitió establecer un contrapunto con la implacable negación de todo sentimiento de culpa que Marcet, motor intelectual de los hechos, mantuvo, en cambio, hasta el fin.

Francisco Álzaga, que no fue ejecutado junto con sus cómplices, había logrado huir antes al interior del país, donde vivió muchos años como prófugo, ejerciendo diversos oficios: fue hachero en el Chaco y cruzaba regularmente en bote hasta la provincia de Corrientes para vender madera. Luego se trasladó a Paso de los Libres, donde formó un nuevo hogar con Gabina Ojeda. El gobernador Pujol lo incluyó en un indulto general de la provincia, y le regaló un terreno en 1854. También Mitre, cuando fue presidente de la Nación, le otorgó un indulto definitivo a pedido de unos setenta vecinos de la provincia. En este memorándum se mencionaba que Álzaga había estudiado leyes por cuenta propia, y que gracias a su aplicación e inteligencia había cumplido exitosas defensas jurídicas (quizás a favor de los mismos que firmaban la solicitud). Estos indultos no cambiarían su situación. Nunca volvió a Buenos Aires, y siguió llevando una vida dura de labrador. Ya en su vejez, en 1872, compró un campo que trabajaba con sus hijos, y que protegía de cualquier agresión o intromisión a tiros de escopeta. Murió y fue enterrado en Paso de los Libres, en 1884.

Más que él, acaso, sufrieron los miembros de su primera familia: su mujer, Catalina Benavídez (1806-1875 aproximadamente), y su hijito Martín Leandro. La vida de Catalina —desde las presumibles comodidades de una niña bonita, mimada de la fortuna, hasta su increíble degradación final, que testimonió Héctor Varela— se entrelaza en el relato «Vidas paralelas» con la de su criada imaginaria, María Juana Gutiérrez.

La tumba del infortunado Francisco Álvarez (como consta en el epígrafe de la historia «El que lo había entregado» llamó en 1861 la atención del viajero Woodbine Hinchliff porque sobre ella había un obelisco donde figuraba el nombre de la víctima y las causas de su muerte («Asesinado por sus amigos»). Su hermano Ángel Álvarez,

que mandó grabar esta inscripción, había publicado antes en los diarios porteños una solicitada donde agradecía la solidaridad de los vecinos, exaltaba los méritos de Francisco, y pedía —a pesar de todo— compasión humana para los criminales. Ese recordatorio que vio Hinchliff, no sin estremecimiento, hoy ha desaparecido. La tumba de Álvarez no pudo ser localizada.

«La esclava y el niño» se sustenta sobre un punto de partida muy escueto: una inscripción fúnebre en la bóveda de los Sáenz Baliente que elogia la memoria de Catalina Dogan (1788-1863), sepultada allí como fiel servidora de la familia. Catalina habría sido una esclava, propiedad de doña Rita Dogan (de ahí el apellido), y habría formado parte de la dote de su hija, doña Juana de la Cruz Pueyrredon y Dogan, casada con el comerciante Anselmo Sáenz Baliente. Fue un matrimonio fecundo; de sus quince hijos, el quinto, Bernabé (1800-1870), viviría junto a Catalina hasta la muerte de ésta. Los padres de Bernabé fallecieron demasiado pronto para él: la madre en 1812 y el padre en 1815. La numerosa familia menuda quedó en manos de sus tíos y tutores. Es muy probable que para ese niño, perdido entre tantos hermanos, y pronto huérfano, Catalina Dogan haya desempeñado un papel importante. Tanto es así, que la volvemos a encontrar junto a él, ya casado con Victoria Albarellos, y residente en Montevideo (después de 1829), pues la familia se contaba entre los opositores a Rosas y al partido federal. Poco se sabe de la vida de Bernabé, que se dedicó al comercio, como su padre, y no tuvo actuación pública, salvo un puesto interino en 1852. Regresó definitivamente a Buenos Aires después de Caseros. Fue padre de un único hijo: Juan Pablo, que no le dio nietos. Todo lo demás, como dirían Borges y Verlaine... es literatura. Pero la ficción interpreta, estimo, una realidad histórica: la compleja trama de las relaciones humanas en los poblados hogares coloniales, y el plausible protagonismo, en este sentido, de algunos servidores de origen africano integrados en ellos. Por lo general, los esclavos no sufrieron en estas colonias los tratos brutales mucho más frecuentes en las plantaciones de algodón del Sur norteamericano. Para la época en que Catalina Dogan falleció, ya no la ataban a Bernabé otros vínculos que los afectivos y laborales, pues la esclavitud había sido abolida totalmente más de veinte años atrás, y es creíble que aun antes ella hubiera sido emancipada también en los papeles. Una hipótesis sobre sus relaciones con los Sáenz Baliente, y los dos niños —primero Bernabé y luego Juan Pablo— a los que ayudó a criar y consagró su vida, se expone en esta historia.

«El general Quiroga vuelve en coche del muere» se ocupa de uno de los aspectos menos conocidos de la tragedia de Juan Facundo Quiroga (1788-1835): el después de Barranca Yaco, sus entierros: primero en Córdoba y luego el apoteótico funeral en Buenos Aires, a pedido de su viuda y con el auspicio y beneplácito de Rosas. Indirectamente, el relato se vuelca también sobre las facetas menos sospechadas (o menos tenidas en cuenta por su estereotipo) del Quiroga vivo: hombre de familia

acaudalada, con fortuna personal considerable, regularmente instruido y preocupado hasta el fin por la organización nacional. Para sorpresa de quienes lo asocian exclusivamente con el guerrero bárbaro del *Facundo* sarmientino, basta el recuento de las pertenencias que llevaba en la galera antes de morir para modificar simplificaciones o visiones parciales. Por detrás de todas las imágenes, bárbaras o refinadas, están los dramas ignotos, como el de otro personaje real: Santos Funes, ordenanza de Quiroga, sobreviviente y testigo; o el sacrificio del supremo inocente, el postillón de la galera, «que apenas si había cumplido los doce años» y que fue el único remordimiento del jefe de los asesinos, Santos Pérez.

«La Cabeza» aborda otra historia de nuestras guerras civiles. Después de su muerte a manos de los hombres de Oribe, la cabeza de Marco Avellaneda (1813-1841), ideólogo de la Liga del Norte conformada en contra de Rosas, fue expuesta para público escarmiento en la Plaza de la Libertad de la ciudad de Tucumán. Doña Fortunata García de García (1802-1870), dama comprometida con la causa unitaria, decidió liberar a la cabeza de su deshonra y darle sepultura cristiana. Se sabe, por tradición familiar, que no lo hizo sola. La ayudó nada menos que un enemigo: el coronel federal don Juan Bautista Carballo, su huésped forzoso durante el copamiento de la ciudad. La historia se cuenta desde el recuerdo de Clotilde, hija de Fortunata y ya una mujer madura, después de una hipotética visita a la sepultura definitiva de la cabeza, que mandó construir en el Cementerio de la Recoleta uno de los hijos de Marco: el presidente Nicolás Avellaneda.

«Las muertes de Florencio Varela» evoca la figura de este poeta y periodista unitario (1807-1848), editor del *Comercio del Plata*, asesinado en la Banda Oriental, y la oscura imagen de su hijo homónimo (1843-1870) que murió en Buenos Aires, también violentamente y en circunstancias no esclarecidas. El problema de la justicia, la idea (compartida tanto por unitarios como por federales) de que el fin justifica todos los medios, la sinrazón de la vida humana sobre la tierra, retornan en las miradas múltiples del texto: la de Florencio Varela, la de su adversario —y probable autor intelectual del crimen, el general Oribe—, la de la viuda de Varela, Justa Cané.

«El padre, el hijo» se centra en un doloroso episodio privado de la vida de Bartolomé Mitre (1821-1905): el suicidio de su hijo Jorge Mariano (1852-1870) durante su estadía en el Brasil. Hay aquí dos protagonistas: un joven inestable, hipersensible, y un padre poderoso, que parece dominar todos los obstáculos, salvo, quizá, el propio pudor severo que le impide manifestar libremente su cariño por este hijo al que considera descarriado y al que se empeña en corregir. Desde el diario de Mitre padre, y las cartas a su mujer, doña Delfina, emerge ese afecto reprimido, y ya sin destinatario, por el hijo irrecuperable. La ficción quiere suplir ese espacio de encuentro que no existió en la vida. Por eso el fantasma de Jorge Mariano sigue ambulando en el Hotel dos Estrangeiros, donde se disparó un tiro, en espera de que el

padre, allí hospedado, consiga trasladar su cadáver a Buenos Aires.

«Doña Felisa y los Caballeros de la Noche» rescata uno de los episodios más curiosos en la historia del cementerio: el secuestro del cadáver de doña Inés Indart de Dorrego (1800-1881), hecho que tuvo lugar en agosto de 1881. El 25 de ese mes una carta misteriosa, firmada por «los Caballeros de la Noche» llegó al Palacio Miró para exigir un rescate por el cuerpo. Allí, frente a la recién llamada «Plaza Lavalle», que antes se había denominado «del Parque», vivía doña Felisa Dorrego, viuda de Miró, e hija de doña Inés. También, sobrina de Manuel Dorrego, el gobernador constitucional de Buenos Aires que murió fusilado por su sedicioso adversario político Juan Galo de Lavalle en 1829. Doña Felisa parece haber sido una mujer de carácter. Cuando las autoridades porteñas añadieron al nombre ya ofensivo la estatua ecuestre del general Lavalle, se sintió tan ultrajada que mandó cerrar para siempre todas las ventanas del Palacio que daban a la Plaza. Pero esto ocurrirá después. Lo que la historia narra es el secuestro y el intento de chantaje, perpetrado por una «banda» de singulares características a la que capitaneaba un joven de cierta alcurnia, de origen belga: don Alfonso Kerchowen de Peñaranda. No sabemos si alguna vez doña Felisa se enfrentó cara a cara con el singular chantajista.

«La hora de secreto» evoca la figura frágil de Rufina Eugenia Cambacérès (1883-1902), hija de Eugenio Cambacérès (1843-1889) y de una artista de exótico origen, Luisa Bacichi. En el acta de su matrimonio con Cambacérès (París, 17 de noviembre de 1877) ella figura como austríaca nacida en Trieste. En el acta de defunción de Rufina Cambacérès, se la menciona como Luisa Bassich, austríaca. En la Argentina, Luisa pasó habitualmente por italiana. Pero el apellido Bacichi es en realidad una italianización de «Bacič», claramente croata.

Casi nada se sabe de Rufina, salvo que era una muchacha rubia y bella —como su madre—, y que tuvo un síncope el mismo día de su decimonoveno cumpleaños, mientras se engalanaba para una velada en el Teatro de la Ópera. En realidad no había muerto y fue enterrada en forma prematura, como se comprobó luego por el desplazamiento del ataúd y por las marcas que dejó la joven en un desesperado e inútil intento de liberación. Su padre Eugenio Cambacérès era un hombre de fortuna que se había dedicado un tiempo a la política, ámbito en el que dio que hablar, no sólo por sus ideas anticlericales, sino por haberse atrevido a denunciar la corrupción interna de su propio partido. Mayor escándalo aún produjo su literatura: *Potpourri* (1882), *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885) —que funda, en la Argentina, la «novela moderna»—, *En la sangre* (1887), libros donde se expone la inmoralidad y la hipocresía en las clases más altas, la vida galante de los jóvenes ricos, la humillación y la indefensión de las mujeres, la pérdida del sentido de la vida, y todo ello en un lenguaje desusadamente libre para la medida que estaban dispuestos a tolerar los pacatos oídos de los bienpensantes porteños. A pesar de la xenofobia

manifiesta en su última novela —volcada, con prejuicios racistas y clasistas, sobre la inmigración italiana más humilde—, Cambacérés se casó legalmente (1887) con su amante extranjera, de otra clase social y cuya profesión de actriz era juzgada como deshonrosa. Él murió, joven todavía, a raíz de una tuberculosis. Es muy probable que sus últimas angustias giraran en torno al futuro de la que pronto sería su viuda, y de su hija pequeña. Aunque ambas heredaban una buena posición económica, su situación social seguiría siendo ambigua y precaria. Luisa no podía ser aceptada en un plano de igualdad por las damas porteñas, y Rufina —nacida «en pecado»— estaba marcada por la *mésalliance* del posterior matrimonio de sus padres. Es verosímil que ambas hayan vivido en un relativo aislamiento; no se las menciona, por lo menos, en la sección de «Sociales» que da cuenta de recepciones y fiestas en los diarios de la época. Seguramente pasaban largas temporadas en el campo, en la estancia El Quemado. Allí comenzó una nueva etapa para Luisa, que pronto habría de enamorar a otro hombre notable: Hipólito Yrigoyen, futuro presidente de la República, con el que conviviría hasta su muerte, y a quien le daría un hijo varón. Aunque esta mujer, sin duda cautivadora e inteligente, estaba en lo personal más allá de los prejuicios, su situación irregular no podía sino agravar la de su hija Rufina.

Los relatos «El canto del silencio» y «Cuando el corazón está dormido» abordan los destinos cruzados y divergentes de Agustina Andrade (1858-1891), hija del poeta y político Olegario Andrade, y poeta ella misma, y de su marido, el explorador científico Ramón Lista (1856-1891). Una larga incompreensión, una demorada espera de sí misma, condujo a Agustina al silencio y al suicidio en plena juventud, mientras Lista desbrozaba caminos al Norte y al Sur, llegaba hasta la Tierra del Fuego, y se «convertía» finalmente a la causa indígena, al punto de tener otra relación amorosa y una hija reconocida, Ramona Lista, en las tolderías tehuelches. Su estadía en la Patagonia, donde fue nombrado gobernador del nuevo Territorio Nacional de Santa Cruz, se prolongó hasta que el poder central decidió mandarlo a buscar, molesto por su conducta anómala. Lista ya no regresaría al Sur. Pronto moriría, probablemente asesinado, según el extenso informe de Carlos Correa Luna, en otra expedición que aspiraba a navegar el río Pilcomayo. Comprometido en el rescate de culturas y lenguas en trance de desaparición, no pudo, sin embargo, escuchar y descifrar la voz más cercana, y acaso el pedido de auxilio de la mujer a la que había desposado.

En la ciudad de Castelar se levanta aún un palacete de estilo francés dentro del solar que hoy ocupa la escuela Inmaculada Concepción. Perteneció a la antigua quinta de los Ayerza, una familia prominente de la aristocracia criolla. Uno de sus miembros, Abel (1906-1932), estudiante universitario, fue secuestrado y asesinado mientras pasaba unos días con amigos en otra propiedad familiar situada en el campo cordobés. «Memorias de una fiesta inconclusa» evoca estos hechos que suscitaron la masiva indignación pública, bien explotada por grupos ultranacionalistas y

xenófobos, ya que los secuestradores pertenecían a grupos mafiosos de Rosario, de origen siciliano. Alfredo Alcón personificó sus funestas hazañas en la película «La mafia», de Leopoldo Torre Nilsson. Por detrás del crimen quedó —flotante en el imaginario colectivo y en la memoria oral de Castelar— otra historia, de índole romántica. Una muchacha de su misma clase social, enamorada de Ayerza, tomaría los hábitos después de su muerte para convertirse en una de las primeras religiosas del noviciado que luego iba a ser el Colegio Sagrado Corazón de Castelar, dependiente de la congregación del *Sacré Cœur*, fuertemente comprometida con la docencia y el trabajo social. Allí enseñaría también, muchos años más tarde, una víctima de otra violencia: la monja francesa Léonie Duquet, desaparecida durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

«Todo lo sólido se hace ligero en el aire» trae, desde un pasado de experimentación aventurera, los sueños cumplidos de Ángel María Zuloaga (1885-1975), que en 1916 cruzó por primera vez los Andes a bordo de un globo, junto con Eduardo Bradley. Estos jóvenes pilotos también transgredieron la frontera de los prejuicios y sortearon los obstáculos de la burla unánime y la falta de dinero. Miembro conspicuo de la Orden del Tornillo, creada por don Benito Quinquela Martín para condecorar a todos aquellos que ensancharon la experiencia humana gracias a la falta del tornillo de la sensatez, Zuloaga no perdió, en toda su larga vida, el afán por investigar nuevos horizontes donde lo sólido se aligera. Fue uno de los fundadores de nuestra Fuerza Aérea, y unos años antes de morir recibió la visita de los astronautas que pisaron la Luna. Probablemente nunca dejó de ser el niño mendocino que coleccionaba imágenes de globos, dibujaba maquetas y pasaba las horas atento al vuelo de los cóndores. Todavía hoy pueden verse, en su casa de la calle Florida, sus platos de porcelana antigua con motivos de globos, su pipa en forma de águila, sus dibujos y su considerable biblioteca especializada que pronto se hallará en manos de la Academia Nacional de la Historia. Acaso, entre las muchas vidas trucas de este libro, ésta es la única que completa plenamente su círculo, como metáfora de una voluntad alegre que inventa para sí misma espacios siempre futuros de libertad.

Por fin, «El polvo de sus huesos» asume un periplo reciente: el de los restos de Juan Manuel de Rosas (1793-1877), desde el cementerio de Southampton hasta la Recoleta, en 1989. La narración se focaliza en Rosas mismo, que no acaba de entender si está viviendo una pesadilla durante la fiebre de la neumonía que lo llevó a la muerte, o si se encuentra, realmente, en un futuro que no le agrada del todo. No es casual, por cierto, que este libro concluya con la mirada excéntrica de una figura política largamente marginada de la historia canónica y hasta del territorio de la nación.

MARÍA ROSA LOJO

Bibliografía general

Academia Nacional de la Historia, *Bienes sucesorios del brigadier general don Juan Facundo Quiroga* (introducción por el académico de número Ernesto J. Fitte), Biblioteca de Publicaciones Documentales, Tomo IX, Buenos Aires, 1971.

Aguinis, Marcos, *El combate perpetuo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

Aguirre, Osvaldo, «Guerra a muerte contra la mafia», *La Capital*, Rosario, 28 de septiembre de 1998.

—«La despiadada muerte de Abel Ayerza», *La Capital*, Rosario, 21 de septiembre de 1998.

—«Un golpe contra la aristocracia», *La Capital*, Rosario, 14 de septiembre de 1998.

Andrade, Olegario, *Obras poéticas* (prólogo de Pedro L. Barcia), Buenos Aires, Confluencia, 1998.

Archivo General de la Nación, *Consulado de Buenos Aires. Actas y documentos*, Tomo IV, Buenos Aires, 1944.

Baccino Ponce de León, Napoleón, *Aarón de Anchorena. Una vida privilegiada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Bachelard, Gastón, *El aire y los sueños. Ensayos sobre la imaginación del movimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Bourne, Benjamin Franklin, *Cautivo en la Patagonia*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

Bra, Gerardo, «Historia de la mafia en la Argentina», *Todo es Historia*, 261, marzo de 1989.

Braun Menéndez, Armando, «Semblanza», *Argentina Austral*, 147, número especial, Año XIV, noviembre de 1942.

Burnet-Merlin, Alfredo R., *Cuando Rosas quiso ser inglés. Historia de una anglofilia*, Buenos Aires, Libera, 1976.

Busaniche, José Luis (compilador), *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Caillet-Bois, T., «Las exploraciones de Lista en la Patagonia», *Argentina Austral*, 147, número especial, Año XIV, noviembre de 1942.

Cambacérès, Eugenio, *En la sangre*, Buenos Aires, Eudeba, 1967.

—*Música sentimental*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.

—*Pot-pourri*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.

- Sin rumbo* (estudio preliminar y edición crítica de Rita Gnutzmann), Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993.
- Canclini, Arnoldo, *Piedra Buena, su tierra y su tiempo*, Buenos Aires, Emecé, 1998.
- Cárcano, Ramón J., *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, Losada, 1960.
- Carman, Jorge, «Explorador Ramón Lista. Crónica de una vida intensa», *La Nueva Provincia*, 19 de agosto de 1999.
- Casamiquela, Rodolfo; Mondelo, Osvaldo; Perea, Enrique, y Martinic, Mateo, *Del mito a la realidad. Evolución iconográfica del pueblo tehuelche meridional*, Buenos Aires, Fundación Ameghino, 1991.
- Chaktoura, Eduardo; Estomba, Paula, y Nabot, Damián, *El siglo pasado. Historias de vida de gente que hizo el siglo XX*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Chávez, Fermín, *La vuelta de don Juan Manuel*, Buenos Aires, Theoría, 1991.
- Chiesa, Alicia Mercedes, *Agustina Andrade. Vida y obra poética*, Buenos Aires, Confluencia, 1998.
- Correa Luna, Carlos, «Informe sobre las circunstancias de la muerte de Ramón Lista», *Argentina Austral*, 147, número especial, Ario XIV, noviembre de 1942.
- Cutolo, Vicente Osvaldo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Tomos I al VII, Buenos Aires, Elche, 1985.
- Cymerman, Claude, *Diez estudios cambacerianos, acompañados de una bibliografía* (prólogo de Paul Verdevoye), Rouen, Université de Rouen, 1993.
- de Estrada, Marcos, *La Recoleta*, Buenos Aires, Ediciones Barrera, 1990.
- Una semblanza de Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Barrera, 1985.
- de la Vega, Julio, y Kurzempa, Irene, *Descubriendo Castelar*, Buenos Aires, Agencia Periodística CID, s/f.
- de la Vega, Urbano, *El general Mitre (Historia)*, Buenos Aires, s/d, 1960.
- De Marco, Miguel Ángel, *Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Dellepiane, Antonio, «El testamento de Rosas», *BAAL*, II, 1934.
- Delmar, Alberto, *Gardel, el encanto magnético (Vida del cantor fascinante y retrato de una época)* (prólogo de Martín Alberto Noel), Buenos Aires, Vinciguerra, 1996.
- Elissalde, Roberto L., «Don Anselmo Sáenz Valiente», monografía inédita.
- «La religiosidad de los porteños», *Los Días de Mayo*, Tomo I, San Isidro, Academia de Artes y Ciencias de San Isidro, 1998.
- «Los Pueyrredon», monografía inédita.

- Fernández de Burzaco, Hugo, *Aportes para un padrón biogenealógico de los habitantes del Río de la Plata*, Vols. I-VI, Buenos Aires, s/d, 1986-1991.
- Fitte, Ernesto J., «Florencio Varela padre e hijo: un trágico destino común», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. XLII, Buenos Aires, 1969.
- Francavilla, Carlos F., y Vilasuso, Víctor, *Cementerio de La Recoleta. Desentrañando sus lugares*, Junta de Estudios Históricos de La Recoleta, Buenos Aires, enero de 1993.
- Gálvez, Lucía, «Los misteriosos amores de Hipólito Yrigoyen», en *Historias de amor de la Historia argentina* (prólogo de Félix Luna), Buenos Aires, Norma, 1999.
- Gálvez, Manuel, *Vida de don Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1940.
- Gammalsson, Hjalmar Edmundo, *Juan Martín de Pueyrredón*, Buenos Aires, Goncourt, 1968.
- Garasa, Delfín, *La otra Buenos Aires. Paseos literarios por barrios y calles de la ciudad*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.
- Gelly y Obes, Carlos M., «El Pilar y La Recoleta», suplemento literario de *La Nación*, Buenos Aires, mayo de 1967.
- Gianello, Leoncio, *Florencio Varela*, Buenos Aires, Kraft, 1948.
- Head, F B., *Las pampas y los Andes*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Herz, Enrique Germán, «Historia de la plaza Lavalle», en *Cuadernos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1978.
- Hinchliff, T. Woodbine, *Viaje al Plata en 1861*, Buenos Aires, Hachette, 1955.
- Ibarguren, Carlos, *La historia que he vivido* (prólogo de María Sáenz Quesada), Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Manuelita Rosas*, Buenos Aires, La Facultad, 1933.
- Iglesia, Cristina, «Contingencias de la intimidad: reconstrucción epistolar de la familia del exilio», en *Historia de la vida privada en la Argentina*, Tomo I, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- Jijena, Ada, «Gloria y tragedia de Jorge Mariano Mitre», *Todo es Historia*, 302, Buenos Aires, septiembre de 1992.
- Jitrik, Noé, *El '80 y su mundo*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- Lafforgue, Jorge (editor), *Historias de caudillos argentinos* (estudio preliminar de Tulio Halperin Donghi), Buenos Aires, Alfaguara, 1999.
- «La llegada de los restos de Don Ramón Lista», *Argentina Austral*, 147, número especial, año XIV, noviembre de 1942.

- Lafuente Machain, Ricardo, «El barrio de La Recoleta», *Cuadernos de Buenos Aires*, II, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1973.
- Lanuza, José Luis, *Morenada*, Buenos Aires, Emecé, 1946.
- Lista, Ramón, *La Patagonia austral*, Buenos Aires, Confluencia, 1999. Edición facsimilar.
- Los indios tehuelches*. Una raza que desaparece, Buenos Aires, Confluencia, 1998.
- Obras*, Buenos Aires, Confluencia, 1998, dos tomos.
- Viaje a los Andes australes*. Diario de la expedición de 1890, Buenos Aires, Confluencia, 1999.
- Llanes, Ricardo M., «Teatros de Buenos Aires», *Cuadernos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1968.
- Lojo, María Rosa, «Facundo: la "barbarie" como poesía de lo original/originario», y «Amalia: la "barbarie" como anti-naturaleza», *La «barbarie» en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.
- «Los discursos pronunciados en el entierro de Lista», *Argentina Austral*, 147, número especial, año XIV, noviembre de 1942.
- Lozier Almazán, Bernardo, *Martín de Álzaga. Historia de una trágica ambición*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998.
- Lucero, Enriqueta L., *Visiones de nuestro heroico pasado*, Buenos Aires, Librería La Facultad, 1940.
- Luna, Félix, *Alvear*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1958.
- Lynch, John, *Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1996.
- Mac Cann, William, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Mansilla, Lucio Victorio, *Mis memorias. Infancia-adolescencia* (estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano), Buenos Aires, Hachette, 1954.
- Rosas*, Buenos Aires, Malinca Pocket, 1964.
- Mariluz Urquijo, José María, *El virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- Mármol, José, *Amalia* (estudio preliminar de Alfredo Veiravé), Buenos Aires, Kapelusz, 1960.
- Manuela Rosas. Rasgos biográficos*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972.
- Márquez, Alejandro, «El primer bautismo de los onas», *Argentina Austral*, 147,

número especial, Año XIV, noviembre de 1942.

Mille, Andrés, *La Recoleta de Buenos Aires. Una visión del siglo XVIII*, Buenos Aires, s/d, 1952.

Mujica Lainez, Manuel, *Los porteños*, Buenos Aires, Librería La Ciudad, 1980.

Newton, Jorge, y Sosa de Newton, Lily, *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones L. N., 1966.

Niño, José María, *Mitre*, Buenos Aires, s/d, 1992.

Noel, Martín Alberto, *Sí, juro. Agustín P. Justo y su tiempo*, Buenos Aires, Corregidor, 1996.

Núñez, Luis E, *Los cementerios*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1970.

Peña, David, *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Puccia, Enrique Horacio, «Barrancas en la historia y en la tradición», *Cuadernos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1977.

Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Tomo II, Buenos Aires, ECYLA, 1927.

Rebollo Paz, León, «Evocación de una hazaña. El cruce de los Andes por los aeronautas Bradley y Zuloaga», conferencia dada en el Museo Social Argentino el 14 de agosto de 1958, Buenos Aires, 1958.

Rojas, Ricardo, «El explorador Lista», *Argentina Austral*, 147, número especial, Año XIV, noviembre de 1942.

Rom, Eugenio, *¡Perdón, Juan Manuel! Crónica de un regreso*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1990.

Rossi, Vicente, *Cosas de negros*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

Sabor, Josefa Emilia, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires, Solar, 1995.

Sáenz Quesada, María, «Manuelita: un mito sin polémica», *Todo es Historia*, 49, mayo de 1971.

—*Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

—*Mujeres de Rosas*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

Sáenz, Jimena, «El peor de los Álzaga», *Todo es Historia*, 56, Buenos Aires, diciembre de 1971.

—«Las muertes de Buenos Aires», *Todo es Historia*, 43, Buenos Aires, noviembre de 1970.

Sánchez, Mariquita, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, Editorial Ene, 1953.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo* (prólogo y notas de Alberto Palcos), Tomo I, Buenos Aires, ECA, 1962.

Studer, Elena F. S. de, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1984.

«Un inglés», *Cinco años en Buenos Aires. 1820-1825*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Varela, Héctor, *Elisa Lynch*, Buenos Aires, Elefante Blanco, 1997.

Villafañe Bombal, Elba, «Itinerario histórico de Recoleta. Año y leyenda», *Cuadernos de Buenos Aires*, 52, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1978.

Wilde, José Antonio, *Buenos Aires desde 70 años atrás*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Williams Álzaga, Enrique, «La sombra», *Vidas y paisajes*, Buenos Aires, Emecé, 1975.

Yaben, Jacinto R., «El coronel Ramón Lista, guerrero de la Independencia», *Argentina Austral*, 147, número especial, Año XIV, noviembre de 1942.

Zárate, Armando, *Facundo Quiroga, Barranca Yaco. Juicios y testimonios*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1985.

Zavalía Lagos, Jorge A., *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.

Zuloaga, Ángel María, *La victoria de las alas. Historia de la aviación argentina*, Buenos Aires, 1958.

—*Tres episodios de la aviación argentina*, folleto (s/d), facilitado por la señora Ester Zuloaga.

Agradecimientos

A la señora Olga Stancatto, directora del Cementerio de la Recoleta; al doctor Carlos F. Francavilla, jefe del Departamento de Sepulcros Históricos y Obras de Arte del Cementerio de la Recoleta, y al personal administrativo.

A la dirección y personal del Archivo General de la Nación y del Museo Mitre, especialmente a la Licenciada Gabriela Mirande Lamédica. Al personal de la Biblioteca del diario *La Prensa* y de la Sala del Tesoro y Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

A la arquitecta María Inés Lapadula, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, que brindó valioso asesoramiento, igual que sus colegas Víctor Vilasuso y María Fernanda Etchebarne Parravicini.

Al doctor Alberto David Leiva, descendiente directo de doña Fortunata García, que proporcionó valiosos testimonios personales. A la escritora Carmen Verlichak, por su aporte acerca del origen croata de Luisa Bacichi, y al pintor Antonino Cambaceres. Al doctor Antonio Alberto Guerrino, por su valiosa información sobre la medicina de antaño y especialmente sobre la catalepsia.

Al ingeniero Fernando del Solar Dorrego. Al editor Jorge Carman y la profesora Alicia Chiesa, que abrieron para nosotros sus archivos documentales y su memoria familiar sobre Agustina Andrade y Ramón Lista. A la señora Adela Ayerza de Gutiérrez Maxwell, al doctor Napoleón Paz, a Irene Kurzempa, Julio de la Vega y Osvaldo Aguirre, que supieron aclarar algunas dudas en la investigación sobre Abel Ayerza. A la señora Esther Zuloaga, que nos permitió acceder a los recuerdos materiales y la intimidad del escritorio y biblioteca de su padre, don Ángel María Zuloaga.

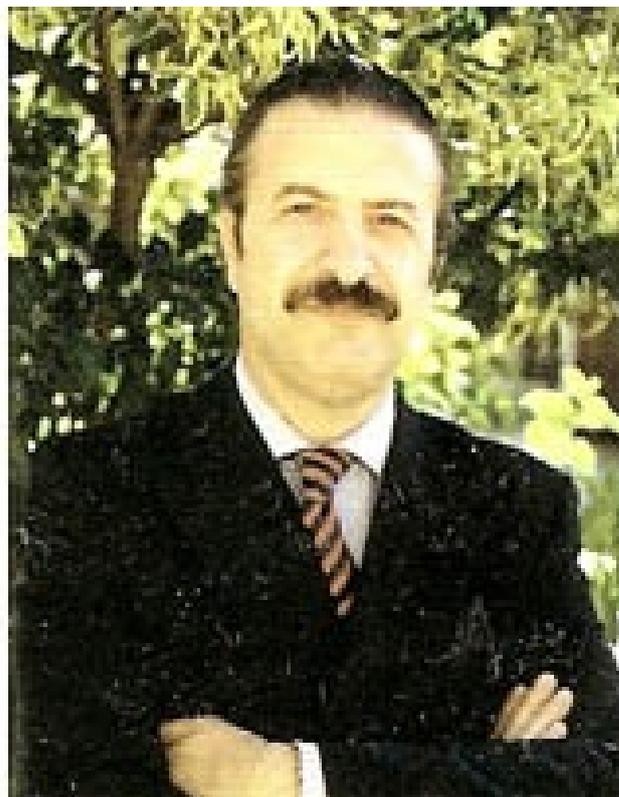
Al personal de los Archivos de *La Prensa* y *La Nación*, por la buena voluntad siempre demostrada.

A Leonor Catalina Pirovano

A Haydée R. Borda de Aón

A Oscar Beuter

MARÍA ROSA LOJO
ROBERTO L. ELISSALDE



MARÍA ROSA LOJO, (Buenos Aires, 1954) es autora de diecisiete libros. Entre ellos, las novelas *La pasión de los nómades*, *La princesa federal*, *Una mujer de fin de siglo* (publicada también en USA, en edición académica de Malva Filer), *Las libres del Sur* y *Finisterre* (traducida al gallego), así como los volúmenes de cuentos *Amores insólitos de nuestra historia* (Alfaguara, 2001) y *Cuerpos resplandecientes*. Ha cultivado también el poema en prosa y la microficción en los libros *Visiones*, *Forma oculta del mundo* y *Esperan la mañana verde* (reeditado en edición bilingüe de Brett Sanders).

Obtuvo el Primer Premio de Poesía de la Feria del Libro de Buenos Aires, el Primer Premio de Poesía Alfredo A. Roggiano, el Premio del Fondo Nacional de las Artes en Cuento y en Novela, el Primer Premio Municipal de Buenos Aires «Eduardo Mallea» y varios reconocimientos a la trayectoria: el Premio del Instituto Literario y Cultural Hispánico de California, el Premio Konex 1993-2004, y el Premio Nacional Esteban Echeverría 2004 en la categoría de Narrativa.

Es doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, miembro de la Carrera del Investigador del CONICET en la especialidad de Literatura Argentina, y profesora del Doctorado en la Universidad del Salvador. Dirige proyectos de investigación nacionales e internacionales y ha publicado numerosos ensayos de su especialidad.

ROBERTO L. ELISSALDE, nació en Buenos Aires en 1952. Es historiador, miembro de número del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, de la Junta de Estudios Históricos de la Recoleta y de otras instituciones nacionales y

extranjeras. Colabora con los diarios *La Nación*, *La Prensa* y *La Voz* de Las Heras y con la revista *Historias de Buenos Aires*. Es autor de un centenar de artículos y estudios, muchos de ellos dedicados a la temática de las invasiones inglesas. Publicó *Juan Martín de Pueyrredon, lazos de sangre, amor y melancolía* (1999); *Los Pueyrredon* (2000); *Liniers íntimo* (2003), e *Historias ignoradas de las Invasiones Inglesas* (Aguilar, 2006).

Notas

[1] Se utiliza la grafía con la que fueron firmados los documentos de la época. <<

[2] Se utiliza la grafía que aparece en la inscripción de la bóveda familiar. <<

[3] Se han respetado las grafías de época que aparecen en la bóveda familiar. <<